

PEDRO CASALDALIGA

el vuelo del quetzal

ESPIRITUALIDAD
EN
CENTROAMÉRICA



Colección «Maíz nuestro»

①

PEDRO CASALDALIGA

El vuelo del Quetzal

Espiritualidad en Centroamérica

Colección «Maíz nuestro»

①

INDICE

Presentación	7
1. Por las veredas del Pueblo de Dios en Centroamérica	9
2. Por las veredas del Dios del Pueblo desde Centroamérica	41
— La cruz	42
— La fe	47
— La oración	50
— Jesús	57
— Actitudes de Jesús	67
— Iglesia, revolución, reino	69
3. Un Dios y un Pueblo revolucionarios	86
— Dios y los revolucionarios. Con Cuba al fondo	87
— Significado espiritual de Nicaragua	100
— Revolucionarios por el evangelio	106
— Ser niño, ser refugiado y ser salvadoreño	111
— A la Iglesia y al Pueblo de Guatemala	113
— En el martirio de Monseñor Romero	114
— A mis hermanos claretianos	115
— A las Iglesias y Pueblo de Centroamérica	117
— Carta abierta a Centroamérica en esta hora de Esquipulas	118
— A los congresistas de EE.UU.	121
— A Juan Pablo II	122
4. Para una espiritualidad histórica	125
— Aprender de nuestra propia historia espiritual	126
— Cinco "cautelos" de espiritualidad de la liberación	128
— Minoría para las mayorías	133
— Cinco actitudes históricas para cristianos en Centroamérica	137
5. Quetzal de Fuego y Libertad	141
6. Testimonio de frontera	153
— Para dar Vida. Joven campesino agente de pastoral	154
— Ofrecer la vida a una Causa. Rigoberta Menchú	156
— Acompañar al pueblo. Sacerdote en un país en guerra	158
7. Pastoral con Espíritu	165
— Al servicio del Pueblo	166
— Pastoral al servicio del Reino	177
— Pastoral en una revolución agredida	187
— Misioneros para la frontera	189

© Pedro Casaldáliga. 1988

© Maíz nuestro. 1988

© Coordinación Regional Centroamericana "Mons. Oscar A. Romero", para la presente edición

Portada de Maximino Cerezo Barredo
Dibujos de ETPAV - Sergio Duarte.

Este libro ha sido producido y distribuido gratuitamente, con trabajos voluntarios, de una forma enteramente no lucrativa.

Para reproducirlo y distribuirlo no lucrativamente, entre grupos y comunidades cristianas, coordinarse con:

Maíz nuestro
Apartado 9198
Panamá-6

República de Panamá

Queda prohibido comercializarlo lucrativamente.

PRESENTACION

- A los veinte años
de Medellín (1968).
- A los veinte años
de los Delegados de la Palabra
en Nicaragua (mayo 1968).
- A los diez años
de los mártires
de la masacre de Panzós, Guatemala
(29 mayo 1978)
- A los cinco años
de la caída del P. Guadalupe Carney
en Honduras (19 setiembre 1983).

Propiamente hablando, éste no es un libro "escrito" por Pedro Casaldáliga. Porque, en realidad, este libro no ha sido escrito, sino dicho, predicado, pronunciado, conversado, declarado por Pedro Casaldáliga en multitud de charlas, encuentros, homilías, retiros, meditaciones, visitas "pastorales", talleres de espiritualidad, cartas abiertas, declaraciones y entrevistas concedidas a los medios de comunicación social. No es un libro de laboratorio o de escritorio, sino un libro vivido, viajado, peregrinado, predicado, dado a luz sobre la marcha, hecho vida, visita, encuentro, comunicación y fe compartida por las veredas del Pueblo de Dios en Centroamérica, bajo "el vuelo del Quetzal" de Fuego y Libertad...

Ellos es lo que explica el carácter vivencial y experiencial de su contenido (ajeno a unas tesis argumentadas racionalmente), las huellas orales del texto (expresamente mantenidas en su frescura original), su variedad interna (que obedece a momentos, destinatarios y contextos diversos) y, sobre todo, el Viento del Espíritu de Jesús que palpita sus páginas agitado por "el vuelo del Quetzal".

Se trata pues de un libro coloquial, hecho de sugerencias, luces sobre el camino, palabras de compañero, como un silbido en medio de la noche, como una luz de aurora presentida. Podrá ser leído de principio a fin, o en otro orden. Se podrá volver a él en una segunda lectura, más reposada, o escogida al azar, como libro-compañero de oración, como libro-compañero que estimula siempre la reflexión, o como un texto-base sobre el que trabajar en grupos.

Indómito y rebelde, hecho Quetzal centroamericano, incapaz de soportar la cautividad, el Espíritu de Jesús, "Pater pauperum", Padre de los pobres, agita nuevamente su vuelo derramado sobre el Pueblo de Dios que trabajosamente camina por las veredas de Centroamérica. Y del vuelo de este Quetzal centroamericano de Fuego y Libertad nos da testimonio este libro de Pedro Casaldáliga.

José María Vigil
Centroamérica, Pentecostés de 1988

1
**POR LAS VEREDAS
DEL PUEBLO DE DIOS
EN CENTROAMERICA**



Como si no fuera Centroamérica

En Honduras me sentí muy impresionado. Por varios motivos. En primer lugar porque ví que no conocemos Honduras. Y dejamos Honduras de lado. Como si Honduras no fuera también Centroamérica, como si Honduras no estuviera oprimida, perseguida, hasta masacrada, con mártires (sacerdotes, agentes de pastoral, campesinos, sindicalistas, políticos...). Recientemente fue asesinado Pavón, que era director de la Comisión de los Derechos Humanos; asesinado por denunciar los atropellos a los derechos humanos en Honduras.

Deberíamos pensar más en Honduras. Es una especie de hermana dejada de lado. No nos interesamos por ella suficientemente, no sabemos lo que pasa allí... Ellos viven en una especie de clandestinidad. Cualquier reunión hay que hacerla con cuidado, y mordiéndose la lengua...

Que sea canal del Reino

Me preguntan que dónde se ubica la Iglesia panameña ante el conflicto centroamericano. Pero ustedes los panameños ya lo saben: en el canal, ¿no?

Les voy a decir lo que yo, viniendo de lejos, siento, lo que me parece que otros también dicen o piensan. Les diré: se tiene la impresión —desde fuera al menos— de que ustedes no se consideran Centroamérica. Se tiene la impresión de que la Iglesia panameña —así, en general, y estoy hablando de impresiones— no se considera Centroamérica.

Yo percibo que se distingue bastante: por una parte, Nicaragua, Guatemala, El Salvador y Honduras, que se sienten muy mal con todos los conflictos que sabemos, conflictos que hacen que se sientan como una especie de realidad más homogénea, más global ante los mismos desafíos. Por otra parte, Costa Rica... es Costa Rica, ya se sabe: una democracia rica. ¿Y Panamá? "Panamá no es Centroamérica". La impresión que se tiene es esa.

Creo que sería bueno que ustedes se convirtieran a Centroamérica. Que pidieran a esos hermanos, tan golpeados, que los aceptaran en su casa, y que se sintieran y se hicieran ustedes responsables de ellos.

Lo diré una vez más: que igual que Panamá es canal del Imperio, se haga también Panamá, cada vez más, canal del Reino. Faciliten la información, el trasiego de informaciones de Centroamérica. Incluso el paso de hermanos, de delegados, de agentes de pastoral, de comunidades, etc. Posibiliten encuentros centroamericanos, que muy bien podrían realizarse aquí en Panamá, hasta con más seguridad física, con posibilidades incluso económicas. Promuévanlo. Prestarían ustedes un gran servicio de solidaridad, pastoral, eclesial.

Dios sigue revelándose

Recuerdo a un anciano refugiado guatemalteco, en el primer re-

refugiados en su propia tierra

Los refugiados guatemaltecos en México son indígenas en su inmensa mayoría. Hablando con ellos de nuestra pastoral indígena en Brasil —de esa obsesión indígena que uno tiene— yo veía cómo vibraban aquellos ojos...

Guatemala es un país particularmente prohibido e ignorado, por ser un país sumamente indígena. Los indígenas nunca tuvieron un lugar en su tierra. Casi nunca han tenido tampoco lugar en la Iglesia. Y siguen sin espacio en su propia tierra maya. Y, en buena parte, sin espacio también en la Iglesia.

No se sabe cuántos refugiados guatemaltecos hay en México. (Pienso que no se sabe cuántos refugiados hay en el mundo). Dicen que en México los refugiados guatemaltecos quizás sean como 200.000. Unos 100.000 registrados y otros tantos sin documentar, dispersos...

el lobo ya vino

Quien no vive en Nicaragua piensa que se está viviendo la famosa fábula aquella de "¡que viene el lobo!"... y el lobo no viene. Que la invasión, que ahora, que inminente, que dentro de poco, que se está preparando... Hay algunos que piensan que es una invención del propio gobierno sandinista para provocar, para suscitar solidaridad.

Claro, sería importante recordar que el lobo ya vino...

sería una ofensa

Que no canonicen nunca a san Romero de América, porque le harían una ofensa. El es santo de un modo muy particular. Ya está canonizado. Por el Pueblo. No hace falta nada más...

Se lo decía yo a Jon Sobrino cuando visité el sepulcro del arzobispo mártir. Le decía: "Mira, Jon, que a nadie se le ocurra canonizar a Romero, porque sería como pensar que la primera canonización no sirvió"...

fugio que visité en Chiapas. El ha sido muy golpeado, y su familia también. Tiene varios mártires en la familia. Al despedirse le decía yo: "Pues, ánimo, compañero, vamos a continuar en el camino. El Señor nunca falla...". Y él, como muy desde dentro, me dijo: "Es verdad, monseñor; nosotros sí fallamos muchas veces, pero Dios no falla..."

Pienso que los refugiados viven de un modo más experimentado y como más último, que Dios, en todo caso, no falla. A ellos ya les falló todo. No tienen siquiera el suelo patrio bajo los pies. Pero Dios no falla.

(Yo veía a aquellas indiecitas guatemaltecas, que ni entendían "el castilla"... En todas las celebraciones los varios grupos mayores recibían lógicamente su traducción en la propia lengua. Y yo me quedaba asombrado de la memoria fabulosa que tiene el indígena. Claro, habituados a una cultura oral, devolvían traduciendo todo lo que yo había dicho y creo que mucho más...).

Sentir a Dios así, de un modo tan extremo, me parece que les ayuda a purificar su propia religiosidad popular, que pudo ser también quizá "supersticiosa" (poniendo la palabra entre muchas comillas y queriéndola entender bien). Porque allí, como siempre que una persona humana o un pueblo vive desafiado por los retos extremos de la vida y de la muerte, de la patria o del exilio, del destierro o de la tierra prometida, la idea de Dios, la experiencia de Dios se purifica.

¿No es eso lo que le pasó a Israel? ¿Cómo fue Israel descubriendo a Dios? Pues a partir del cautiverio, a partir del destierro y de los varios exilios... ¿Por qué no vamos a creer que nuestros refugiados están hoy en Babilonia, o en Egipto? Lo que pasó entonces, pasa ahora, está pasando, y pasará. El mismo Dios que se reveló ayer como el Dios vivo sigue revelándose hoy, en una Palabra inédita, permanentemente renovada en la historia...

"centroamericanidad"

Uno de los desafíos más grandes que me parece debemos cultivar aquí en Centroamérica es precisamente éste de la "centroamericanidad". Miren, si el Imperio ve a Centroamérica como una realidad única geopolíticamente hablando, me parece importante que los centroamericanos la vean también como una realidad única, en simultaneidad política, geopolítica, económica, humana, cultural, eclesial...

Y me parece también muy importante que fuera de Centroamérica las demás Iglesias también veamos a Centroamérica como una única realidad.

viajar en bus

En varias ocasiones me han dicho: ¿cómo es que viaja usted en bus?, ¿cómo no se protege (de no sé qué)?, ¿y cómo es que tiene usted la casa abierta? Y digo yo: bueno, ¿y el pueblo, cómo la tiene?, ¿y el pueblo, cómo viaja?

En una ocasión Dom Hélder Cámara se lo dijo a un Papa: "Santo Padre, salga del Vaticano, salga; será un testimonio". Y parece que el Papa y otros de los dicasterios le decían: "Pero, Dom Hélder, vea, el problema es de seguridad". Dom Hélder respondió: "Bueno, pues miren, asuman la inseguridad".

Por añadidura del "ciento por uno evangélico", a mí concretamente me ha salvado la vida muchas veces el hecho de ir en bus, el mezclarme con el pueblo en el bus. Hay varios obispos latinoamericanos que han sido asesinados en sus carros particulares. En Perú cuatro últimamente: uno cada año. Hay indicios de que han sido asesinados. Supuestos "accidentes".

solidaridad

Toda Centroamérica, y de un modo particular Nicaragua —si no me engaño con mi pasión nicaragüense— ha puesto sobre el candelerito la palabra y la realidad de la "solidaridad".

No es que antes no la haya habido, claro. Y no es que no haya solidaridad con muchos otros países del mundo, y en momentos de terremotos, de desastres, etc. Pero no hay duda de que la solidaridad que se le está dando a Nicaragua, la que ella está suscitando, le ha dado a la palabra y a la realidad de la solidaridad como una especie de características nuevas: esa especie de caridad política internacional de las solidaridades... Es algo que lo estamos palpando, que se está viviendo.

Recuerdo a un Delegado de la Palabra de Santa Clara, un pueblecito del interior de Nicaragua. Nos dijo: "Mire, monseñor, los internacionalistas internacionalizan el amor". Me pareció una expresión redonda. La gran poetisa nicaragüense Gioconda Belli lo ha dicho también, de otra manera: "la solidaridad es la ternura de los pueblos".

Aquí en torno a la solidaridad, es donde la Iglesia de Centroamérica podría dar un testimonio vital, podría aportar una experiencia orgánica, incluso quizá una contribución teológica, antropológica, sociológica... o hasta un grito profético de cara a ese nuevo derecho de gentes, a ese nuevo derecho internacional que late y se deja intuir como queriendo brotar detrás de esta experiencia mundial de la solidaridad... Si la Iglesia, cada vez más, sintiese, viviese, organizase y potenciase la solidaridad, con sus agentes de pastoral, desde el pueblo, con todos sus recursos y posibilidades, con su vida testimonial y con su sangre martirial... la Iglesia centroamericana sería para toda Centroamérica y para el mundo entero, luz, sal, fermento.

Gracias a Dios, tampoco esto es un mero deseo. Gracias a Dios la Iglesia viene dando ya este testimonio. Basta leer la lista de los mártires de Centroamérica. Con no pocos "internacionalistas" dentro de ella. Un testimonio de solidaridad extrema.

mientras haya primer mundo

A veces me preguntan los hermanos del primer mundo qué podrían hacer ellos por el tercer mundo. Yo les digo, lapidario: "suicídense". Y se asustan. No entienden, de momento. Claro, a nadie le gusta suicidarse, y por otra parte no parece éste un consejo propio de la boca santa de un obispo. Y les digo: "pues sí, suicídense en cuanto primer mundo". Y ésa es una convicción que ni san Pedro me va discutir: habrá tercer mundo mientras haya primer mundo.

Para que haya primer mundo tiene que haber un tercer mundo dependiente, sometido, a su servicio, a suficiente distancia en el progreso, con mano de obra barata, con un suelo y subsuelo de explotación, y donde ellos, los del primer mundo, puedan plantarnos sus grandes conjuntos industriales de polución, lo que ellos no quieren... Sólo así es posible el primer mundo. A costa del tercero.

Por eso, para que deje de haber tercer mundo hay que acabar con el primero. Y ellos son los que deberían comenzar. Por eso es por lo que les digo: "suicídense". Y si la Iglesia y la llamada sociedad occidental "cristiana" no se convence de eso, no hay salida. Pero, triste papel histórico —dentro de la historia de la salvación, que es la única historia— el de una sociedad y una Iglesia —"cristianas", para más "inri"— que no llegaran a captar esta su mayor responsabilidad en esta hora histórica...

la casa del diablo

Tuve una reunión en Honduras, abierta, con todo tipo de cristianos. Y cuando cité a Miguel D'Escoto, seis o siete se levantaron. Y otro casi me ataca. Todo por citar a Miguel D'Escoto y por decir que yo había venido a participar en el ayuno de Miguel y a apoyarlo. Porque Nicaragua, para el gobierno de Honduras como para el de Costa Rica, continúa siendo como la casa del diablo. La población hondureña recibe un tipo de información terrible. Pero, a pesar de ese bloque informativo, los comprometidos —agentes de pastoral, delegados de la palabra, grupos de jóvenes, que los encontré bien majos, muy comprometidos, trabajando muy bien con los campesinos— son muy solidarios, y viven una situación bien tensa. Debemos apoyarlos.

testigo de Nicaragua

Yo, cristiano, obispo, allí en Nicaragua ví, y soy testigo: sigo pensando que Nicaragua tiene razón a pesar de todos los pesares y con todas las deficiencias y fallas.

Pienso que el proceso revolucionario de Nicaragua, hoy por hoy, era la única salida y continúa siendo la mejor salida, a pesar de todos los pesares y a pesar de todas las fallas, y dentro de esa perspectiva difícil, angustiante que Nicaragua vive.

Pienso también que la Iglesia —y concretamente la jerarquía— podía, puede y debe tener en Nicaragua palabras claras. La palabra

de la Paz, evidentemente, que es tan cristiana. Es la primera y última palabra que nos dijo Jesús, en su nacimiento y en su resurrección. La palabra que él mismo es: "El es nuestra Paz".

Pienso que la Iglesia, la jerarquía, podía, debía y debe condenar abiertamente la agresión. Una agresión que es abiertamente imperialista, contra el derecho fundamental de los pueblos, que conculca abiertamente el derecho de gentes.

También —tanto en Nicaragua como en Centroamérica toda— la Iglesia, y la jerarquía muy concretamente, pueden y deben ejercer el ministerio de la consolación: aquella conmiseración de Jesús... ante esas madres...

Pienso que en Nicaragua —y también en Centroamérica— la Iglesia debe ejercer otro ministerio que yo llamaría "de frontera": hay que dialogar, hay que ser sensibles a desafíos nuevos, hay que aprender a hacer pastoral en circunstancias difíciles, extremas incluso.

"caminhada", andadura del Pueblo de Dios

La palabra brasileña "caminhada" es una síntesis de muchas cosas. Significa todo ese proceso del pueblo, su caminar hacia la liberación. Significa también todo el proceso de las comunidades eclesiales de base, las luchas sindicales, las luchas políticas...

Es una palabra hermosísima, que lo dice todo, hasta el punto de que, por ejemplo, se emplea a veces para decir: "mira, ése ha entrado en la 'caminhada' ". O "aquel obispo está en la 'caminhada' ". Que quiere decir: ya es de los nuestros, ya entró en la línea, ya se contagió del compromiso liberador... Entró en la "caminhada". O también se dice cuando alguien ayuda o es colaborador... de la "caminhada", de la "andadura" del Pueblo de Dios.

continúan siendo pueblo

Afortunadamente, los delegados de la Palabra continúan siendo pueblo. Demos gracias a Dios porque, quién sabe, después del mismo evangelio, quizá el pueblo-pueblo sea el mayor de los sacramentos. ¿Y cómo íbamos a vivir la eucaristía, el Pan de su Cuerpo partido, fuera del Pueblo? ¿Cómo vamos a vivir la eucaristía si no partimos del Pueblo, si no compartimos con el Pueblo, si no partimos para el Pueblo?

cambiar el mundo

Ustedes saben muy bien que el Día puede nacer, que debe nacer, que el mundo debe cambiar. Ustedes los jóvenes centroamericanos deben sentirse en la responsabilidad de cambiar el mundo, de darle la vuelta al mundo. Yo les pediría a ustedes, muchachos y muchachas, la capacidad, las ganas, la voluntad de soñar, de cambiar... No se conformen con las cosas como están. Ni en sus familias, ni en nuestros pueblos, ni en la sociedad ni en la Iglesia. ¡Vamos a cambiar!

sobre todo pueblos

Antiguamente, dentro del Pueblo de Dios, Dios escogía sobre todo personas, grandes figuras de la historia del cristianismo, grandes santos, para transmitir su mensaje, para encarnar el evangelio, para sacudir a la Iglesia, para transformar el mundo.

Yo pienso que el Señor como que se está "colectivizando" en sus gestos, en sus actitudes. Dios se está expresando cada vez más en comunidad, más en colectivo. Yo pienso que ahora el Señor quiere sobre todo grupos, hasta organizaciones, instituciones, y sobre todo pueblos... que anuncien el evangelio, que encarnen el Reino, que sacudan a la Iglesia y a la sociedad.

los documentos

Los documentos de la Iglesia, como los documentos de cualquier institución, son siempre mejores y peores que la vida misma. Todas las autoridades eclesiológicas son teólogos y santas en sus documentos. Ya después, en su vida concreta y diaria se les puede encontrar sus defectos y contradicciones... Y también tienen derecho a tener esas contradicciones, como ocurre con toda la Iglesia.

el derecho de gentes

Yo creo que el derecho de gentes casi no ha empezado aún en nuestra triste humanidad. Imagino lo que va a suceder dentro de unos años, cuando estudien nuestra historia actual. Dirán: "¿Cómo es posible? ¡Un país se podía permitir invadir a otro país o agredirlo, y el resto del mundo lo oía por la radio y lo veía por la televisión, hacía unos comentarios más o menos sofisticados en los editoriales de las revistas o de los periódicos... y la seguir viviendo!

paz con sustantivos

Aquí en Nicaragua hablamos mucho de paz. Pero fíjense, es una palabra peligrosísima. Porque los burgueses también la usan. Los capitalistas también hablan de paz. Reagan también habla de paz. La palabra paz es muy peligrosa si se la deja suelta...

A mí me gusta llegar a Nicaragua y ver aquellos carteles que gritan: "Paz con Dignidad". La verdadera Paz, en Nicaragua, en Centroamérica, debe tener sustantivos al lado, y no sólo adjetivos... Paz con Dignidad. Paz basada en la Justicia. Paz para todos. Paz sobre todo para las mayorías... que son los pobres.

basta un poco de juicio

Yo digo siempre que aquí en el tercer mundo es mucho más fácil que en el primero llegar a ser un cristiano más o menos decente. Así lo creo con toda sinceridad. Aquí basta que uno tenga un

poco de juicio, que no sea completamente anormal, que tenga un poco de sensibilidad, y que no haya renegado completamente de la fe. Si se tiene un poco de fe, un poco de sensibilidad y un poco de juicio... hay que ponerse del lado de la mayoría, inevitablemente. Del lado del pueblo. Del lado de los pobres. Basta un poco de juicio.

la posibilidad de desaparecer

Me lo contó quien lo vivió de cerca. No hace mucho, un superior provincial de religiosos fue de Guatemala a Nicaragua. El es hasta conservador, moderado. Y a la vuelta, en el aeropuerto, le llamaron, con mucha delicadeza e ironía, y le dijo la policía: "Padre, tenemos que hacerle unas preguntas. Siéntese a gusto, sin prisa. Mire, hay dos puertas. Usted puede salir por una puerta e ir a su convento y no pasarle nada. Puede usted salir por la otra puerta y desaparecer".

Y le hicieron una serie de preguntas: que con quién se había entrevistado en Nicaragua, que por qué, que para qué... "Usted tiene una hora de tiempo para pensar y responder", le dijeron. Afortunadamente pudo responder con simplicidad y de un modo bastante exacto, y nada pasó.

Ir a Guatemala, a Honduras o a El Salvador significa hoy la posibilidad —y más que la posibilidad— de desaparecer. Esto es cierto.

episcopalitis aguda

Les decía yo a mis hermanos de Nicaragua: "ustedes padecen episcopalitis aguda". Porque allí no se dejaba de hablar continuamente del cardenal, del obispo, de monseñor, de los obispos, de la conferencia episcopal... ¡Por favor! ¡Que la Iglesia no son los obispos! La Iglesia es mayor —y mejor, también— que los obispos. Ya se sabe que hay muchos obispos buenos, y algunos hasta canonizados. Pero también se decía en los tiempos antiguos que los únicos que tienen posibilidad de condenarse son... los obispos. (No lo digo yo, que esto es ya muy viejo).

el sacramento del pueblo

El pueblo mismo, la proximidad a él, el experimentar su vida y su situación es, sin duda, un factor que nos ayuda a cambiar, un sacramento de conversión.

Animé en cierta ocasión un retiro espiritual en la diócesis de Mons. Grechi, una gran figura en Brasil, presidente durante muchos años de la Comisión Pastoral de la Tierra. Y yo le oí a él, llorando, que fue realmente la realidad de los pobres la que le convirtió. El es descendiente de italianos, del sur de Brasil. Había sido provincial de los Siervos de María, había vivido una vida de profesor, en seminarios. Fue a la región del Acre y vio la realidad, la problemática de la tierra, la problemática indígena... Y cambió. Se convirtió.

También a mí me marcó profundamente, al llegar a Brasil, la situación del pueblo: la pobreza, el abandono, la falta total de infraestructura, la mortalidad infantil, la prepotencia del latifundio, la agresividad de la represión... Ya lo digo: el pueblo es todo un sacramento de conversión.

estudiar teología de la liberación

La teología de la liberación, las lecturas, el estudio, le hacen cambiar a uno. Muchas veces no nos atrevemos a dar pasos, o los damos con excesiva angustia. No tenemos la naturalidad, la libertad suficiente, porque quizá no tenemos las ideas claras. A veces hay mucho heroísmo, mucha generosidad, pero si las ideas no están claras uno se queda ahí...

Yo creo que es muy importante que estudiemos más, que profundicemos más, que leamos. Y no libros "buenos", sino los libros mejores. Cada persona dentro de su nivel, claro. Hay quien tiene más tiempo, hay quien tiene menos; hay quien tiene una capacidad y hay quien tiene otra. Hay mucho libro bueno por ahí. Debemos estudiar teología de la liberación. Eso ayuda mucho a tener mayor seguridad, mayor libertad de espíritu.

ser profetas

Recordemos: desde el bautismo todos y cada uno de nosotros somos profetas. Ser profeta no es un capricho, ni es un carisma personal. Ser profeta es esencial a la condición del ser cristiano.

el día-a-día

Siempre, el mayor de todos los desafíos es el día-a-día. Es fácil pensar en grandes valores, en perspectivas mayores, en grandes pistas. Lo difícil —y lo importante— es saber descubrir y saber andar las verdades diarias. Esas son las cargantes y desafiantes. Y ése es en última instancia el testimonio que le damos al Señor y al mundo.

egoístas

Esos nicaragüenses que quieren que Nicaragua sea como Estados Unidos son, simplemente, unos egoístas. Piensan en sí, para sí, en "su" futuro (que no es "futuro"), en "su" felicidad, la suya, la de ellos... Son unos egoístas.

un cartel de actualidad

Pensar que las masacres terminaron, pensar que en Guatemala hay libertad, sería engañarse. A mí esto me impresionó muchísimo. Hay muchos testimonios.

Ví un cartel en la ciudad de México, con estas palabras: "Guatemala, el país de la eterna represión". Y el cartel continúa siendo actualidad.

renuncia de los obispos

Pienso que los obispos deberíamos renunciar a los 65 años. A mí me quedan ya pocos, si vivo para entonces. Y lo pienso por una razón muy sencilla. Porque no es fácil después de esa edad estar al tanto de todo y tener la necesaria sensibilidad para todo: para los desafíos políticos, para la pastoral de los enfermos, para la pastoral de los jóvenes, para los últimos libros sobre teología o biblia...

El cardenal Arns, de São Paulo, quería renunciar ahora, y no le dejan. Se le han echado encima laicos, comunidades, teólogos, obispos amigos... y le han dicho que "¡por amor de Dios!"...

(Pienso que el cardenal Arns es hoy el obispo más significativo en el mundo entero. Por lo que significa la archidiócesis de São Paulo, por lo que él ha hecho y hace en ecumenismo, en materia de derechos humanos en toda América Latina, sobre todo en el Cono Sur...).

geopolítica divina

Ustedes han oído hablar de geopolítica. Podríamos decir de la geopolítica lo siguiente: cuando un país, una región, se ve que es crucial, que es un punto importante para la política internacional, o para los intereses de algunos países o de algún imperio... se dice que aquél país o aquella región son "geopolíticamente" muy importantes.

Pues bien. ¿Saben ustedes cuál es el país geopolíticamente más importante del mundo? ¿Estados Unidos? ¿Rusia? Ni uno ni otro. La región más importante del mundo (de este lado del mundo, al menos) es Centroamérica, y concretamente Nicaragua. Y no les estoy adulando a los centroamericanos ni a los nicaragüenses, sino que les estoy exigiendo responsabilidad.

Nicaragua es el lugar geopolíticamente más importante del mundo. Por lo que está sucediendo aquí. Por lo que puede suceder. Por lo que se puede impedir que suceda.

Los grandes políticos no van a pensar así, ciertamente. Y si me oyeran se reirían. Me llamarían loco, fanático... o poeta (que puede ser una forma de llamarle loco a uno). Pero yo creo que Dios también lo ve así. Nosotros somos cristianos, tenemos fe, y podemos y debemos leer la historia a la luz del evangelio.

Ustedes saben que en el Antiguo Testamento Dios se escogió una pequeña Nicaragua, el pueblecito de Israel, que era un grupito insignificante de desperdigados... restos de tribus, dispersas por allí... Dios escogió a ese resto insignificante para hacer su "geopolítica de la salvación".

Yo creo sinceramente que, en América Latina, en el tercer mundo, Dios escogió a Centroamérica y muy concretamente a Nica-

ragua para sacar adelante su geopolítica de la liberación, de la salvación. En lo que ustedes están viviendo aquí, en lo que estamos intentando, con mucho sufrimiento, con mucha sangre, con muchas muertes, con mucha precariedad, con problemas económicos, con inseguridad, con presiones de los grandes, de los poderosos, con desconcierto de los propios nicaragüenses (en una misma casa a veces el padre y la madre piensan de modo diferente)... en todo eso se está jugando la "geopolítica de la salvación" de Dios. A pesar de todas las dificultades yo continuo pensando que Dios escogió a Centroamérica y a Nicaragua para su geopolítica de la salvación.

cometer heroísmos

Cuando yo era seminarista recuerdo que en una ocasión me vino esta idea: si uno no se pone en una circunstancia más o menos heroica, difícilmente "cometerá heroísmos". Quiero decir que si uno no busca también su circunstancia más o menos "heroica" —dicho así, entre comillas, y dejando que cada uno discierna cuál es esa circunstancia para él—, si uno acepta sentarse en el sillón cómodo y mullido, si uno se deja cercar de tanta normalidad y de tanta seguridad... pues es difícil que cometa heroísmos...

conquistar espacios de pluralismo

Aquellos ventiún obispos brasileños que el Vaticano había llamado estuvieron durante tres días hablando con el Papa, que guardó silencio hasta el final. Había dicho el Papa al comenzar: estaré "en obsequioso silencio", aludiendo al "obsequioso silencio" que Ratzinger había impuesto a Leonardo Boff... Y allí hubo sonrisas.

Los dicasterios romanos planteaban al grupo de obispos brasileños lo que ellos saben, piensan, intuyen o critican de nuestra iglesia brasileña, ya sea en la vida religiosa, la catequesis, la liturgia, la comisión pastoral de la tierra, la pastoral indigenista, etc. Y los obispos brasileños respondían. Gracias a Dios se aclararon muchas cosas.

Y es que, en primer lugar, allí reciben informes sólo de un lado, con mucha frecuencia. Eso fue constatado, ciertamente. Y, en segundo lugar, hay un hermano nuestro, obispo, cardenal, que tiene doce cargos en la curia romana. Y entonces, sólo a través de su presencia, de su palabra y de su juicio, de Roma viene lo que a Roma va... (Y, a todo esto, el Papa escuchando, "en obsequioso silencio", y tomando nota).

Se insistió mucho en que realmente Roma vive distante con frecuencia de nuestros problemas. Y hubo, ciertamente, algunas actitudes muy bellas. Por ejemplo, en uno de los dicasterios, el segundo o tercer secretario dijo en un momento dado a un grupo de nuestros obispos: "miren, lo que es excepción para otras latitudes, tómenlo ustedes como norma...". Estaba hablando concretamente de la confesión comunitaria.

Por cierto, una anécdota que ocurrió en esa reunión. Allí estaba monseñor Moacyr Grechi. Y cuando se discutía de la teología de la liberación contó lo siguiente: "Cuando yo llegué a Roma para estudiar teología, el rector de nuestro seminario —el Marianum, de los Servitas— nos llamó a los tres o cuatro que acabábamos de llegar, nuevecitos, de América Latina y nos dijo: 'vean, cuidense, que aquí en Europa hay teólogos muy conocidos, muy cacareados, que podrían hacerles perder la fe'. Y uno de los teólogos sobre los cuales nos previno el rector era Joseph Ratzinger". El Papa soltó una carcajada. Y estaba allí presente Ratzinger, claro.

Yo creo que en aquella visita se dieron pasos importantes. Al final del encuentro el Papa tuvo unas palabras muy emocionadas. Y en la carta que nos escribió después decía que la visita "ad límina", de común acuerdo, como ya se hizo ahora, es un servicio pastoral y apostólico importante para la Iglesia. Y nosotros, no sé si con mucho optimismo, teníamos la impresión de que eso pasaba a ser ya un espacio conquistado.

Vamos a ver si otros episcopados hacen lo mismo. Este año hace la visita "ad límina" el episcopado norteamericano, que, según decía un alto miembro de nuestra conferencia episcopal brasileña, aún tiene más problemas con el Vaticano que nosotros. Yo pienso que el diálogo también se conquista. No hay que esperar a que vengan solos esos espacios de pluralismo. Debemos caminar siendo Iglesia, haciendo Iglesia, abriendo espacio en la Iglesia... Se lo digo a ustedes los centroamericanos, para que mantengan firme su esperanza eclesial, activa y luchadora.

Panamá centroamericano

Para hacer realidad la centroamericanidad, creo que en primer lugar, sería necesario algo así como que cada uno de ustedes los panameños hiciera una especie de acto de fe: "¡yo soy Centroamérica, y juro defender esta conciencia de centroamericanidad delante del Dios vivo y delante de la historia!".

Quiero decir: lo primero que hace falta es que ustedes tomen conciencia de que son Centroamérica. También los panameños, aunque tengan el canal y una riquísima zona "libre" y escriban en inglés si es para caballeros o para damas... también los panameños son centroamericanos. En primer lugar, pues, y sobre todo, tomar conciencia centroamericana.

En segundo lugar creo que también sería muy importante mirar hacia atrás: estudiar y publicar la historia de Centroamérica, a varios niveles. ¿Por qué los países centroamericanos han llegado a la realidad en que se encuentran hoy? ¿Por qué nos han dividido siempre? ¿Por qué siguen dividiéndonos? Me decía un hondureño: "en mi tierra hasta los niños son agresivos contra los nicaragüenses". Evidentemente, al imperio le interesa la contrainformación. "Divide y vencerás".

Unámonos nosotros para vencer. Así pues, en segundo lugar, desarrollar esta conciencia, que es historia asumida, información veraz...

Y pienso, en tercer lugar, que ustedes, aquí en Panamá, tienen una especial posibilidad para potenciar la centroamericanidad. (Esto, idealmente, debería estar asumido y animado a nivel episcopal; pero ustedes ya saben que, con frecuencia, los obispos, como usamos capisayos, que pesan, llegamos un poco más tarde que el mismo pueblo...). Ustedes tendrían la ocasión, la oportunidad, de potenciar unos ejercicios de centroamericanidad, organizando —a través también de las órdenes y congregaciones religiosas— encuentros, talleres, organismos, comités de solidaridad, etc. ¿Por qué no organizar aquí un retiro para los centroamericanos dispersos que hay en este Panamá, quizá refugiados, exiliados... para ayudarles a vivir también su fe cristiana de un modo centroamericano? Es posible. Por ejemplo: ¿ustedes saben cuántos hondureños, salvadoreños, guatemaltecos, nicaragüenses, hondureños hay en Panamá? Pues sépanlo. Infórmense. Busquen el modo y la manera. Piénsenlo. Y tengan esa preocupación.

unidad, "intersolidaridad"

A veces hay un comité de derechos humanos, hay un comité de Justicia y Paz... y entre ellos no se entienden. Todos deberíamos recordar que el ejercicio de la solidaridad debe empezar por una especie de "intersolidaridad". A veces se dan conflictos tristes, ridículos, por recaudar fondos de los organismos de apoyo, por tener el prestigio del propio nombre... y dejamos los derechos humanos o la solidaridad un poco de lado. Me parece que todo esto debiera ser bastante revisado. Aquí en Centroamérica mismo se dan también problemas sobre este particular. ¿Por qué organismos de pastoral, organismo de derechos humanos, centros de publicaciones y reflexión a veces no tienen la unidad, la fraternidad, la conjunción de esfuerzos que deberían tener?

sacudir a la Iglesia desde el pueblo

Cuanto más comprometidos estemos con el pueblo, más deberíamos comprometernos en la Iglesia. Para provocar a la propia Iglesia, a la propia jerarquía, para sacudirla, para darle a la jerarquía y a toda la Iglesia sabor, olor —y hedor incluso— de pueblo, de sus dramas, de su sangre, de sus aspiraciones...

el hambre... de los otros

De San Pedro Sula a La Ceiba, en Honduras, se sentó a mi lado un muchacho. Yo le pregunté cómo estaban las cosas en Honduras. Y me dijo: "pues muy bien; aquí hay paz, tranquilidad...". Me atreví a hacerle una segunda pregunta: "pues mira, nosotros hemos leído que hay problemas sociales en Honduras..." Y me dice: "bueno, hay hambre, desempleo, sí, mucho...".

No sé si el muchacho me habría dado aquella primera respuesta por recelo, por desconfianza, por la situación que Honduras vive. Pero vean: paz y tranquilidad... con mucha hambre y mucho desempleo. El terminaba la carrera, con un cargo ya más o menos bueno en una empresa, con "paz y tranquilidad". El hambre y el desempleo... eran de los otros.

sean comunitarios

¿Recuerdan ustedes la más triste, la más cruel, la más expresiva palabra del egoísta que se haya dicho en el mundo entero a lo largo de toda la historia humana? Está en la Biblia, ya en una de sus primeras páginas: "¿qué tengo que ver yo con mi hermano?". Y lo dijo Caín después de matar a su hermano.

Ustedes no sean caínes más o menos camuflados. Porque lo somos cada vez que decimos o pensamos: "a mí lo que me importa es marcharme,irme con mi familia, resolver mis problemas, asegurar mi futuro... y de los demás yo no voy a resolver los problemas... cada uno habrá de espabilarse... para eso tienen la cabeza, que bastante me costó a mí...".

El hombre nuevo ha de tener una actitud "mayoritaria", comunitaria, colectivista, abierta siempre hacia los demás, hacia los otros, hacia las mayorías. Deberíamos grabarnos a fuego esa actitud en el corazón. No piensen en sí mismos, sino en los demás. No se interesen por "su" futuro, el de cada uno; interésense por el futuro de nuestros pueblos, de las mayorías oprimidas, de América Latina, del mundo. Sean comunitarios, colectivos.

las últimas palabras de Romero

Cuando Mons. Romero volvió de Roma, lloró. Fue muy poco comprendido en Roma. Jon Sobrino me escribió entonces una carta pidiéndome que le escribiese, porque estaba muy golpeado. Cuando me llegó la carta de Jon, monseñor era ya mártir. Fue cuando escribí el poema a "San Romero de América, pastor y mártir".

Un grupo de obispos brasileños, más Sergio Méndez, Samuel Ruiz... le habíamos enviado un telegrama felicitándole por la carta famosa que él envió a Cáster. El último día de su vida, las últimas palabras que escribió fueron una carta respondiendo a nuestro telegrama. Y las últimas palabras de la carta son: "siéntame estrechamente unido en... el triunfo de la Resurrección".

Se lo he comentado a los exiliados salvadoreños. Y les ha impresionado mucho.

acompañar a Guatemala

La represión en Guatemala es sofisticada y durísima. De masacres.

Hablando con los refugiados uno llega a saber cosas que estremecen. En una celebración de la Eucaristía que yo presidía pidieron

por la familia, por la comunidad tal, de un señor indígena. El estaba presente. Estaba presente con el cuerpo manchado: el shock que sufrió le provocó ese trastorno en la pigmentación de la piel. El ejército entró en su aldea, violó mujeres... y juntó a todos los hombres en la iglesia y los masacró. El quedó sepultado debajo de los cadáveres de sus compañeros. La sangre caía sobre él, bautizándolo. Cuando el ejército se fue —cuenta él— se incorporó y pidió permiso a los hermanos muertos para irse... Y dice que entendió en aquella hora que el Señor le había salvado la vida para que el mundo supiese...

De una represión así, tan violenta, de un ejército tan sofisticado, resulta un control casi absoluto. Ahora lo que hacen es llevar a los campesinos a otras áreas, impidiendo así que los que regresan de los refugiados, por ejemplo, o los más organizados, puedan ubicarse.

Alguien decía que toda Guatemala sería prácticamente como un pueblo fluctuante, un pueblo fuera de lugar: o está en los refugios, en el exilio, o vive en la guerrilla o está en las patrullas, que según algunos son como unos 8000.000. Los números ahí son escalofriantes. Algunos viven una cierta clandestinidad hasta en las ciudades. Deportados, pues, muchos, hasta dentro de la propia Guatemala... Y dentro de esta situación, a pesar de todo, las comunidades crecen, realmente... Tenemos que acompañarlos con mucho cariño, y con mucha oración también.

no tuve coraje para comer

Ayer, cuando venía en el avión, nos pasaron un almuerzo espléndido, succulento. No tuve coraje para comérmelo. Me podrán decir ustedes que fue una estupidez... Yo pensaba en los que en Nicaragua lo pasan tan apretado, y en Guatemala, y en toda Centroamérica... Pensaba en los niños del Quiché, miles de familias en esas montañas del Quiché de Guatemala, donde el ejército de la "democracia cristiana" (vean qué dos palabras) de Vinicio Cerezo está masacrando a familias enteras, sobre todo a partir de nuevo del mes de setiembre del 87. Ahí en las montañas del Quiché los niños no pueden tomar leche. Viven las familias en champas de plástico, trasladándose de un lado a otro perseguidos por el ejército...

sin hacer mayor drama

Yo iba a ir a esos países centroamericanos... Inicialmente, los obispos afectados aceptaron mi idea, hasta "con cariño y con alegría", según me dijeron. Después hubo un encuentro de obispos centroamericanos en Colombia, preparando la asamblea del Celam, y de allí surgió el veto. No pude entrar... Pero pienso que en cualquier caso se debió a motivos varios. Cada uno tiene su modo de ver y de sentir el evangelio. En estas incomprensiones y vetos y no vetos, todos pensamos actuar con la mayor sinceridad evangélica, ¿no?

Sería bueno que, en todo caso, nos habituáramos a pensar que aquellas palabras de Jesús sobre la conflictividad no se quedaron en le-

tra muerta, sino que pueden seguir siendo hoy de palpitante actualidad...

Podría traer aquí una página de mi diario, la que escribí cuando recibí el veto de mis colegas obispos. Pensé: hay tantos religiosos incomprensidos por sus obispos, tantos sacerdotes vetados, tantas actuaciones (tan cristianas) episcopalmente prohibidas... que no me parece malo experimentar en mi propia carne este "veto". Creo que es un crecimiento en el "proceso" de la Iglesia el que los obispos expulsan o prohíben a los obispos. Creo que es crecer. Lo digo sinceramente. Y por eso creo que hay que tomarse las cosas con cierta naturalidad, sin hacer mayor drama...

por el bien de la mayoría

Aquí en Nicaragua, como en el mundo entero, aquellos que no le vean mayor valor a una revolución realmente popular, aquellos que quieran volver a las andadas o sueñen con Estados Unidos, es porque no son capaces de ser austeros, sacrificados; no son capaces de renunciar a sus caprichos, a sus lujos, a sus vanidades, a su comodidad. Y así no hay modo.

Debemos saber renunciar. ¿Falta algo? Pues falta. A otros les falta mucho más. Yo renuncio a algo para que todos tengan lo necesario. Y ahí, vean, esos contrabandas, esos estraperlos, el agiotismo, la corrupción... eso es criminal, eso es asesino, eso es blasfemo, porque impide que los bienes que Dios nos da para todos lleguen realmente a todos. No quejarse, no reclamar por los artículos que faltan, que faltan precisamente por el bien de todos, eso es espíritu cristiano aquí y ahora.

El realismo debe obligarnos a sentir las dificultades de los hermanos en carne propia. Si falta algo por el bien de todos, que falte, y que no falte nuestra generosidad, nuestra austeridad, nuestra capacidad de ideal, de ilusión, de entusiasmo. Si falta algo por el bien de la mayoría yo no me habré de quejar.

no se nace, se hace

Nadie nace con un corazón revolucionario. Ni siquiera con un corazón socialista. Como nadie nace con un corazón cristiano. ¿Quién de nosotros nace con corazón pobre? Eso se va adquiriendo, se va conquistando, se va haciendo en la revolución de cada día.

la opción por los pobres y sus procesos

La Iglesia siempre ha hecho la opción por los pobres. Siempre. No hay duda. De una manera u otra. Y muchas veces heroicamente.

Sin embargo, actualmente hay una novedad en esa opción. La novedad que en gran parte nos ha aportado la teología de la liberación —y a la que nos ayudó también el propio Marx— es que estamos haciendo opción también por sus procesos, por los procesos de los pue-

blos. Optamos pues por los pobres como individuos, como clases, como mayorías, como pueblo, como pueblo organizado, como pueblos en proceso. Esa sería la novedad. Y me parece una novedad sumamente importante.

Y ahí viene todo eso que ya sabemos: entrar en los procesos, respetándolos, asumiéndolos en la medida de lo posible, respetando su ritmo en la evaluación, en la programación, dejando y haciendo que el pueblo participe realmente...

pastoral de la defensa

Nuestra Iglesia y buena parte de nuestra jerarquía olvida la historia fácilmente. Cuando la segunda guerra mundial, elementos de Iglesia atendían pastoralmente a quien estaba en la resistencia. Y la Iglesia lo veía bien. Los bendecía. Les pasaba indulgencia. No digo que no hubiese Iglesia y hasta jerarquía con la contra-resistencia. No digo que no. Se dió de todo. Pero ustedes recordarán —y los más jóvenes lo habrán podido leer en textos referentes a la época— que la resistencia era algo legítimo, algo heroico, algo bien cristiano. ¿Y por qué la resistencia en Centroamérica no? ¿Por qué? (Claro, que hay que llamar resistencia a lo que lo es, a la que siempre lo ha sido, a la resistencia contra el Imperio invasor, no a los asalariados del imperio que se quieren disfrazar autodenominándose “resistencia”...).

Todo esto se lo decía yo —en otros términos— al Papa, en una carta que le escribí. El hecho de que los nicaragüenses defiendan su proceso revolucionario, el hecho de que se vean obligados a defenderlo —decía muy bien Tomás Borge— les obliga a morir y a matar... No vamos a caer en esa estupidez que el sistema quiere inculcarnos de que a los nicaragüenses les gusta la guerra. Eso no le gusta a nadie. Recuerdo lo que leí en tantas paredes de Nicaragua: “No somos militares. Somos población civil. Estamos armados por necesidad”. Como Iglesia no sólo no podemos condenar esta defensa, sino que debemos atenderla pastoralmente.

dos grandes milagros

Quiero hacer un solemne elogio y una profunda acción de gracias a Dios por la existencia de los delegados de la Palabra en Centroamérica. Creo que en la Iglesia de América Central hay dos grandes milagros, dos grandes bendiciones del Señor. La primera, los mártires. La segunda, los delegados de la Palabra. Que Dios los bendiga, que se multipliquen, que los mimemos.

subsidiariedad y suplencia

Hay muchos movimientos, asociaciones y organismos de derechos humanos que no son cristianos. Es muy explicable. Sería muy importante que la Iglesia, donde pueda, donde sea oportuno, en vez de precipitarse a crear sus propios organismos de derechos humanos,

se sumara a los organismos de derechos humanos que ya existen. En parte, es lo que ya tenemos dicho para los hospitales, las escuelas, para otros trabajadores o movimientos populares; no tener la obsesión de crear nosotros una especie de instancia de derechos humanos “cristianos”, o de derechos humanos “católicos”. Sería un gravísimo error.

Ahora bien, hay lugares donde sólo la Iglesia puede crear espacios de defensa, de denuncia, de organización de los derechos humanos, comités de solidaridad: en El Salvador, en la misma Guatemala, en Brasil, en Chile... Ahí sí pienso que la Iglesia, que tiene tantas asociaciones, cofradías y organismos, debiera velar muy fundamentalmente por organizar de un modo sistemático la denuncia, la defensa, la promoción de los derechos humanos...

Centroamérica contra Centroamérica

Centroamérica da la impresión de que está contra Centroamérica. Ustedes los centroamericanos están viviendo una especie de guerra interna centroamericana, utilizados por los grandes, por el propio imperio, y a todos los niveles... Ahí parece que se podría situar el desafío mayor para ustedes los cristianos centroamericanos.

una contribución a América Latina

La revolución nicaragüense es fundamentalmente sandinista. Y “sandinista” viene de Sandino. La contrainformación —una de las varias contras— está muy interesada en hacer que eso se olvide, y para ello se esfuerza en hacer pasar el sandinismo como sinónimo de comunismo. Así, habla casi siempre de “sandinismo-comunismo”, y del “régimen marxista-leninista de Daniel Ortega”...

Pero “sandinismo” sigue viniendo de Sandino. Esa revolución nicaragüense sigue siendo particularmente antimperialista. Y ésa es una contribución sumamente valiosa de Nicaragua a Centroamérica, a América Latina, al tercer mundo, al mundo entero.

Yo doy gracias a Dios por que el pueblo nicaragüense sea tan antimperialista, como lo debieran ser todos los pueblos de Centroamérica. Esa contribución de Nicaragua —insisto— me parece sumamente valiosa. Y digna de que demos gracias a Dios por ella.

una estructura al servicio del Reino

A veces pienso que cuando lleguemos al cielo, entre otras cosas, el Señor nos dirá: “bueno, ahora se me olvidan ustedes de la Iglesia...; no me vengan aquí a alborotar el gallinero...”. Porque ustedes saben que en el cielo habrá muchísimos —la mayor parte de los que están o estarán en el cielo— que nunca supieron o sabrán nada de la Iglesia... (A Rahner le impresionaba mucho pensar que la mayor parte de la humanidad se salvó, se salva y se salvará sin saber nada de la Iglesia, y sin saber nada de Cristo...).

Por eso, no debemos perder de vista que muchas de estas incomprendimientos, de estas tensiones “eclesíásticas”... son fruto simple-

mente de esa "estructura al servicio del Reino" que es la Iglesia, que aun siendo más que eso, no deja tampoco de ser eso, una estructura humana, un tinglado que está ahí, con sus deficiencias. Por eso, una visión más amplia, ampliada a las dimensiones del Reino —que siempre es más grande que la Iglesia—, nos oxigena y alienta nuestra esperanza.

a la mayoría siempre

Contrariamente a lo que decía el poeta español Juan Ramón Jiménez, que él hacía su poesía "a la minoría siempre", nosotros debemos decir: "a la mayoría siempre".

el Verbo sembrado

El Reino está sembrado, como aspiración, en cualquier corazón humano, en cualquier cultura. Semillas del Verbo esparcidas en todas las culturas, en todos los pueblos. Estudiosos patrísticos dicen que los padres decían más: ellos decían que no sólo hay "semillas", sino que el Verbo está sembrado, presente, de lleno, aunque no revelado.

Si en este particular no tenemos las ideas claras, necesariamente acabaríamos pensando en dos dioses, o en dos posturas fundamentalmente distintas por parte de Dios: para unos seres humanos Dios sería Padre, totalmente Padre, plenamente salvador... y para con la otra inmensa mayoría de la humanidad sería más o menos bueno, permitiéndoles unas migajas, tratando de salvarlos como buenamente pudiera... Acabaríamos aceptando "un dios judío" en el mal sentido de la expresión, un dios "de mi pueblo Israel", pero no el Dios "de todos los pueblos".

Se ha constatado que la mayor parte de los pueblos indígenas se dan a sí mismos un nombre que signifique: el pueblo, la gente, el ser humano, personas humanas, la gente auténtica... O sea, tal como se ve claramente en su autodeterminación original, cada pueblo se considera la humanidad, el ser humano.

En los mitos indígenas hay expresiones bellísimas, que nos debieran sacudir: no son menos bellas ni menos sabias que las expresiones que aceptamos como de fe en la Biblia. La referencia de esos mitos indígenas es la misma: el Verbo sembrado.

cuando más distante

Cuanto más distante se vive, cuanto más en la montaña, más en la frontera, en la emergencia, en la conflictividad... se vive y se vive como Iglesia, más necesidad tenemos de estudiar. Cuando se vive en plena ciudad, con todas las bibliotecas al alcance y todos los asesores necesarios, si tengo dudas pregunto, marco el teléfono...

En América Latina, y más aún aquí en Centroamérica, en toda esta coyuntura, sobre todo los que están en la frontera, en la montaña, en la emergencia...: procuren leer, estudiar, y ayudar y proporcionar a nuestros hermanos libros, talleres, encuentros, cursos...

quinientos años

Podemos y debemos conocer la historia de la Iglesia. La Iglesia, a lo largo de la historia ha hecho no sólo grandes tonterías, sino grandes barbaridades. Ha posibilitado masacres, guerras, torturas... Y no vale decir: en cuanto hacía eso no era Iglesia... Eso es muy fácil. Y también lo podría decir el comunismo, o hasta el Imperio norteamericano. No. Era la Iglesia, santa y pecadora, "casta prostituta", como decían los santos padres. Claro, negando su ser de Iglesia de Jesús. Pero era esa Iglesia-institución que está ahí.

Nos debemos sentir también responsables del pecado de la Iglesia.

Ahora, en España, hay una corriente, en la perspectiva de la celebración de los quinientos años, que dice lo siguiente: "no, no vamos a vanagloriarnos del descubrimiento y de la evangelización; tampoco vamos a sentirnos con remordimiento, porque nosotros no estábamos allá en aquella hora; quien lo hizo que lo resuelva..."

Claro, eso es muy cómodo. Es olvidar la historia y dejar de ser históricos. Si ignoramos el pasado, ¿cómo podremos vivir el presente y preparar el futuro? La Iglesia es responsable delante de Dios y de la humanidad de lo que ha hecho bien y de lo que ha hecho mal. Y nosotros hoy somos la Iglesia. Y cargamos sus responsabilidades históricas. Si decíamos, hablando de la fe, que "una nube de testigos nos acompaña", podemos decir que nos acompaña también una nube de sinvergüenzas, antes, ahora y después. Y a veces sería bueno saber en qué nube estamos, mitad testigos mitad sinvergüenzas...

cuanto más nos centroamericanizamos

No olviden nunca esto: cuanto más nos centroamericanizamos más nos latinoamericanizamos, y más nos universalizamos. A mí me gusta mucho una poesía de un poeta alemán, Heine, que dice: el mejor poeta, el más universal, es el que mejor canta en la rama de su árbol genealógico. Como diciendo: el más encarnado, el más enraizado en su propia cultura, en su propio lugar, en su propio tiempo, ése es el que tendrá una voz más universal. Por una razón muy sencilla: porque será el más auténtico.

le debemos tanto a Honduras

Yo pido que alguien escriba algún día el libro de los delegados de la Palabra de Centroamérica, a partir de Honduras. Honduras le hizo este servicio inmenso a América Latina. Por eso le debemos tanto a Honduras.

Nicaragua profética

Todos los pueblos de la tierra tienen una vocación profética, algo original que decir en la historia, porque tienen su identidad y pueden y deben contribuir al bien, al crecimiento, a la plenitud de los

otros pueblos.

Nicaragua es un pueblo profético también por vocación cristiana, porque es un pueblo bautizado. Todos sabemos que es a partir del bautismo como nos viene la misión de la profecía. Somos un pueblo de profetas, sacerdotes y reyes. Hay que subrayar este aspecto también. Posiblemente no se ha estudiado todavía lo que significa que un pueblo sea mayoritariamente cristiano, y que por lo mismo deba dar una contribución cristiana a su propio proceso y a los procesos de los otros pueblos. La originalidad de la revolución nicaragüense sería ésta entre otras: un pueblo mayoritariamente cristiano necesariamente debía dar una contribución cristiana a un proceso nuevo, suyo y, en este caso, revolucionario.

Pero yo digo que Nicaragua, Centroamérica, América Latina, el Tercer Mundo entero, es como un pueblo compulsoriamente profético, a la fuerza, por la fuerza —diríamos— de las circunstancias. El propio cautiverio, la dominación, la colonización, el imperiajismo, los imperios sucesivos, y las sucesivas oligarquías lacayas han puesto a muchos pueblos latinoamericanos y a Nicaragua concretamente en el candelabro de la profecía. En la cruz y en el martirio, que es profecía siempre. Cuando hoy digo Nicaragua digo su pueblo y su Iglesia. Quizá sus pueblos y sus Iglesias. En la pluralidad cultural de Nicaragua y en su pluralidad ecuménica, siendo una única Nicaragua en última instancia.

Por la agresión de Estados Unidos y por la incompreensión de la Iglesia jerárquica dentro de Nicaragua y en el continente —más concretamente a nivel de Celam— y en Roma también, esa Nicaragua Pueblo-Iglesia se ve obligada compulsoriamente a ser profecía. La situación álgida, escandalosa, dialéctica, que Nicaragua está viviendo, posibilita que cuantos pasan por Nicaragua o se aproximan a Nicaragua, por la solidaridad, o quizás incluso por el escándalo, todos los que miramos a Nicaragua, de cerca o de lejos, la aceptemos como profecía o la rechazemos como escándalo. La profecía, en la Biblia, y el propio supremo profeta Jesús, es o salvación o escándalo o locura.

La realidad sucesiva de la opresión, del cautiverio y ahora de la agresión, así como la voluntad de liberación, la afirmación de la propia identidad y autonomía, el esfuerzo terco en el proceso histórico que Nicaragua está viviendo, como también esas ganas que el Espíritu suscita en ella, como en tantos otros pueblos de la tierra, de la nueva Iglesia, esa llamada Iglesia popular —cuyo nombre sería propiamente teológico y ciertamente más evangélico que muchos otros adjetivos que la Iglesia secularmente utilizó— hace que Nicaragua sea realmente profética, y debería obligarnos a todos los que la miramos, sobre todo a los que reconozcan el Espíritu de Dios como un Espíritu que suscita la profecía en las personas, en las comunidades, en los pueblos, a mirarla con un mínimo de comprensión.

Posiblemente, la proximidad de esta Nicaragua-profecía —si fuéramos libres, sinceros, y fieles— nos obligaría a profetizar también.

Quien pasa por Nicaragua debería salir de Nicaragua para el mundo “proféticamente”. Quien no acepte delante de Nicaragua o de Centroamérica, de América Latina más en general, y aún más en general todavía delante del tercer mundo, quien no acepte esta postura profética que el pueblo de Nicaragua provoca, se escandaliza necesariamente. O profetizamos o nos escandalizamos: no hay otra alternativa. Nos escandalizamos y escandalizamos a los demás. Con otras palabras: no se puede ser indiferente ante Nicaragua. O a favor o en contra. O se entra en el proceso o, creyendo impedirlo, quizá con la mejor buena voluntad de prestar un servicio a Dios, asesinamos la profecía en la historia, la liberación y el Reino.

una hora muy hermosa

Nicaragua: una revolución social, política, económica, cultural... y una revolución eclesial. Las dos revoluciones se encuentran inevitablemente y caminarán juntas, o simultáneamente se impedirán en este continente cristiano de América Latina. Los desafíos son enormes, estimulantes también. Esta es una hora muy hermosa: de martirio, de profecía, de pascua.

en Chiapas

Ustedes están en Chiapas, y hay que agradecerle eso a Dios. Ha sido providencial para los refugiados y para Centroamérica el que don Samuel y ustedes estén aquí. Sobre todo para los procesos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, incluso para el resto de América Latina, México siempre ha sido puente, diálogo, referencia, y lo está siendo de una forma muy concreta ahora con los refugiados.

Si no hay en los propios países centroamericanos y en este México y otros países una Iglesia o Iglesias que asuman a Centroamérica como un desafío pastoral, o como un lugar por donde pasa Dios, por donde está pasando el pueblo de Dios hacia la tierra prometida, con todas las contradicciones y límites que tiene, y si no procuran contribuir a nivel de Teología, de grandes encuentros internacionales de asesorías, de solidaridad... Centroamérica no tendrá posibilidades de salir adelante en la revolución política, económica y social en que está embarcada, ni podrá ser esa Iglesia que soñamos.

la supervivencia de esta Iglesia

Quiero decirlo con mucha sinceridad: siento a veces que será menos difícil que venza el proceso revolucionario nicaragüense frente a todos los imperios que el que pueda salir a flote con cierta libertad, con alegría, danto testimonio, esta Iglesia que soñamos en Nicaragua y para Nicaragua, en Centroamérica y para Centroamérica, en América Latina y para América Latina y para todo el mundo. Yo siento más inerte a nivel estructural a esta Iglesia que soñamos, la Iglesia de los pobres, la Iglesia popular, la Iglesia comprometida simul-

táneamente con las personas y con los pueblos, la Iglesia que sabe reconocer las señales de los tiempos y las señales del lugar, la Iglesia que sabe convertir la coyuntura en sacramento de salvación, y que sabe detectar en la estructura el pecado, y sabe transformar la estructura también en otro sacramento mayor, más fundante, de salvación histórica, de testimonio, de evangelización, de gracia, de Reino. (Yo he lamentado muchas veces ante nuestros teólogos que cediesen en un momento dado —ante incomprensiones y cortapisas autoritarias— en el uso de la expresión "Iglesia popular". ¿No es la Iglesia Pueblo de Dios? ¿No es en el pueblo, en el pueblo de los pobres, en su día a día, en sus procesos, donde acontece mayormente el Reino? Esas multitudes que seguían a Jesús, frente a las cuales él se conmovía... Si la Iglesia no es popular, ¿será la Iglesia de Jesús? Se habla de la Iglesia "jerárquica" porque la Iglesia "tiene" jerarquía. Se puede hablar con mucha más razón de la Iglesia "popular" porque la Iglesia "es" pueblo de Dios).

El desafío de la supervivencia de esta Iglesia de Jesús aquí en Nicaragua solamente se refiere a la estructura de la propia Iglesia. Yo creo en la presencia del Señor resucitado, que es capaz de salvar a la Iglesia a pesar de ella misma, para salvar en la Iglesia la señal, el fermento, un espacio privilegiado de Reino. Sin embargo es bueno no olvidar lo que Gustavo Gutiérrez, buen conocedor de la teología de América Latina y de Nicaragua concretamente también, buen conocedor de la sociología y de los procesos revolucionarios, ha dicho en repetidas ocasiones, alarmado, profético: si se impide la revolución sandinista en Nicaragua con la participación tan activa de los cristianos, por muchos años será imposible en América Latina una revolución verdaderamente popular que sea libremente cristiana.

Esquipulas, marco histórico

Esquipulas es un marco histórico para toda Centroamérica. Siempre, eso sí, en continuidad con Contadora y el Grupo de Apoyo. Siempre que Esquipulas no pretenda legitimar las seudodemocracias que el capitalismo y las dependencias lacayas quieran imponerle a América Latina, como alternativa confiable de las dictaduras. Siempre que no pretenda frenar el desarrollo de las luchas populares —antiimperialistas y antioligárquicas, rurales y obreras, de identidad cultural y de participación. Siempre que no reste solidaridad a la legítima insurgencia ni vacíe el clamor de los organismos de Derechos Humanos. Mientras se pueda contar con una OEA relativamente independiente. Aprovechando la hora crítica del Imperio, desgastado internacionalmente por la desalmada política de Reagan y minado interiormente por la creciente firmeza de los Movimientos de Paz y de Solidaridad con América Latina, en el mundo y en los sectores conscientes del mismo Estados Unidos.

Cuanto más se centroamericanice

Se respiraba ya en aquel "canal del Imperio" el alto clima de crisis global que hoy lo desafía históricamente. Enclave geopolítico de la maquinaria militar y económica de Estados Unidos —entre Panamá y Estados Unidos, dice Reagan, no puede haber conflicto de "seguridad nacional"—, en Panamá está el Comando Sur y Panamá reúne el 80 o/o de las inversiones norteamericanas en Centroamérica. Y en Panamá realizó Estados Unidos —ya entre 1856 y 1964— diecinueve intervenciones directas.

Único país independiente del mundo que no tiene moneda propia, Panamá, con sus dos millones de habitantes, es una especie de colonia, privilegiada sólo para unos pocos. Los negros de Colón, los varios grupos indígenas, la mayoría silenciosa y quizá subempleada, son marginales a la política oficial.

El país —nos comentaba un sagaz analista nacional— está desgarrado entre dos polos de poder que no plantean ningún modelo económico diferente; ninguno de los dos levanta el discurso popular. "Hay un vacío en el país: falta lo democrático-popular-nacional". A corto plazo no se resolverá la real crisis panameña, que es crisis de dominación y hegemonía.

En éstas, Noriega, con la mano sucia, ha levantado una bandera teóricamente limpia: el antiimperialismo, el nacionalismo, la latinoamericanidad. Pero el país no funciona con sólo una bandera. Noriega será un episodio más, quizá significativo. "Geográficamente hemos sido centroamericanos —reconocía el mismo analista—, históricamente sudamericanos; ahora nos tocará ser centroamericanos de verdad". Y cuanto más se centroamericanice Panamá —como Pueblo y como Iglesia— más esperanzas de transformación verdadera podrá abrigar.

Somos el pueblo hondureño

En Honduras sentí una especie de país en la clandestinidad. Hablar y escribir, por ejemplo, de los Acuerdos de Paz de Esquipulas, es subversivo en ciertos ambientes. No se puede hablar claro. Honduras reclama que no la ignoremos, que no la despreciemos.

Honduras se siente humillada e invadida por el Imperio y por sus lacayos —militares o políticos, terratenientes y negociantes— y al mismo tiempo se ve incomprensida e ignorada por sus hermanas de América Latina.

El pueblo me dice en Honduras: "Ni somos los gringos que invadieron el país (con diecisiete bases de gran porte y hasta unos 7.000 soldados), ni somos los contras que utilizan nuestro territorio (con sus campamentos a lo largo de la frontera con Nicaragua), ni somos el ejército opresor, ni el gobierno servil; somos el pueblo hondureño, humillado, en busca de la liberación". Es necesario acompañarlo con nuestra solidaridad.

Hay que volverse a ese pueblo. Y sentirlo. Y agradecerle su soportada vida. Con sus campesinos, secularmente explotados por las

grandes compañías, pero en una buena tradición de lucha, de sindicato, de martirio; con la CNTC ahora (Central Nacional de los Trabajadores del Campo) que ya reúne cinco federaciones con casi 30.000 socios, a pesar de la represión oficial. Con sus obreros, combativos y uniéndose en corporaciones mayores, como la FUTH (Federación Unitaria de Trabajadores de Honduras). Con sus heroicos Delegados de la Palabra que en Honduras nacieron en 1966, y se esparcieron después, como una bendición, por toda Centroamérica. (La represión intenta ahora infiltrar entre ellos sus "orejas" o delatores, para desarticular esa fuerza campesina y cristiana de Liberación). Con sus organismos de Paz, de Derechos Humanos, de Familiares de Detenidos-Desaparecidos (COFADEH). Constan 130 desaparecidos, en estos últimos años, ciudadanos extranjeros refugiados en su mayoría. Y el día 14 de este año caían, mártires, Miguel Angel Pavón, de los Derechos Humanos, y el educador Moisés Landaverde.

La Iglesia de Honduras, con un buen número de sacerdotes, religiosos, delegados de la Palabra, catequistas y militantes cristianos más comprometidos, y con un episcopado más próximo al Pueblo y a sus reivindicaciones, es más que una esperanza cierta de nueva evangelización liberadora.

La revolución del silencio.

De Guatemala todavía se sabe demasiado poco también. No se saben o se olvidan los cien mil asesinatos recientes, el millón de desplazados internos, los 35.000 desaparecidos desde 1954, los 150.000 refugiados en el exterior, el hinchazo abrumador y violento de la capital con sus 2.600.000 habitantes en un país de ocho millones, la constante violación de los derechos humanos, las casi 500 aldeas arrasadas, las "aldeas modelo" o militarizadas, los patrulleros forzados, la seudodemocracia de la Democracia Cristiana de Vinicio Cerezo, publicitaria al exterior pero internamente desastrosa —"candil de la calle, oscuridad en casa"—, el privilegiado 20/o de la población que posee el 700/o de las tierras cultivables, el estallido de las sectas (alguien ha hablado de un 300/o de "evangélicos sectarios" en Guatemala, verdadero "plan piloto" de penetración de las sectas en Centroamérica, sobre América Latina —hablo de "sectas", no de Iglesias evangélicas—), y finalmente la genocida ofensiva de fin del 87, que desplegó sobre las comunidades campesinas de las montañas 30 batallones con 13.000 hombres sofisticadamente armados...

Un documento de denuncia de la ofensiva militar sobre el Ixcán y el área Ixil ("el interés de Vinicio Cerezo") habla de 150 días de ininterrumpida ofensiva militar del ejército guatemalteco contra la población civil del norte del departamento de El Quiché, con un gasto de 10 millones de dólares y con la destrucción completa de nueve aldeas; habla también del intento de "palestinización" de las áreas en conflicto, del expolio de las tierras de las cooperativas y de la opresión defini-

tiva sobre los refugiados; la tierra o la libertad o la vida, que para un Pueblo indígena son tres sinónimos.

De la conciencia étnica a la conciencia indígena

De México, Distrito Federal, a San Cristóbal de las Casas fuimos hablando de Guatemala, horas y horas. En las montañas agredidas por el Ejército de Vinicio, "las compañeras —decía el indígena que nos acompañaba— sólo pueden encender fuego a las dos de la madrugada. Hasta les cerramos la bocina a los gallos para que no nos descubran". Ya se ha dicho que en Guatemala los gallos son también prisioneros políticos.

"Vamos seis años", pondera el indígena; como quien dice: ¡podemos ir mucho más! El ejército los acosa, los bombardea, les ha envenenado el lago, les quema las plantaciones. Un niño suyo está "enfermo de guerra". "Pero nuestra vigilancia sabe todos los caminos de la selva". "Todo revuelto, miedo con dolor, pero seguimos". Se niegan a acogerse a la tutela de las autoridades militares "porque ellos se guritito nos matan". "Somos un pueblo que estamos conducidos por nosotros mismos"...

Desde que se inició la guerra contrainsurgente en 1980, las varias etnias se han visto obligadas a convivir —"hasta 22 etnias diferentes en un mismo poblado"— y "por segunda vez se da un ascenso de la conciencia étnica a la conciencia indígena", según el antropólogo M. Lombs.

Y todo eso es conciencia de Patria Grande, revolución latinoamericana.

El Cristo negro y la bandera yanqui

A Duarte le han sentado mal los acuerdos de Esquipulas, desde el primer momento. No había modo de besar simultáneamente el Cristo negro de Esquipulas y la bandera yanqui. Ha llegado a hablar de Esquipulas como de unos "acuerdos transitorios".

Sólo en Nicaragua

Oyendo a la madre de un caído comentar la Marcha por la Paz hacia Nueva Guinea, monseñor Sergio Méndez Arceo —el patriarca de la solidaridad— ponderaba, a mi lado: "¡Viven lo heroico con una naturalidad...!". Las madres, las mujeres, siguen siendo en Nicaragua una floración espléndida de conciencia y de participación. "En manos de las mujeres están las cooperativas y el campo", decía la improvisada actriz de un sociodrama. Las Madres de Héroes y Mártires de la muy leal Matagalpa hicieron llorar, con su testimonio, a un grupo de rusos que visitaban Nicaragua y nos sorprendieron mientras ya preparábamos la Eucaristía, puesta ya la mesa y el blanco mantel y unas flores siempre vivas. Hasta cinco hijos, el marido y un hermano había entregado una de aquellas madres.

“Sólo en Nicaragua, les comentaba yo a los visitantes, fornidos y colorados, pueden acontecer semejantes encuentros. Esas mujeres, cristianas y hasta devotas, que les homenajean a ustedes con himnos religiosos; ustedes que, en principio, serán marxistas y comunistas ateos; yo, obispo católico, venido de Brasil. Recuerden, con todo, que el “dios” que Marx desestaba —el del opio— no es el Dios en quien estas mujeres y yo creemos y con cuyo nombre en la boca han muerto los hijos de ellas. El “dios” ese de Marx no es el Dios de Jesús. Ellas, por ser madres, definen muy bien con su sola presencia lo que aquí nos une, el Dios a quien amamos: la vida, el Dios de la vida, vida para todos”. Por esas fechas —celebrando el Día Internacional de la Mujer— las mujeres proclamaban en una pancarta por las calles de Managua: “No sólo queremos dar vida. Queremos cambiarla”.

Espiritualidad de la revolución

La espiritualidad de la liberación, en Centroamérica, ha de vivirse más específicamente como una espiritualidad de la revolución. Y a la Pastoral de la Frontera y a la Pastoral de la Consolación hay que añadir —en ciertas latitudes centroamericanas o en todas ellas, quizás— la Pastoral de la Astucia: “Prudentes como las serpientes”, que diría el propio Jesús. En medio de esos procesos ineludibles de los pueblos centroamericanos, ¿qué desafíos, qué aportes, qué conflictividad, qué gracias le acosan a un cristiano sincero? ¿Cómo se habrá de ser Iglesia de Jesús hoy, allí, en aquellas “fronteras”? Invocar la normalidad de la rutina, huir de la historia, quedarse en la dicotomía cobarde, nunca será evangélico ni evangelizador.

geopolítica apasionante de evangelio

Acababa de pasar por Honduras —por Centroamérica— el electrónico pastor Jimmy Swaggart, titular de un imperio de teleevangelismo que alcanza a más de 140 países, y ahora estallaba en los periódicos su escándalo. Acababa de pasar también, con motivo del año mariano, siempre luminosa y consoladora, la Virgen de Suyapa, la Suyapita nacional, encontrada por unos campesinos, en febrero de 1747, en la montaña de El Pingüín. Algunas comunidades supieron recibir a la Madre de Jesús muy conscientemente: “Oh Corazón de María, / de América Corazón, / a tu Hijo crucifican / de nuevo en esta región. / Te vemos comprometida / en nuestra liberación”.

En Honduras tuve otros muchos encuentros, cálidos, con delegados de la Palabra y catequistas —hombres y mujeres—, con jóvenes, con sacerdotes y religiosas. En La Ceiba, la Masica, Tela, Progreso, San Pedro Sula, Arizona, Jutiapa, Salomá. Tauladé... En Honduras me encontré... con Honduras, ya para siempre también geografía del alma, geopolítica apasionante del Evangelio.

Yo le responderé

Ha muerto, hace poco, un periodista de “Barricada”, que rezaba todas las noches el Salmo 21: “Pues a mí se acogió, lo libraré”. Herido de guerra y ya en agonía, le pidió con gestos a su mamá que le recitara el salmo, por última vez. “Me llamará, Yo le responderé”, aseguraba el Señor en el salmo.

la avanzada de Estados Unidos

En Guatemala las reformas de colonización son estrategia militar. El gobierno es civil pero manda el ejército. Y manda al servicio del imperio: “Nosotros somos de hecho la avanzada de Estados Unidos contra este enemigo común (el comunismo internacional)”, declaró a la revista “Soldier of Fortune” el general Héctor Gramajo, ministro de Defensa. La Comisión de Verificación (CIVS) tuvo que reconocer que Guatemala no ha cumplido con Esquipulas. El Cristo negro de Esquipulas sigue martirizado en su casa. La corrupción se ha oficializado: “El noventa por ciento de los policías son corruptos”, admitía el propio viceministro de gobierno, Benjamín Rivas.

una apasionada evangélica latinoamericanidad

Vuelvo de México, la capitalísima de los embotellamientos y de la contaminación ambiental, pero también de la cordialidad y de la Guadalupana. Esta vez fui a verla, a ella, la Virgen de Guadalupe. Y a pedirle una apasionada evangélica latinoamericanidad. A rezarle por todos los Juan Diego y las Juanitas del Continente. Lloviznaba sobre los hombros del Tepeyac, pero seguían humeando los desayunos típicos al socaire de las basílicas.

La ciudad de México había amanecido cercada de nieve.

los derechos humanos en El Salvador

Siguen muy maltratados los derechos humanos en El Salvador. El VII Congreso de FEDEFAM (Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares Detenidos-Desaparecidos) que iba a realizarse en El Salvador, el año pasado, fue impedido de hecho por el gobierno demócrata cristiano de Duarte. Y la ley de Amnistía acabó favoreciendo sobre todo a las Fuerzas Armadas represivas. Sigue creciendo en El Salvador la lista de los Desaparecidos: seis mil calcula FEDEFAM, hasta la fecha. El heroico coordinador de la Comisión de Derechos Humanos No Gubernamental (CDHES), Herbert Anaya, juntó su sangre, después de Esquipulas, al caudaloso río de la sangre mártir salvadoreña. Sigue la captura de campesinos y hasta de menores. Las tropas gubernamentales llegaron a incursionar, recientemente, con morteros y fusilería, al Refugio San José Calle Real, donde se encuentran veinte lisiados de guerra y 600 desplazados. Las Comunidades Cristianas de El Salvador lanzaron, el día 4 de este mes de marzo de 1988, un llamado “a la comunidad internacional, Iglesias, institucio-

nes humanitarias" para que se presione al gobierno de Duarte en orden al respecto de los derechos humanos de los heridos y lisiados de guerra: los veinte de Calle Real y las varias decenas en los frentes de combate. Se trata de exigirle al gobierno democristiano que respete los convenios de Ginebra y los acuerdos suscritos por el mismo gobierno con el FMLN.

continúa la reforma agraria

En Nicaragua la vida continúa, a pesar de la guerra. Como un chilamate imperturbablemente verde. Continúa la reforma agraria, los asentamientos. El día 12 de marzo, por la noche, celebramos la eucaristía en el asentamiento nuevo de El Bonete, ya con seis cooperativas de treinta familias cada una y cada cooperativa con sus cincuenta vacas. Las casas, en construcción, más lejos de la guerra y en tierras mejores. Las hermanitas de Jesús, Nely y Auxiliadora, forman parte del asentamiento también. El carro nos alumbraba con sus faros. Una enorme champa de lona y panochas de maíz hacían de tienda santa, como en las marchas del Pueblo de Dios por el desierto. Las guitarras junto a los fusiles, pero sólo ellas cantaban. La Virgen de Guadalupe y el hermano Carlos de Foucauld miraban benignamente desde las cubiertas de la Biblia latinoamericana. Escogimos el evangelio de la Transfiguración. Y hablamos de la Pasión, de la Pascua, de la Tierra Prometida.

Continúa la fe invencible. La fraterna amistad. Continúa la Nueva Nicaragua. El Dios de los pequeños no la abandonará.

una guerra contra la esperanza

La guerra de baja intensidad es lo que ha estado golpeando a Nicaragua: esa precariedad con que se vive, el cansancio, ese continuo "no hay"... Algunos sienten que aquel heroísmo tan multiplicado de los maestros y maestrillos en la montaña de la alfabetización ha disminuído...

Hay que pensar lo que son siete años de agresión, de muertos, tantas bajas... Y, por otra parte, todos tenemos necesidad de ver la victoria, de ver frutos. Cuando los frutos no se ven —algunos por lo menos— o cuando se pierden frutos ya adquiridos, cuando se tiene que cerrar tantas escuelas en la montaña a causa de los ataques de la contra —a pesar de que el gobierno sandinista continúa intensificando sobre todo sus proyectos en el medio rural, en el mundo campesino— claro, todo eso afecta mucho al pueblo.

En la guerra de baja intensidad —la "GBI", que es ya toda una teoría de estrategia militar moderna— el Imperio ha descubierto que tiene un medio mejor que la invasión directa. Mejor la agresión de la GBI. No hay duda de que si hubiese invasión directa resurgiría muchísimo de Nicaragua; el espíritu revolucionario, aquella actitud

sandinista ante el Imperio volvería a arrebatar a una máxima parte de los nicaragüenses.

Por otra parte, esa guerra de agresión no es sólo contra Nicaragua, sino contra todo lo que Nicaragua significa de esperanza para Centroamérica. Y eso lo pude comprobar entre los refugiados guatemaltecos. Pregunté a un muchacho joven: "¿piensas volver a Guatemala o ya te quedarás en México?, ¿o te irás a Estados Unidos?" Y él me dijo: "Vea, monseñor; con sinceridad, yo ya no pienso volver a Guatemala, y muchos compañeros míos tampoco piensan volver. Ya ha sufrido mucho nuestro pueblo, nos han matado a muchos familiares. Y, vea, Nicaragua venció, la revolución triunfó, y ahora no la dejan...". Como diciendo: ¿para qué vamos a luchar, para qué, si después nos van a prohibir, si después no nos dejarán...? Como que no hubiera salida.

Esa guerra contra Nicaragua es una guerra dirigida contra la esperanza de Nicaragua, de Centroamérica, del Tercer Mundo, de los pobres de la tierra.

el Espíritu en Centroamérica

A veces pienso que los "no-carismáticos" podríamos y deberíamos "reconquistar" el Espíritu. Porque es claro que el Espíritu no es sólo "aleluya, aleluya". El Espíritu es también Verdad. El Espíritu revoluciona todas las cosas. Es la fuerza de Dios. El Espíritu llevó a Jesús al desierto, lo llevó a Jerusalén, lo arrancó del sepulcro.

Vamos a contar más con el Espíritu de Jesús resucitado que comemos y bebemos en la eucaristía, meditando la Palabra de Dios, abriendo los ojos a la realidad donde el mismo Espíritu aletea, respondiendo a los gritos de los hermanos, que son el gemido, el grito del Espíritu. Sintiendo presente al Espíritu en la historia, y en esta historia de Centroamérica. El Espíritu de Jesús presente en Centroamérica es quien nos provoca y nos convoca. Seamos fieles a ese llamado —provocador y convocante— del Espíritu, que es Centroamérica.

que nos pase lo que al pueblo

Me he venido de Centroamérica con muchos interrogantes. A veces pienso que lo mejor pudiera ser algo así como callarse, rezar y quedarse allí. Y decir: que lo que le pase a este pueblo nos pase también a nosotros...

tres palabras impactantes

Hubo tres palabras que me impactaron especialmente en una de mis visitas a Centroamérica:

Una, la del embajador de Estados Unidos en Guatemala. Habla-ba el 3 de marzo por la radio sobre el gran peligro de Nicaragua, que sería la unión de los cristianos y los marxistas. El, muy apostólicamente preocupado, ¿no? Habla-ba de lo que significa de peligro para

la fe... Una palabra importante pues, la del embajador de Estados Unidos en Guatemala.

Otra segunda palabra importante: la de una indiecita guatemalteca esposa de mártir, madre de mártir. Me servía el café en México, después de visitar a los refugiados guatemaltecos, cuando ya me venía para Nicaragua. Le pregunté: "hermana, ¿qué cree usted que yo como obispo podría hacer por Guatemala?". Ella bajó los ojos, pensó un poco, sonrió, levantó la mirada, y me dijo: "vea pues, usted sabe su tarea". No pregunté nada más.

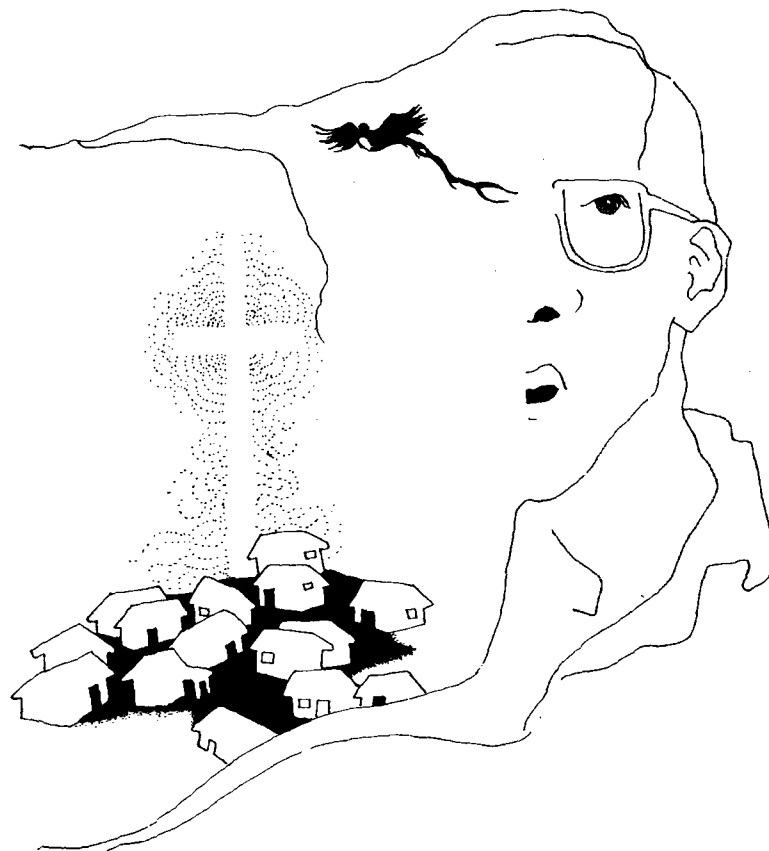
Y la tercera palabra, la de un obispo de Guatemala, que hace unos pocos días le decía a un responsable de una organización de ayuda, concretamente de América Latina: "Perdimos la oportunidad hace diez años. Los que estamos vivos lo estamos porque no somos comprometidos. Los comprometidos ya 'murieron'".

siguiendo sus pasos en Centroamérica

Es Jesús mismo quien nos envía, y él mismo es la causa de la conflictividad que sufrimos y que vamos a sufrir. Jesús no lo disimuló. Lo dijo claramente. Y por donde él pasó deberemos pasar nosotros. Por su "pascua". No serán los discípulos menos que el maestro, en eso. Nosotros también pasaremos, como discípulos, por ese paso conflictivo de su pascua, en la medida en que seamos fieles, auténticos.

El seguimiento de Jesús es nuestra espiritualidad conflictiva. Nuestra pastoral es hacer lo que él hizo. Su praxis. Hemos sido escogidos por él. "Yo les envío, yo les pongo aquí, en este lugar concreto, en esta hora privilegiada, en la pasión, muerte y resurrección de Centroamérica". Aquí y ahora debemos hacer nosotros que acontezca el Reino de Dios, que se explicita, que sea acogido, que sea esperado, que se acerque.

Nos podrán faltar otros apoyos. Seremos muy combatidos, como él. Incluso dentro de la propia Iglesia podremos tener nuestros conflictos, como él. Pero, en todo caso, el Espíritu no nos fallará. El espíritu de la Verdad. El otro abogado, el consolador, el recurso total, que estará siempre con nosotros.



2 POR LAS VEREDAS DEL DIOS DEL PUEBLO DESDE CENTROAMERICA

"Mayor y más divino
es el bien del pueblo
que el bien particular".

(Santo Tomás de Aquino, De Regimine Pr
pura, cap. 9).

LA CRUZ

En primer lugar, es muy importante "ver" la cruz. Porque hay muchos, incluso en la misma Centroamérica, que no ven la cruz en que Centroamérica está crucificada. Abrir los ojos. No quedarse en jaulas doradas. No permanecer voluntariamente ciegos.

Además de ver la cruz hay que "descodificarla". Hay que descifrarla. Ver sus causas, sus raíces, su estructura maléfica. Es decir, echar mano del análisis social.

Para nosotros, sin embargo, no basta con descodificar analíticamente esa cruz. Debemos "contemplarla". La contemplación: esa actitud más envolvente, más comprometida. Como María, sus compañeras y Juan... y todos aquellos jerosolimitanos testigos fieles, de pie junto a la cruz de Jesús, hasta el final, pese al miedo...

Sensibilizarnos. Sacudirnos. Darnos cuenta de que esa cruz nos toca, nos afecta, nos responsabiliza, incluso nos acusa, tiene muchos que ver con nosotros. No vayamos a desentendernos de nuestros hermanos, como Cain.

Para el cristiano toda cruz es condenación o salvación. No termina todo en que nos escandalicemos o en que nos parezca una locura. O nos salvamos o nos condenamos por la cruz. Simeón decía que Jesús iba a ser señal de contradicción...

Pedir perdón por encontrar a veces —tantas veces— justificaciones a la cruz. Justificaciones por conformismo, a causa de un cristiano dicotómico. Porque hay cristianos que piensan: "esta cruz centroamericana es una pena, pero no es problema nuestro, no es competencia nuestra, nosotros debemos ocuparnos solamente de predicar el evangelio...". (No sé qué evangelio, qué buena noticia...).

No debemos pensar narcisísticamente en nuestra propia cruz individual, sino en el pueblo crucificado, en ese colectivo Siervo de Yavé. Jesús no cargó su cruz, sino la cruz.

Nosotros, personalmente y en nuestro trabajo pastoral, debemos distinguir y ayudar a distinguir entre cruz y cruz. Yo termino un poema mío así: "maldita sea la cruz que no pueda ser Su cruz". Las demás cruces son malditas. Hay que ayudar al pueblo de Centroamérica a distinguir entre cruz y cruz, entre cruz maldita y cruz bendita. Por desgracia, la Iglesia, secularmente, en este continente, multiplicando, utilizando los signos de viernes santo, de cruz, de pasión... ha dado a nuestro pueblo una actitud enfermiza, pasiva, angelista... Hemos hecho, con demasiada facilidad, un pueblo de crucificados, cuando es evidente que el evangelio no termina en la cruz.

La cruz del pueblo. El pueblo crucificado. La cruz en el pueblo. El pueblo en cruz.

El pecado del mundo: algo que está ahí, hecho a base de mucha cruz acumulada. Cruz de muchas cruces. Cruz estructurada. Una cruz colectiva, colectivizada, impuestamente colectiva, colectivamente impuesta, que puede ser también colectivamente asumida. Una cruz perpetuada. Porque si Centroamérica estuviera en cruz desde ayer... Pero van a ser 500 años...

Esta perspectiva de los 500 años nos debería sacudir, para que hiciéramos análisis más conscientes y para que tomáramos actitudes más radicales. Se han sucedido los gobiernos, los regímenes, los imperios, los populismos, las soluciones... y seguimos ahí con esa cruz mortal, colectiva... Es que las soluciones que se dieron no son solución.

Si en algún lugar del mundo no caben los reformismos, ese lugar es Centroamérica.

Los causantes de la cruz tienen rostro propio y nombre y apellidos. Están en nuestras ciudades, y en nuestros caminos, en nuestras iglesias también... Ese es un desafío muy serio en América Latina, en Centroamérica: cómo comportarnos con los enemigos del pueblo, con los causantes de la cruz. Muchas amnistías, reconciliaciones y "puntos finales" que se propugnan por ahí nosotros sabemos que no son cristianos. Una característica del cristianismo es la memoria. Je-

sús nos lo encomienda en la última cena: "hagan esto en memoria mía". Y la biblia toda no es más que una memoria, recogida, escrita, sobre las maravillas de Dios. Pedir a los cristianos que pierdan la memoria sería pedirles que perdieran su identidad. Y nosotros tenemos memoria tanto del cautiverio como de la liberación. Tenemos tanto memoria del exilio como del retorno a la patria. Las totales amnistías o esos "puntos finales" no son cristianos. Hasta la moral más clásica pide la restitución. ¿Cómo vamos a olvidar delante de esos señores que no han robado simplemente gallinas al prójimo, sino que han robado vidas humanas a montón? Han de restituir. Las amnistías, los puntos finales que niegan la historia y niegan el proceso de los pueblos son injustos y no son cristianos. Posibilitan que sigamos en lo mismo. Es un tipo de reformismo fatal para nuestros pueblos.

Asesinan a Herbert Anaya, presidente de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador, y a los pocos días decretan una amnistía que absuelve a los propios asesinos de Anaya. Y eso después de Esquipulas...

Yo soy enemigo de la pena de muerte. Condeno toda pena de muerte. Pero la justicia, la restitución, el juicio, el castigo... tienen sentido, para beneficio incluso de los propios asesinos. Dejar al asesino, al perseguidor con su propio remordimiento es hacerle un mal...

La cruz tiene dos lados. Hay que saberla ver por los dos lados. Por el lado de los crucificados, por su parte, toda cruz es inícuo. Por ese lado toda cruz es muerte. "Maldita sea la cruz". Porque los católicos nos hemos acostumbrado demasiado a aquello de "Salve, cruz, única esperanza"... y eso hay que entenderlo, porque hay formas de entenderlo que no son cristianas.

Sólo los crucificados pueden hacer que la cruz sea redentora y liberadora. Quien no está en la cruz, quien no carga con la cruz, no entiende de cruz. También por esto es cierto eso que se acepta un poco festivamente por todas partes, de que "los pobres nos evangelizan". Debemos decir más: sólo los crucificados son capaces de hacer redentora y liberadora la cruz. Jesús, el Cristo, sólo fue liberador y redentor desde la cruz. Toda su vida fue un proceso de cruz, no sólo el viernes santo. Y en aquel punto culminante él llegó a ser plenamente redentor, plenamente liberador.

Sólo crucificadamente se puede ser cristiano. Una persona, una comunidad que no esté en la cruz no es cristiana, a priori. "Por la señal de la santa cruz...". Si falta esa señal... Eso es dogma de fe. Nosotros, que creemos en el Cristo resucitado, fuimos bautizados en su

muerte de cruz, y sólo sumergiéndonos en su muerte de cruz podemos resucitar a su vida nueva. En ese sentido sí que sigue siendo válido aquello de la liturgia clásica: "salve, cruz, esperanza única". Realmente, no hay otra esperanza.

Ninguna cruz debe ser asumida fácil, alegre, irresponsablemente. Sobre todo las cruces ajenas. Toda cruz debe ser asumida pascualmente. Y para ello, debe ser asumida críticamente, reflexivamente, analizadamente. Y dosificadamente. Es falso aquello de "cuanta más cruz, mejor". Es falso todo eso. Creer lo contrario sería llegar a afirmar que para el Dios de la Vida cuanta más muerte mejor. Jesús no buscó la cruz. Nos han presentado a veces a Jesús como un apasionado enamorado de la cruz, que iba detrás de ella... No. En la medida en que pudo huyó de la cruz: se camufló, cambió de identidad, "mintió" (decía que iba a un lugar y luego iba para otro)...

...Las tácticas y estrategias del Señor frente a la cruz. En este punto Centroamérica da unas lecciones muy grandes, que tienen sus raíces en primer lugar en el sufrimiento del pueblo: la resistencia "pasiva" del pueblo es muy activa. Es esa una raíz típicamente indígena. Quien haya tenido contacto con los indígenas sabe que saben decir lo que tú quieres que te digan. Es la secular resistencia de nuestros pueblos centroamericanos...

Cuantas menos cruces, mejor. Ahora bien: toda la cruz que sea necesaria; sabiendo que sólo crucificadamente se es cristiano.

La cruz ha de ser asumida pascualmente. Como un paso. Como una mediación, como un medio necesario para el servicio y para la fidelidad al Reino.

Centroamérica, sin hacer retórica, por lo que de cruz es Centroamérica, es una hora de Dios, un lugar de Dios. Y también del diablo. Jesús, cuando estaba llegando su hora, ya la máxima hora suya, dijo también que era la hora de las tinieblas. La hora de la luz y la hora de las tinieblas se conjugan. Están ahí. Y Centroamérica, lugar teológico y lugar de Dios, no hay duda de que es también en este momento lugar diabólico. Simultáneamente.

¡Cuántos mártires centroamericanos —laicos, religiosos, sacerdotes— viven tensiones gravísimas, angustias exasperantes...!

Mons. Romero volvió de Roma llorando. El Papa no le recibió bien. No le comprendió. Romero pasó por España, de vuelta, llorando. Volvió angustiadísimo. Jon Sobrino me escribió en aquella hora pidiéndome que le escribiera una carta a Romero, animándole. Estaba viviendo una situación tensísima, dramática.

El mismo Camilo Torres, que puede parecer un caso más extremo porque tomó las armas, dejó de celebrar la eucaristía... Cuando se lee su vida con un poco de detención se ve con qué seriedad tomó su vida. El era un hombre muy lúcido, muy preparado, coordinador de pastoral, responsable de la pastoral universitaria, íntimo del obispo. Había estudiado en Europa. Se había preparado en todos los sentidos... No asumió una opción así, tan radical, a la ligera. No lo hizo porque no tuviera ideas más claras. Fue todo un proceso dramático, angustiante...

Nosotros ahora los recordamos como mártires, pero ellos pasaron por unas angustias gravísimas; las mismas que nosotros pasamos ahora, quizá en grado bien mayor.

Esto nos conforta, por un lado. Y por otro nos compromete. Pase lo que pase, no nos salimos de la Iglesia. Tengamos lo que tengamos que afrontar. Es la hora de Martirio en América Latina, en Centroamérica.

La cruz está ahí. Y de hecho, si alguno de nosotros quisiera prescindir de la cruz debería prescindir no sólo de la fe, de la Iglesia, sino también de la historia y de Cristo. Eso es evidente.

Dios no quiere la Cruz. Lo que Dios quiere es que asumamos la cruz salvadora y liberadoramente. La cruz por la cruz, no; de ningún modo.

“La salvación del pueblo ha de ser preferida a la paz de algunos hombres particulares. Por ello, cuando algunos por su perversidad son obstáculo para la salvación del pueblo, el predicador y el doctor no deben temer ofenderlos a fin de garantizar justamente la salvación del pueblo”.

(Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica III, q. 42, a. 2c).

LA FE

La fe que vive nuestro pueblo y que nosotros hemos heredado es en gran parte una fe desubicada, fuera de nuestra cultura, fuera de nuestros desafíos históricos. De hecho, lo que está pretendiendo la teología de la liberación, la espiritualidad de la liberación y todo este proceso de liberación que estamos viviendo en América Latina es también reubicar la fe en su lugar, lugar que para nosotros es, aquí, indudablemente, Centroamérica. Recordemos: el kairós, el topos, el lugar, la hora de Dios...

Nosotros los cristianos no creemos que la utopía es lo irrealizable. Nosotros creemos que la utopía es lo ya realizado en Jesús y que nosotros en cierta medida podemos y debemos ir realizando. (Y acogiéndolo como don). El Reino de Dios es la utopía.

Nosotros queremos vivir una fe realmente utópica aquí en Centroamérica, una fe que es también fe en ese otro lugar que Centroamérica sueña, esa tierra centroamericana nueva que buscamos... Nosotros vamos detrás de esa Centroamérica que nos prohibieron, que negaron a nuestros indígenas, a los negros aquí esclavizados, incluso a esta iglesia cristiana que está ahí. Nosotros queremos esa Centroamérica prohibida, secularmente negada, utópicamente posible...

Por ser proceso, toda fe es crisis, en el buen sentido de la palabra. Crisis de crecimiento, normalmente. Puede y debe serlo. Es normal tener dudas de fe, en una etapa de la vida sobre todo. Es muy normal también tener conflictos de fe, y conflictos a causa de la fe.

No debe preocuparnos sólo la fe (tener o no tener fe) sino el contenido de la fe; es decir, fe en Dios, pero ¿en qué Dios? Respondo: en el Dios de Jesús. Nos debemos preocupar siempre por los contenidos: saber qué historia, qué hombre, qué mundo, qué mujer, qué humanidad... Para nosotros la respuesta debe ser: la historia, el hombre, la mujer, el mundo, la humanidad que Dios quiere, es decir, el Reino.

Si nos preguntaran: ¿qué Iglesia? Responderíamos, a bocajarro: la Iglesia de los pobres. Y si nos dijeran: ¿y por qué no la Iglesia de la clase media, o de la burguesía o de los ricos? Responderíamos: porque sólo podemos creer en la Iglesia de ese Jesús y de ese Dios en el que creemos, el Jesús de los evangelios y el Dios de ese Jesús. Y de ese Jesús ya sabemos cómo fue: un hombre del pueblo, de la base, de la Iglesia popular, que creaba problemas a la jerarquía y a la seguridad nacional... y que acabó siendo asesinado, pero resucitado por el Padre.

Así pues, lo que nos preocupa a nosotros es ¿qué Dios? ¿En qué Dios creemos? ¿Qué Cristo Jesús aceptamos? ¿Qué Jesús pretendemos seguir? ¿Qué Iglesia, qué comunidad de Jesús queremos ser?

Es decir, no basta con preocuparse de la fe, sino del "contenido" de la fe.

Los dos mayores escándalos contra la fe que cometemos los cristianos son: el primero, el hecho de que no somos justos y no luchamos por la justicia como es debido, y el segundo, que los cristianos estamos divididos a causa de nuestra fe cristiana.

Yo creo que se salva "casi" todo el mundo. Y el "casi" habría que ponerlo y pensarlo con muchas comillas... Porque Dios es Padre. Porque Jesús es nuestro hermano, y el Salvador y el Liberador. Y porque Dios no nos hizo para la muerte. Si no nos hizo para la muerte temporal, mucho menos nos hizo para la muerte eterna.

Yo creo en el infierno. Es de fe que el infierno existe. Pero no es de fe que haya gente en el infierno.

La fe es "una alegría secreta en el fondo del corazón, una esperanza loca en lo más íntimo" (Róger Schutz). Aun en medio de las mayores tensiones uno llega por la fe a encontrar allí, en el fondo del pozo, una seguridad última. Lo de la canción del pirata de aquel poeta romántico español: "Y si muero, ¿qué es la vida?". Como nosotros sabemos lo que es la vida aquí y allá, como sabemos que la vida continúa, los cristianos podemos decir: ¿y si muero, qué es la muer-

te? Nuestros mártires (los mártires con fe y los mártires sin fe) esto es lo que nos están diciendo en última instancia: ¿y si muero, qué es la muerte? Respondemos: es vida, vida para los hermanos, vida para nuestro pueblo. Si tratamos de vivir sinceramente la fe, siempre nos acompaña esa alegría y esa serenidad de fondo, aun en el conflicto, aun en la tensión...

LA FE

La Fe: UNA VIDA

Una confianza compartida y proclamada.

La certeza de ser amado,
y de poder por fin amar.

Y, mientras tanto, en ciertas horas,
en ciertos días,
la duda.

Una especie de noche en la que se busca
una promesa, una herencia,
una elección, una adhesión,
una búsqueda, en comunión,
un testimonio día tras día,
después de tantos otros
y antes de muchos otros.

Un Padre que da a su hijo por amor.

Un Hijo que da su vida por amor.

Una simiente pequeñita que se hace árbol.

Una lucha, un combate por la paz,
por la justicia.

Una liberación.

Una iluminación.

Una contemplación serena de un rostro amado.

Una conversación familiar con un amigo.

En el fondo del corazón, una alegría secreta.

En lo más íntimo, una esperanza loca.

La Fe: UNA VIDA,

un amor,

una fuente que mana sin cesar,
por toda la eternidad.

chutz

LA ORACION

Fuimos mal educados en la oración. Porque se nos impuso una oración demasiado sistemática, que no contaba con la persona de cada uno (única, irrepetible) ni con la vida, ni con la historia. También entiendo perfectamente que en el ajetreo de nuestras vidas, y en la situación de emergencia, de conflictividad y hasta de revolución de América Latina, y en ese diálogo y convivencia con los no creyentes (hermanos y compañeros), fácilmente, por una especie de "respeto", hemos ido adoptando una actitud vergonzante ante la oración. Hemos dejado a veces de hacer oración comunitaria porque había junto a nosotros quienes no tenían fe, y a veces hemos acabado simplemente no haciendo oración, o justificándolo con aquel tópico: "todo es oración".

Conozco comunidades que se fueron a pique por dejar de hacer oración, según han reconocido ellas mismas después.

No basta con "practicar" la fe. Hace falta también proclamarla, y celebrarla. Y porque queremos construir y servir y realizar el designio de Dios sobre la historia, también lo queremos y lo debemos y lo necesitamos celebrar, anticipar gratuitamente. La oración es una de las actitudes fundamentales derivadas de la opción fundamental. El cristiano es un orante. Tener fe y no orar es una forma de no tener fe. La fe sin obras es fe muerta; la fe sin oración, también. Porque la oración es una obra, una praxis de relación, de comunicación, de gratitud, de "tratar de amistad" con él... Si la fe me lleva a relacionarme con los hermanos, con lo que ellos son y quieren, es lógico que también me lleve a relacionarme con el Padre, con lo que él es y quiere. La fe es una apertura a alguien, a él. Si él y yo somos personas, es lógico que esta apertura sea una relación, una comunicación. Y eso es la oración.

Una politización unilateral, "eficacista" y secularista puede llevarnos a dejar la oración: desde esa perspectiva la oración aparece como una pérdida de tiempo, y la emergencia de la revolución exige hacerlo, urgentemente. Esa politización eficacista, para los menos políticos revestiría la forma de "activismo".

La noche oscura no la pasan sólo los místicos. La pasamos todos los cristianos, si queremos ser fieles, si queremos afrontar los conflictos. Muchísimos cristianos hoy en Centroamérica viven en noche oscura. Podríamos decir que la Iglesia toda de Centroamérica, si quiere ser fiel, vive en noche oscura...

En cuanto a la oración es necesaria una cierta ascética, una cierta disciplina, porque la oración no es algo instintivo, que "nos salga de dentro" sin más. La oración exige su tiempo, y hasta su lugar, y hasta su instrumental. Si no se impone una cierta disciplina, es la oración la que acaba saliendo perjudicada.

Hemos llegado a decir: "Todo es oración, la lucha también es oración". Pues no. La lucha no es oración. Ni siquiera la lucha por la liberación. La lucha es la lucha. Y la oración es la oración. Para mí eso está claro. En este punto debemos ser muy sinceros y hasta taxativos. Incluso para responder a los otros. Ellos, incluso hermanos nuestros en la fe, nos atacan en lo referente a la opción preferencial por los pobres, y nos dicen que hasta los ricos son pobres...: porque están enfermos, porque son pecadores, porque viven en soledad... Yo les digo: no, los ricos son ricos; puede ser que además de ser ricos estén enfermos; puede ser que además de ser ricos sean pecadores (lo son, lógicamente, porque el rico que continúa siendo rico, necesariamente será pecador), pero no por ser pecador es pobre. Puede ser un desgraciado, pero es rico, no pobre. No confundamos las palabras.

Por eso, nosotros tampoco debemos confundir las palabras en lo referente a la oración: la lucha es la lucha, y la oración es la oración. Ahora bien, eso sí, la lucha en la fe, desde la fe, por causa del Reino, puede y debe ser para nosotros vivencia de fe. Incluso anuncio de fe. Pero no es propiamente oración. No es fácil, ciertamente, definir las fronteras. Es evidente que muchos hermanos, en la lucha, en la acción, en el compromiso con los hermanos... también están orando. Abiertos explícitamente a Dios, a veces formulando incluso una oración explícita, y todo eso es oración. Lo que quiero decir es que no caigamos en el simplismo cómodo de decir que todo es ora-

CARTA A LOS VERDADEROS CONTEMPLATIVOS

(Carta dirigida a un hermano de Taizé por una universitaria colombiana vinculada a la guerrilla; I.C.I., 15.09.1970)

Me dirijo a todos aquellos que se inquietan. No escribo para los que están "tranquilos", convencidos de su propia forma de vida, satisfechos con su situación, "muy seguros" de su vocación, es decir, aquellos que se instalaron en la opción que hicieron un día y ya nunca consintieron sentirse cuestionados.

Escribo, por el contrario, a todos los inquietos, a aquellos que dudan de su propia forma de vida o están insatisfechos con su situación porque se sienten interpelados por la miseria y por la lucha "del hombre de hoy"; a aquellos que "no están seguros" de su vocación porque se sienten impelidos por la convocación, por el llamado a la transformación de la historia; a todos aquellos, en fin, a quienes el Amor no les permite instalarse en una opción definitiva, sino que les exige renovadas búsquedas. Me dirijo a todos vosotros, sea cual fuere la congregación o la comunidad a la que pertenezcáis.

¡Contemplativos!: en nombre de toda la humanidad, en nombre de los continentes que luchan por su auténtica liberación; en nombre de los políticos revolucionarios, de las masas rurales y de los estudiantes, en nombre de los científicos, de los intelectuales, de los artistas... yo les suplico: ¡no tengáis miedo de vivir vuestra vocación, no tengáis miedo de vi-

vir la intensamente, no apaguéis esa luz que habéis descubierto y de la cual el mundo tiene tanta necesidad...!

Si no os empeñáis por vivir a fondo vuestra aventura, ¿no estaréis dejando de dar precisamente aquello que debéis dar a los hombres? Si os acobardáis y no os entregáis enteramente a vuestra vocación, permitiendooos dudar sobre el sentido de la misma, ¿no estaréis matando algo que no os pertenece, sino que os fue dado para que lo hiciérais fructificar?

¿El pretexto de servir al hombre, no esconderá quizá la justificación de una falta de fe en Dios, que merece siempre —en la actual época histórica como en todas las épocas— un Amor gratuito?

Contemplativos: en nombre de todos los combatientes conocidos y anónimos, de todos los que se sienten comprometidos en la edificación de una nueva sociedad, yo os suplico, más aún, os exigo: no renunciéis a vuestra vocación; sabed esperar atentos a los hombres, compartiendo en profundidad sus búsquedas, sus éxitos y sus fracasos, sus exigencias y sus luchas; vivid los sufrimientos y las alegrías de los hombres, pero no tengáis miedo de hacerlo a partir de vuestra propia vocación. Buscad nuevas formas, desde luego, pero no rechazéis el don fundamental que habéis recibido del Señor. Esto es lo que el mundo os está exigiendo, quizá sin manifestarlo claramente, o incluso sin saberlo. De ello está necesitado nuestro mundo, aunque no lo consiga ver con claridad.

Contemplativos: no os dejéis guiar por luces falsas. Sed fieles a Dios, y a los hombres de hoy permaneciendo fieles a la esencia de vuestra propia vocación.

ción, para justificar el hecho de que no hacemos oración explícitamente. La oración exige también su hora, su tiempo, su lugar...

Pero es evidente que a medida que nos comprometemos con Dios, a medida que nuestra amistad con él crezca, y a medida que más y mejor "tratemos de amistad con él", más normalmente nuestra vida y nuestra lucha será oración. Iremos llegando a un punto de confluencia en el que será muy difícil distinguir las aguas. Estaremos viviendo entonces en lo que los antiguos llamaban "estado de oración". Yo doy testimonio de que hay muchas comadres que viven en ese estado de oración; son contemplativas. La contemplación sería eso: haber llegado a una especie de "estado de comunicación" con el Dios de Jesús, con el Dios de la creación, con el Dios de la Vida, con el Dios de la Liberación, con el Dios de los pobres, con el Dios de la muerte-hacia-la-vida... Un "estado de comunicación" más o menos estable, permanente, natural, gratuito... a la vez que esforzado y conquistado...

Los indígenas, de norte a sur, desde los indígenas más marítimos a los del altiplano, pasando por los de la floresta, son profesionales del silencio, y profetas del silencio. En la cultura indígena el silencio es algo connatural. Para ser más autóctonamente latinoamericanos deberíamos valorar más el silencio.

Estamos viviendo una época muy hermosa en lo que se refiere a la espiritualidad de la liberación, porque estamos en la hora de la creatividad. La espiritualidad de la liberación no está formulada. Se reconoce que hay muchos textos sueltos, pero que no hay todavía una sistematización. (Por otra parte, será bueno que nunca se sistematice demasiado). En esta hora estamos llamados a la creatividad. Estamos creando. "Si al andar se hace camino, ¿qué caminos esperaréis?"

La espiritualidad es más que la oración. La oración es una parte de la espiritualidad. No confundamos oración con espiritualidad. Por una razón sencilla: hay mucha gente que hace mucha oración y no tiene nada de espiritualidad; sólo tiene oración, una oración "de secano", dicotómica, separada de la vida, segregada, aislada de la historia, que acaba siendo fanatismo, mecanismo orante, u oración a otro dios... La espiritualidad es más que la oración.

Un test fiable para conocer nuestra espiritualidad (o la de cualquier persona, comunidad o grupo) consiste en preguntarse al servicio

de qué Dios, de qué hermanos, de qué Causa hacemos nuestra oración. De nuestra oración, de qué tipo de oración, de cuánta oración, pero sobre todo, de al servicio de qué causa y al servicio de qué Dios hagamos nuestra oración, dependerá fundamentalmente nuestra espiritualidad. Se lo digo a ustedes con toda mi convicción: de nuestra oración depende nuestra espiritualidad. Esto no es espiritualismo ni desencarnación, aunque a alguien pudiera parecerle. Es realismo de fe.

La oración debiera ser como lo de Moisés: subir y bajar, subir al monte carmelo y bajar también. Nosotros fuimos educados en un tipo de oración que sólo subía y no bajaba. El elevador de la oración nos dejaba ahí, en las nubes. Y eso no nos sirve. Porque Dios no necesita de nuestra oración, ni está en las nubes. Los que necesitamos de la oración somos nosotros, y los hermanos, que tampoco andamos por las nubes.

Si la fe es un proceso, la oración también lo es. Dice Jon Sobrino que mi oración es el proceso de mi oración. Lo que ha ido siendo mi oración a lo largo de mi vida es lo que es mi oración hoy. Mi oración es —dice él más textualmente— la historia de mi oración. Igual que podríamos decir: mi fe es la historia de mi fe. O, mi vida es la historia de mi vida.

Debemos vivir la oración, testimoniar la oración... y también enseñar a orar. Los discípulos le pidieron a Jesús: "enseñanos a orar". Los agentes de pastoral deben enseñar a orar. La pastoral de la oración.

Me parece que estamos viviendo un momento histórico. Estamos haciendo camino, y a veces con regueros de sangre, que son las veredas de la espiritualidad de la liberación en Centroamérica. Con bastante orgullo cristiano, por el hecho de haber sido convocados, y a la vez con una humildad muy responsable, porque estamos haciendo en Centroamérica un "taller regional" histórico de espiritualidad...

Desde que me comprometí a venir a Centroamérica, todas las mañanas invoco, rezo por Centroamérica. Más: el presidente de la conferencia episcopal brasileña, la CNBB, me dijo que, también, la

primera oración que hace todos los días es por Centroamérica. Desde que me comprometí a venir y vengo todos los años, todas las mañanas rezo por Centroamérica, invoco a los patriarcas indígenas, a los pueblos indígenas masacrados y prohibidos desde la primera época, a los pueblos negros de Centroamérica, y a nuestros profetas, a nuestros mártires, y a los compadres y comadres de Centroamérica esparcidos por ahí...

La oración de cada día, particular y comunitaria. Un agente de pastoral que no haga individualmente siquiera media hora de oración diaria, además de la que haga en equipo, no da la talla suficiente como agente de pastoral...

En toda América Latina en estos últimos años se ha sentido un crecer, un reflorar del hambre de espiritualidad, y este hambre de espiritualidad se da dentro de la Iglesia de la liberación con una característica interesante: que no se trata de querer renunciar a la política, a la radicalidad comprometida, ni se trata de distanciarse del pueblo, sino que lo que se quiere es vivir radicalmente contemplativos y radicalmente revolucionarios. Más aún, les desafío: nosotros no seremos radicalmente revolucionarios si no somos radicalmente contemplativos.

OREMOS:

Oh Dios, Dios de la Vida, Dios de la Historia, Señor del tiempo y del lugar, que nos has situado en América Latina, en esta Centroamérica concreta, para que aquí descubramos tu Reino, para que aquí lo anunciemos, lo acojamos, lo construyamos. Danos la alegría de la fidelidad, la constancia del compromiso, la coherencia hasta el fin. Te lo pedimos por todos los testigos de Centroamérica. Te lo pedimos por el Testigo Fiel, Jesús, tu Hijo, nuestro hermano, que vive y reina contigo, y vive y camina con nosotros aquí, en Centroamérica, hoy, en la unidad del Espíritu Santo. Amén.

JESUS

Nuestra esperanza es muy concreta. Tiene nombre. Y carne, espíritu, historia... Nuestra esperanza tiene nombre y apellido. El nombre es "Jesucristo". Y el apellido es "Resucitado".

Ante el crucificado pueblo centroamericano, ante la cruz impuesta a Centroamérica, nos preguntamos: ¿Qué dice Dios? ¿Qué hizo, qué hace, cómo responde Dios?

Dios tiene respuesta, y tiene propuesta. A partir de la fe y de la gracia nosotros sabemos que Dios tiene respuesta y propuesta, y que esa respuesta y esa propuesta es Jesús. Una respuesta en carne y hueso, en sangre y llanto, en ternura y amor, en muerte y resurrección, en historia.

La respuesta de Dios es Jesús. El es el sí de Dios, el amén de Dios.

Y la propuesta es el Reino. Tiene su propuesta, su proyecto, su voluntad.

Dios tiene su Palabra, que por ser Palabra de Dios, necesariamente ha de ser última. Tiene la primera y la última Palabra. Anticipó su última Palabra en la resurrección de Jesús. El último enemigo en ser vencido será la muerte.

Hablando con amigos míos marxistas (ateos, dicen ellos) les pregunto, desafiándoles, en confianza: "¿tienen ustedes una respuesta para el misterio de la muerte...?". Marx no toca siquiera el tema de la muerte. No tenía nada que decir frente a la muerte. Y es lógico que un marxismo ateo, que se conforma —heroicamente incluso— con el "futuro de la historia", con esa sobrevivencia colectiva... no tenga una

respuesta personal para el misterio de la muerte. Y la muerte en definitiva es algo muy personal: soy "yo" el que me muero. Recuerden el verso de Pemán a su esposa:

*Por esa puerta no entrarás.
En esa hora no serás
mi compañera y mi maestra.
Toda mi vida ha sido nuestra.
Mi muerte es mía, nada más.*

Para esa hora tan personal, tan incompartible, Dios tiene su respuesta, y dice la última palabra, en la resurrección de Jesús. La dice también colectivamente, para la resurrección de los pueblos.

Hace tiempo —desde que entré en contacto habitual con las poblaciones indígenas— que siento la desaparición de pueblos enteros como un absurdo misterio de iniquidad histórica que convierte mi fe en abatimiento. "Señor, ¿por qué los has abandonado?", ¿Cómo puede el Padre de la vida, el Espíritu creador de toda cultura, permitir tantos aniquilamientos?

Uno parece que entiende la muerte de las personas, en la fe, porque resucitan. Pero cuesta entender la muerte de los pueblos. En Brasil, por ejemplo, en lo que va del siglo, han desaparecido totalmente más de ochenta pueblos indígenas. A mí me parece ése una especie de "misterio de iniquidad" que no podemos entender...

Yo creo que Dios resucita también a los pueblos.

Estos pueblos centroamericanos, pequeñitos, prohibidos secularmente, aniquilados, masacrados... resucitan, para una vida nueva, en toda América Latina, en el tercer mundo, en una Iglesia renovada... No hay duda de que en cualquier muerte, a partir del Dios de la Vida, hay una carga infinita de resurrección. Estos pueblos centroamericanos han asumido su muerte. No es posible que sean muertes inútiles, porque eso sería negar a Dios.

A partir de la fe (que es nuestra gran mediación, nuestro lenguaje) nuestra propuesta, la nuestra, sólo puede ser la propuesta misma de Dios. Nuestra espiritualidad sólo puede ser la espiritualidad de Cristo: su opción, sus actitudes, su praxis, su Espíritu. Nosotros no podemos tener otra espiritualidad, si tenemos fe cristiana. No podemos dar al mundo otra respuesta de parte de Dios que la respuesta que Dios nos ha dado en Jesús.

Nuestra espiritualidad sólo puede ser la espiritualidad de Jesús. Nuestra convocación fundamental sólo puede ser convocación a la comunidad de los constructores del Reino. En un sentido profundo nos sentimos convocados con todos aquellos que usando o no esta palabra (Reino), sabiéndolo explícitamente o no, viven, reclaman, esperan, construyen, desean el Reino y contestan el antirreino...

El cristiano no sólo tiene vocación, sino convocación. Sólo se puede vivir la fe en comunidad, compartiendo. Sólo compartiendo el pan confesamos a Jesús. Sólo compartiendo el pan proclamaremos a Jesús, y así, si compartimos, podrán reconocerlo los que justificadamente lo han negado.

Jesús es la novedad de Dios. Es la revolución en persona. Es el Hijo, el profeta, el mensaje de aquel Dios que hace nuevas todas las cosas.

Hay algo que dicen los cristólogos que es algo que debiéramos grabar con fuego en nuestro corazón y en nuestra cabeza, y pasarlo a las comunidades, y es esto: no nos interesa tanto las mismísimas palabras de Jesús, ni siquiera las mismísimas acciones de Jesús, sino la mismísima intención de Jesús, el Reino!

Sólo se lee correctamente la biblia si se traduce históricamente. En Centroamérica sólo podemos leer la biblia correctamente si la traducimos centroamericanamente. Lo que le dijo el evangelio a san Agustín, o lo que les dijo la carta a los hebreos a aquellos hebreos, a nosotros nos lo dice de otro modo. Y gracias a eso el evangelio es siempre actual y Jesús puede seguir siendo la última palabra. Aun siendo una palabra permanente, Jesús no es una palabra ya dicha y cerrada, acabada. Nosotros creemos que Dios nos dice su Palabra también hoy, aquí y ahora, centroamericanamente.

Ya en los evangelios mismos hay varias cristologías. Y en la historia ha habido varias teologías y cristologías. Por eso puede haber y hay una teología y una cristología latinoamericanas.

Hubo un tiempo en el que en la Iglesia se llamó a Cristo "el divino Orfeo". Incluso algunos santos Padres usaron esta expresión. Y hoy, sin embargo, caí suena a guasa, a chile. Y es que los tiempos cambian. La Historia sigue adelante. Y por eso hay que preguntarse: ¿quién ha dicho que nosotros no podemos llamar a Cristo en Centroamérica y en América Latina "el Liberador"? Hay quien acusa que al llamarlo "Liberador" estamos haciendo reduccionismo cristológico... De ninguna manera. Simplemente le damos el nombre que nos suena, que nos toca, que nos compromete, que nos apasiona, que nos

BUENA NOTICIA EN CENTROAMERICA

Elaborado comunitariamente en un taller centroamericano de espiritualidad.

Esta es la Buena Noticia de Jesús-pueblo-centroamericano, Hijo de Dios e hijo de María, mujer del pueblo.

Quienes lo vemos, quienes lo vivimos, somos los que lo contamos. Nosotros sabemos que decimos Verdad, para que todos ustedes crean, como creemos nosotros.

Estos son los antepasados de Jesús-pueblo-centroamericano:

El Creador, el Formador, hizo a Jesús-pueblo de maíz blanco y maíz amarillo, y de El salieron todos los pueblos, pequeños y grandes.

Fue hijo de Tecún Umán, Atlacatl, Lempira, Nicarao, Urracá, Iguasalibles.

Hijo de Bartolomé de las Casas y de Valdivieso.

Hijo de Martí y de Sandino.

Era el tiempo de los imperios de España, de Inglaterra y de Estados Unidos.

Somoza gobernaba en Nicaragua, Maximiliano Hernández en El Salvador, Lucas García en Guatemala.

Por aquel tiempo Dios habló al pueblo de Cuba y su voz pasó por todo el Continente.

"Una voz grita en el desierto: preparan el camino del Señor". Es la voz de Ernesto y de Camilo. "Todo el mundo verá la salvación que Dios envía".

Escuchen la Buena Noticia de la insurrección. El Reino de Dios está cerca. La revolución es semilla del Reino, que se está convirtiendo en árbol gigantesco que espanta los buitres y las águilas diabólicas, y da refugio a los quetzales y a las palomas de la paz.

Jesús-pueblo-niño nació lejos de su casa, por causa del desalojo de tierras y el acaparamiento de los poderosos. Pensaron acabarlo, asesinando mujeres y niños inocentes, quemando a los indios, bombardeando aldeas. Pero toda esa sangre fertilizó la tierra, que produjo el ciento por uno.

Jesús-pueblo cruzó la frontera y vivió refugiado, hasta que llegó su Hora.

Jesús-pueblo pasó haciendo el bien. En las casas de cartón nacieron flores, pintas y dibujos de lucha y de esperanza. En medio de la miseria y la muerte, se escuchó "la gritería", caminaron las romerías y peregrinaciones, y empezaron las celebraciones de la Palabra y las fiestas populares.

Jesús-pueblo eligió a los que El quiso, les dio el nombre de Apóstoles y les dio autoridad para expulsar a los demonios. Estos son, entre otros innumerables, los que escogió: Oscar, a quien dio el nombre de san Romero de América, Proaño, Hélder, Sergio y Samuel; Carlos Fonseca, Miguel D'Escoto, Vicente Menchú y Laura López; Héctor Gallego, Gaspar García Laviana y Guadalupe Carney...

En la pobreza, sin recursos y con armas populares, Jesús-pueblo fue cosechando triunfos, conquistando poblaciones, recuperando el gobierno popular.

El primer día de la Fiesta, tomó las pocas tortillas que quedaban y les dijo a sus amigos: "Tomen y coman todos de aquí, que nadie se quede con hambre, porque somos un solo cuerpo, y esto es mi cuerpo".

Luego se retiró a la Montaña, ayunó durante cuarenta días y oró a su Padre, sudando sangre y derramando lágrimas.

Se levantó y les dijo: "Ya basta. Ha llegado la Hora. Ya se acerca el que me traiciona".

Entonces echaron mano a Jesús-pueblo y lo secuestraron para desaparecerlo.

Pero todo esto sucede para que se cumplan las Escrituras:

"Será conquistado, colonizado y despojado de sus tierras. Será explotado y oprimido y lo dividirán en muchos pueblos y se sortearán sus riquezas. Tendrá que probar el exilio y vivir en campamentos y en aldeas-modelo. Tendrá que soportar el terrorismo del ejército y el horror de la masacre. Pero al tercer día resucitará."

Lo llevaron entonces ante Azcona, Arias y Cerezo; pero ellos se lavaron las manos y lo enviaron a la Casa Blanca. Y los que tienen el poder de dar la vida o la muerte lo entregaron diciendo: "hagan con El lo que les dé la gana".

Los condenaron injustamente, sin derecho a defenderse. Lo torturaron. Le cargaron mil cruces y perpetraron el genocidio dando muerte al que buscaba la vida. Jesús-pueblo murió diciendo: "Todo está cumplido".

Pasada la noche del silencio, las madres de los presos, desaparecidos y torturados, que habían acompañado a Jesús-pueblo y habían estado de pie junto a la cruz, fueron a buscarlo.

Encontraron el sepulcro vacío y unos jóvenes que les decían: "El pueblo unido jamás será vencido. Vayan y digan a los compas que Jesús-pueblo está vivo y lo podrán encontrar en la Organización y en la lucha liberadora de los pueblos".

Ellas contaron todo esto a los demás, pero algunos no creyeron. Entonces llegaron unos que dijeron: "Lo hemos visto en el camino y lo hemos reconocido al partir el pan de la solidaridad, que es gracia, fraternidad, comunidad".

El, ellos y nosotros, Jesús-pueblo, ha resucitado y vive para siempre. Es el Hombre Nuevo, un solo Cuerpo, un solo Pueblo.

Yo estaré con ustedes todos los días, hasta que la Nueva Sociedad rompa en aurora y llegue a su culminación en el Reino de mi Padre".

Jesús-pueblo hizo muchas otras cosas, tantas, que si se pusieran una por una, no cabrían en todas las computadoras del mundo.

Elaborado colectivamente en un retiro de espiritualidad en Centroamérica.

llena de esperanza, aquel nombre que mejor expresa integralmente nuestra fe en él...

El Reino es la gran opción de Cristo: su mismísima intención, su mismísima pasión, su mismísima Causa. Bien entendido, el Reino incluye tanto al Padre como a los hermanos. Por una razón muy sencilla: el Reino es la voluntad del Padre hacia afuera. Es el proyecto de Dios hacia fuera de Dios ("ad extra"). Porque Dios hacia dentro es la Trinidad, pero Dios hacia afuera es el Reino, que también es Trinidad: Trinidad manifestándose, amando, haciéndonos amar, posibilitándonos que lo amemos...

El Reino es la pasión de Jesús, que es su amor al Padre, al "Abba", es su proclamación del Padre, y es también su amor a los hermanos. Y esa pasión a Jesús "le hizo la pascua", textualmente. Aco-ger el Reino, asumirlo, ponerse a su servicio... a Jesús "le hizo la pascua". Y el máximo servicio de Jesús al Reino fue su pascua, que es su vida, su pasión, su muerte y su resurrección. No olvidemos que él vivió pascualmente toda su vida.

Con respecto a los hombres, el Reino es el proyecto que Dios tiene para nosotros, nuestro destino, programado por Dios. Alberto Nolan dice: "el Reino es el destino de la raza humana". El verdadero destino de la raza humana es el Reino. Podemos decirlo con otras palabras. Todo aquello que sea verdaderamente legítimo destino de la raza humana, todo lo que merezca ser tenido como destino por la raza humana, tanto aquí como allá, es Reino. O sea: el Reino es el destino de la raza humana, visto, querido, programado, posibilitado... desde Dios, en Jesucristo, y ya vivido por él...

¿Qué es la praxis de Jesús? Es la explicitación temporal, humana, pero al mismo tiempo mesiánica, salvadora, del Reino. ¿Qué hizo Jesús? Fue haciendo Reino. Su Praxis, sus gestos, tienen un aire de Reino, sabor a Reino. Con sus palabras, con sus hechos, con sus gestos, con sus signos, con su muerte y su resurrección Jesús revela el Reino. Revela al Padre y su voluntad. Revela el destino humano. Nos revela a nosotros mismos. El es la revelación del Reino.

Para nosotros los cristianos, la opción de Cristo ha de ser nuestra opción. No hay duda. Otros también optan por el Reino, sin ser cristianos, sin la explicitud con la que nosotros podemos y debemos optar. Porque para nosotros el Reino tiene nombre de Reino. El Reino para nosotros es vivencia de Jesús, palabra de Jesús, praxis de Jesús...

Esa es la ventaja que los cristianos tenemos. Otros dirán justicia, liberación, independencia, comida, dignidad humana, libertad, solidaridad, fraternidad, esperanza, proceso histórico... También están dicien-do Reino, ¿no? Nosotros tenemos la ventaja de que Dios nos dio para todas esas palabras clave y su versión en carne y hueso, en sangre y muerte, en utopía anticipada, en resurrección: Jesús.

Jesús tuvo también sus etapas. Y tuvo también la etapa del silencio. Aquella praxis de Jesús que consistió en "no hacer nada" durante treinta años. La etapa de la vulgaridad, la cotidianidad, la monotonía: la etapa que no está escrita.

Los revolucionarios podríamos caer en la tentación de querer reducir la revolución y la vida de la humanidad al triduo pascual. Pero, además del triduo pascual, además de los tres años de la vida pública, hay que vivir todos esos años vulgares, monótonos, silenciosos, incordiantes que formaron la mayor parte de la vida de Jesús. También nosotros tenemos proceso, etapas, crisis, triduo pascual, vida pública, vida privada, monotonía, silencio, día-a-día, rutina... Y no hay que huir de ello.

No nos preocupemos de imitar a Cristo. Nos debemos preocupar de "seguirle". Estar en comunión con él y seguirle. Si "imitáramos" a Jesús tal como él vivió en la Palestina de hace veinte siglos, nos saldríamos de madre, nos saldríamos de la hora y de la historia.

En el nuevo testamento se habla del camino ("los que son del camino"). En Brasil lo hemos recuperado cuando hablamos de la "caminhada", que significa la "andadura" de la Iglesia de los pobres, la andadura del pueblo. Hoy la teología de la liberación ha puesto en plena actualidad el seguimiento de Jesús. Nosotros queremos seguir a Jesús. El es el camino. Y es compañero de camino. Las dos cosas simultáneamente. Vamor por él, con él y en él...

Jesús vivió su vida —y su muerte— sin dicotomías. Acabó en sí mismo con la dicotomía. Pero no acabó con el conflicto, hasta el punto de que él mismo fue un conflicto. Acabó en la cruz. El conflicto acabó con Jesús.

Si Jesús estuviera aquí sentado entre nosotros, si fuera uno de nosotros, estoy seguro de que nos diría también: "mi crisis es ésa, que yo no sé cómo compaginar...". Seguro. Porque él pasó también su crisis. Eso no lo debemos olvidar.

Les digo con toda sinceridad que cuando leyendo libros de cristología descubrí lo que los técnicos llaman la "crisis de Galilea" de Jesús, la crisis que él pasó en Galilea a la hora de intentar definir mejor cómo podría servir al Reino (que algunos dicen que fue incluso una especie de crisis de poder popular o algo así), cuando yo descubrí eso así de un modo más científico, me sentí mucho más cerca de Jesús. Me pareció que redescubría a Jesús, o casi que lo descubriría por primera vez. Como un Jesús realmente histórico, como un Jesús muy nuestro y que podía responder a aspiraciones, a preocupaciones personales, a desafíos coyunturales que todos nosotros estamos viendo.

El suprimió en sí mismo y quiso suprimir en todos la dicotomía. Pero no suprimió el conflicto.

Todos, nosotros, seguidores de Jesús, debemos estudiar cristología en profundidad, apasionarnos por Jesús, tener por él una chi-
fladura vital que marque nuestra vida y luego se traduzca en nuestro modo de hablar, de vivir, de actuar... Estamos a demasiada distancia de Jesucristo, a pesar de hablar tanto de él.

OREMOS:

Oh Dios, Padre nuestro, que nos has congregado por la sangre, por la geografía, por la fe, en esta Centroamérica, lugar crucial de muerte, de miseria, de opresión, de represión, de luchas y masacres. Te pedimos que tu Espíritu nos haga sensibles a la realidad, nos comprometa con los hermanos y nos ayude a sentir la centroamericanidad como un desafío que tu Iglesia debe asumir pascualmente. Que tanto llanto, tanta sangre y tanta esperanza no queden defraudados.

Te lo pedimos por todos los profetas, por todos los mártires, por todos los luchadores, por todos los oprimidos, por todos los testigos de Centroamérica. Te lo pedimos por tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano, que vive y reina contigo, y vive y camina con nosotros en la unidad del Espíritu Santo. Amén.

ACTITUDES DE JESUS

(Decimos aquí "actitud" como una "matriz de actos", como proceso, hecho de actos).

1. **La encarnación.** La encarnación no es un acto. Es una actitud. Con una palabra menos espiritualizable la llamaríamos "la historicidad". El Verbo de Dios, en Jesús, expresó abiertamente durante toda su vida, ya desde el primer momento y hasta el final, esa actitud de historicidad. Se fue encarnando, se fue haciendo historia, se fue haciendo carne humana (hambre, sed, incomprensión, cansancio, azotes, condenación, cruz, muerte...). Actitud de encarnación significa proceso de historicidad. Lo que dice la carta a los filipenses: se fue haciendo nada, kénosis.

2. **Fidelidad en el servicio.** El hizo la verdad. Fue la veracidad. Cumplió. Hizo. Fue fiel. El "testigo fiel", como lo llama el Apocalipsis. El es la encarnada fidelidad de Dios. Fiel en el servicio al Padre, y en el servicio a los hermanos. Actitud de fidelidad que es actitud de coherencia, desinceridad.

(Yo he visto que la sinceridad acaba resolviéndolo todo. Y acaba siendo nuestro mejor argumento, y la mejor pastoral. Acaba siendo reconocida por todos. Y es libertad de espíritu. Y libertad en el Espíritu. La sinceridad tiene la ventaja siguiente: aunque de hecho yo no estuviera en lo cierto porque estuviera engañado, subjetivamente no estaría siendo infiel, no estaría engañado).

3. **Comunicación, comunión, acogida.** Para con el Padre (la oración, la contemplación). Para con los hermanos (la misericordia, la ternura, la sensibilidad, la solidaridad de Jesús...). Pablo llega a decir que Jesús se hizo ley, pecado (lo último que se puede decir). No se hizo pecador, pero se hizo pecado, que es más aún.

4. **Libertad de pobre.** Hay mucho libre liberal, y también hay mucho pobre que no es libre. Esas dos palabras, pobre y libre, son prácticamente sinónimas. No se puede ser libre sin ser pobre. Ni se puede ser pobre sin ser libre. Recuerden el libro de Christian Duquoc: "Jesús, hombre libre".

5. **Actitud de novedad, de revolución.**

El es el novedoso, la novedad, la utopía, lo trascendente, lo irreductible, lo escatológico. No se parece a nada ni a nadie. Una actitud imprescindible para ser revolucionarios y para no ser malos revolucionarios. La novedad de Jesús es más nueva que la misma revolución. A la revolución le añade novedad. El Reino es más que la revolución, más que la Iglesia. Esa actitud de novedad nos ayudará a la crítica y a la autocrítica. Siempre más, siempre algo más nuevo. La permanente revolución. El mismo Che pedía una revolución constante. Y hay testimonios sandinistas muy buenos: la revolución no termina.

6. **La conflictividad.** Fruto de su radicalidad en el servicio, en la fidelidad, en la libertad, en la pobreza, en la novedad. Si era radical en todo eso, es lógico que fuera conflictivo y que viviera en la conflictividad. Se llevaba mal con todo y con todos. Entró en conflicto con la familia, con la ley, con los sacerdotes, con las autoridades... Y hasta con el pueblo, con los apóstoles, con el papa (Pedro, al que llamó "diablo").

No se trata de querer estar a mal con nadie. Pero sí se trata de asumir la conflictividad. Y debemos asumirla con un poco de ternura, de buen humor. Porque lo de sacudirse el polvo de las sandalias no deja de tener guasa en Jesús, quizá...

Jesús es un hombre en conflicto. Basta abrir el evangelio para verlo. Es un hombre en conflicto incluso consigo mismo. Aquella angustia. Aquella angustia extrema que nos describe Lucas, en el huerto, sería una expresión extrema de esa conflictividad extrema que le tocó vivir. Y el grito último de la cruz.

7. **Esperanza.** Actitud de fuerza asegurada, de garantía total, de fuerza en el Espíritu. Fuerte y seguro sobre el pecado, sobre las expresiones del mal. De ahí los milagros, esa seguridad, esa esperanza, esa fuerza, ese coraje para enfrentarse con la mentira, con el mal, con la desgracia, con la enfermedad, con la muerte, y que se manifestó en el último gesto de fuerza y de esperanza que fue la propia resurrección. Jesús ya está en aquella última actitud que es la de resucitado. Nosotros sólo podremos vivir esa actitud en esperanza. El la vive plenamente, definitivamente.

IGLESIA, REVOLUCION, REINO.

la instancia última

Para nosotros, la última instancia es siempre el Reino. El Reino juzga a la Iglesia. El Reino juzga a la revolución.

palabras sinónimas

Para nosotros, en última instancia, Liberación y Revolución son, prácticamente, en cierta medida, palabras sinónimas. Algunos dicen: "Liberación dice mucho más que Revolución"... Bueno, igual que decimos "Liberación total" podemos decir "Revolución total". Podemos hablar de una Revolución permanente, así como hablamos de una Liberación permanente... Prácticamente, palabras sinónimas.

otra forma de trascendencia

A partir del propio texto de Mt 25, 31ss, Jesús se nos presenta como muy "materialista". La opción de Jesús por el Reino se nos presenta en algo no sólo muy histórico, sino muy cotidiano, y muy "material": la comida, la bebida, el vestido, la cárcel... Nosotros, evidentemente, hoy ampliaríamos: la tierra...

Eso hace que los cristianos, si somos conscientes y si queremos ser consecuentes, no podemos de ningún modo ser espiritualistas. El Reino es algo concretísimo, inmediatísimo, eminentemente histórico, sin dejar de ser a la vez completamente trascendente, pero con otra forma de trascendencia...

la revolución interior

Los revolucionarios no podemos olvidar que sólo en la medida en que nos revolucionamos nosotros mismos interiormente podemos revolucionar a la sociedad y a la Iglesia. La "metanoia" que pide el evangelio es la revolución personal, el paso de ser la persona opresora

que todos somos en principio, a ser una persona servicial, entregada a la causa del Mundo Nuevo.

la dicotomía imposible en Centroamérica

La gran revolución teológica que hizo Jesús fue ésta: decir que no se puede amar a Dios sólo, que no se puede amar a Dios directa y exclusivamente. Sólo se puede amar a Dios amando a los hermanos. Y sólo amaremos a los hermanos radicalmente si amamos a Dios, siempre que se trate verdaderamente del Dios de Jesús, que es Padre, que tiene hijos, que nos hace hermanos, que tiene una voluntad histórica que se llama Reino, y que ese Reino que se realiza con nuestra donación a los hermanos. Dios no tiene ninguna necesidad de nosotros, no necesita nuestra reparación... Donde él necesita de nosotros es en nuestros hermanos.

Si en algún lugar del mundo necesitamos superar la dicotomía es aquí, en Centroamérica. En situaciones tan extremas no cabe de ninguna forma la dicotomía. En Europa, o incluso en otros lugares de América Latina, sería menos imposible la dicotomía. En medio del hambre, en medio de la injusticia generalizada, entre mayorías con hambre, con analfabetismo, con mortalidad infantil, privadas de su cultura, sometidas, prohibidas... en situaciones tan extremas no es posible la dicotomía, ni el lícito.

Nosotros hemos de superar de tal modo la dicotomía que sepamos conjugar la revolución con la contemplación, incluso con la revolución armada, en los casos extremos ya conocidos.

La dicotomía separa las cosas: por un lado la revolución, por otro la fe. La dialéctica distingue pero confronta las cosas, complementa. Esto es muy importante. Nosotros queremos, debemos distinguir y discernir la presencia de Reino que hay en la revolución, pero no dejemos el Reino de un lado y la revolución del otro, sino que los ponemos en confrontación, en complementariedad. Dialécticamente.

conflictividad y dialéctica

Hablando de aquella actitud fundamental en la vida de Jesús y en nuestras propias vidas, conflictividad evangélica y dialéctica revolucionaria acaban siendo casi lo mismo para nosotros. Necesariamente, viviremos la conflictividad revolucionaria en conflictividad evangélica.

germen de revolución

El Reino es germen de revolución. Y no sólo para los cristianos, sino para la humanidad. La humanidad, hecha a semejanza de Dios, lleva en sí ese germen de revolución, el sentido de "hacer nuevas todas las cosas". Lleva en sí esa voluntad de comunicación (propia de Dios, de la trinidad), de igualdad (los tres absolutamente iguales)... Y esto no es poesía teológica: estoy diciendo lo que creo. Estoy confesando

mi fe. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Somos hijos de Dios. Nos dice Jesús que nuestro proceso en la vida es ir haciéndonos buenos como el Padre es bueno. Eso es un proceso revolucionario, no hay duda: novedad de todos, la igualdad total.

El Reino es germen de revolución, porque el proyecto de Dios es anterior a cualquier revolución.

niegan la oportunidad del Reino

Nunca se dice de los espiritualistas que sean reduccionistas: que niegan la tierra, que niegan la humanidad de Jesús. Nunca se dice de ellos que niegan "la oportunidad del Reino". El Reino de Dios sólo tiene la oportunidad del tiempo y de la historia. Porque después del tiempo y de la historia el Reino se consumará.

Cuanto más negamos el tiempo, cuanto más negamos la historia, cuanto más negamos la humanidad, cuanto más negamos el compromiso político, más estamos negando el Reino de Dios. ¿Cuál es el espacio del Reino de Dios? ¿Dónde se juega la oportunidad que el Reino tiene para ir haciéndose realidad? Respondemos: en nuestras vidas, en nuestra sociedad, en la historia humana. Sólo en la tierra podemos construir el Reino. "La tierra es el único camino que nos puede llevar al cielo". Nuestra vida, total y diaria, es lo único que tenemos para dar oportunidad al Reino.

ya-todavía-no

La revolución es un medio para el Reino, pero también es más que un medio. Es una señal del Reino y es presencia-ya del Reino. Aunque no sea totalmente el Reino, es Reino-ya.

No sería cristiano decir que esperamos que venga el Reino sólo después de la muerte. Eso no es cristiano. Eso es herejía. Esperamos que, más allá, venga la plenitud del Reino, que venga el Reino-ya, el Reino-totalmente-ya. Pero también creemos que ahora, aquí, en nuestra historia, ha venido, está viniendo y va a seguir viniendo el Reino, ya, realmente ya, aunque todavía no plenamente.

Cuando decimos ya-pero-todavía-no, se entiende: ya está aconteciendo el Reino, aunque no esté aconteciendo todavía en plenitud. Si no, también estaríamos negando que Jesús en la tierra fue Reino. Aquí tenemos el Reino ya-sí-pero-todavía-no. Realmente ya-sí, aunque todavía no plenamente.

El Reino llega a plenitud en la escatología, pero viene, va viniendo desde muy atrás, desde que el Señor decidió abrirse, salir afuera, crear.

Ese proyecto de Dios, ese proyectado destino de la raza humana (Nolan) y de toda la realidad, ya viene haciéndose, gestándose, laboriosamente, al compás de la gracia divina y de la respuesta humana, como don y como conquista, desde que se puso en marcha, desde que se dio inicio, desde el principio de los tiempos.

instrumento del Reino

La Revolución es un proceso. Va siendo Reino. Va preparando el Reino, va anunciando el Reino. El propio Reino va sucediendo en un proceso. El Reino es la utopía. La revolución es un instrumento de esa utopía. La propia revolución en sí es utopía (la igualdad, la fraternidad universal, la plena participación de todos son utopía). El Reino es una utopía todavía mayor, la Utopía Mayor. Y la revolución es un instrumento de esta Utopía Mayor.

No cabe duda de que con mucha frecuencia la revolución ha sido para nosotros los cristianos la gran ocasión para que descubriéramos mejores caminos para la utopía del Reino. Los revolucionarios nos han dicho: "¿cómo pueden ustedes los cristianos hablar de fraternidad universal y tolerar durante siglos y siglos la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo? Entonces, el mandamiento nuevo... ¿a qué se refiere?". Esa ha sido una gran contribución que nos han hecho los revolucionarios.

Teólogos serios han confesado cómo el marxismo les desveló aspectos básicos del cristianismo, sobre todo de su concreción social, política, histórica. Con la mayor naturalidad del mundo hemos aceptado en la Iglesia durante siglos estructuras que hacían que la máxima parte de la humanidad viviera fuera de la luz y del calor del mandamiento nuevo. Esa es la verdad.

También en este sentido la revolución es señal del Reino, instrumento del Reino, y revelación del Reino.

una sola historia

Recuerdo todavía el día en que, siendo yo seminarista, descubrí personalmente que la historia es una sola. Nos acostumbraron demasiado a aquella división entre historia natural o profana e historia de la salvación, entre orden natural y orden sobrenatural... La teología que se escribía y que se enseñó en nuestros seminarios era una teología fatalmente dicotómica. Como si la gracia se montara por encima de la naturaleza en una especie de segundo piso, en una especie de tinglado dorado... No. La Gracia acontece en la naturaleza. La naturaleza es "gratificada". La naturaleza viene de Dios, como la Gracia.

hay algo más

La pura revolución en sí misma prescinde del Reino, precisamente porque es cristiana y no cristiana, y judía y musulmana y atea. Es decir, porque no es confesional, porque es secular. En sí, la revolución es revolución, un proceso económico político-social-cultural. La revolución en sí no tiene por qué hablar de Dios, ni de Cristo, ni de los sacramentos.

La revolución, evidentemente, no habla de Reino. Pero hace Reino, es señal de Reino, proceso del Reino. En este sentido no hay contradicción. Más que contradicción, puede haber tensión. Si la re-

volución quiere agotarse en sí como revolución, muy bien. Si la revolución reconoce que sólo es revolución, muy bien. Si la revolución no acepta que haya algo más, muy mal. En ese caso la revolución negaría el Reino, que ya acontece en ella, pero que la sobrepasa.

Es, al fin y al cabo, la conclusión a la que hemos llegado siempre con nuestros hermanos marxistas: "estamos de acuerdo, con tal de que ustedes no digan que 'ya no hay más' ". Porque hay más: el sentido religioso, la trascendencia, el más allá de la muerte personal.

"resucitaré en el pueblo salvadoreño"

Alguien se ha escandalizado mucho con la famosa frase de Mons. Romero. Incluso la han querido negar. La han averiguado, históricamente. Y también a mí me gustaría saber dónde, cómo y en qué contexto y con qué palabras exactas la dijo Romero, porque me han preguntado incluso teólogos de Europa si es verdad, cómo y cuándo la dijo: "si muero, resucitaré en el pueblo salvadoreño"...

Les parece una afirmación poco cristiana. Lo que se teme es que la expresión sea marxista, en el sentido más crudo de la palabra, es decir, que negara la escatología y la trascendencia, como si dijera: "yo personalmente acabo con mi muerte, pero el pueblo salvadoreño continúa... y el testimonio que yo le dí, la fuerza de mi sangre, mi nombre, mi referencia, ayuda al pueblo salvadoreño a ir resucitando, a ir saliendo de la esclavitud y de la muerte..."

Nosotros los cristianos decimos las dos cosas: Mons. Romero, él, la persona de Mons. Romero, continúa. Es él personalmente quien sigue presente y resucitado. Y queda también su memoria eficaz... Las dos cosas.

Para la teología que yo creo, Mons. Romero ya está resucitado. Yo no creo que resucitemos después, al final, el día de las trompetas del juicio final. Esto, por supuesto, es discutible teológicamente; hay opiniones varias. La fe no explica mucho estas cosas. San Pablo en este particular también se sale del tema con poesía: "sembramos corrupción y recogemos incorrupción"... no sabe cómo decirlo. Pero hay una teología que dice que "morimos y resucitamos ya", con nuestra propia muerte. Porque no hay unos frigoríficos que guarden nuestras almas congeladas esperando al final de los tiempos para que después se nos adhiera el cuerpo y acaezca la resurrección. Yo creo sinceramente que morimos y resucitamos ya. Eso del final de los tiempos significa que ha de haber una cierta colectivización de la gloria, un "punto final", como diciendo: ya no hay más tiempo, ya no hay más lágrimas, ya no hay más muerte... (un "punto final" de Dios, muy distinto al "punto final" de los dictadores y los demócratas liberales vendidos a los torturadores).

Monseñor Romero, él, resucitado, la persona de Mons. Romero, resucitada, está presente en el pueblo salvadoreño. No sólo como una memoria, como una referencia, como un estímulo... "Queda la pala-

bra", es el título de una biografía suya, recordando el verso de aquel poeta español. Queda la palabra... y queda mucho más que la palabra de Mons. Romero: queda la persona resucitada de Mons. Romero. Y queda también la palabra, la referencia, la memoria, el estímulo... Sí, todo eso queda.

Y en cristiano decimos que queda también la intercesión gloriosa de Mons. Romero. La comunión de los santos que vivimos ya aquí se vive con una plenitud nueva con los santos que ya están del lado de allá. "La unión de los que peregrinamos en este mundo con los hermanos que ya murieron en Cristo, de ninguna manera se interrumpe, sino que, según la constante fe de la Iglesia, se robustece con la comunicación de bienes de espirituales", dice el Concilio Vaticano II (LG 49).

Mons. Romero personalmente está siendo realmente eficaz en El Salvador. Es dogma de fe: la comunión de los santos es todo eso. Nadie va a pensar que la comunión de los santos sea sólo que Mons. Romero diga a la Santísima Trinidad y a Nuestra Señora: "miren, no se olviden de llevar el mayor número posible de salvadoreños a la gloria del cielo cuando se mueran; facilítenles la extremaunción, o por lo menos la confesión; ahora bien, yo no me meto en que tengan vida, comida, libertad, o no la tengan, en que sigan llegando los dólares que financian su muerte o que no lleguen esos dólares... yo ahí ya no me meto"... Esto sería negar la caridad, y sería por tanto negar el evangelio.

Los objetivos finales

Hay objetivos finales de la revolución que coinciden con objetivos del Reino, pero que no son los objetivos finales del Reino. La justicia, la fraternidad, la igualdad, la supresión de dominaciones, de dependencias, de imperios, de la deuda externa, de la colonización, del colonialismo... todos éstos son objetivos del Reino, no cabe duda. Si no fueran objetivos del Reino, el Reino no estaría pretendiendo la fraternidad, la igualdad... Pero no son aún los objetivos "finales" del Reino, porque el objetivo final del Reino y su realización final será nuestro encuentro pleno entre todos y con Dios. Esa plenitud de encuentro solamente se dará más allá de la muerte, evidentemente. Y la revolución por sí misma no tiene por qué preocuparse del más allá; no se hace la revolución para el cielo, en ese sentido.

Los objetivos finales del Reino coinciden con los objetivos finales del cristianismo. ¿Por qué? Porque precisamente el objetivo final del cristianismo es el Reino. Y no puede ser otro (no debe ser otro). Para eso vino Jesús. Eso es lo que él anunció, eso es lo que él realizó.

El objetivo final del cristianismo sólo puede ser el Reino. En ese sentido coinciden los objetivos del Reino con los objetivos del cristianismo. Cuando decimos aquí cristianismo podríamos decir Iglesia, y también podríamos distinguir; pero no vamos a entrar ahora en distinciones.

El cristianismo siempre es "algo otro", algo diferente con respecto a la revolución, y siempre es "algo más". Ese plus, ese algo más...

una colaboración muy interesante

Me conmovió la visita que hice a los presos políticos en São Paulo en tiempos de la dictadura brasileña. Tuve casi que hacerme pasar por novio de alguien. Y tuvimos que alquilarle a un señor que estaba allá su chaqueta, su saco, porque sin esa prenda no dejaban pasar. Recuerdo que tuvimos que pagarle cinco cruzeiros, en aquella época.

Estuve casi toda una mañana con los presos políticos. Algunos de ellos, guerrilleros en la región del Araguaia, de la parte que está al norte de la nuestra. Varios con torturas violentísimas, con varios años de cárcel...

Estuvimos hablando mucho. Fue uno de los cuatro encuentros históricos de mi vida. Y llegó un momento en que yo les dije: vean, ustedes y yo prácticamente estamos de acuerdo en todo. (Ellos eran marxistas, ateos la mayoría; alguno de ellos había tenido una formación cristiana). Coincidimos en todo, menos en algo que a ustedes puede parecerles "superfluo" y que sería eso: la trascendencia y la escatología, aunque yo no creo que ustedes prescindan ni siquiera de eso, ni de la trascendencia ni de la escatología...

Cuando salí de allá ellos pidieron a su abogado que les trajera la Biblia. Y después hemos trabajado juntos en más de una ocasión. Con uno de ellos, Pedro Tierra (Milton Pereira), hemos hecho la "Misa de los Quilombos" (celebración de la causa negra) y la "Misa de la tierra sin males" (celebración indigenista), hemos trabajado en la CPT, en el CIMI... Varios de ellos son asesores de trabajos pastorales. En Brasil, como la Iglesia era el único espacio para la militancia popular, muchísimos de ellos, aun sin fe, tuvieron que trabajar en la Iglesia. En nuestra prelatura también trabajaron varios. Fue necesario hacerlos agentes de pastoral, incluso para que tuvieran su carnet de trabajo profesional, por seguridad, por economía, por futuro... Eso ha sido interesantísimo, porque a ellos les ha hecho mucho bien y nos lo ha hecho a nosotros. A nosotros nos ha ayudado mucho en la ideología, en el compromiso, y nos ha hecho más realistas. También nos ha ayudado a relativizar, a desmitificar las organizaciones revolucionarias, los partidos políticos... porque hemos conocido también sus límites, sus deficiencias, sus fallas. Ha sido una colaboración y una compenetración muy interesante.

ser cristiano y revolucionario en Centroamérica

En Centroamérica, un cristiano que no es revolucionario no es legítimo cristiano. En Centroamérica, un cristiano puede ser no revolucionario solamente si es un cristiano inconsciente.

A ciertos cristianos, a muchas comadres cristianas, por ejemplo —con todo respeto—, a quienes la misma palabra “revolución” les espantaría sin saber siquiera lo que es revolución, a los cristianos que no están comprometidos con la revolución no vamos a negarles la autenticidad de la fe. Debemos comprender todo esto; si no, podríamos escandalizar; además el Señor nos pide que no juzguemos.

Ahora bien, objetivamente hablando, quien tenga lucidez cristiana sabe que por definición el cambio es total, constante; un proceso de novedad total. Evidentemente es una transformación radical de las estructuras. Y en ese sentido no se puede ser cristiano si no se es revolucionario. Es evidente.

Con otras palabras: no se puede ser cristiano si no se reconoce que el pecado, que todo pecado es también colectivo, es también estructural y estructurante, las dos cosas. Nuestros pecados son personales (son fruto de nuestras personas); si no, ya no serían pecado (lo que no es mío, aquello de lo que yo no soy ya consciente, aquello de lo que no soy ya responsable, ya no es pecado mío). Es evidente que el pecado ha de ser personal. Exige una responsabilidad, una conciencia. Si no, ya no sería pecado.

Por otra parte, yo soy un ser que dependo de una estructura (y por estructura entiendo ahora todo: la economía, la política, la cultura, la tradición, la familia, los genes...) y al mismo tiempo yo voy haciendo estructura. Si yo, por ejemplo, obispo como soy, me conformo con el tipo de curia común, habitual, sin cuestionarlo, estoy prolongando y propiciando una estructura de dependencia, una estructura de colonialismo pastoral, eclesial. Todos dependemos de una estructura y hacemos una estructura a la vez, somos estructurados y estructurantes...

Un cristiano que tenga una mente lúcida entenderá que el pecado es personal y es social, colectivo, estructural, y necesariamente ese cristiano habrá de hacerse revolucionario, para vencer tanto lo que hay de personal en el pecado como lo que hay de estructural en el pecado. Si no, estaría negando el Reino; haría del Reino una simple transformación personal, que cada uno llevaría por su cuenta y riesgo. En este sentido, la palabra “metanoia” del evangelio sería para nosotros bastante sinónima de “revolución”; no es que lo sea totalmente, pero nos la recuerda bastante.

ser cristiano y revolucionario en Nicaragua

Un cristiano no puede dejar de ser revolucionario. Y en la actual coyuntura la revolución tiene en Nicaragua una mediación histórica, organizada, estructurada y, prácticamente, la única posible hoy por hoy. La estructura, el medio, la posibilidad y la coyuntura incluso que Nicaragua tiene de revolución es el sandinismo. Entonces, si el cristianismo no puede dejar de ser revolucionario, en Nicaragua hoy no puede dejar de ser sandinista. Tampoco ha de reducir la fe al san-

dinismo, evidentemente. Ha de ser “también” sandinista. Ser también, no “sólo”, no reductivamente. Porque ser cristiano es más.

Ahora bien, una cosa es el sandinismo y otra es el FSLN. Si ha de ser revolucionario, el cristiano habrá de ser sandinista, aunque no necesariamente habrá de ser del Frente, del partido. Ni siquiera habrá de ser necesariamente de una organización. No necesariamente.

Cada uno, personalmente, en su respectivo lugar (en el barrio de Managua, en la montaña, siendo maestro, madre de familia, en tiempo de agresión...) deberá ver. Pero, me pregunto: ¿podrán estos cristianos rehuir el entrar en la organización?, ¿o incluso en el partido? Porque podríamos caer en el peligro de decir: vamos a ser revolucionarios, pero sin hacer revolución. Sería como decir: vamos a ser cristianos pero sin practicar el cristianismo. Acabaría siendo lo mismo.

Otros dirán: “vamos a hacer revolución en Nicaragua hoy, pero sin hacer revolución sandinista”. Pues, ¿qué revolución vamos a hacer, la de Zapata?

Ya sé que es difícil dar recetas ahí.

Pongo un ejemplo. Me encontré en Nicaragua con una monjita que estaba en la duda de si entraba o no en el partido. Hacía una labor como de veinte sandinistas juntos. Yo le dije: objetivamente hablando no hay ningún inconveniente. Sí que tendrá usted muchos inconvenientes con su congregación, e incluso con el partido (porque el partido es exigente). Tendrá usted inconvenientes con el señor arzobispo, si lo llega a saber, y hasta con el Papa... Con Dios, objetivamente hablando, usted no va a tener ningún inconveniente. Ahora bien: pensemos las cosas táctica y estratégicamente.

Hablé con ella y hablé con el Frente luego. Y llegamos a la conclusión de que era mucho mejor que continuase haciendo lo que hacía hasta entonces sin entrar en el Frente, que crearse problemas ella y creárselos al Frente entrando en la estructura partidaria. Hay que ser realistas. Estratégicos y tácticos.

En Nicaragua, muchas personas, si quieren ser conscientes, sinceros, han de entrar en el Frente, en el partido, en las organizaciones concretas de masas, etc. Otros cristianos serán también conscientes y sinceros y honestos y no entrarán. Pero todos han de ser revolucionarios. Y han de entrar en ese movimiento global sandinista. Habrán de tener el espíritu sandinista, que es antiimperialista, nacionalista y popular. Sandino optó por los pobres, los pobres de la tierra.

En este sentido de discernimiento, de tener las ideas claras y los objetivos finales claros y saber distinguir después en cada paso —según las circunstancias y según estrategia y táctica— si se ha de ser del frente o no... creo que podemos ayudar mucho a los frentes y partidos y organizaciones. Igual que no queremos utilizarlos, no debemos permitir que nos utilicen. No debemos permitir que utilicen a nadie, precisamente para que sean más auténticos, más honestos. La ética evangélica es algo más. Es la ética de las bienaventuranzas, la ética del mandamiento nuevo, que no es sólo amarnos, sino amarnos como él nos

amó. La ética evangélica puede añadirle algo a la ética puramente revolucionaria que no sea evangélica.

La coyuntura puede exigirle a uno ser del partido. En un momento dado la coyuntura puede exigirle a uno enrolarse en un partido determinado, entrar en una determinada organización, o realizar tal o cual acción. La estructura está allí, ¿no?, pero la vida se hace a base de coyunturas. Y en una coyuntura determinada yo puedo huir de todo enrolamiento en todo partido u organización u acción concreta, por táctica o prudencia en el mejor sentido de la palabra, por fidelidad, por testimonio, por lo que sea. Y en otro momento, quizá yo debo enrolarme, entrar de lleno. El "hoy" de Dios tiene que ver algo con la coyuntura. El mismo Jesús huyó en determinadas coyunturas: "no ha llegado mi hora". Toda su vida era la Hora, pero supo distinguir entre coyuntura y coyuntura. Cuando llegó la coyuntura "fatal", pas-cual, ahí lo dió todo.

la espiritualidad de la serpiente

A partir de mi primera visita a Nicaragua hablé de la pastoral de la frontera de la pastoral de la consolación, de la pastoral de la credibilidad. Yo diría que ha de haber también una "espiritualidad de frontera": la espiritualidad de la "astucia evangélica", la espiritualidad de la serpiente —que no niega la de la paloma— y que al fin y al cabo es una recomendación de Jesús.

Por ejemplo, alguien de ustedes vive en la frontera de Costa Rica con Nicaragua. Allí, hoy, después de Esquipulas, continúa habiendo contras, aunque el premio Nóbel de la paz centroamericano con su sagrada boca esté diciendo lo contrario. Continúa habiendo contras en Costa Rica. Y allí, en la casa tal se reúnen los contras, y allí llegan maletines con dólares y armas para la contra... ¿Van ustedes a denunciarlo sin más? Despacio. Habrá que denunciarlo cuando sea, como sea, del modo que sea más oportuno. La espiritualidad de la serpiente; insisto: que no niega la de la paloma.

Otro ejemplo: ¿van ustedes a pasar a la clandestinidad en Guatemala o en El Salvador? Pues quizá es mejor que no pasen a la clandestinidad y favorecen así más al Reino favoreciendo a la Iglesia y a la revolución viviendo en la normalidad... Hay que discernir.

frontera y contrabando

Una frontera es una división entre dos mundos. Por otra parte una frontera es un paso entre dos mundos, un medio de comunicación entre dos mundos.

Piensen en la frontera revolución-Iglesia. Aunque ustedes estén en el centro de El Salvador, de Costa Rica, de Nicaragua, de Honduras, de Guatemala o de Panamá, ustedes están en esa frontera. Y no olviden: la frontera es una línea, pasaje, puente entre dos mundos, punto de comunión...

Ahora bien, la frontera es también frecuentemente paso de contrabando. De un lado y de otro. Podemos pasar contrabando de la Iglesia a la revolución. Y podemos pasar contrabando de la revolución a la Iglesia. Si entendemos mal la revolución o la Iglesia, podemos pasar lo malo de la Iglesia a la revolución, y lo malo de la revolución a la Iglesia. Si yo paso espiritualismo a la revolución, estoy pasando contrabando. Si yo paso ciertos autoritarismos de la revolución a la Iglesia, estoy pasando también contrabando. Por eso, si se está en la frontera, hace falta distinguir, discernir...

ideología

Los cristianos conservadores condenan la palabra ideología, como si se refiriera a algo malo, dándole siempre un sentido peyorativo. Debemos recordar que "ideología" sería el conjunto de ideas-fuerza en lo político, económico y social que uno tiene más o menos organizadas y que le mueven ("ideas fuerza"). A ese conjunto le llamamos ideología. No hay ahí pues nada de malo. Depende del tipo concreto de ideas de que se trate, de qué economía pretendo, qué política, qué sociedad...

Nadie está sin ideología. Es completamente imposible vivir sin ideología. Como no se puede vivir sin sangre. Recuerden la frase de Mons. Smith, de Ecuador, en Puebla: "el que de nosotros esté sin ideología que tire la primera piedra". El que sabe que la tiene, la tiene, y el que dice que no la tiene o que no la quiere tener, también la tiene. Todos tenemos ideología. Forma parte de nuestro ser humano. Para ser seres humanos completos necesitamos tener ideología. Todos, por formación, por estudios, por convivencia, por ósmosis o por opción... nos formamos nuestra ideología, ese conjunto de ideas-fuerza en lo socio-económico-político.

En algunos libros se le da también un sentido negativo, en el sentido de que la ideología mermaría la libertad de opción, pero debemos superar eso. Lo que hace falta es tener una ideología adecuada.

Debemos tener asumida una visión motivadora de lo social, de lo económico, de lo político, que es más que una filosofía política. De las distintas filosofías políticas podemos ir haciéndonos nuestra propia ideología.

Todo cristiano, como todo ser humano, tiene su ideología, aunque no lo sepa. Más aún, "debe" tener su ideología. Es decir: es obligación nuestra sistematizar, organizar nuestro pensamiento, hacernos con un acervo sistemático, orgánico, cada vez más enriquecido, de ideología, para afrontar con lucidez y con compromiso el servicio a los hermanos y al Reino en lo económico, en lo político y en lo social.

ideología y fe

No podemos hacer de la fe una ideología. Ni podemos hacer de una ideología la fe. La fe es otra cosa. A veces, podríamos decir que los cristianos tenemos una especie de ideología teológica, si vale la

palabra; nos hemos organizado una serie de verdades teológicas más o menos correctas o precisas o falsas... pero eso no sería la fe.

Habría que distinguir entre teología e ideología. Podríamos decir: un gran teólogo, sentado en su cátedra, después de haber escrito veinte o treinta libros de teología, puede ser que no tenga ideología teológica, en ese sentido. Es decir, si el individuo sabe, y sabe incluso organizarlo muy bien, pero esas ideas teológicas no le mueven, diríamos que no tiene ideología teológica (Yo subrayo el aspecto de ideas-“fuerza” en la ideología, hasta el punto de que la ideología puede llevar a un cierto fanatismo. Y eso ha llevado en parte a considerar la ideología como algo peyorativo. Así, a veces se dice: “hombré, eso es ideología”, como queriendo decir: “eso es fanatismo, incapacidad de dialogar”).

La fe es mucho más.

La fe no es una sistematización (esto sería la teología); la fe es más don, comunicación, respuesta nuestra...

Tampoco hay que hacer de la fe una ideología: a veces, algunos cristianos, que también tiene su ideología, apelan a la fe, cuando sería mucho más honesto que apelarán a su ideología para afrontar los problemas políticos y económicos del mundo. Acabamos teniendo una especie de teología pastoral que es una mezcla de ideología, de fe... y sale lo que sale.

Es muy importante tener ideas claras.

por lo menos, este servicio

Muchas veces, aun viendo las cosas muy eclesiásticamente, pienso lo siguiente:

Por lo menos, nosotros podemos hacer ciertamente este servicio: que el día de mañana no se pueda decir que en esta hora de sangre, de muerte, de desplazados, de refugiados... en Centroamérica, toda la Iglesia en Centroamérica fue callada, omisa, connivente...

Creo que será un gran servicio a la misma Iglesia, y sobre todo al Reino, que es lo que importa.

Que aunque fuéramos pocos, que haya alguien que no fue connivente ni omiso ante la sangre y la muerte de los pobres.

no a “una” Iglesia popular

Nosotros no queremos “una” Iglesia popular, “una” Iglesia de los pobres, al lado de “otra” Iglesia que no fuera popular, que no fuera de los pobres. Nosotros queremos y exigimos que “la” Iglesia sea de los pobres, que “la” Iglesia sea popular.

Otra Iglesia, en cuanto otra, en cuanto no popular, en cuanto no de los pobres, no la quiero, la juzgo, la rechazo, la excomulgo, porque no es cristiana.

Si no tenemos esta actitud radical le hacemos en el fondo el juego al enemigo. O cuando mucho nos conformamos con pedirle que nos deje un poco de espacio dentro de la Iglesia...

“democracia”

Después de la palabra “amor”, la palabra “democracia” es la más prostituida. A veces, cuando oigo “democracia”, acabo concluyendo: “bueno, esos señores quieren decir exactamente lo contrario de lo que debería ser la democracia”. Y entonces ya acabo entendiendo lo que quieren decir.

Por etimología, “democracia” debería significar gobierno del pueblo, servicio al pueblo, en función de los intereses del pueblo... Y sin embargo muchos que proclaman la democracia entienden de hecho todo lo contrario: en contra del pueblo, la explotación del pueblo, el servicio a las minorías, el sometimiento del pueblo bajo unas leyes al servicio de la oligarquía...

es muy fácil salirse

¿Qué podemos aportar los cristianos a la revolución? Es un gran desafío que podemos sentir. Y, viceversa, como cristianos revolucionarios, ¿qué debemos aportar a la Iglesia en general? En vez de decir: “nos salimos de la Iglesia”, nos vamos a preguntar: “¿cómo podemos revolucionar a la Iglesia?”. Porque es muy fácil salirse, abandonar, arrojar la toalla. Pero es una infidelidad.

cristianos y revolucionarios

La revolución no es nuestra, no es de los cristianos. Ni siquiera la hemos empezado nosotros. Ni somos “la” revolución. Pero estamos dentro de ella, como cristianos también. O sea, somos cristianos y revolucionarios.

Y preguntémonos: como cristianos revolucionarios, ¿qué podemos y debemos aportar a la Iglesia? Seamos realistas: toda la Iglesia no va a ser mañana ya Iglesia de los pobres. No lo llegará a ser plenamente sino cuando Dios resuelva en la escatología todas las cosas. Pero a nosotros nos toca colaborar, e intentarlo con todas nuestras fuerzas. No vamos a soñar con ver nosotros ya que la Iglesia se ha hecho toda revolucionaria, pero debemos y podemos ir aportando con urgencia, con mucha pasión, con mucha esperanza, con mucho realismo también, una contribución revolucionaria a la Iglesia.

Podemos y debemos ser cristianos y revolucionarios. Las dos cosas simultáneamente. Conflictivamente también, sin duda.

que el otro dios cuide de la política

Ahora, lo que nos divide no son los dogmas (la trinidad, la eucaristía...), como nos dividieron en otro tiempo a los cristianos. Lo que ahora nos divide es la ideología, la posición, la opción política y social, las mediaciones que utilizamos, el tipo de posibilidades que damos a Dios. Si no queremos que Dios se meta en política, o si queremos que deje al otro "dios" cuidar de la política... ése es el punto de fricción. Si queremos que el Dios de Jesús se meta en la política y que trastorne la economía, las estructuras, etc., que acabe con el imperio y con toda forma de explotación y esclavitud... ahí no nos vamos a entender con los que quieren mantener a ese Dios de Jesús fuera de esos campos, con los que quieren reservar esos campos para los dioses del poder, del dinero, de la dominación...

estrategia y táctica eclesiales

A veces pensamos que eso de la táctica y la estrategia no debe entrar en lo eclesial. Pero si no queremos hacer dicotomías, debe entrar en toda nuestra vida.

Por ejemplo: si en la conferencia episcopal brasileña logramos tener una cúpula favorable, es a base de que sabemos ceder y conceder. Yo prácticamente nunca he votado los nombres ideales para mí, porque no pasarían. Tenemos que poner algunos nombres no tan ideales, pero que nos van a dejar un espacio suficiente para actuar. Eso que es válido en esa hora puede ser válido en otras horas de nuestra Iglesia. Es lo de Jesús en el Evangelio: la serpiente y la paloma. Jesús estaba hablando de eso, de la táctica y la estrategia, de la ternura, el coraje, y la frescura y el "viva la Virgen" cuando sea necesario.

Es consejo que el Señor nos da. Y parece que las primeras comunidades lo entendieron bien, porque los evangelios y el mismo apocalipsis dan muchos consejos táctico-estratégicos. Por ejemplo, cuando a Pablo le vino bien apeló a que era ciudadano romano (sacó otro pasaporte...). Creo que todo esto es de suma actualidad en Centroamérica.

discernimiento aquí y ahora

Siendo revolucionarios, en tal lugar concreto, y siendo también quizá marxistas —vamos a suponer—, siendo en todo caso cristianos y agentes de pastoral, y viendo las cosas con espíritu crítico, situados en la Iglesia, dentro de ese pluralismo, dentro de todas esas tensiones... conociendo a la revolución, los partidos, los propios problemas internos, conociéndole el aire al Imperio, sabiendo de la estructura, conociendo gradualmente las coyunturas, y las exigencias que el Espíritu le hace a cada uno... en medio de todo eso: ¿cuáles mi contribución específica?

Responder a eso sería la fidelidad al Espíritu. Eso sería el discernimiento de espíritus del que se nos hablaba, aplicado sin dicotomías.

Creemos en Dios Padre, creador de la tierra que nos fue quitada, Padre de los desdichados.

Creemos en el Dios de la Vida, de la Paz y el Amor y la Justicia, que se hizo pueblo Jesús, hombre sufriente, apasionado, enterrado, muerto y resucitado, gloria y esperanza para los pobres.

Creemos en los pobres como cuerpo continuado de Jesús, y en Su presencia viva en América Latina.

Creemos en la madre, mujer, esposa, amiga y compañera, siempre dispuesta al sacrificio.

Creemos en el pensamiento y en la praxis revolucionarias, como creadores de estructuras más justas y humanas.

Creemos en el Amor, capaz de transformar el hombre y la sociedad.

Creemos en el Espíritu, que impulsa la lucha de los pobres, que da vida y fuerza para enfrentar la angustia y el sufrimiento.

Creemos en el Pueblo, que tiene nombre y apellido, que sufre, aguanta, ríe y canta con la certeza de que el amanecer llegará para traer paz, justicia, trabajo y pan para todos.

Redacción colectiva

Creemos en Dios, Padre y Madre, corazón del cielo y de la tierra, que nos da la fe, la esperanza, el amor.

Creemos en Jesús, que se hizo historia del pueblo y marca hoy los pasos de nuestro caminar.

Creemos en el Espíritu de Dios, que crea y recrea, que vivifica, que da creatividad para sobrevivir.

Creemos en María, madre de las madres de nuestros héroes latinoamericanos. Creemos en la mujer latinoamericana, que, como María, da a luz la vida con dolor y esperanza para que haya vida nueva y plena para todos.

Creemos en los pueblos crucificados de Centroamérica, con la aurora pascual de Nicaragua.

Creemos en el pueblo, que vive y celebra su fe, en sus rostros sufrientes y cristalinos, en su organización y espíritu comunitario, en sus luchas, semillas de libertad.

Creemos en la hermandad del indio, el campesino, el marginado, el refugiado, el negro, el joven, la mujer... los pobres todos de la tierra.

Creemos en la solidaridad de los pueblos, expresión de la fuerza y la ternura de Dios.

Creemos en la Resurrección de nuestros pueblos y en el único Pueblo que seremos cuando celebremos juntos el triunfo final, en el Reino de Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Redacción colectiva

Creemos que Dios Padre tiene rostro de mujer curtida de esperanza.

Creemos en el Dios transnacional exportador de la revolución evangélica que creó a Centroamérica sin fronteras.

Creemos en Jesucristo, su Hijo, estratega de liberación, atrincherado a la izquierda del Padre, guerrillero subversivo sembrador de bombas de justicia que socavan el trono de los poderosos en el corazón mismo del Imperio.

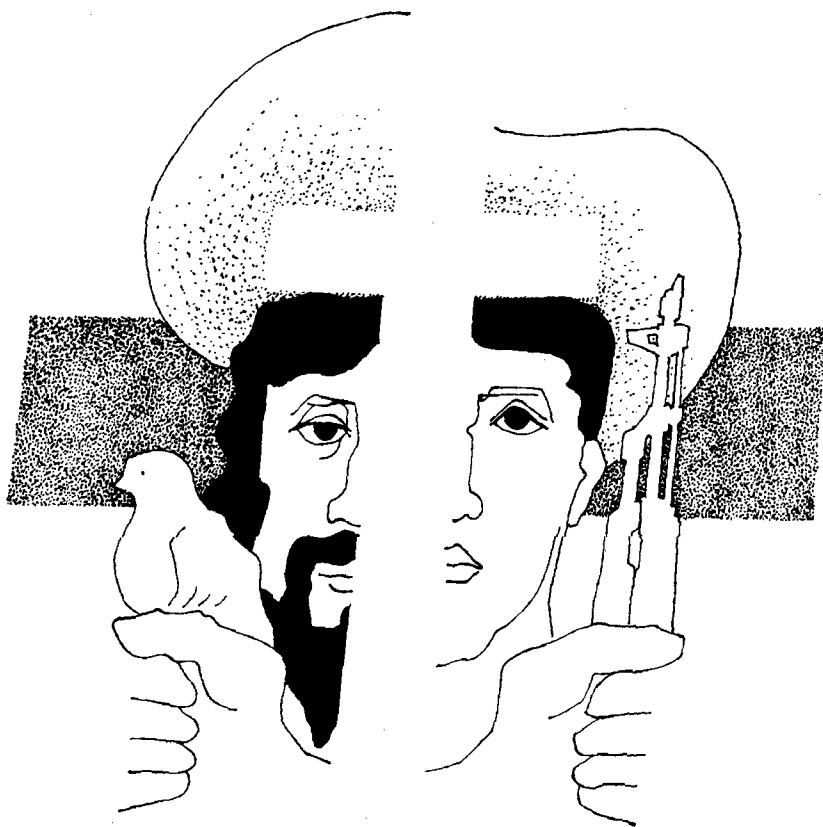
Creemos en el Espíritu Santo, aire nuevo que baja de la montaña. Fuerza que aúna la esperanza de los Pueblos. Siempre en la lucha. Fiesta que ilumina la noche oscura desde el campamento. Luz que pone al descubierto al oligarca, al torturador, a los constructores de la injusticia. Solidaridad que anima la Iglesia de los Pobres.

Creemos en la Iglesia-tierra de Vicente Menchú, mártir del Quiché de Guatemala. En la Iglesia-profecía de san Romero, Pastor y Mártir de El Salvador y de América. En la Iglesia-campesina de los mártires de Olancho en Honduras. En la Iglesia-militante de Gaspar García Laviana, sacerdote hasta el final, muerto en combate en las montañas de Nicaragua. En la Iglesia-organización y formación obrera de Monseñor Víctor Sanabria de Costa Rica y en la Iglesia-cooperativa del Padre Héctor Gallego de Panamá.

Creemos en la unidad del Pueblo, en su resistencia y en sus organizaciones populares. En su Esperanza muchas veces desesperada. En la vida del pueblo que muere y tiñe de rojo el largo camino de la Resurrección.

Creemos que si Nicaragua venció, El Salvador vencerá, Guatemala les seguirá, Costa Rica se convertirá, Honduras será desocupada y Panamá también se liberará.

Redactado por un colectivo de agentes de pastoral de todos los países centroamericanos.



3 UN DIOS Y UN PUEBLO REVOLUCIONARIOS

DIOS Y LOS REVOLUCIONARIOS. CON CUBA AL FONDO

Entrevista radiofónica concedida para una emisora cubana.

—Monseñor, preséntese.

—Soy Pedro Casaldáliga, español, o catalán, como quieran. Soy obispo de la Iglesia Católica en Brasil, América Latina, en este continente inmenso. Hace ya diecinueve años que estoy aquí.

Yo nací en una familia pobre. Hijo de vaquero; con seis vacas "holandesas" nos crió mi padre. Nací hace ya muchos años... Tengo ya cincuenta y nueve. Nací en Balsareny concretamente, cerca del río Llobregat, un río "tejedor".

Y ya de niño, a los once años, entré en el seminario. Ahora nos parece incluso absurdo imaginar una vocación a esas pequeñas alturas de los once años. Es interesante saber —porque estoy hablando a un pueblo de revolucionarios— que la famosa revolución española, aquella guerra "nuestra", produjo un mártir en mi casa: mi tío Luis, hermano de mi madre. Y no hay duda de que su muerte que yo creo martirial —en aquella España hubo tantos mártires de todos los lados— me movió a la generosidad, al heroísmo. Posiblemente, a aquellas pequeñas alturas, digo, a un heroísmo confuso, pero en todo caso... las misiones, seguir a Jesús, ir lejos, dejarlo todo...

Y me fui al seminario. El seminario claretiano. Por cierto que el fundador de los claretianos, san Antonio María Claret, vecino de mi pueblo, tejedor, fue un día arzobispo de Santiago de Cuba, y en Cuba dejó incluso él su sangre, acuchillado en Holguín por defender a los negros contra el interés de los negreros.

Me vine, después, de misionero. Había trabajado en España en la educación, en los colegios, en la prensa, en los medios de comunicación en general —radio, revistas, periódicos...—. Dirigí incluso un tiempo una revista llamada "Iris", que yo y un grupo de compañeros modernizamos como revista "de testimonio y de esperanza". Eran los

buenos tiempos inmediatamente después del concilio Vaticano II que según el papa Juan XXIII abrió una ventana, una gran ventana sobre la Iglesia, para que la Iglesia de Jesús se aireara —que buena falta le hacía— con aires de Evangelio.

Me vine pues a Brasil. Y más concretamente al Mato Grosso. Mato Grosso es prácticamente el corazón geográfico de Brasil. Mi diócesis o prelatura, São Félix do Araguaia (del río Araguaia) está situada entre ese río, el Araguaia, y el río Xingú, en una región de penetración reciente del capitalismo en el campo con grandes haciendas y enormes latifundios. Por ejemplo, cuando llegué me encontré con un latifundio de un millón de hectáreas de tierra. La población —escasa, por ser precisamente eso, área de frontera o de penetración— se subdivide en indígenas —los parques indígenas del Araguaia y del Xingú—, poseiros —o labradores, campesinos sin derecho reconocido a la tierra, apenas con la “posse” o posesión—, los peones o trabajadores, braceros al servicio del latifundio —un servicio o un trabajo rotativo, fluctuante, y con mucha frecuencia esclavo o semiesclavo—, y últimamente los colonos que vienen del sur ya para un trabajo hasta mecanizado y financiado por los bancos, que con frecuencia “ahorcan” a base de intereses impagables. La gran deuda externa se hace con frecuencia “pequeña deuda externa” que ahoga a muchos “pequeños” también.

Y allí, en esta región del Mato Grosso, yo, primer obispo —primer sacerdote incluso que vino a morar permanentemente— y mis compañeros —vinieron después— otros sacerdotes, religiosas, laicos... nos vimos con el desafío de cuidar de un pueblo que vivía sin ningún tipo de infraestructura de ninguna especie. Y allí emprendimos nuestro trabajo pastoral, en cuatro áreas o sectores: lo que sería la pastoral más directa (la celebración de los sacramentos, la misa, la catequesis...), el trabajo de educación formal o informal, la atención a la salud —curativa o preventiva— y el gran desafío de los derechos humanos, de la lucha por la justicia, de la conquista de la tierra para los indígenas, para los labradores. Y ahí estamos. Hace ya diecinueve años.

Y, evidentemente, todo esto ha supuesto un enfrentamiento, claro, abierto, con los propios poderes del latifundio protegidos por la legislación, por un régimen, por un sistema que no se cuida de los pequeños, que cuida a los grandes. Ha supuesto esto calumnias, persecuciones, prisiones, intentos de expulsión —cinco veces el gobierno brasileño de la dictadura militar intentó expulsarme— y expulsión efectiva de agentes de pastoral que trabajaron conmigo en la región. Ha significado incluso muerte, martirial.

—Para quienes pudiesen extrañarse de esto que acaba usted de expresar, díganos, ¿qué tiene que ver la evangelización, su labor como sacerdote y como obispo, la labor del equipo pastoral, con estos problemas? ¿No serían como dos planos distintos, el plano de la vida de la Iglesia, de la predicación, de los sacramentos... y el plano de esos otros problemas que usted ha expresado de injusticia, de latifundio...?

—En la época más dura de la represión el ejército brasileño cercó toda la región de la diócesis o prelatura. Un coronel me preguntaba más o menos —pero de otro modo, con más agresividad— lo que usted me pregunta, diciendo él “que la Iglesia cuidase de las almas”. Yo le pregunté al coronel si había visto algún alma andando por allí, por aquellos campos y caminos...

Nosotros, los cristianos —por lo menos mientras no perdamos la cabeza y la fe auténtica en el evangelio de Jesús— creemos que los hombres son alma y cuerpo, personas humanas, y creemos que la vida es un todo. La Iglesia ha de ver al ser humano como imagen de Dios, con derecho a vivir aquí con dignidad, en libertad, en plenitud, comiendo, durmiendo, teniendo casa, igual a los demás, sin privilegios, sin explotación del hombre por el hombre... Sería absurdo creer en el hombre como imagen de Dios y permitir que el hombre sea profanado, utilizado, prohibido...

No hay evangelización sin concientización. No hay evangelización sin promoción humana. No hay evangelización sin intento de liberación total de esa persona humana a la cual se lleva el evangelio.

Afortunadamente, en la Iglesia, en cierta medida, siempre algún sector ha sido fiel al evangelio de Jesús, que es un anuncio de Buena Nueva total, para las personas humanas y para la entera sociedad humana. Afortunadamente, digo, la Iglesia de Jesús, después del Vaticano II, en muchos sectores, se ha vuelto hacia una evangelización sin dicotomías, sin separaciones, plena, integral. En América Latina, muy concretamente, la teología de la liberación ha sabido expresar de un modo orgánico y sistemático esta fe, este compromiso pastoral, esta visión del hombre y de la sociedad, esta misión integral de la Iglesia. La teología de la liberación, sencillamente, aplica el evangelio a la realidad histórica concreta que los hombres y mujeres, los pueblos de América Latina viven. Ante una realidad de secular dependencia —de imperialismo, de colonialismo, de miseria, de hambre, de marginación...— ¿qué dice el evangelio?, y ¿cómo han de reaccionar los seguidores de Jesús?

—¿De dónde brota esa “teología de la liberación”, de unos teólogos nuevos, una nueva teoría, la aplicación de una nueva filosofía...?

—“Teología”, siempre, en cualquier lugar, en cualquier tiempo, es pensar en Dios, referirse a Dios y —estamos hablando de teología cristiana— referirse al Dios de Jesús. ¿Qué Dios anuncia Jesús con su vida, con su palabra, con sus acciones, con sus preferencias, con su sufrimiento y con su cruz, resucitando después —resucitado y vivo lo creemos los cristianos, y lo sentimos—...

Es interesante recordar una primera página del evangelio que es como su promoción pública, el principio de la vida pública de Jesús. El, recogiendo una palabra antigua del profeta Isaías, en la Biblia, dice que se siente ungido por el Espíritu de Dios para anunciar la Buena Noticia a los pobres, la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos, y

un año de gracia, de libertad, de salvación, una nueva era para todos. Y a partir de esa conciencia de su misión Jesús realmente opta por los pobres, prefiere a los prohibidos, a los marginados de su época, a los sin voz y sin vez, y afronta los poderes del imperio romano en aquella época —del imperio americano de aquel tiempo— y afronta los poderes legalistas, los poderes económicos, los poderes religiosos de su tiempo. Y, perseguido por ellos, va hasta la muerte, muerte de cruz.

La teología de la liberación, a partir de la práctica de Jesús sobre todo y de este compromiso suyo hasta la muerte con los pobres, con los oprimidos, a partir de esa liberación integral que Jesús anuncia con su palabra, con su vida y con su muerte, entiende que en América Latina sólo se puede ser cristiano asumiendo también la aspiración de libertad integral de las personas y de los pueblos latinoamericanos.

Jesús, cuando quiso resumir toda su doctrina, todos los mandamientos de Dios, nos dijo, en síntesis: Dios es Padre y todos ustedes son hermanos. Dios es Padre: el Dios de Jesús de ningún modo puede ser opio. El Dios de Jesús no es un señor dominador. Dios es Padre. Y todos ustedes son hermanos: nadie es señor de nadie. Nadie es maestro de nadie. Nadie puede explotar a nadie.

A partir de esa palabra, de esa vivencia de Jesús, la teología de la liberación, valiéndose evidentemente del análisis de la realidad histórica que los pueblos latinoamericanos están viviendo, valiéndose incluso del análisis marxista que nos ayuda a sentir a la sociedad en una tensión dialéctica, a reconocer las causas de la dependencia y de la explotación que el pueblo concretamente latinoamericano vive, un marxismo incluso actualizado por ojos latinoamericanos... porque la explotación del hombre por el hombre en América Latina es también la explotación de pueblos por un pueblo; es la explotación de la miseria y de la dependencia, la situación del colonialismo secular. A partir del evangelio, y analizando la realidad con las luces también, con los aportes del propio marxismo, la teología de la liberación entiende que la misión de los cristianos es propiciar la liberación integral de las personas y de los pueblos.

—Esta imagen de Jesús que usted nos presenta puede parecer extraña a muchas personas al compararla con la imagen que ellos recibieron, la imagen de un Jesús preocupado sólo por las almas, por "lo espiritual", por un plano de realidades que no tenía que ver mucho con la vida... Le preguntamos: ¿de dónde procede esta imagen de Jesús que usted nos presenta?

—Esta imagen procede... de Jesús. Precisamente, cuando él creyó que no íbamos a entenderlo, o que podríamos fácilmente manipularle, cuando quiso apelar en última instancia a lo que los cristianos seguramente hemos llamado "juicio final", nos dice —según el capítulo 25 del evangelio de san Mateo—: en aquel día, en ese último día que ustedes dirán, yo les voy a juzgar del modo siguiente; tuve hambre y me dieron ustedes o no me dieron de comer; estaba desnudo —desnudo de ropa o de derechos— y me vistieron o no; estaba preso

y me visitaron o no, me libraron o no; estaba oprimido, prohibido... y se interesaron ustedes por mi libertad o me dejaron en la marginación... Y dice Jesús que los enjuiciados preguntarán: pero, Señor ¿cuándo te vimos con hambre, marginado, dependiente, preso, desnudo...?, y responderá: cuando hicieron o no hicieron eso con alguno de los pequeños, a mí me lo hicieron o no me lo hicieron.

El mandamiento del amor que Jesús repetidas veces nos dice que es "su" mandamiento, el mandamiento de Dios que Jesús anuncia sólo se puede vivir amando prácticamente a la persona entera, queriendo su bien, su felicidad, ya ahora, aquí, en la tierra. Después, los cristianos creemos que, vencida la muerte, por la resurrección, a partir de la propia resurrección de Jesús, esa felicidad seguirá plena, eterna.

Yo suelo recordar siempre aquello que para mí fue una lección vital ya desde muchacho: "la tierra es el único camino que nos puede llevar al cielo"...

—Ese fragmento del evangelio que usted ha citado (Mt 25, 31ss) me hace pensar que hay muchas personas —como dice Jesús mismo— que están luchando por la liberación del hombre y que no saben —según Jesús mismo— que están haciendo nada "por Dios"; ni ellos lo piensan ni en principio lo desean. Hay muchos hombres y mujeres en esta América Latina comprometidos desde hace mucho tiempo y hasta el final por la liberación, sin creer en Dios, sin saber que Jesús anunciaba lo mismo, porque el Jesús que a ellos les anunciaron era de otra manera. ¿Qué pueden sentir estos hombres y mujeres ante este mensaje de Jesús?

—Jesús respondió también a una pregunta semejante en su tiempo. Y respondió con una parábola, con una comparación. Decía Jesús que alguien venía por un camino peligroso, de Jerusalén a Jericó. Fue asaltado por los bandidos. Lo dejaron medio muerto, y ahí quedó, tumbado a la orilla del camino. Pasó un sacerdote. Iba con prisa, para su culto. Pasó un levita, un auxiliar del sacerdote, con prisa también. Vieron al herido... Quizá internamente se conmovieron, a lo mejor hicieron incluso una oración... Pero siguieron. Y pasó un "samaritano". Los samaritanos eran para los judíos como los excomulgados, que no practicaban la plena ley, que se habían desviado del primitivo judaísmo. Y el samaritano —que también tendría sus negocios y su prisa, que probablemente sería más pobre, que en todo caso no tenía nada que ver, diríamos, según la mentalidad de la época, con aquel herido judío a la orilla del camino—, el samaritano se paró, interrumpió sus prisas, sus negocios, recogió al herido y lo atendió. Este —dice Jesús—, éste fue prójimo. Este amó. Este, diría Jesús, cumplió mi mandamiento.

América Latina está llena de buenos samaritanos. Que quizá no se refieren a Dios. Que pueden tener incluso simpatía por Jesucristo y no se consideran cristianos. Un teólogo famoso, alemán, Karl Rahner, en una ocasión —después corrigió la expresión— hablaba de "cristianos anónimos". Lo importante, en última instancia no será ser

o no ser cristiano. Lo importante en última instancia será vivir como Jesucristo, optar por lo que Jesucristo optó, trabajar "por el Reino" diríamos los cristianos...

Jesús, en su vida, nos presentó el llamado "Reino de Dios" como la Causa de Dios, la voluntad de Dios, que coincide prácticamente con la Causa del Hombre: la justicia, la dignidad compartida, la igualdad, la paz... Evidentemente, los cristianos creemos que ese Reino, que se va construyendo gradualmente en un proceso realmente revolucionario ahora y aquí, se plenifica después en la vida eterna, en la gloria del propio Dios. Pero este Reino empieza aquí.

Es interesante. Cuando los compañeros primeros de Jesús, los apóstoles, le preguntaban a él: ¿cómo nos dirigimos a Dios?, ¿cómo se reza?, habituados al modo de rezar de la mentalidad religiosa judía, Jesús les enseñó el "Padre nuestro". Y es bueno recordar que con mucha frecuencia los cristianos hemos rezado el padrenuestro por la mitad. Véase: no habla de padre mío, ni de pan mío. Y dice él, dirigiéndose a ese Dios que es nuestro Dios, a ese Padre suyo que es nuestro Padre: hágase tu voluntad, venga tu Reino. "Venga". ¿A dónde? Aquí, a la tierra, ya. Venga a la historia, a nuestra historia.

—Según lo que usted dice, esta Causa por la que luchó Jesús es una Causa por la que están luchando muchos hombres en América Latina, muchos revolucionarios, muchos hombres y mujeres que han hecho de la liberación la causa de su vida. Y según usted serán reconocidos, según dice el evangelio, por Dios mismo. Pero, ¿y aquellos hombres que luchan por la liberación y en nombre de esa liberación se han tenido que oponer a Dios o han rechazado a Dios —al menos según ellos han sentido—?

—Dios les va a agradecer que hayan rechazado los "falsos dioses" por servir a la causa del verdadero Dios. Hay mucha idolatría secularmente en el mundo. Y es evidente que la idolatría es religiosa. Sólo sirve, sólo adora a los falsos dioses aquel que cree ser religioso. Quien no se cree religioso no piensa en Dios, ni en el verdadero ni en el falso Dios.

Ya hablé antes del "opio", refiriéndome a la famosa, célebre expresión de Marx. Evidentemente, yo tampoco puedo creer en ese Dios en quien Marx dice no creer. Porque no es el verdadero Dios. No es el Dios de Jesús, un Dios que propicie la explotación del hombre por el hombre, la dominación de un pueblo sobre otro pueblo, que haga olvidar las necesidades básicas de la comida, de la salud, de la vivienda, de la justicia, de la libertad... por unas supuestas almas, por una futura vida... un dios que permitiese matar la vida presente por la esperanza de una vida futura, ¿qué tipo de dios sería? Sería la negación de Dios...

—Pero, monseñor, ese Dios que permite esas cosas es el Dios que muchos revolucionarios han negado como Dios de la Iglesia, y por eso han abandonado también la Iglesia...

—Y ése es el Dios que, desgraciadamente, a lo largo de los siglos, muchos cristianos han servido.

—Un Dios que no es el verdadero Dios...

—Que no lo es. No es el Dios de Jesús. No siempre el Dios de la Iglesia coincide con el Dios de Jesús. Es evidente, secularmente, sobre todo en siglos tristes. Cualquiera recordará la famosa Inquisición... Nosotros, en América Latina, podemos recordar a una Iglesia que vino del brazo del Imperio, a una cruz que se amarró a la espada; podemos recordar la denigración de los indígenas y de los negros en nombre del evangelio; aquellos cristianos, aquellos obispos, aquellos papas se preguntaban incluso si los indígenas tenían alma, si serían personas humanas... Los negros, traídos de África, en Brasil, por millones, fueron marcados a hierro candente para marcar en sus cuerpos simultáneamente la señal de la esclavitud y del bautismo... Es evidente que esa práctica del bautismo y esa teología no son de Jesús...

Cada vez que un revolucionario ateo ha negado a este Dios, ha hecho un hermoso servicio al evangelio. Esos ateos están reconociendo de hecho al verdadero Dios, negando el Dios falso.

—Entonces, esos "ateos" no son tan "ateos", si están reconociendo al verdadero Dios...

—Efectivamente, no son tan ateos. Para mí, no lo son. No lo son para Jesús, que es lo importante...

—¿Aunque no estén en la Iglesia?

—Aunque no estén en la Iglesia. La Iglesia no es "el" Reino de Dios. La Iglesia es —en verdadera, en buena teología— un instrumento, una señal, un servicio a ese Reino.

Fidel —estoy hablando para hermanos, para compañeros cubanos— me decía a mí y a un famoso teólogo de la liberación brasileño, Leonardo Boff, y a Fray Betto —tan conocido en Cuba— y a Clodovis Boff, gran teólogo también, hermano de Leonardo: lo importante, decía Fidel, no será ser comunista o ser cristiano; lo importante en última instancia será ser revolucionario...

Yo, en lenguaje cristiano, respondería asintiendo a Fidel: lo importante no será llamarse cristiano o llamarse comunista; lo importante será construir realmente ese Reino de Dios y de los hombres a que me referí.

—Entonces, ¿diríamos que más allá del recinto oficial o reconocido de la Iglesia, más allá hay también Iglesia, hay una "Iglesia más allá de la Iglesia oficial o reconocida", es decir, hay un grupo de seguidores de Jesús y de luchadores por su Causa, que están "más allá" de los límites estrictos de la Iglesia convencional...

—"Iglesia" es una palabra griega que significa "asamblea", "comunidad"... Es evidente que la comunidad de los seguidores del evan-

gelio de Jesús, el "Pueblo de Dios" —como decimos también en teología cristiana— es mucho mayor que "la" Iglesia. Y es bien posible —seguro, ¿no?— que muchos que se creen Iglesia no sean Pueblo de Dios, que muchos que se llaman cristianos de hecho no sean seguidores de Jesús, y que sí lo sean, sin embargo, muchos de los que no se llaman cristianos.

—¿Se puede decir, pues, monseñor, que en la Iglesia "ni están todos los que son ni son todos los que están"?

—Evidentísimamente.

—Quizá como en la revolución, en algunas casos...

—También, claro. Hay muchos revolucionarios que quizá sólo se aprovechan de la revolución, o que se sientan en una revolución que piensan ya "adquirida", se instalan en ella. Yo, ya que usted me habla de Iglesia y de revolución, pensaría que la verdadera revolución —hablo en cristiano— es esa revolución del Reino: no acaba nunca. Hay que revolucionarse siempre, personalmente. Hay que revolucionar constantemente la propia sociedad. Y hay que preocuparse de que también los demás y los demás pueblos se revolucionen.

—Siento que ante estas palabras tuyas, y ante esta presentación del Dios de Jesús, el Dios que busca ese Reino, esa "revolución constante y mayor" como usted suele decir, hay muchos compañeros que se sienten atraídos. Se sienten atraídos por ese Dios. Y quizá puedan decir que en ese Dios, en el fondo, ellos nunca dejaron de creer. El Dios al que ellos rechazaron era otro. ¿Qué diría usted a estos compañeros?

—Acabamos de lanzar aquí en Brasil en un preestreno una película que en portugués se titula "pé na caminhada". En español se titulará posiblemente "un pueblo en marcha". Después del preestreno, en una sala incluso más o menos de lujo, el Museo de la Imagen y del Sonido aquí en São Paulo, una muchacha —pienso que de la alta sociedad, por su elegancia— se me echó encima llorando, a gritos, y me decía: "en ese Dios sí, en ese Dios yo creo".

Yo les diría a esos compañeros: lo que ustedes piensan, sobre todo lo que ustedes viven, lo que ustedes hacen, para mí, es un acto de fe práctica en el verdadero Dios de Jesús, que es el Dios de la vida, de la libertad, de la plenitud de los hombres.

—¿Qué añadiría entonces el ser cristiano como usted es, al ser revolucionario?

—En una ocasión yo visité a un grupo de prisioneros políticos marxistas, en la época de la dictadura militar, en una prisión de São Paulo. Y estuve con ellos horas. Ellos me recibieron con muchísimo cariño, sobre todo por venir yo del Araguaia, donde hubo una guerrilla rural conocida en el mundo entero. Y hablamos de todo. Y hablamos de religión y de Iglesia, ¿cómo no? Yo obispo, ellos marxistas,

y en un país tan tradicionalmente religioso, y habiendo sido muchos de ellos cristianos, católicos, en su infancia, en su juventud primera. Y prácticamente nos hicimos también esta pregunta: "entonces, si coincidimos tanto, ¿en qué nos distinguimos?".

Y yo les decía: pues miren, yo coincido con ustedes prácticamente en todo. Sólo que, a partir de mi fe cristiana yo explico lo que los cristianos llamamos la trascendencia y explico lo que los cristianos llamamos la escatología.

¿Qué es la trascendencia? La trascendencia es afirmar que realmente Dios existe. "Ese Dios". Y es afirmar que después de la muerte no sólo continúa la historia humana colectiva, sino que continúa también la vida personal de cada uno de nosotros. Con palabras claras, limpias: afirmar a ese Dios vivo y de los vivientes, y afirmar la resurrección y una vida perpetua, eterna.

—Resurrección y vida eterna que, imagino, en cualquier caso no desvía la atención del hombre...

—Ya he dicho que la tierra es el único camino que nos lleva al cielo... Y que, como decía el gran poeta español Juan de la Cruz, "en la tarde de la vida seremos juzgados por el amor". Aquí en Brasil hay un adagio que dice que la esperanza es la última que muere. Yo digo: la esperanza no muere, la esperanza resucita. Aplicando el adagio yo diría que es la propia vida en el tiempo, la propia vida comprometida con la historia la que resucita... No es "otra" vida. Yo, por lo que sea, por lo que haga, por lo que viva en el tiempo, en la historia, seré, definitivamente vencida la muerte...

—Esa esperanza de la vida eterna no será opio del pueblo...

—Esta esperanza de que estoy yo hablando no. Esta esperanza que será juzgada por el amor práctico, por las realizaciones concretas que yo haga, esa esperanza que sólo traduce la continuidad de la propia vida, de la propia historia.

Un teólogo italiano, napolitano, del sur, del tercer mundo de Italia, como dice él con mucho sentido, escribió un libro que se titula: "el Dios de la Historia, y la Historia de Dios". Pienso que sólo el título, pensado, desentrañado, respondería prácticamente a todas esas preguntas que usted me viene haciendo y que yo intento responder, y que quisiera responder sobre todo con mi vida, y si es necesario con mi muerte también.

—Según todo esto, está claro que según usted se puede ser cristiano y revolucionario...

—Y se puede ser incluso marxista.

—¿También?

—Claro.

—¿Existe una convergencia caso, más allá de una simple compatibilidad?

—Prestes, el famoso ya anciano comunista brasileño, tan perseguido, me encontró un día en el aeropuerto de Panamá. Yo iba a Nicaragua, a dar mi solidaridad al pueblo nicaragüense, tan revolucionario y tan cristiano, simultáneamente. No nos habíamos visto personalmente nunca. Prestes me abrazó y me dijo: Dom Pedro —la expresión con la que se llama a los obispos aquí en Brasil—, Dom Pedro, su catolicismo y mi comunismo son la misma cosa.

Yo después contaba el simpático y cariñoso incidente a unos amigos, incluso a unos teólogos, y decía: es evidente que yo le podía decir a Prestes “sí y no”, “no y sí”. Evidentemente. En la causa de la justicia y de la liberación, en la denuncia de la injusticia y de la explotación, en la pasión por la igualdad de las personas y de los pueblos, el comunismo de Prestes y mi cristianismo son la misma cosa. Sólo que yo, a partir de mi fe cristiana insistiría en la gratuidad, insistiría en esa esperanza más allá de la muerte, una esperanza incluso personal... no sólo una esperanza de la que la historia continúe colectivamente. Hay evidentemente una convergencia.

Yo hablo con más libertad, con más cariño, con muchos marxistas no cristianos que con ciertos cristianos que no se comprometen con el pueblo, que no ven la miseria de América Latina, del tercer mundo entero. Podemos no ser hermanos de profesión de fe, pero creo que somos hermanos de proclamación del evangelio.

—Se ha dicho más de una vez, y ha sido dicho por grandes figuras, como usted sabe, que el día en que los cristianos entraran en la revolución ésta sería incontenible. En este continente creyente y revolucionario, ¿cómo ve usted el futuro de las relaciones entre cristianismo y revolución en América Latina?

—Yo pienso sencillamente que o América Latina deja de ser cristiana, o América Latina ha de ser revolucionaria. Si los cristianos en América Latina llevan su fe cristiana a las últimas consecuencias empujarán su vida y su muerte —muchos ya lo vienen haciendo— en la transformación radical de las estructuras de opresión, de dependencia y de marginación de América Latina, y serán pues cristianos revolucionarios. Pienso también que los cristianos en América Latina aportarán —y en parte están aportando ya— a la revolución esa esperanza contra toda esperanza, esa presencia de un Dios vivo y liberador, y ayudarán al pueblo latinoamericano muchas veces dominado “en nombre de Dios”, esclavizado en la pasividad a causa de una fe que se refería sólo al más allá de la muerte, le aportarán el testimonio y la presencia de un Dios realmente vivo, histórico, que plenifica todas las aspiraciones de las personas y de los pueblos: el Dios de Jesús.

—Volvamos a un tema espinoso que usted ha mencionado antes y no hemos tratado expresamente: la compatibilidad entre cristianismo y marxismo. Se puede ser cristiano y revolucionario, pero, ¿se puede ser cristiano y marxista? Y se lo pregunto teniendo en cuenta esa publicitada animadversión de determinados sectores de la Iglesia oficial contra el marxismo como ideología, como filosofía...

—Muy sencillamente: siempre que no se haga del marxismo una religión, se puede ser cristiano y marxista. Siempre que el marxismo no pretenda impedir una fe viva y práctica en ese Dios de la Vida y de la Liberación. Siempre que el marxismo reconozca que la vida no es sólo lucha de clases —que de hecho lo es también, y muy fundamentalmente—; la vida es también la persona humana entera. Y siempre que el marxismo deje espacio a esa fe cristiana a la que me refería antes, que va más allá de la muerte. Siempre que en el marxismo, en ese marxismo no religioso, no dogmático, quepa lo que yo he llamado trascendencia, que es sencillamente ese Dios vivo de Jesús, y quepa lo que he llamado escatología, que es esa futura vida plena incluso personal después de la muerte. Ahí sí.

—¿Todo esto que estamos hablando es una teoría? ¿Qué hay detrás de esta teología y detrás de esta espiritualidad?

—En Colombia están celebrando este año el “reencuentro con Camilo Torres”. Yo he conocido a muchos cristianos marxistas. América Latina está llena de testigos de la revolución —recordando que para los cristianos, el verdadero testigo, el testigo que lleva su fe hasta las últimas consecuencias es el mártir—, América Latina está llena de mártires, explícita o implícitamente cristianos, como decíamos antes. Si han sido capaces de dar su vida por esta causa, con su propia sangre, con su propia muerte, han hecho posible y real esa convergencia de la revolución y la fe. Algunos de ellos, del marxismo y el cristianismo.

—Apliquemos su pensamiento a la realidad de Cuba. ¿Cómo ve usted desde Brasil, pero también con esa visita que usted ha hecho a la Isla, cómo ve usted la situación de Cuba?

—Con ocasión del Encuentro sobre la Deuda Externa Juvenil y Estudiantil, donde hablé invitado por el propio Fidel en el acto de apertura, yo decía que como buen español, y como buen español de los tiempos de Franco, yo sentí también en unos primeros días una alergia escandalizada hacia la revolución cubana, que considerábamos sencillamente comunista, atea, perseguidora de la Iglesia y qué sé yo qué más cosas... Después, claro, uno ha ido conociendo América Latina, ha conocido Cuba, ha entendido de otro modo la fe y ha visto de otro modo la revolución.

Con el propio Leonardo Boff, estando en Cuba —ahora hace aproximadamente año y medio o dos años— nos decíamos: para nosotros, los cristianos, si aquí en Cuba fuéramos los propios cristianos capaces de explicitar con nuestro testimonio, con nuestra vida, también con nuestra palabra, con nuestra propia teología, lo que nosotros llamamos “Reino de Dios”, pues, realmente, el Reino de Dios se haría presente en Cuba... La salud, la educación, la atención a las necesidades básicas, la independencia nacional, la preocupación de los mejores revolucionarios cubanos por que la revolución no se entan-

que... son evidentemente señales históricas del Reino de Dios. Yo no creo que Cuba sea ya el Reino en plenitud. Es evidente. El propio Fidel nos decía: nos quedan aún veinte años para que haya una vivienda digna para todos los cubanos...

Yo creo que en Cuba puede, debe haber más libertad en ciertos sectores, una mayor confianza hacia "la verdadera" religión. Yo desearía que Cuba no se sintiera constantemente como cercada por próximas o lejanas amenazas del Imperio, lo que le permitiría vivir la religión sin tensiones. Yo quisiera que lo que Cuba ya ha adquirido lo fueran adquiriendo los otros países de América Latina para que se pudiera compartir de un modo más fraterno, más libre, más crítico, más autocrítico también. Pero, sin duda alguna, Cuba es un ejemplo. Y es una esperanza. Para las naciones oprimidas, prohibidas de América Latina. Si todos nuestros pueblos pudieran superar como Cuba el hambre, la mortalidad infantil, el analfabetismo, la dependencia del Imperio... yo ya le daría muchas gracias a Dios, y reconocería que en América Latina estaría mucho más presente este Reino de Dios del que Jesús nos hablaba.

—*Usted sabe que desde los primeros años de la revolución cubana hubo tensión entre la Iglesia y la Revolución, una tensión que quizá en estos años últimos haya tendido a suavizarse al menos. ¿Cómo interpreta usted aquel alejamiento, aquel enfrentamiento, cuando debería haber habido aquella convergencia de que hablábamos?*

—La Iglesia no era lo que debería ser, ¿no?... Como no lo es en el mundo entero, claro. Si pensamos en el ideal de Jesús, es evidente que la Iglesia en todo el continente, y en Cuba también, anduvo del brazo muy normalmente sea de los imperios sucesivos, sea de las sucesivas oligarquías. Batista se consideraba cristiano y católico. Y entiendo perfectamente que los revolucionarios cubanos no pudieron aceptar "ese" tipo de Iglesia. No tenían muchos motivos para confiar en cierto tipo de Iglesia a la hora de querer revolucionar la Isla de Cuba.

Afortunadamente, como usted mismo dice, las cosas se han ido suavizando. Toda la lucha por la liberación en América Latina, la propia teología de la liberación, la experiencia de revolución que muchos cristianos han vivido en América Latina hasta dar su sangre ha ayudado también a los propios revolucionarios cubanos a ver "otra" Iglesia, y viene ayudando a la Iglesia de Cuba a entender la convergencia de las aspiraciones mayores de la revolución y del evangelio, de la construcción del Reino.

Hay todavía, claro, una cierta desconfianza que yo diría mutua, explicable... A mí me gustaría ver una confianza mayor, una mayor libertad de espíritu en el diálogo, sobre todo en la construcción conjunta de ese Reino. Yo a veces pienso que los cristianos, cuando le tenemos miedo a la revolución, o cuando le tenemos miedo a cualquier construcción verdaderamente humana, en última instancia le tenemos miedo a Dios, a "ese Dios" que es el Dios de la Vida, el Dios de la li-

bertad, el Dios de la plenificación humana...

Espero que cada día más la Iglesia de Jesús en Cuba estimule la realización cada día más plena de la propia revolución. Y espero que cada día más los revolucionarios que no se consideren cristianos en Cuba puedan reconocer en la Iglesia cubana esa "Iglesia de Jesús" que yo apuntaba antes, y que ciertamente es la única que Jesús soñó: la Iglesia de los hermanos iguales, la Iglesia del Reino de Dios, que es también el reino de los hombres.

—*¿Podríamos decir que la condición del diálogo y de la "reconciliación" en Cuba entre la revolución y la Iglesia sería que la Iglesia muestre que su cristianismo no es aquel cristianismo que profesaba Batista?*

—Evidente. Y que, simultáneamente, la revolución, dejándole a "esa Iglesia" todo el espacio que "esa Iglesia" merece, pudiera ir comprobando que —como dicen los nicaragüenses— entre cristianismo y revolución no hay contradicción.

—*Una palabra última sobre un tema muy latinoamericano sobre el que Cuba ha tenido un gran liderazgo. ¿Qué pensaría la Iglesia de Jesús sobre la Deuda Externa?*

—La Iglesia puede pensar muchas cosas... La "Iglesia de Jesús" yo pienso que sólo puede pensar aquello que ya dije en ese Encuentro Juvenil y Estudiantil sobre la Deuda Externa: que esa deuda no es de nuestros pueblos latinoamericanos. La hicieron unos gobiernos dictatoriales opresores que no estaban al servicio de nuestros pueblos, sino al servicio de esos propios gobiernos, de las respectivas oligarquías, de las transnacionales que vienen invadiendo nuestros pueblos hace muchos años. Entonces, quien hizo esta deuda, que la pague.

En segundo lugar, aun sin haberla hecho nuestros pueblos, nuestros pueblos la vienen pagando. Con la mortalidad infantil, con el hambre, con la dependencia... Los acreedores —que se lo creen— nos vienen cobrando trágicamente con nuestra mano de obra barata y llevándose nuestras riquezas de suelo y subsuelo. Yo he dicho, y lo digo como cristiano y como obispo, que para mí es crimen, es pecado cobrar la deuda externa. Pero también, que es pecado y es crimen pagarla. Para mí, la deuda externa no existe. Deberíamos ignorarla. Para que puedan nuestros pueblos levantar cabeza, sobrevivir.

—*Fue Jesús, en esas palabras que usted citó antes, quien hizo suya esa misión de proclamar un "año de gracia" que tenía mucho que ver con el pago de las deudas...*

—Precisamente en esta América Latina toda nos estamos aproximando a los famosos quinientos años del llamado "descubrimiento", entre muchas comillas, y de la "evangelización", entre muchos reparos, claro, también. Pues no hay duda, como ya se ha dicho, a partir de Nicaragua sobre todo, que la proximidad de esos quinientos años, vistas las cosas diríamos en cristiano, sería una ocasión esplén-

dida para que se reconociera un "año de gracia" a toda América Latina, a todo el tercer mundo. Siempre que se entienda que no es tan "de gracia", ¿no? En última instancia, perdonar la deuda externa no sería hacer ningún favor. Sería sencillamente hacer justicia.

—*Para concluir, ¿alguna palabra de saludo a Cuba?*

—Pues sí. Yo le diría a Cuba, esta querida isla, verde, hermosa, fuerte, capaz de hacer una revolución, capaz de decirle al Imperio "que no le tenemos ningún miedo", que siga siendo revolucionaria. Yo les pediría a todos los revolucionarios cubanos que se revolucionen personalmente todos los días. Que sigan creyendo que la revolución no acaba nunca. Y que ayuden a los demás pueblos de América Latina y del Tercer Mundo a esa plena revolución que para mí, en buena parte, ya es Reino de Dios aquí.

SIGNIFICADO ESPIRITUAL DE NICARAGUA

—*Pedro, ¿qué crees que significa Nicaragua en el mundo de hoy?*

—Nicaragua es una frontera histórica. Nicaragua es un lugar crucial. Lugar crucial política, teológica, eclesialmente.

Nicaragua, un pueblo pequeño, a partir de una tradición de levantamiento contra el imperialismo, encarnado ese espíritu sobre todo en la figura de Sandino, y asimilado ese espíritu por una juventud revolucionaria —marxista por un lado, cristiana por el otro, marxista-cristiana también—, que se levanta contra el imperialismo y ensaya una revolución original, autóctona, latinoamericana. Sandinista en este caso concreto. Una revolución anti-imperialista. Y, simultáneamente —para hacer honor a lo más profundo de la palabra revolución—, popular, al servicio del pueblo, en las transformaciones radicales que una revolución popular exige: tierra para los campesinos, cultura, alfabetización para todos, salud, alimento, arrumbamiento de privilegios de la burguesía y de la oligarquía —tan característica de Centroamérica y de América Latina toda—. A lo largo de toda la historia, imperios y oligarquías lacayas vienen consumiendo la riqueza y la paz de América Latina, desde hace quinientos años.

—*¿Cómo interpretas teológicamente a Nicaragua?*

—Nicaragua, por esa convergencia de lo marxista y lo cristiano en lo sandinista —una experiencia realmente única— es un lugar teoló-

gico. El gran proceso del Reino de Dios se manifiesta históricamente en ese proceso, parcial sin duda, contingente, pero muy importante, humanísimo, de una revolución popular. Dios pasa por Nicaragua Liberador de la esclavitud del Imperio y de la marginación a la que el pueblo nicaragüense venía siendo secularmente sometido. Por esa convergencia, por esa presencia profética del Dios de la liberación, la Iglesia en Nicaragua se siente interpelada, y responde, o no responde. Inicialmente, la Iglesia entera, como Nicaragua toda, porque la figura de Somoza encarnaba la miseria del pueblo, la represión, la muerte... la Iglesia entera —más o menos conscientemente, más o menos comprometida— se pone del lado de la revolución ya prácticamente victoriosa.

Después vienen los compromisos reales: asumir el proceso, acompañarlo... Y ahí se da la conocida división de la Iglesia de Jesús en Nicaragua. Los cristianos llamados revolucionarios, que saben vivir su fe en el proceso y contribuir al mismo como fermento y luz y sal del evangelio. Y los cristianos que, o por inconsciencia o por una ideología coartada o por vinculación con intereses de la propia burguesía, no saben lanzarse a ese proceso. El conflicto histórico que en estos últimos años viene viviendo la Iglesia como dividida en Nicaragua representa para toda América Latina una experiencia, una amonestación, un ensayo.

Nicaragua es para América Latina una experiencia única de revolución autóctona latinoamericana, popular, en sus aspiraciones mayores. Una revolución contra el imperialismo que, como dominó secularmente en Nicaragua, dominó secularmente en todo el continente. Es una experiencia de compromiso cristiano en una fe sin dicotomías, que sabe conjugar la Biblia y la vida, el Reino con la historia. Es un desafío para que la Iglesia de Jesús sepa poner sus estructuras al servicio del Reino también en los procesos contingentes e históricos de cada pueblo.

Hemos dicho repetidamente que Nicaragua —lugar crucial para América Latina y, más concretamente, de inmediato, para Centroamérica—, si falla, cierra el camino a otras posibles experiencias de transformación radical de la sociedad latinoamericana con la presencia, con la contribución de los cristianos.

—*¿Cómo ves, globalmente, la Iglesia de Nicaragua?*

—La Iglesia de Nicaragua es la Iglesia de América Latina, con todas sus luces y sus sombras. Con una religiosidad popular, tradicional, inmediatista, milagrera, un poco pasiva y, simultáneamente, una iglesia que ha penetrado el alma, las estructuras todas de este pueblo. Al mismo tiempo, en Nicaragua la Iglesia es comunidad eclesial de base, centros de apoyo a estas comunidades, mucho martirio, mucha celebración real e histórica y vivencial de la pascua de Jesús... La fe del pueblo nicaragüense es una fe tan dramática en ciertas ocasiones como alegre.

La Iglesia y la fe cristiana en Nicaragua han propiciado un diálogo con el marxismo, con la revolución, un diálogo que ninguna otra Iglesia, ninguna otra fe han propiciado en ningún otro lugar del mundo. Por otra parte, la misma tensión interna de la Iglesia y el proceso, el momento de superación de esta tensión mayor que estamos viviendo, creo que es también una sufrida contribución de la fe de la Iglesia de Nicaragua a las otras Iglesias de Centroamérica, de Latinoamérica. En Nicaragua pasaron, o pasan aún, lo que otros ya podrán experimentar posiblemente de un modo menos tenso. Yo creo que el mismo Vaticano ha aprendido bastante del conflicto de la Iglesia en Nicaragua.

—En Nicaragua la palabra-símbolo del conflicto es la “Iglesia popular”. Reflexionemos sobre ello. ¿Qué sería una Iglesia popular?

—En primer lugar yo quiero lamentar una vez más que se haya perdido la libertad y hasta la alegría de usar esta expresión. Varias veces se lo he “reclamado” a nuestros teólogos, que por una docilidad explicable en medio de ciertas persecuciones que los buenos teólogos de América Latina vienen sufriendo, se vieron obligados a renunciar a una expresión llena de sentido y de legitimidad.

Si decimos Iglesia jerárquica, con más razón podemos decir Iglesia popular. Por dos motivos: la Iglesia tiene jerarquía, pero “es” pueblo, Pueblo de Dios. La jerarquía es minoritaria en la Iglesia, es un servicio a la Iglesia y, a partir de la Iglesia, al mundo. Mientras que el pueblo, ese Pueblo de Dios, es la inmensa mayoría.

Por otra parte, hablar de Iglesia popular significaría, significa una Iglesia en la base, donde están los pobres. Una Iglesia en el lugar donde se puso Jesús. Una Iglesia en el pueblo que se reconoce, que recupera su identidad, que asume su proceso.

Para nosotros, en esta América Latina, hablar de pueblo prácticamente es hablar de pueblo en proceso histórico. Más aún, pueblo en proceso histórico de liberación. En Brasil, por ejemplo, distinguimos normalmente en los encuentros de pastoral, de teología o de trabajo popular, entre masa y pueblo. Masa, pueblo, comunidad, liderazgo...

Bíblicamente hablando, el pueblo de Dios, “el pueblo que no era pueblo, que es pueblo ahora...”. “Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios”.

En fin, se trata de una expresión tan hermosa que yo hago votos por que sea recuperada, sin rubores, sin ceder a incomprendiones, que podrán partir de la mejor buena voluntad, pero que ciertamente no parten de lucidez teológica ni de visión comprometida pastoral, y que posiblemente, sin querer, le están haciendo el juego a los que no quieren que el pueblo sea pueblo, a los que no quieren que la Iglesia sea pueblo, a los que no quieren que el pueblo se haga Iglesia.

Iglesia popular... Diría algunos sinónimos: Iglesia comunitaria, Iglesia participativa, Iglesia realmente inculturada, Iglesia autóctona. Creo que se trata de valores indispensables en la verdadera Iglesia de Jesús.

—¿Iglesia popular e Iglesia de los pobres serían términos semejantes?

—Iglesia popular sería Iglesia de los pobres conscientes, que se organizan, en proceso, en fermento de liberación...

—Dice Leonardo Boff que Iglesia popular no se opone a Iglesia jerárquica, sino a Iglesia burguesa...

—Evidente. Y se opone también a Iglesia clerical, en el sentido peyorativo de la palabra (una Iglesia clericalizada). La Iglesia popular acaba siendo la Iglesia pueblo de Dios, que opta realmente por los pobres, que se pone en su lugar, que toma partido por ellos, que asume su causa y sus procesos. Una Iglesia también que tira de la jerarquía y del clero, tira de la teología, tira de la liturgia, tira del mismo derecho canónico y le hace bajar en una kénosis histórico-pastoral al lugar en que realmente se puso Jesús, que es el mismo pueblo.

—¿“Iglesia burguesa” sería una contradicción?

—Evidente, evidente.

—¿No puede existir una Iglesia burguesa?

—Pregunto: ¿cuál sería el real código canónico evangélico de la Iglesia? Y respondo: el mandamiento nuevo, las bienaventuranzas. En una Iglesia burguesa, Iglesia de privilegio, Iglesia de explotación de las mayorías, Iglesia de expulsión de las mayorías... ¿caben las bienaventuranzas? Una Iglesia burguesa ya no sería la Iglesia de Jesús.

—¿Es que el bautismo, la conversión, exigiría cambiar de clase...?

—Pregunto: ¿no es acaso el bautismo un sumergirse en la Pascua, en la muerte, en la resurrección? Ese sumergirse en la muerte de Jesús, evidentemente, ha de ser la muerte del egoísmo, la muerte del privilegio acumulativo y excludor. Y, en ese sentido, la muerte a una vida burguesa. Una vida burguesa es una vida pecaminosa, estructuralmente pecaminosa.

—Según todo esto, la conversión exigiría ponerse de parte de los pobres. ¿Exigiría también participar en un partido?

—Ciertamente que hay que relativizar los partidos. Pero, evidentemente que si la dimensión política, la caridad política, la santidad política... son derivaciones conaturales de una vivencia cristiana consciente, encarnada, histórica, esta dimensión política exigiría normalmente, en la realidad actual de la vida política de los pueblos, la participación en la política partidaria.

Es evidente que hoy día en muchos sectores de izquierda incluso se relativiza cada vez más el partido. Ya fue con demasiada frecuencia el partido algo absoluto. Yo digo muchas veces: no hagáis del partido la Causa. La Causa es el Pueblo. El partido es apenas un instrumento. Pero continúa siendo mediación normal en la vida de la mayor parte de las sociedades y naciones.

—¿Qué responderías a la objeción de que la Iglesia es para todos, de que está por encima de las opciones políticas?

—Respondería que Cristo también vino para todos, y optó por los pobres. Y condenó a los ricos. Y rechazó el privilegio. Y fue sentenciado, torturado, ejecutado y colocado en la cruz por los poderes del latifundio, de la ley, del imperio.

No es posible pensar que el evangelio sea para todos por igual. Lo peor que se podría decir del evangelio es que el evangelio es neutro. Yo suelo decir: el evangelio es para todos, a favor de los pobres y contra los ricos. Y me explico.

A favor de los pobres en lo que tienen ellos de pobreza evangélica, y contra la marginación y quizá la desesperación en que les toca vivir. Y contra los ricos: contra la posibilidad, la capacidad que ellos tienen que vivir en un privilegio que expolia a la inmensa mayoría de los hermanos, contra la capacidad de explotar a esos hermanos, contra la insensibilidad en que ellos viven, contra la idolatría en que ellos están sumidos.

En nuestro pequeño catecismo de São Félix hemos hecho hincapié en la parte final en esto, cuando en la parte final, al referirnos a la moral cristiana, a la ley fundamental, poníamos, además de los 10 mandamientos y las bienaventuranzas, las malaventuranzas de Jesús.

El rico, normalmente hablando, está excluido del Reino de los cielos. Sólo puede entrar en él si deja de ser rico.

—¿Qué podemos esperar de Nicaragua?, ¿qué le podemos pedir?

—De Nicaragua esperamos que se mantenga fiel a la autoctonía de su revolución. Que siga siendo, a pesar de la agresión, del cerco económico, de la incomprensión de sectores de la misma Iglesia, de la contrainformación a que se siente sometida, que se mantenga fiel a la autoctonía de su revolución latinoamericana, sandinista, popular. Que sea una revolución "al servicio", sin burocracias de partido, sin privilegios de cúpula, sin distorsión de la utopía primera que llevó a tantos al martirio. Que siga siendo siempre una revolución poética, juvenil, utópica, para ser una revolución verdaderamente popular y latinoamericana.

Le pedimos a Nicaragua, simultáneamente, que sepa vivir la revolución cristianamente —estoy hablando de los cristianos—. Que la Iglesia de Jesús, en un proceso que se vive al servicio del pueblo, sepa dar la contribución crítica, esperanzada y comunitaria del mismo evangelio.

Todos esperamos que Nicaragua "no se raje", que no se rinda, que no se pierda los nervios delante de la contrainformación, delante de un cerco económico, delante de una agresión militar de guerra de baja intensidad que quiere desestabilizar la revolución por dentro del propio país y justificar delante de la opinión pública mundial la misma intervención en caso extremo.

Le pedimos a Nicaragua, también, no que exporte revolución (cada país hará autóctonamente la suya), pero sí que sea ejemplo fraterno, una esperanza fundada que devuelva a los países de Centroamérica y de América Latina la extraordinaria solidaridad con que ella misma ha sido agraciada tan tiernamente por todos los espíritus revolucionarios del mundo, por tantos pueblos hermanos.

Le pedimos a Nicaragua que no traicione ni la sangre de sus mártires ni el llanto de sus madres ni el sueño de sus niños. Que no defraude a los ojos del mundo entero, que la miran como la nación más importante de la actual historia humana en orden a una transformación radical de la sociedad.

—Por último: ¿qué podemos esperar de la Iglesia de Nicaragua?, ¿qué podemos pedir a la Iglesia de Nicaragua?

—A esas "dos Iglesias" que quieren ser la única Iglesia de Jesús, podemos pedirles que se confronten siempre con ese proceso mayor del Reino, que las juzgará, con la suprema referencia del evangelio y la otra segunda suprema referencia del propio pueblo: sus necesidades, sus aspiraciones su ritmo.

Que la jerarquía nicaragüense sea realmente capaz de dialogar. Que el gobierno nicaragüense en su diálogo con la Iglesia sepa exigirle capacidad de profecía, de servicio fraterno, de esperanza pascual.

Que la Iglesia llamada de los pobres más comprometida con el pueblo no se exaspere por incomprensiones, por cercos, por censuras. Que deje delado lo que podría ser una irritación más casera y se dedique al trabajo diario de las comunidades eclesiales, a la producción material de formación teológica, catequética, pastoral, a los ministerios de la frontera y de la consolación. Y que sepa vivir, más allá de sus propias murallas coyunturales, en unión fraterna con tantas iglesias hermanas, con tantas comunidades eclesiales de base que en América Latina, en el Tercer Mundo, en el mundo entero tratan de vivir el evangelio de un modo realístico, histórico, comprometido, siendo Iglesia pobre e Iglesia de los pobres, Iglesia libre e Iglesia de la liberación.

Veo a Nicaragua, veo a Centroamérica como un lugar crucial, donde la presencia del Dios liberador, la dominación, la dependencia de los pueblos, de unos pueblos pequeños, secularmente dominados, y la voluntad de autonomía, de independencia, de identidad de esos mismos pueblos, se conjugan en un desafío, en un drama, en una esperanza únicos.

Creo yo que hoy, Nicaragua muy concretamente, por lo avanzado de su proceso, y toda América Central en general, es el lugar más importante del mundo para que se pueda vivir a la luz de la fe en el Dios de Jesucristo un proceso integralmente liberador, una revolución que sea verdaderamente autóctona, que responda a la cultura, a las necesidades de un pueblo, de unos pueblos concretos, y que simultáneamente camine iluminada, criticada, potenciada por la misma fe cristiana en ese Dios Padre de Jesús, nuestro Dios y Padre.

Yo pienso que la Iglesia en Centroamérica, en Nicaragua, sólo puede responder con gratitud a ese mismo Dios que le proporciona un espacio de profecía, de testimonio, de martirio también ciertamente. Y la Iglesia del mundo entero, la Iglesia católica, las Iglesias cristianas, como todas las personas y organismos, toda la humanidad capaz de desear la liberación, el respeto mutuo, la autonomía, la justicia y la paz de los pueblos, no pueden sino apoyar con una solidaridad lúcida, concreta, permanente, intensiva, este proceso de liberación que Nicaragua vive, que está empezando a vivir y que necesita apasionadamente toda Centroamérica.

No me puedo despedir de Centroamérica. Centroamérica es el eje del nuevo mundo. Por ella pasa hoy el Dios de Jesús. Por ella pasa nuestra propia historia. Y ésta debería ser la nueva conciencia, el compromiso de urgencia que todos nosotros asumimos y tornaremos eficaz, compartido, diario. Nicaragua es Centroamérica. No me despido de Nicaragua. Y espero que no se despida de ella ninguno de mis amigos, ninguno de mis compañeros de camino, ningún humano sensible a los derechos de la Justicia y a las búsquedas de la liberación. ¡Debemos centroamericanizarnos!

Seleccionado de J.M. VIGIL, Nicaragua y los teólogos, Edit. Siglo XXI, México 1988

REVOLUCIONARIOS POR EL EVANGELIO

En torno al testimonio de quince nicaragüenses, cristianos y revolucionarios, contenido en el libro "Revolucionarios por el Evangelio", de Teófilo Cabestrero (Desclée, Bilbao, España, 1983).

Estos quince hombres y mujeres de Nicaragua son revolucionarios. Estos quince hombres y mujeres de Nicaragua son cristianos. Son "revolucionarios por el Evangelio".

Nadie podrá negarles esta doble condición, que se está haciendo en ellos una sola vida armónica, conscientemente probada, públicamente asumida.

Se podrá discutir con ellos qué entienden por "revolución" y se podrá discutir con ellos cómo interpretan el Evangelio. Y es bueno

que los cristianos y los revolucionarios del mundo discutan con los cristianos revolucionarios de Nicaragua. La libertad que ellos piden dentro de su Iglesia, y que Cristo nos conquistó de una vez por todas, ellos, lógicamente, la han de conceder a los demás.

Después de leer su testimonio yo no tengo mayores dudas, ni sobre el Evangelio por el que viven, ni sobre la revolución a la que quieren servir evangélicamente y que evangélicamente sueñan. Esto no significa que ellos puedan arrogarse la única interpretación legítima del Evangelio o la única interpretación legítima del Evangelio o la única interpretación legítima de la revolución.

De estos quince testimonios... yo destacaré, hasta con palabras textuales de los entrevistados, estos trazos:

Ellos no quieren saber de otro Evangelio que el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. "El seguimiento de Jesús" es su programa; en lo cual coinciden con los primeros días de la Iglesia y con todos los cristianos con voluntad sincera de ser discípulos. Recurren al Espíritu Santo. Oran diariamente, "hasta una hora y pico". Meditan la Biblia y la subrayan y la comparten en comunidad. Participan en la Eucaristía como de la Pascua de Jesús que vence la muerte y transforma la vida. Rezan, quizás, el Rosario, como el viejo Emilio, empresario que fue. Saben teología, conocen la espiritualidad cristiana y católica, han participado en movimientos eclesiales de evangelización, han estudiado la Doctrina Social de la Iglesia, saben distinguir entre el Magisterio y las opciones políticas o los intereses que no son pastorales. Se sienten Iglesia, Iglesia Católica, concretamente, en su caso; y quieren ser Iglesia, hasta la muerte, a pesar de las dificultades y las incomprensiones. A algunos de ellos, ya entrados en edad, y padres de familia muy responsables, les espanta la sola idea de imaginar que un día sus hijos puedan dejar de ser Iglesia. Profesan su fe abiertamente y quieren evangelizar, como cristianos seculares, las realidades temporales, que tienen implicaciones eternas.

El Evangelio de Jesús los ha metido en esta dura y gloriosa empresa. Las exigencias del Evangelio los traen y los llevan. Aquel "Mateo 25", que un día nos juzgará a todos por el amor real que hayamos tenido a los hermanos concretos más necesitados.

Y a partir del Evangelio y de sus exigencias, ellos entienden la revolución y se han incorporado a ella por "decisión cristiana", y la definen críticamente como un instrumento histórico en la hora específica de su país. "La fe cristiana en su motivación" vital; y "el sandinismo es un instrumento".

La revolución, por otra parte, no es para ellos simplemente levantar puños y banderas, lanzar consignas y depositar flores. La revolución para ellos no es ponerlo todo patas arriba. Es un servicio de transformación social que responde a urgentes necesidades y a flagrantes injusticias en su país y que viene a ser, para ellos, un servicio cristiano al Reino de Dios. Servicio limitado, pero, ineludible; "creativo", por ser cristiano y por ser revolucionario; sostenido por la

"audacia del pobre" y "por la fe que es mayor que ellos mismos", porque los entronca con la fuerza del propio Espíritu de Dios.

Entrar en la revolución y en la revolución popular sandinista —que es hoy la revolución de Nicaragua— significa, para estos hombres y mujeres, asumir el servicio concreto del amor al prójimo, según el mandamiento de Jesús, de manera real, histórica y eficaz. Porque han descubierto que el prójimo no es sólo el cuñado o un vecino. Para ellos amar al prójimo es también, y con razón más ancha, amar al pueblo sirviendo al pueblo. "Reconciliarse con el pueblo", quizás, si fueron "explotadores del pueblo" antes de ser revolucionarios y mientras, a pesar de ello, se consideraban cristianos. Trabajar ahora sin intereses de lucro, perder status social, arriesgar la propia vida o la vida de los suyos, dedicarse al bien de las mayorías desheredadas... Aceptar aquellas rupturas que el Evangelio ya anunciaba, nicaragüensemente vividas ahora en la carne y en la sangre de ellos y los suyos; de la hija, tal vez, de un General de Somoza.

"No el que diga Señor, Señor, entrará en el Reino", advertía Jesús. Estos discípulos suyos de Nicaragua, "aspirantes a cristianos y aspirantes a revolucionarios", han sabido traducir, a su vez, que no entrará el que diga "amor, amor, en abstracto", sino el que se entregue con amor a la creación de "estructuras, leyes y hombres nuevos"; aquel que renuncie a "seguir sometiendo a los sometidos"; el que se disponga a "contribuir en la transformación de las relaciones de producción", sin hacer "operaciones parche", antes dedicándose a construir fraternidad; el que "trabaja con amor" y sabe "criticarse" y pedir perdón con humildad.

Ellos están descubriendo, para sí y posiblemente para muchos, que la verdadera revolución ha de ser verdadera liberación.

Son revolucionarios, en la revolución popular sandinista. Son cristianos en la Iglesia. Porque son revolucionarios por el Evangelio "sin paralelismos con la Iglesia y sin paralelismos con el pueblo".

Yo he leído estos testimonios como cristiano y como obispo. Desde la hora de nuestra América Latina. Desde nuestra Iglesia que trata de vivir la opción por los pobres.

Y como cristiano y como obispo de la Iglesia de Jesús en América Latina, las confesiones de estos hombres y mujeres nicas me han conmovido y me comprometen.

Por seis razones, principalmente:

1. Por su sentido de Iglesia y por la voluntad de ser Iglesia siempre. Exigiendo, naturalmente, el derecho a la libertad eclesial que su condición de bautizado y seglares les confiere.

Por la decisión cristiana de ser corresponsables, como adultos en la fe, sin someterse infantilmente a los abusos que los "hombres de Iglesia" cometemos con frecuencia, sea en doctrinas cuestionables, sea en predicaciones agresivas, sea en imposiciones pastorales, sea en la administración de los bienes de la comunidad, sea en opciones sociales o

en compromisos políticos siempre discutibles porque han de ser plurales. "Estar con el obispo", dicen muy justamente, "no estar con la política del obispo", sea cual fuere la política en que el obispo pueda estar de hecho.

2. Por su espíritu evangelizador y su comprometida actuación misionera. Por su generosa decisión de encarnar el Evangelio en los desafíos de la nueva situación histórica de Nicaragua, dentro del proceso popular de la revolución. Para ser fermento en la masa, para ser sal en la mesa del pueblo.

Y como laicos, precisamente, que saben que su misión concreta es estar metidos, activos y comprometidos, en las realidades temporales; misión reconocida y exaltada por tantos documentos del Magisterio eclesiástico, que confían a los seglares la capacidad y la pericia en ese terreno.

3. Porque están descubriendo, con impresionante lógica, con sumisa docilidad al Espíritu que procuran traducir en vida real, aquellas páginas esenciales del Evangelio: como el "empobrecimiento voluntario" y el desprendimiento para compartir fraternalmente con las mayorías pobres y empobrecidas de su patria secularmente despojada.

Con aquel loguion digno de la boca de Jesús, ellos anuncian que "la dicha no está en lo que se tiene sino en lo que se da".

4. Porque van entendiendo que la opción por los pobres ha de ser comprobable social, económica y políticamente, en obras de justicia comunitaria, en la renuncia a los privilegios clasistas y el bien indiscutible de la mayoría pobre.

Opción que no puede ser solamente de la Iglesia del Tercer Mundo. Yo estoy convencido, con ellos, de que "la identificación con la lucha del pobre es una vocación universal de la Iglesia", siempre que ésta quiera ser la Iglesia de Jesús de Nazaret.

5. Por su pasión entrañable hacia la persona de Jesucristo. Por su propósito fundamental de andar en "el seguimiento de Jesús". Porque quieren hacer de ese seguimiento —concretado por ellos en el hoy de su Nicaragua que se esfuerza por ser nueva—, la espiritualidad cristiana de los hombres y mujeres nuevos de Nicaragua, y de América. Porque piden incluso, humildemente y como discípulos, que algún continental Ignacio de Loyola abra caminos latinoamericanos para esta espiritualidad latinoamericanamente cristiana.

Yo afirmo, con tanta sencillez como convicción, que este libro de testimonios pasará a ser volumen indispensable en la formulación vivencial de esa espiritualidad evangélica de la liberación, a la que tan fuertemente el Espíritu de Jesús nos conlamba.

6. Porque no huyen de la cruz de Cristo. Y asumen las contradicciones con ánimo de clarearlas a la luz del Evangelio, en la fidelidad a un proceso, siempre relativo pero insoslayable como la propia vida

histórica. Porque miran de sublimar, en la esperanza del Reino y en servicio a la propia Iglesia, aquellas rupturas profundas que sufren en su propia familia y en la propia comunidad eclesial. Porque son compañeros de mártires y no rehuyen la vocación del martirio.

Yo no canonizo a estos hombres y mujeres, cristianos y revolucionarios, nicaragüenses y sandinistas. No es bueno canonizar a los que todavía andan por la tierra de las contingencias.

Y ellos mismos apuntan sus limitaciones y defectos personales. Y reconocen fallos, errores y limitaciones en el proceso revolucionario de Nicaragua, en la revolución sandinista.

Ellos, como cristianos y como revolucionarios, deben siempre ser libres y fieles. Cada día más lúcidamente fieles y libres en su auto-crítica y en su crítica consecuente, tanto a la Iglesia que son como a la revolución en la que trabajan sirviendo al pueblo.

Su Dios y su pueblo y todos nosotros, compañeros de su esperanza, les vamos a cobrar, por la Historia y por el Reino, si no cumplen el juramento solemne que tan cristianamente proclaman, varios de ellos, en su testimonio: "El día en que esta revolución no sirva al bien de las mayorías pobres, seremos los primeros en criticarla".

Un cristiano ha de ser cada día nuevo, como la Buena Nueva novísima de Jesús. Un revolucionario ha de hacer la revolución diariamente. Y ha de hacerla en la sociedad, en la familia y en el propio corazón siempre tentado de envejecer.

Los testimonios escritos son unos pocos. Los testimonios vivos son millares. Millares de hombres, mujeres y niños de Nicaragua, cristianos y revolucionarios, están contribuyendo, con libertad y con sacrificio, a la construcción del Reino en esta hora dramática de Centroamérica y de toda América Latina. Muchos ahora, quizás, no pueden comprenderlo; el amanecer es siempre una luz indefinida. La luz de la liberación se ha de ir definiendo —y no sin dudas, no sin riesgos, no sin problemas— en la Historia y en la Iglesia.

Yo quiero dar gracias a esos confesores de la fe y de la militancia, por su testimonio conmovedor. Y quiero dar gracias a esa pequeña Nicaragua y a su Iglesia que los han producido. Y quiero dárselas, principalmente, al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nunca deja de derramar su Espíritu para renovar la faz de la tierra y el rostro de su Pueblo.

Cristianos y revolucionarios, son poetas también estos testigos, testigos de palabra militante. Y "quieren morir de espaldas a la noche", porque creen, por causa del Evangelio, que "el Día ya se acerca".

A ellos me uno en esta esperanza.

SER NIÑO, SER REFUGIADO Y SER SALVADOREÑO

Por el solo hecho de recibir de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador (CDHES) el pedido de una declaración en favor de los Derechos del Niño Refugiado Salvadoreño, yo me siento profundamente avergonzado, ante Dios y ante la Historia.

Avergonzado de ser hombre y avergonzado de ser cristiano. Impotentemente irritado, a pesar de mi esperanza.

Porque ya hace años que América Central es una llaga viva. Y el occidente, llamado cristiano, y con demasiada frecuencia la propia Iglesia de Jesús, vienen presenciando con pasiva connivencia, cuando no con abierta participación, cómo el neocolonialismo y la oligarquía y la represión militar —que esprisión, tortura y muerte— diezman esos pueblos menores de la cintura de América.

Y la pesadilla criminal se nos ha hecho rutina de noticiario, o ha dejado incluso de ser noticia ante un balón de fútbol...

No voy a hacer ninguna declaración. Toda palabra apenas palabra, me parece un sarcasmo. ¡Malditos seamos del Dios vivo los que fuéramos capaces de asistir pasivamente al dolor de Centroamérica!

Isaías, Jeremías, Amós... conminarían con la ira de Yahvé nuestra sociedad y nuestra Iglesia insensibles.

La declaración está ahí, inexorable. El que tenga oídos para oír el llanto de un niño exiliado, que oiga. El que tenga ojos para ver los rostros exigües de madres e hijos refugiados, que vea.

A veces, en mi corazón, yo le he pedido a Juan Pablo II que se venga a Centroamérica, antes de que sea tarde, si quiere hacer visitas de Buen Pastor. Su Polonia reprimida y la misma absurda guerra de las Malvinas no pasan de ser una dolorosa enfermedad a la masacre sistemática —verdadero genocidio— que decapita poblaciones enteras en Guatemala y en El Salvador.

Quinientos mil refugiados, de los cuales un cuarenta por ciento son niños; desnutridos, traumatizados, prematuramente condenados a morir, muchos de ellos. "Muertos antes de tiempo", lamentaría nuestro profeta Las Casas.

Ser niño, ser refugiado y ser salvadoreño son hoy, en nuestra sociedad estúpida, como tres estigmas acumulados en una sola misteriosa fragilidad.

Todo lo que hagamos por esos niños, por sus madres, por esos pueblos pequeños —los menores de Judá, pulgarcitos de América; y, sin embargo, codicia de los prepotentes— no será más que salvar nuestra propia condición de personas humanas.

Todos estos niños son hijos nuestros; sangre de nuestra sangre, derramada; alma humillada de nuestra propia alma.

¡Salvemos a los niños de El Salvador, para salvarnos a nosotros mismos!

Lo menos que podemos dar es dinero, publicidad, protesta, militancia. Y apremiante oración. No le estamos haciendo un favor a CDHES. Pagamos, tarde y mal, una deuda común.

Los que tengamos el coraje de llamarnos cristianos y asistir impasiblemente a esa tragedia de Raquel —que llora sobre sus hijos— o de soltar apenas una oración esporádica, un discurso ocasional o un cheque displicente, no tendremos respuesta en la cara, cuando el Soberano Juez nos pregunte, sin apelación, en aquel último Día:

—Yo era un refugiado en la carne de un niño salvadoreño (en Honduras, la militarmente utilizada por el Imperio, o en Nicaragua, cuya libertad el Imperio quiere impedir, o en Belice, o en Costa Rica, o en Panamá o en México, o en los subterráneos de Guatemala, la india mártir)... ¡Yo era un refugiado en la carne de un niño salvadoreño, y tú no me atendiste!

Hermanos de la Comisión de los Derechos Humanos de El Salvador, cuenten conmigo, en todo, hasta la muerte.

Antes que el Justo Juez, nos juzgarán esos niños. Y yo quiero que me juzguen desde su fraterna libertad, limpiamente conquistada por sus padres, por sus abuelos, por sus hermanos mayores.

Esos niños, flores de llanto y de sangre, anuncian el futuro diferente de sus pueblos ahora prohibidos.

Contra toda esperanza y contra todo poder, y por causa del Resucitado que fue muerto y que está vivo, yo creo firmemente en la resurrección de Centroamérica.

Niña precoz,
hermana primogénita
de la liberación
que se conquista.

¡Niña novia del Día prometido,
bautizada en la sangre,
grávida de Esperanza
y violada!

Quiero abrazarte, América,
por tu cintura ardiente,
¡Centroamérica nuestra!

A LA IGLESIA Y AL PUEBLO DE GUATEMALA

São Paulo, 2 de marzo de 1980

A los amigos hermanos de Guatemala,
a las Comunidades Cristianas Populares,
a los mártires vivos, en la cárcel, en la persecución, en la ansiedad...
al Comité Pro Justicia y Paz,
al Frente Democrático contra la Represión,
a la Iglesia de Jesús en Guatemala
al Pueblo de Guatemala, que será libre.

Os escribo con una inmensa ternura, con toda mi pasión latinoamericana, seguro del pueblo, cierto de que el Señor resucitado nos será fiel.

Hermanos, esta es una hora de Gracia para vosotros, para toda Centroamérica.

Sed lúcidos. Sed firmes. Sobre todo, estad unidos.

Sabed que el continente entero, el pueblo del continente quiero decir, os acompaña. Sois para nosotros como una señal, testigos de la liberación que se conquista, prueba de que nuestro Dios es verdaderamente "un Dios liberador que sabe librar de la muerte".

No permitáis que nadie utilice al pueblo.

Haced que el Espíritu de Jesús os penetre hasta la médula, en esta "hora".

Rezad. Cantad.

No os escandalicéis si no os comprenden. Aceptad la contradicción, incluso la que viene de dentro, quizá de dentro de la Iglesia. La cruz es el camino de la liberación.

Responded a la persecución con esperanza.

Responded al miedo con unión.

Responded a la muerte con la voluntad del pueblo y con el nombre de Jesús, el Resucitado.

No sé si nos veremos, pero, en todo caso, estamos entrañablemente unidos.

El Espíritu ha derramado, en esta hora, la Gracia continental de la unión en la lucha y en la esperanza.

En nombre de mi pueblo de indios, posseiros, peones; en nombre de mi pequeña Iglesia de São Félix do Araguaia, en la Amazonia brasileña, os abrazo, como hermano y compañero, como cristiano obispo de la Iglesia de Jesús.

EN EL MARTIRIO DE MONSEÑOR ROMERO

São Félix do Araguaia, 26 de marzo de 1980

Queridos hermanos de la Iglesia y del pueblo de El Salvador:

Ayer nos llegó, y todavía con las imprecisiones características en estas latitudes, la noticia de la muerte del entrañablemente querido Monseñor Oscar A. Romero, arzobispo de San Salvador.

Una "buena nueva", en la óptica del Evangelio; un acontecimiento pascual.

En nombre propio, como obispo hermano y en nombre de toda mi Iglesia de São Félix do Araguaia, en este sufrido Mato Grosso brasileño, quiero expresar, a vosotros —obispos, sacerdotes, comunidades, Iglesia y pueblo de El Salvador—, el testimonio de la más total comunión.

Sólo nos resta recoger la sangre de Monseñor Romero como una bandera de liberación pascual.

El ha sido un buen pastor que supo dar la vida por el rebaño.

El sufrimiento de su pueblo lo santificó en la libertad y en la fidelidad totales.

Era un hombre libre que ayudaba a liberar.

Las oligarquías nacionales y los intereses imperialistas y todas las fuerzas represivas aliadas no podrán hacer callar esa última gran hollada de Romero, el grito limpio de su muerte, su misa más verdadera.

Modelo de obispo comprometido con la historia de su pueblo, su coherencia pastoral lo llevó al martirio.

Su sangre y la sangre de tantos hijos de Dios, pobres y oprimidos, labradores, sobre todo, e indígenas, jóvenes estudiantes y agentes de pastoral dedicados, forzarán el día nuevo de Centroamérica y limpiarán el rostro de nuestra Iglesia.

América entera y el mundo, toda la Iglesia de los pobres particularmente, se vuelven hacia El Salvador, hacia Centroamérica. Sois para nosotros un Evangelio vivo, un testimonio de Pascua.

No cedáis. Sed fieles. Estad unidos. Orad en común. Contad con nuestra oración y con nuestra solidaridad. Dadle voz y camino al pueblo. El Espíritu de Jesús resucitado está con vosotros.

El miedo y la muerte siempre ceden ante la Vida.

Gracias por vuestro testimonio, gracias por la sangre del arzobispo Romero. Su presencia, ya de resucitado, será una nueva "memoria subversiva" para nuestra Iglesia. Romero es un nuevo mártir.

Gracias por vuestro testimonio, gracias por la sangre del arzobispo Romero. Su presencia, ya de resucitado, será una nueva "memoria subversiva" para nuestra Iglesia. Romero es un nuevo mártir de la liberación, un nuevo santo de nuestra América.

A todos os abrazamos, con inmensa ternura fraterna en Aquél que es el Testigo Fiel y nuestra Paz y la Resurrección y la Vida.

La Paz de Dios, Padre de todas las personas y de todos los pueblos, y la fuerza de su Espíritu en Jesús de Nazaret, el Cristo Señor, estén con vosotros.

Con simplicidad y libertad de hermano, quiero hacerme presente en vuestro encuentro por medio de esta carta y por la oración con que os acompañaremos estos días desde nuestro Mato Grosso, ahora inundado por las lluvias.

La hora en que os reunís es verdaderamente grave y, para nosotros, profética. Toda esa América Central se ha tornado un cruce de desafíos sociales y eclesíasticos, a los que nosotros los claretianos, por nuestro carisma de frontera —"lo más oportuno, urgente y eficaz"— debemos responder, sin claudicaciones, sin subterfugios, con el arrojo ímpetu que puso un día nuestro fundador, Antonio María Claret, en su Iglesia de Cuba.

El miedo, la contemporización, la mal llamada prudencia —a veces tan eclesíastica— serían una claudicación, misioneramente hablando. Seguir ejerciendo rutinariamente los ministerios de parroquia o de colegio o de cumplimientos pascales o de administración de sacramentos sería ignorar la desesperada situación de muerte, de exilio, de exterminio étnico, de marginación a que están hoy sometidos los pueblos de esa América, eje histórico de toda América Latina.

Es necesario parar, evaluar críticamente, a la luz de la fe y de la ciencia política, oír "los clamores del Pueblo", intuir con espíritu de profecía.

El mayor pecado que la Iglesia —y nosotros como congregación misionera de la Iglesia de Jesús— podemos cometer, y ya estamos cometiendo, en esta hora trágica de América Central, es el pecado de omisión. Somos conniventes con la injusticia. No participamos de la cruz de los Pobres. Todavía no hemos dado una gota de sangre claretiana al caudal de martirio que riega hoy América Central. Estamos muy ausentes, quizá. Tenemos miedo de contaminarnos. Jesús no tuvo ese miedo. Claret fue un pastor habitualmente difamado.

Vosotros me comprenderéis. No desconozco ni desvalorizo el secular trabajo claretiano en esas tierras. Estoy hablando de la contingencia actual, que, a mi modo de ver, no hemos asumido.

Sé que discutiendo apenas, no se llegará a un compromiso colectivo. Oremos. Dejémonos interpelar por el Espíritu de Jesús. Acojamos el grito, el llanto, el martirio de tantos indígenas, campesinos, agentes de pastoral (seculares, religiosos, sacerdotes y obispos). Seamos capaces de convivir con los presos, los huérfanos, los refugiados, los hambrientos, los marginados.

Salgamos de nuestras confortantes residencias y de nuestros horarios asepticos; dejémonos "urgir por la caridad de Cristo".

...Y no sigo.

Perdonadme.

Quería escribir otro tipo de carta. Me ha salido este desahogo. Acogedlo con la misma libertad fraterna con que os lo escribo.

Aproximémonos más a la palabra, a la práctica, a la cruz de Jesús. (Y a su victoria sobre el pecado, sobre toda esclavitud, sobre la muerte). Vivamos pobremente; sin privilegios. Acudamos a donde otros no pueden o no quieren acudir. Sepamos romper con la protección o con el favor —tantas veces sacrílego, por ser deshumano— de los grandes de este mundo. Acerquémonos a los pobres de la tierra.

Sepamos utilizar las mediaciones de la ciencia y de la historia. Para no hacer el juego al Lucro, a la Injusticia, al Consumismo. Podremos discordar. Deberemos respetar un sano pluralismo. Pero hemos de coincidir en las exigencias básicas del Evangelio: la Pobreza, la Renuncia, la Libertad de los hijos de Dios, el Compartir con los que no tienen, la Esperanza contra toda esperanza...

Si somos extranjeros, hagámonos "indígenas". Reconozcamos (de palabra, por obra, en la pastoral, apoyando las correspondientes organizaciones autóctonas) la alteridad y la identidad étnico-cultural de cada pueblo. No colonicemos más. Ni siquiera pastoralmente. Cada pueblo tiene su alma, y Dios la defiende y la cultiva como un destello diferente de su propia gloria. Vivamos América Latina como un destino, como una Historia de Salvación ubicada, como una gracia que nos complementa.

No tengamos miedo a la libertad. No tengamos miedo a las revoluciones verdaderamente populares. No tengamos miedo a la Historia que camina; porque la lleva el Espíritu de Aquel que hace nuevas todas las cosas.

Sin improvisaciones, claro está. Sin euforias o anarquismos. Programando. Comunitariamente dentro de una pastoral de conjunto. Pero tirando hacia adelante. Forzando el paso. Que para eso somos misioneros. Y la frontera es nuestro lugar. Humildemente fieles a nuestra vocación.

Que la Madre de Jesús —la pobrecita de Nazaret, cantadora del Magníficat de la Liberación, dolorosa detrás del Hijo calumniado, declarado subversivo por los poderes del imperio y de la sinagoga y por ellos ejecutado en la cruz pero gloriosa con El, ya vencedor de la muerte— nos vaya moldeando el corazón al aire de su Corazón fidelísimo y libérrimo.

Abrazo a todos, hermanos, con mucha ternura. Y os pido que oréis por nuestra pequeña Iglesia de São Félix de Araguaia. Separados por muchas distancias, estemos unidos siempre en la oración de la fe y en las urgencias de la común Esperanza.

Vuestro hermano y compañero en Jesús, el Cristo que nos salva y libera,

Pedro.

A LAS IGLESIAS Y PUEBLOS DE CENTROAMERICA

Embú, São Paulo, Brasil,
27 de octubre de 1987

A las Iglesias y a los Pueblos de Centroamérica:
Paz y Liberación en el Señor Jesús.

Pastores de la Iglesia Católica y de las Iglesias Evangélicas, de Brasil y de otros países de América Latina, reunidos en Embú, Brasil, en un encuentro de estudio y de espiritualidad, nos dirigimos a todos ustedes, hermanos, en esta hora crucial de Centroamérica, para manifestarles una vez más nuestra fraterna comunión.

El tratado de Paz de Esquipulas II nos llena de una nueva esperanza, al mismo tiempo que nos convoca a una mayor solidaridad.

Sabemos que la Paz en Centroamérica no depende sólo de la heroica voluntad de sus Pueblos. Conocemos las reales dificultades de entendimiento entre los mismos signatarios del tratado de Esquipulas. Somos muy conscientes de los intereses e interferencias ajenas que intentarán impedir nuevamente la Paz en Centroamérica.

Sin embargo, confiamos en el Dios de la Vida y de la Paz; confiamos en el valimiento de tantos hijos e hijas de esas tierras que ya sellaron con su propia sangre un tratado mayor de Paz; creemos en la conciencia y en la decisión históricas de los Pueblos centroamericanos.

Las Iglesias de Centroamérica tienen, en esta hora, una ocasión evangélica singular de ser Buena Nueva para sus Pueblos. Con la oración, con la palabra, con la acción. Y, en la medida de lo posible, nosotros queremos acompañarlos, hermanos queridos, con nuestra oración y con nuestra solidaridad.

Para que la Paz de Centroamérica sea una Paz verdadera, fecundada por la gracia del Evangelio de la Paz y fundada en las legítimas aspiraciones de sus Pueblos. Una Paz con dignidad. Basada en la Justicia social. Al servicio de las mayorías secularmente desposeídas. Sin privilegios minoritarios. Con la plena autonomía de los Pueblos centroamericanos y en una efectiva centroamericanidad de diálogo y de intercambios.

De esa Paz en Centroamérica depende, en buena parte, la Liberación, la Paz y la Unidad de toda América Latina y el Caribe.

Por ello apoyamos incondicionalmente todas aquellas iniciativas, surgidas en distintos países, que tienden a brindar una información más objetiva de los conflictos y a promover acciones concretas de solidaridad y de apoyo en favor de Centroamérica.

Les renovamos estos votos de comunión y de esperanza —que son también los votos de millones de hermanos de toda la Patria Grande— y les abrazamos fraternalmente, en Jesucristo, el Liberador.

Siguen las firmas de 22 obispos, entre ellos:

Pedro Casaldáliga, obispo de São Félix do Araguaia, MT, Brasil

Tomás Balduino, obispo de Goiás, GO, Brasil

Carlos María Ariz, vicario apostólico de Darién, Panamá

Manuel Pereira da Costa, obispo dimisionario de Campina Grande, PB, Brasil

Luis Fernández, obispo de Campina Grande, PB, Brasil

Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal de las Casas, México.

Sergio Méndez Arceo, antiguo obispo de Cuernavaca, México

Mathias Schmidt, obispo de Ruy Barbosa, Brasil

José Brandão de Castro, obispo de Propriá, Brasil

Antonio Frago, obispo de Crateús, Brasil

Waldyr Calheiros, obispo de Piraí, Volta Redonda, Brasil

CARTA ABIERTA A CENTROAMERICA EN ESTA HORA DE ESQUIPULAS

Todos los que amamos Centroamérica y la reconocemos como un lugar crucial para el futuro de los demás Pueblos de nuestra América en proceso de Liberación, acompañamos con ansiedad los acuerdos de Esquipulas.

Los cristianos sentimos —o deberíamos sentir— una especial responsabilidad ante esos acuerdos, verdadera ocasión del Dios de la Paz.

Como hermano apasionado por esa “Centroamérica nuestra” y como cristiano obispo en América Latina, les escribo esta carta abierta. A la luz del nacimiento de Aquel que es nuestra Paz y en la perspectiva de un año decisivo.

Porque la voluntad de justicia y de paz, de autodeterminación y de dignidad, de participación popular y de transformación estructural que los Pueblos centroamericanos vienen expresando, con sus luchas y sus martirios, ha llegado a una hora cumbre.

Los Pobres, la Sangre y el Evangelio gritan en Centroamérica.

“El sueño que pienso para El Salvador —decía un campesino salvadoreño— es que haiga paz, con justicia y libertad; que haigan posibilidades de volver a nuestras tierras; que algún día no muy lejano reventaremos las cadenas que nos oprimen; que se le respete la dignidad a cada persona”.

“Al suscribirse el acuerdo final (del Acta de Procedimientos de Paz), escriben las Comisiones de Derechos Humanos de los cinco países de la región, se expresó la voluntad de los 25 millones de centroamericanos, hombres, mujeres y niños de todas las edades que quieren la vida y no la muerte y, por lo tanto, un futuro de paz y no de guerra”.

“Esquipulas II, escribe a su vez la Carta abierta de once entidades salvadoreñas, habría demostrado que es posible una solución centroamericana para los problemas centroamericanos”.

Para todos ustedes, hermanos —trabajadores, militantes, comunidades cristianas y sus pastores, políticos e intelectuales— y para todos nosotros que queremos ser solidarios con esta causa de Centroamérica que es suya y es nuestra, se abre ahora el gran desafío: exigir el cumplimiento sincero de los acuerdos de Esquipulas; que sean firmados con hechos; que vayan a la raíz de los problemas y de las aspiraciones; que se nieguen a toda intromisión, a toda traición, a todo oportunismo.

Las citadas Comisiones de Derechos Humanos lo explicitan así: “Tenemos la esperanza de que este acuerdo abra el camino para que se pongan en práctica prontas soluciones a las verdaderas causas de la guerra en Centroamérica: la pobreza y la injusticia social”.

Y la Carta de los once organismos salvadoreños advierte oportunamente: “Las guerras civiles... implican profundas razones de división que no se resuelven acallándolas con las armas, la represión o el totalitarismo”.

La Carta a las Iglesias y a los Pueblos de Centroamérica que un grupo de obispos católicos y evangélicos firmamos en Brasil formulaba sus votos en este mismo sentido: “Para que la Paz en Centroamérica sea una paz verdadera, fecundada por la gracia del Evangelio de la Paz y fundada en las legítimas aspiraciones de sus Pueblos. Una paz con dignidad. Basada en la justicia social. Al servicio de las mayorías secularmente desposeídas. Sin privilegios minoritarios. Con la plena autonomía de los Pueblos centroamericanos y en una efectiva centroamericanidad de diálogo y de intercambios”.

Esas guerras que hoy sufre la región son estallidos de la secular guerra social que dilacera el cuerpo crucificado de Centroamérica: la oligarquía vendida y sus privilegios; la intervención del imperio y su dominación, con la consiguiente dependencia; la marginación y la miseria de la inmensa mayoría; la marginación y la miseria de la inmensa mayoría; la negación de la identidad indígena; la represión oficial y la actuación de las fuerzas paramilitares; la violación impune de los Derechos Humanos.

Desgraciadamente la administración Reagan —queriendo perpetuar la prepotencia yanqui que por más de 180 veces ha enviado tropas para invadir nuestros países latinoamericanos— así como ciertos poderes políticos, económicos y militares de Centroamérica no parecen dispuestos a reconocer la trágica verdad histórica ni se definen sinceramente contra esa guerra social mayor.

La Contra continúa siendo "una planilla de asalariados" para la política de Reagan, a pesar de que una creciente posición del Pueblo norteamericano, con el episcopado católico del país en su última reunión anual, califique esa ayuda de "moralmente condenable". En Guatemala y en El Salvador la población sigue viviendo el drama de los desplazamientos forzosos, de los secuestros, de los asesinatos impunes. Honduras —semiinvadida y utilizada— muy a remolque aceptaba crear una comisión de reconciliación nacional alegando que no tenía nada que reconciliar.

Nicaragua, la más injustamente agredida porque ya popularmente autodeterminada, y finalmente "aceptada con naturalidad" en el diálogo, "saliéndose así del absurdo proyecto de hacer una Centroamérica sin Nicaragua o en contra de ella", es la que viene dando mayores pruebas de fidelidad a Esquipulas.

En esta coyuntura, los Pueblos y las Iglesias de los cinco países de Centroamérica —y con la fraterna colaboración de Panamá que es centroamericano también— pueden y deben imponer a sus respectivos gobiernos y a los grupos minoritarios egoístas la decisión de la Paz, la reconciliación en la Verdad, la práctica colectiva de la Justicia, el proceso de la Liberación.

Nosotros, hermanos, desde toda la Patria Grande —desde muchos rincones del mundo solidario—, los acompañamos con apasionada solicitud. Con nuestra oración, con nuestra actuación, con nuestra denuncia tal vez.

Ustedes no pierdan esa oportunidad providencial. No nos defrauden. No le fallen al Dios de la Vida ni a los Pobres de la Tierra.

Yo, personalmente, centroamericano de corazón, quiero asegurarles mi desvelado cariño diario. A todos ustedes. A tantos amigos ya entrañables que voy contando en esa "Centroamérica nuestra". Y muy en particular:

- a las madres de los mártires y de los desaparecidos;
- a las viudas y huérfanos;
- a los mutilados;
- a los refugiados y desplazados;
- a todos los que militan por la liberación de sus Pueblos;
- a los indígenas, a los campesinos, a los obreros;
- a los delegados de la Palabra y a todos los agentes de Pastoral, católicos o evangélicos;
- a los hermanos obispos...

¡Gloria al Dios de la Vida en los humanos vivientes y liberados.
Paz en la tierra mártir de Centroamérica!

Con esta voluntad y esta esperanza, inquebrantables, los abraza su compañero de camino,

Pedro Casaldáliga
navidad 1987 — año nuevo 1988

A LOS CONGRESISTAS DE EE.UU

São Félix do Araguaia, MT, Brasil
25 de enero de 1988

A los señores Congresistas y a todos los Cristianos de los Estados Unidos de América:

La Paz del Dios de la Paz esté siempre con ustedes.

Su Espíritu les ayude a sentir como humanos hermanos iguales a todos los hombres y mujeres de todos los Pueblos.

Su libertad los libere de la prepotencia del dólar, de las armas, de la dominación.

Permítame que les escriba desde un rincón de la Amazonia brasileña y que les suplique e interpele, simultáneamente. Como suplican los hermanos, como interpelan los testigos.

Como europeo occidental, yo soy también del Primer Mundo y me siento corresponsable de seculares dominaciones. Soy, además, cristiano y obispo y me siento corresponsable de muchos antitestimonios y de imperdonables omisiones de las Iglesias.

Hace veinte años que vine a este Continente "de la muerte y de la esperanza" y lo encontré dividido en dos, más por razones de dominación que por exigencias culturales. Amo apasionadamente la Patria Grande de América Latina —que he hecho mía, que me ha hecho suyo— y soy testigo de su dependencia, de su humillación, de su hambre, de sus muertes; pero también de su dignidad, inconquistable por nadie, y de su inaplazable voluntad de Liberación.

¿Puedo recordarles, hermanos, que la política oficial de su País es, en gran medida, hoy como ayer, la causa de ese estado de cautiverio en que vive América Latina?

Ustedes tienen en su conciencia, en su voto, en su solidaridad, una clave eficacísima para la injusticia y la paz en América Latina. Ustedes poseen, en una actitud de no intervención, responsable y conjunta, recursos insustituibles para el soñado porvenir de América Central. La vida y la paz de la querida Nicaragua dependen, en buena parte, de ustedes.

Delante de ese nuevo día histórico —de respeto o de agresión— yo les suplico, en nombre de Dios vivo y de toda la América Latina indignada, que voten no a la ayuda genocida que el presidente Reagan pretende entregar una vez más a los Contra anti-sandinistas. **Voten no** a la guerra de baja intensidad. **Voten no** a los dólares de muerte. **Voten no** a la intervención. **Voten no** al bloqueo económico. **Voten no** a la desinformación o a la contrainformación. **Voten no** al imperialismo.

Muchos compatriotas suyos —de ello también soy yo testigo— ya han dado y continúan dando a la patria y al mundo un bello ejemplo de contestación y de acción solidaria en favor de la pequeña Nicaragua agredida. Las dos piernas sacrificadas del veterano Brian Wilson —con quien yo había celebrado la Eucaristía, en Managua, con ocasión del aniversario del martirio de Monseñor Romero— se levantan ahora y caminan como banderas de solidaridad y de paz.

Voten no a la guerra y a la muerte, hermanos. No permitan que, por omisión suya o por su complicidad, sea blasfemado entre los Pobres de la Tierra el Dios en quien ustedes dicen que creen. Procuren recobrar para su propia Patria la credibilidad de Pueblo fraterno.

Todos estamos obligados a hacer lo imposible para que el tratado de Esquipulas sea una realidad decisiva para el bien de los Pueblos Centroamericanos. Esta podría ser una oportunidad última, y la no-paz en Centroamérica significará necesariamente una peligrosa desestabilización de todo el Continente, de Estados Unidos también.

Antes de llegar a los 500 años del mal llamado descubrimiento y de la tan ambigua evangelización, debemos reconciliar las dos Américas en la autonomía y en la amistad.

Con esta esperanza y bajo este desafío, les saludo a todos ustedes, con un fraterno abrazo.

Pedro Casaldáliga

A JUAN PABLO II

(...) Sé del dolor que le produjo su viaje a Nicaragua. Aun así, me siento en el deber de confiarle la impresión —que otros muchos comparten— de que sus asesores y la actitud de usted mismo no contribuyeron para que ese viaje extremadamente crítico, y necesario por otra parte, fuese más feliz y, sobre todo, más evangelizador. Se abrió una herida en el corazón de muchos nicaragüenses y de muchos latinoamericanos, así como usted se sintió herido en su corazón.

El año pasado estuve en Nicaragua. Ha sido mi primera salida de Brasil después de diecisiete años de permanencia en este país. Por la amistad que tengo, hace tiempo, con muchos nicaragüenses, por contactos personales o por carta, sentí que debía hacerme presente, como persona humana y como obispo de la Iglesia, en una hora de agresión político-militar gravísima y de profundo sufrimiento interno.

No pretendí sustituir al episcopado local, ni subestimarlos. Creí sin embargo que podía y hasta debía ayudar a aquel pueblo y a aquella Iglesia. Así se lo comuniqué por escrito a los obispos de Nicaragua, tan pronto como llegué. Intenté conversar personalmente con algunos de ellos, pero no fui recibido. La jerarquía nicaragüense está

abiertamente de un lado; al otro lado hay millares de cristianos, a los que también se debe la Iglesia.

Pienso sinceramente que nuestra Iglesia —yo me siento Iglesia de Nicaragua también, como cristiano y como obispo de la Iglesia— no está dando oficialmente en aquel sufrido país, y con repercusiones negativas para toda América Central, el Caribe y para toda América Latina, el testimonio que debería dar: condenando la agresión, propugnando la autodeterminación de aquellos pueblos, consolando a las madres de los caídos y celebrando, en la Esperanza, la muerte violenta de tantos hermanos, católicos en su mayor parte.

¿Sólo con el Socialismo o con el Sandinismo no puede dialogar la Iglesia, críticamente, sí, como críticamente debe dialogar con la realidad humana? ¿Podrá la Iglesia dejar de dialogar con la Historia? Dialogó con el Imperio Romano, con el feudalismo, y dialoga, a gusto, con la burguesía y con el capitalismo, muchas veces acriticamente, según ha tenido que reconocer una posterior evaluación histórica. ¿No dialoga con la Administración Reagan? ¿El Imperio norteamericano merece más consideración de la Iglesia que el proceso doloroso con que la pequeña Nicaragua pretende ser ella, por fin, arriesgando y hasta equivocándose, pero siendo ella?

El peligro del comunismo no justificará nuestra omisión o nuestra connivencia con el capitalismo. Esa omisión o connivencia podrán "justificar" dramáticamente, un día, la revuelta, la indiferencia religiosa o hasta el ateísmo de muchos, sobre todo entre los militantes y en las nuevas generaciones. La credibilidad de la Iglesia —y del Evangelio y del propio Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo— depende, en gran parte, de nuestro ministerio, crítico, sí, pero comprometido con la Causa de los pobres y con los procesos de la liberación de los pueblos secularmente dominados por los sucesivos imperios y oligarquías.

Usted, como polaco, está en condiciones muy personales de entender dichos procesos. Su Polonia natal, tan sufrida y fuerte, hermano Juan Pablo, tantas veces invadida y ocupada, privada de su autonomía y amenazada en su fe por imperios vecinos (Prusia, Alemania nazi, Rusia, Imperio Austro-húngaro) es hermana gemela de América Central y del Caribe, tantas veces ocupados por el Imperio del Norte. Estados Unidos invadió Nicaragua en 1898 y después volvió a ocuparla con sus marines de 1909 a 1933, dejando a continuación una dictadura que duró hasta 1979. Haití estuvo bajo ocupación de 1915 a 1934. Puerto Rico continúa ocupado hoy día, desde 1902. Cuba sufrió varias veces invasiones y ocupaciones, así como los demás países de la región, especialmente Panamá, Honduras y la República Dominicana. Más recientemente Granada sufrió la misma suerte. El propio Estados Unidos exportó para estos países sus sectas, que dividen internamente el pueblo y amenazan la fe católica y la fe de otras Iglesias evangélicas allí establecidas.

Sé también de sus preocupaciones apostólicas respecto de nuestra Teología de la Liberación, de las Comunidades cristianas

en los medios populares, de nuestros teólogos, de nuestros encuentros, publicaciones y otras manifestaciones de vitalidad de la Iglesia en América Latina, de otras Iglesias del Tercer Mundo y de algunos sectores de la Iglesia en Europa y en América del Norte. Sería ignorar su misión de Pastor universal el pretender que usted no se interesase e incluso se preocupase con todo este movimiento eclesial, máxime cuando América Latina, concretamente, representa casi la mitad de los miembros de la Iglesia Católica.

De todas formas, una vez más le pido disculpas para expresarle una palabra sentida respecto al modo como están siendo tratadas por la Curia Romana, nuestra Teología de la Liberación y sus teólogos, ciertas instituciones eclesiales —como la propia conferencia nacional de los obispos brasileños en determinadas ocasiones— iniciativas de nuestras Iglesias y algunas sufridas comunidades de este Continente, así como sus animadores.

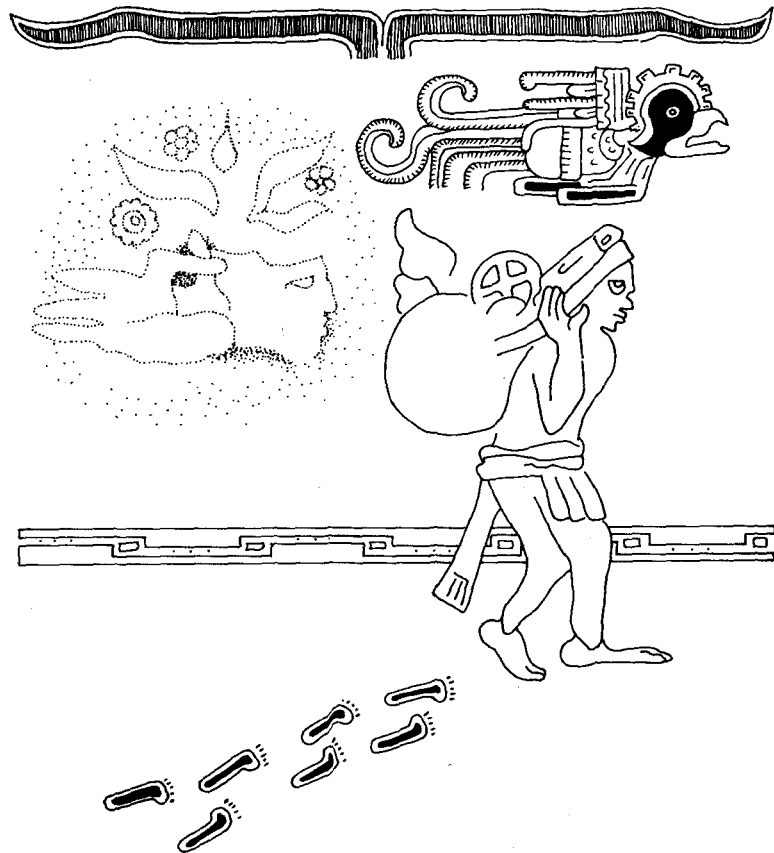
Delante de Dios puedo darle el testimonio de los agentes de pastoral y de las comunidades con que establecí contacto en Nicaragua. Nunca han pretendido ser Iglesia "paralela". No ignoran a la Jerarquía en sus legítimas funciones, y tienen conciencia de que son Iglesia, manifestando una sincera voluntad de permanecer en ella. ¿Por qué no pensar que algunas causas de este tipo de conflictos en la pastoral pueden provenir de la jerarquía también? Nosotros, con frecuencia, los miembros de la jerarquía, no reconocemos de hecho a los laicos como adultos y corresponsables en la Iglesia, o queremos imponer ideologías y estilos personales, exigiendo uniformidad o atrincherándonos en el centralismo.(...)

Quiero, finalmente, reafirmarle, querido hermano en Cristo, y Papa, la seguridad de mi comunión y la voluntad sincera de proseguir con la Iglesia de Jesús, en el servicio al Reino... Quiero ayudar, responsable y colegialmente, a llevar adelante la misión evangelizadora de la Iglesia, particularmente aquí en Brasil y en América Latina. Porque creo en la perenne actualidad del Evangelio y en la presencia siempre liberadora del Señor Resucitado, quiero creer también en la juventud de su Iglesia...

Confío en su oración de hermano y de Pontífice. Dejo en las manos de María, Madre de Jesús, el desafío de esta hora. Le reitero a usted mi comunión de hermano en Jesucristo y, con usted, reafirmo mi condición de servidor de la Iglesia de Jesús.

Con su bendición apostólica,

Pedro Casaldáliga
obispo de São Félix do Araguaia.



4
PARA UNA ESPIRITUALIDAD
HISTÓRICA

APRENDER DE NUESTRA PROPIA HISTORIA

Tres replanteamientos y un esquema elemental

En estos últimos años, cuando animo retiros o encuentros de espiritualidad, me gusta insistir en unas ciertas ideas que a mí me han hecho mucho bien —quizá porque otras ideas, anteriormente, me habían hecho mucho mal—, y que creo que a otros también les pueden hacer mucho bien. Veamos.

Nosotros, los que ya venimos de ayer, fuimos formados dicotómicamente. Se nos educó a ver la vida como partida, a sentirla y a vivirla como dividida, en dos, o en más divisiones. Y eso fue fatal para nuestra vida. O aún sigue siéndolo —de una manera u otra, inconscientemente, o en forma de resabio aún no desarraigado— en nuestras vidas, con bastante frecuencia.

Fuimos formados para los actos concretos, para la contabilización del Espíritu. Sometíamos al Espíritu a contabilidad. Algunos pueden recordar cómo anotábamos los actos de oración, de mortificación, de obediencia... y las faltas sobre todo, con un esfuerzo ascético de superación. A alguien podrá parecerle esto incluso una broma, pero no lo fue en nuestras vidas, ni en la de tantos otros.

Ahí hay pues dos primeras deformaciones que hay que tratar de corregir y desarraigar a fondo antes de seguir construyendo o reconstruyendo nuestro edificio espiritual, nuestro Hombre Nuevo: superar esa dicotomía, esa división de la vida, y superar esa contabilización que nos hacía vivir como picoteados. Pasar a vivir de un modo más unitario, más global, más armónico, en una profunda unidad.

Fuimos formados también para una espiritualidad bastante individualista y no personal, bastante intimista y poco comunitaria, poco solidaria y por eso mismo poco histórica. Y nos formaron así siempre, en nombre de Jesús, apelando al evangelio. Y en el fondo —quizá con la mejor intención— negando el evangelio, porque si algo está claro en Jesús es que él es el Verbo “encarnado”: en la carne, en la vida, en la historia, en los pobres, en el pueblo...

Para vivir una espiritualidad de hoy, adulta, consciente, crítica, necesitamos aprender de nuestra propia historia colectiva espiritual, necesitamos hacernos conscientes de estas diferencias fundamentales de planteamiento, de estos condicionamientos históricos que nos influyeron y nos condicionaron anteriormente a través de nuestros mayores, nuestros maestros, nuestros libros de lectura, nuestra escuela de espiritualidad, a través incluso de los grandes santos —que no dejaban de ser hijos también de los defectos de su tiempo—. Nos condicionaron, nos coartaron, nos dividieron quizá.

A mí, como digo, por la experiencia mía personal y por la experiencia compartida de otros muchos, de unos años para acá, me hace bien tomar conciencia de esas diferencias, así como recordar unas palabras claves, unas referencias mayores para seguir caminando por el camino siempre nuevo de la espiritualidad. ¿Qué claves?

En primer lugar es importante pensar en la opción fundamental, la opción mayor de la vida, el sentido de la vida. ¿Hacia dónde voy en definitiva? ¿Qué es lo que pretendo? ¿Qué es lo que estoy intentando hacer realmente con mi vida?

Se trata de lo más profundo de mi vida, lo que está más al fondo, la opción última —o primera, según como se mire— de mi vida, la opción que es fundamento de todo lo demás. Lo demás, efectivamente, podrá ser más o menos oscuro, conflictivo, podrá fallar incluso, en algunas circunstancias, pero si yo mantengo siempre clara la opción de mi vida, siempre tendré la oportunidad de ir rectificando.

Entonces, pues, lo primero sería no perder de vista la opción. ¿Y cuál sería la opción fundamental para un cristiano? ¿Cuál sería para un seguidor de Jesús la opción de su vida? ¿Cuál fue la opción de Jesús? Esa, la opción de Jesús, y sólo ésa, deberá ser la opción de un cristiano. No entramos ahora en ello.

En segundo lugar, junto a esa opción, a causa de ella, adoptamos, cultivamos unas actitudes fundamentales. No somos tan “espíritus puros” como para que podamos tener simplemente una opción, sin más, como si pudiéramos decir: opté por la justicia y ya tengo resuelto el problema de mi espiritualidad. No. Necesitamos especificar, porque somos cuerpo y alma, somos tiempo, historia, contingencia, circunstancia, tenemos diarios y calendarios, tenemos nuestros pros y nuestros contras. Necesitamos especificar pues unas actitudes fundamentales.

Si pensáramos sólo en la opción fundamental fácilmente concorramos todos. Pero hace falta concretar: ¿qué actitudes concretas me ponen a mí en la línea de esa opción mayor?, ¿qué actitudes me comprometen, me empujan, me estimulan?, ¿qué actitudes también me defienden del peligro de torromper, de falsificar esa opción fundamental que quiero vivir en mi vida? En segundo lugar, pues, las actitudes.

Esa opción que yo busco, a la que quiero entregar mi vida, por la que me juego todo y ante la cual me sitúo con unas actitudes fundamentales, la iré viviendo, descubriendo y hasta criticando, a través de unas mediaciones.

¿Qué entendemos por mediaciones? Podríamos decir que son las herramientas, los instrumentos que utilizo para ir descubriendo siempre lo que esa opción fundamental me exige, para ir examinando mis propias actitudes.

¿Qué mediaciones utilizo? Evidentemente que la primera, la suprema, la característica, la mediación específica para un cristiano, será la misma fe cristiana. Esa es la gran mediación para nosotros. Por la fe, a través de la fe, yo descubro la opción y voy analizando, censurando, rectificando, posibilitando mis actitudes, mis pasos...

Además de esa mediación fundamental de la fe, ¿qué otras mediaciones? Todas las demás: la filosofía, la sicología, la pedagogía, la política, la praxis... Las diferencias —tan conflictivas a veces— que se dan entre los cristianos, obedecen a que utilizamos mediaciones distintas, aunque tengamos la misma buena voluntad de fondo. Por eso son tan importantes las mediaciones.

CINCO "CAUTELAS" DE ESPIRITUALIDAD DE LA LIBERACION

1.- El análisis socio-político-eclesiástico.

Necesitamos tener una visión más agudizada, una mayor sensibilidad para el análisis socio-político-eclesiástico. Si vivimos en una situación de emergencia, de desafíos, de urgencias inaplazables, de fronteras ardientes... debemos estar en permanente vigilia. Percibir lo que hay en la noche. En esta noche, Centroamérica. Ahí, pues, el análisis socio-político-económico-eclesiástico. Y el análisis eclesiástico, concretamente, debemos tenerlo muy al día. En Centroamérica hay varias publicaciones, organismos, institutos, centros... que analizan la realidad. El análisis está pues al alcance.

Esto no es sólo para los estudiosos, para los especialistas. Es para todos los que queremos ser cristianamente conscientes y responsables en esta hora.

A veces, leer unos datos económicos sobre la realidad de Centroamérica puede servir como una buena lectura espiritual. Recuerdo a este respecto la anécdota de la misa de cuerpo presente del Padre Rutilio Grande. Me la contaba un testigo. "Eran las tres de la madru-

gada. Allí estaban los cadáveres de Rutilio y de los otros dos que murieron con él. Entonces me dijo monseñor Romero: 'escoge la lectura para la misa; pon sólo una, porque ya está hecha la primera'. Allí, en efecto, estaba Rutilio, muerto, envuelto en una sábana. Por eso sólo leímos la segunda lectura, el evangelio".

La primera lectura estaba ya allí, clara y patente: la realidad misma. Porque es fácil leer la Palabra de Dios en las lecturas de la biblia-biblia, pero es preciso ser capaces de leerla también en las lecturas de la realidad, de la vida. (En Brasil insistimos mucho en ese binomio: de la vida a la biblia, y de la biblia a la vida). Y es que un problema muy nuestro que hemos vivido tanto en la pastoral cuanto en la espiritualidad es la "dicotomía".

Cuanto más nos detengamos para hacer un análisis realista y diario de lo que pasa en nuestra realidad, más fácilmente podremos responder a sus desafíos con realismo, con sinceridad, con eficacia.

Para ese análisis, evidentemente, tenemos unos **marcos referenciales mayores**. Y el primero de ellos sería el propio **evangelio**. Y cuando digo evangelio digo Jesucristo. O sea, su palabra, su praxis, su Causa, su pasión, su muerte, su resurrección.

Otro gran referencial sería el **Pueblo**. Sería bueno que el referencial del pueblo lo tuviésemos bastante completo. Tenemos el peligro de ver sólo aquel pueblo que es "nuestro". Hay que ver el referencial completo, porque podríamos caer también en un cierto tipo de elitismo: elitizar al pueblo, olvidar esa gran masa, esa muchedumbre de la que Jesús tenía compasión. Dentro del pueblo, hablando en términos de pastoral, hay que tratar de ver todo lo que es el pueblo, incluidos dentro del pueblo los reaccionarios católicos, otros más conservadores, otros más moderados, y los revolucionarios cristianos que hay dentro de la Iglesia. Es decir, tratar de tener esa referencia lo más completa posible.

También, el gran referencial de la propia **Iglesia**, como un desafío. Les insisto bastante a los hermanos de Nicaragua que me parece que debemos exigir el derecho de ser Iglesia, el derecho de aparecer como Iglesia, el derecho de hacer Iglesia, el derecho de ser Iglesia diferente... que es un derecho que arranca de nuestro bautismo. Nadie nos da la Iglesia hecha y acabada: también la hacemos. Somos Iglesia, y la hacemos, aunque también la Iglesia nos venga como una gracia, como un don, como un sacramento de salvación. Yo siempre digo: la Iglesia es mi madre y mi hija, simultáneamente. Me hace, la hago, la encuentro, la paso a otros. Es la "nube de testigos" que nos envuelve desde hace mucho tiempo y en la cual entramos como un testigo más. Queremos ir envolviendo en ella a los que vengan después.

Otro referencial: la **revolución**. Que está ahí. Sí, queramos o no queramos verla, la revolución está en Centroamérica. Con muchísimos valores, con muchísima fuerza también. Muy imprevisible en muchos aspectos, porque dependerá de ella misma, del Imperio, de la Iglesia también, qué sé yo... Pero ahí está la revolución.

A veces, condicionados e influidos por los grandes medios de comunicación —que, no lo olvidemos ingenuamente, están al servicio del Imperio— vemos la revolución como una exaltación loca de cuatro guerrilleros. Pero, ya sabemos, es bastante más que eso. No lo podemos olvidar.

La revolución es ideológica, y es necesidad del pueblo. Es guerrilla. Es organización popular. Es mucha sangre derramada, mucha publicación escrita, mucha esperanza también, muchas conquistas, una verdadera necesidad vital. Casi todos los obispos guatemaltecos están convencidos, por ejemplo, de que la Democracia Cristiana no es la solución para Guatemala. “Lo más curioso —me decía alguien que conoce bien Guatemala— es que, todos los obispos guatemaltecos están convencidos de que el ejército guatemalteco es enemigo del pueblo; segundo, ninguno acepta propiamente la guerrilla; tercero, casi todos ellos están convencidos de que la Democracia Cristiana no es la solución”. Todos dicen que se encuentran ante un desafío...

Hay que pensar también que la revolución está en el pueblo, en ese pueblo del que hablamos. Entendida, no entendida, asumida, no asumida, liberándolo, golpeándolo...

Este análisis socio-político-eclesiástico nos obligará a vivir muy alertados siempre. Y éste sería el único modo de ir caminando. Pienso que aquí no se puede hacer planes para dos años, de ningún modo. Hay que hacer los programas sobre la marcha. Se puede intentar pensar a largo plazo, a plazo menos inmediato, pero con bastante sensibilidad y flexibilidad para ver y rectificar ante lo más urgente, ante lo que puede ser más eficaz en cada momento.

2.- Radicalizar la espiritualidad.

Debemos insistir en la radicalidad, para poder vivir honesta y coherentemente en este proceso. Debemos radicalizar el propio compromiso de transformación de la sociedad. No tengamos miedo a la palabra “revolución”. No le tengamos miedo. Por el contrario, radicalicemos nuestro compromiso revolucionario. Porque hay que transformar la sociedad. De esto estoy claramente convencido. Reformas, democracias cristianas, socialdemocracias, liberalismos de cualquier especie... no van a resolver el problema de Centroamérica, de América Latina, del tercer mundo.

Con esto no estoy diciendo, claro está: “vamos a las armas, y a reventarnos todos”. No estoy diciendo eso. El pueblo verá las circunstancias. Ojalá no fuese nunca necesario ni levantar un cuchillo para matar una gallina. Ojalá no fuese necesaria ni la más mínima violencia. Pero hemos de pensar —hasta por honestidad intelectual y por realismo histórico— hemos de pensar un poco más revolucionariamente.

¿No arman otros de un modo radical las estructuras que el pueblo está sufriendo, como la acumulación de tierra, la educación para el sistema, la salud para unos pocos, las dependencias, las transnacionales, la deuda externa...? Si no partimos nosotros de asumir una actitud radical de transformación de estructuras, no hay salida. Todos sabemos que en América Latina se ha experimentado suficientemente que los desarrollismos nada resuelven.

Hay que ser **radicales también en la espiritualidad**. Ya lo he insinuado. En Europa, con cierta frecuencia, algunas comunidades o ciertos cristianos descontentos, medio desesperados de sus obispos y de las estructuras eclesíásticas, optaron por soluciones que a nosotros nos parece que no son soluciones: “Cristo sí, la Iglesia no”. No se trata de eso. Cristo sí, y la Iglesia también, pero una Iglesia al servicio de Cristo y del pueblo, como comunidad de seguidores de Jesús, con sus fallas, como un sacramento, como el sacramento del Reino.

Ahora bien, para que podamos continuar en la Iglesia, para ayudar a que la Iglesia sea lo que debe ser, hay que radicalizar nuestra actitud eclesial.

Recuerdo la actitud, el parecer de cierto monseñor: si yo iba a Cuba le comprometería, comprometería a la diócesis... Hemos de llegar a considerar a los cristianos verdaderamente como adultos. ¿Cuálquier cosa que yo haga como adulto, ya comprometo al monseñor de la diócesis? No sé por qué. Soy adulto, y actúo libremente como cristiano.

En Brasil ha sido muy interesante la experiencia de varios obispos que tenían recelo a la política en general, y a la política partidaria en particular. La propia experiencia de las comunidades nos ha liberado. Decimos que el laico ha de santificar las realidades de este mundo. El laico tiene su misión concreta en el mundo. Pero cuando llega la hora le decimos: cargo político, no; política partidaria, no; sólo esa etérea, global política en la que todos estamos de acuerdo...

Se trata pues de radicalizarnos en la eclesialidad, tornándonos más adultos, más libres y complementados. El obispo tiene su misión y el laico tiene la suya. La corresponsabilidad eclesial; que no les toca sólo a los obispos; nos toca a todos esa corresponsabilidad.

3.- Vivir dialécticamente.

Es, un poco, lo de la paloma y la serpiente. Es evidente que en un proceso político cualquiera, y más aún en un proceso así, de emergencia, de revolución, debemos vivir bastante dialécticamente. Estamos en una confluencia de intereses, de desafíos, de esperanzas.

Con los revolucionarios marxistas, por ejemplo. Se da una confluencia, se juntan varias aguas hacia un río común y vamos pues al mar del proceso de Dios, que es su Reino. Pero debemos saber distin-

quir: yo soy cristiano, ellos no lo son. Ellos y yo tenemos varias mediaciones comunes, pero yo, además, tengo la suprema mediación de la fe. Ellos no tienen esa mediación, que es gratuita, y que es "parcial", en el sentido de que no nos alcanza a todos. Pues ahí hay que tener la dialéctica suficiente para distinguir y mantener la autonomía. La Iglesia no debe ser utilizada, así como yo no debo utilizar para la Iglesia a nadie.

Esta experiencia me parece que se vive mejor y más limpiamente en los lugares más comprometidos que en aquellos donde parece que la Iglesia está sosegada y tranquila. Imperceptiblemente nos hemos habituado a utilizar todas las estructuras de la burguesía, del poder capitalista, y no nos espantamos, no nos escandalizamos. Por mi parte, recuerdo por ejemplo que, viajando yo por Nicaragua, a veces me sobresalté: "¡pero si estoy viajando en un jeep del Frente!"... Pero después ví que a aquellos lugares sólo se podía ir con un jeep del Ejército Popular. Al Señor tampoco le dió tanto escrúpulo comer en casa de Simón. Después le dió la lección que necesitaba. Tampoco nos vamos a poner en plan fariseo. Para lo que realmente sea servicio del pueblo, en casos de emergencia, hay que tener la lucidez y la libertad de espíritu necesarias. Pero, insisto, en una postura dialéctica que nos ayude a valorar, a distinguir, a equilibrar.

4.- Más allá de nuestras propias fronteras.

Ninguna de nuestras Iglesias termina en sí misma, sino que se vincula a toda Centroamérica, a América Latina entera, al mundo. A veces hay Iglesias, o procesos populares, que se sienten como estran- gulados, porque quizá viven excesivamente cerrados y volcados sobre sí mismos, cuando, por ejemplo, en una diócesis el obispo o la organización pastoral no los deja respirar.

Es importante que sepamos mirar más allá de la propia frontera. Cuando nos parezca que en algún lugar se están cortando las alas, el vuelo del pueblo, sus procesos, veamos que en otros lugares el pueblo está caminando. Yo creo que ese vivir así, más ecuménica, más católicamente, en el pleno sentido de la palabra, nos puede hacer mucho bien. Hasta para la propia esperanza. De ahí que los intercambios sean sumamente importantes. Hay que saltar por encima de las propias fronteras y buscar los intercambios, los contactos. Colectivizar- nos: colectivizar lo que tenemos, las aspiraciones, los conflictos, las producciones, los programas...

5.- El día-a-día en el proceso del Reino

Debemos tener bien clara ante nuestros ojos, bien acogida en nuestra oración, en nuestras aspiraciones y en nuestras respuestas con- cretas, la visión clara del procesado mayor del Reino, que es el proce-

del Padre, su Plan de Salvación, su proyecto. Recordando que ese pro- yecto del Padre, ese proceso del Padre, por su parte no falla. Y recor- dando también que, por nuestra parte, ese proceso del Padre sólo se puede dar en los procesos conflictivos y acumulados de nuestras pro- pias personas, de nuestras familias, de nuestras comunidades religiosas, de las parroquias, de las diócesis, de Centroamérica. O sea, en los pro- cesos personales y en los procesos comunitarios, en los procesos histó- ricos.

No olvidemos que estamos acostumbrados a hacer ahí una clási- ca dicotomía: por un lado el Reino, y por otro esos otros conflictos y problemas... No. El proceso del Reino sólo acontece aquí, en los procesos personales, comunitarios, familiares...

El Proceso del Reino, con esos procesos subalternos, no es sólo asunto de emergencia, de urgencia, de situación extraordinaria, no. Es también día-a-día. Es normalidad. Es rutina. Y, a veces, ahí sole- mos fallar más. Estaríamos dispuestos a dar todo en los momentos heroicos... El propio Bolívar decía que es mucho más fácil "conquis- tar la libertad que administrarla", es mucho más fácil provocar una insurrección y quizá hacerla victoriosa que construir una revolución después, en el día-a-día. El quehacer diario es mucho más incordiante que la generosidad de un momento extremo de exaltación, de genero- sidad heroica.

De ahí pues la necesidad de ese espíritu más constante, más fiel, perseverante, crítico, autocrítico, gradual también, con las rupturas que sean necesarias. Unas veces hay que saber romper; otras hay que saber ceder.

MINORIA PARA LAS MAYORIAS

Los conscientes, los revolucionarios auténticos y los cristianos radicales siempre serán una minoría.

Los verdaderos revolucionarios, los revolucionarios-hasta-el-fon- do, siempre serán una minoría. Y los seguidores de Jesús, partidarios de aquella Revolución máxima que él desató, también serán minoría.

La revolución es como la vaca: hay que cuidarla, hay que darle de comer, hay que atenderla. Muchos son los que se entusiasman con la carne de la vaca, la leche de la vaca... pero no quieren saber nada de sacrificarse por la vaca, de alimentarla, de cuidarla. Muchos son los que se entusiasman con los beneficios que comporta la revolución, pe- ro muy pocos son los que están dispuestos a sacrificarse por ella, a de- fenderla, a cuidarla... Y es por lo mismo por lo que hay tan pocos

cristianos verdaderos, que den la vida entera en favor de la revolución máxima, el Reino de Dios, dispuestos a perderlo todo... aun sin la leche ni la carne de la vaca.

Los revolucionarios verdaderos y los verdaderos cristianos siempre serán una minoría. Los cristianos revolucionarios también.

Para ser lo que son, tendrán que ser una minoría radical: en la decisión, en la opción, en la capacidad de renuncia, de disposición, de servicialidad...

Tendrán que ser también una minoría formada, cultivada: estudiando, formándose, cultivándose, renovándose constantemente.

Una minoría, por ser tal, por definición, es frágil, vulnerable. Necesita cohesión, contactos, algo que alimente su unidad, una atención constante a las fuentes de su vida... Jesús mismo tuvo dificultades inmensas para formar a la minoría...

Yo no sé si ustedes saben de las grandes crisis de la vida de Jesús. Jesús tuvo grandes crisis. Antes, desgraciadamente, nunca se nos hablaba de las crisis que pasó Jesús. Más aún, cuando yo estudié teología se decía: ¿cómo iba a tener fe el que era el mismo Hijo de Dios? Hace tiempo ya que los teólogos nos recuerdan que Jesús tuvo fe —como ya decía la carta a los hebreos— y que también pasó la llamada “crisis de Galilea”. Jesús inicialmente soñó con la muchedumbre. Por su sentido de compasión, por ser pobre, por sus raíces humanas, por su formación y por su opción misionera y pastoral iba a las masas. Debió pensar que las masas se entusiasmarían por el Reino. Pero las masas se entusiasman por el pan, por el aceite, por los donativos... Por la leche de la vaca, no por la vaca.

Superada esa crisis de Galilea, Jesús se volvió a las comunidades eclesiales de base. Lo digo en serio: se volvió a la pequeña comunidad, al grupito, a los discípulos... haciendo con ellos un taller y otro taller a la orilla del lago... Y ahí se pasó dos años, taller tras taller, cursillo tras cursillo... y al final resultó que los discípulos no habían entendido nada. Y entonces hizo falta que viniera la “insurrección evangélica” del Espíritu Santo, para que los reanimara a todos. Y a pesar de todo, ahí tenemos a san Pedro, el primer papa, riñendo con el apóstol san Pablo, el apóstol más misionero. Pedro quería que el Reino de Dios, la salvación en Jesucristo, fuera sólo para Israel...

Y hemos de recordar que quien traicionó a Jesús, quien lo vendió, no fueron las comunidades eclesiales de base que tenía en Jerusalén...; fueron los obispos. Uno de ellos le vendió, los otros diez fallaron y Juan, Juancito, resistió y le acompañó porque se protegió detrás del parapeto de aquellas santas mujeres. Las mujeres fueron las que permanecieron fieles, las mujeres de la comunidad de base.

Los seguidores auténticos de Jesús siempre fueron una minoría. Fueron, son y serán.

para las mayorías

Esta es la segunda parte: para las mayorías. Somos una minoría al servicio de las mayorías. Fermentando a las mayorías. Dando testimonio a las mayorías.

El peligro de ciertas comunidades de base es el regodeo sobre sí mismas, el quedar prendidos de su propio ombligo. Y eso no es de adultos, ¿no?

Al servicio de las mayorías: ser voz de los sin voz, en favor de los campesinos sin tierra, de los analfabetos y semianalfabetos, los que no tienen oportunidad de una formación más profunda y más clara, en favor de los otros países de América Latina que están más retrasados, el tercer mundo, los países que están más sojuzgados bajo el capitalismo del imperio...

Si somos consecuentes y evangélicos, debemos vivir al servicio de las mayorías.

¿Y cuáles son las necesidades de la mayoría? Pues si las necesidades de la mayoría son alimentación, salud, techo, educación... a eso nos tendremos que dedicar. ¿A qué nos vamos a dedicar si no? Porque Dios no tiene necesidades.

Algunos dicen: “No, yo quiero servir sólo a Dios”. Pero Dios se ríe: “Si yo no te necesito para nada... Lo que quiero es que te dediques a servir a mis hijos, que son los que te necesitan. Yo no necesito nada de tí...”. Recuerden el texto del salmo, repetido varias veces por los profetas: “no tengo necesidad de bueyes, de machos cabríos...: si los montes son míos, y yo crié los ganados...”. (Y conste que yo creo en las monjas de clausura, en los contemplativos; pero aun estos contemplativos, sólo deben estar donde están sirviendo a la humanidad.

sin dicotomías

O sea, sin separaciones, sin divisiones. Y me explico.

La formación que se nos daba antes era: cielo/tierra, Dios/hombres, la eternidad/lo temporal, cuerpo/alma, espiritual/material, lo sagrado/lo profano, la fe/la vida real, lo religioso/lo político... Todo pues en una dicotomía marcada.

Pero nosotros somos conjuntamente cuerpo y alma, tiempo y eternidad, fe y política, historia de la salvación e historia humana, que acaba siendo la misma historia. Por ejemplo, si estamos en Nicaragua, ¿cómo vamos a prescindir de la escasez, de la defensa, de los colectivos, del cambio de moneda, de Reagan...? Sólo podremos prescindir de todo eso si cerramos los ojos, los oídos, el corazón, la fe... Debemos vivir pues sin dicotomías, sin separaciones.

con qué criterios

Si no hacemos separaciones y debemos volvernos a la mayoría siempre, ¿qué criterios debemos seguir? Algunos dicen: “la voz de la

jerarquía", y piensan que con eso ya está todo resuelto. Pero, ¿y la jerarquía a quien obedece? Porque la jerarquía también tiene que ser cristiana...

El primer criterio, en primer lugar y siempre, en primera y última instancia, es: la palabra, la práctica, la muerte y la resurrección de Jesús. El. El es el criterio.

Segundo criterio: la necesidad del pueblo. O, con palabras de Jesús, diríamos nosotros: el prójimo herido a la vera del camino. Las exigencias de la mayoría. Claro: hablamos de un pueblo ubicado. Porque podemos caer en la tentación de hablar del pueblo como si fuese una masa en el aire, sin historia, sin lugar, sin condiciones socio-políticas ni económicas... ¿Cómo se puede hablar del pueblo de Nicaragua sin hablar de la revolución?

Hablamos de las mayorías, es decir, del pueblo-pueblo. No hablo de las oligarquías, no estoy hablando de los privilegiados de siempre.

Estuve celebrando en Nicaragua en una antigua hacienda que ahora había sido convertida en reasentamiento, con cooperativas. Aquella hacienda fue de un tal señor Argüello que ahora está en Miami. Claro, el señor Argüello debe estar maldiciendo a la revolución y al "Dios de los pobres" y a las comunidades eclesiales de base y... El tenía aquella hacienda para él solito, mientras la inmensa mayoría de los campesinos de Nicaragua no tenían tierra. Pero la tierra es para todos. Para las mayorías, no para las minorías, no para los privilegiados, no para la oligarquía. Ni tampoco para el primer mundo.

Dios no quiere ni ricos ni pobres.

Si la fraternidad, dentro de una igualdad, no es el objetivo de cualquier acción nuestra, de toda pedagogía, de toda acción política, de cualquier acción pastoral... estamos fuera de la óptica del evangelio.

Entre cristianismo y revolución no hay contradicción, dice Méndez Arceo, y añade: pero sí distinción. Una cosa es el cristianismo y otra la revolución. Pero la revolución, en buena parte, si es bien vivida, si está bien llevada, también es reino de Dios, y por eso es también cristianismo. Que haya ahora unos 700 campesinos en El Bonete, en esas seis cooperativas, cinco de ellas ya con ganado... evidentemente que todo eso es también ya Reino de Dios...

Recuerden la lista de preguntas del examen final del juicio de Dios, donde Jesús no hace dicotomías.

Sin dicotomías, pero con conflictos. El cristianismo en cruz. Si Jesús dijo que había venido a dividir las familias, mucho más habría que pensar que vino a dividir la Iglesia, que es una gran familia...

CINCO ACTITUDES "HISTORICAS" PARA CRISTIANOS EN CENTROAMERICA

1.- Ni mejores ni peores que otros

Una primera actitud recomendable para nosotros los cristianos centroamericanos me parece que puede ser ésta: considerar que no somos más ni menos que otros, ni mejores ni peores que otros, y que no somos los únicos. Hay incluso hermanos con otro tipo de explicaciones que son posiblemente mejores que nosotros. Quizá no hablan del Reino, ni siquiera de Cristo, mucho menos de la Iglesia, pero están viviendo esta coyuntura, este desafío, y están cargando esta cruz centroamericana, y están dando su propia vida. No somos pues los únicos, ni somos en principio mejores o peores que otros. Adoptar conscientemente esta actitud me parece muy importante, porque a veces los cristianos, pecamos por carta de más o por carta de menos, o por complejo de superioridad o por complejo de inferioridad. Y eso no es cristiano.

2.- Estamos en continuidad.

Nosotros no estamos empezando la historia: ni como Centroamérica ni como América Latina, evidentemente; ni como revolución ni como Iglesia, ni como Iglesia popular. Nosotros no estamos empezando la historia. La historia ya viene de atrás, ya viene de largo.

Recuerden ese canto que dice: "ya vienen los mártires, los profetas, los héroes, los poetas, ya vienen los segadores, ya vienen, ya vuelven...". Hace tiempo que están ahí. Van por delante de nosotros. Estamos celebrando, por ejemplo, los aniversarios de la masacre de Parazós, de la revolución de Nicaragua, de Mons. Romero... Los aniversarios están ahí. Porque estamos en continuidad. Yo creo que eso nos da incluso una fuerza, una esperanza incontenibles. Ya hay mucho trabajo hecho. Hay bastante camino abierto. Hace tiempo que el Reino está viniendo...

En continuidad pues. Lo cual nos obliga a ser discretos, analistas incluso, observadores, tácticos... No vayamos a creer que entramos ahí ahora nosotros "descubriendo América", o "descubriendo Centroamérica", o descubriendo la teología de la liberación, o las comunidades eclesiales de base, o la Iglesia Popular o la Revolución.

Dicen que, a veces, los cristianos, cuando quieren colaborar con no cristianos, en trabajos así más o menos emergentes o más revolucionarios, en vez de entender con simplicidad —también con coraje— lo que ellos pueden aportar de específico y hasta de nuevo, a veces caen

en el pecado de creer que sólo ellos empiezan ahora finalmente a aportar. No, pues. Sintámonos más bien en continuidad, humildemente, verazmente.

3.- En emergencia.

Debemos destacar la actitud de emergencia que vivimos aquí en Centroamérica. Aquí concretamente, en Centroamérica, las cosas no se pueden dejar así, para el año próximo, o para dentro de seis meses. Aquí las cosas deben ser hechas "ayer", porque mañana ya es tarde.

Y cuando vivimos momentos de emergencia hay que aplicar la palabra de Jesús: "dejen que los muertos entierren a sus muertos, no vuelvan la vista atrás". Si has puesto la mano en el arado no vuelvas ahora a tu casa a ver cómo pones en orden la herencia de la familia, o no esperes a ver si la congregación acaba de resolver el problema o si acaba de decidir o no acaba de decidir, ni vamos a ponernos a esperar a ver qué dice la Conferencia Episcopal que se va a reunir dentro de quince meses... Porque hay cosas que realmente deben ser resueltas ya. Es, en su forma y en su medida, la urgencia del evangelio, la inminencia del Reino que sopla en el viento...

4.- Abiertos, para acompañar la soledad.

Nos va a acorralar la soledad. Si estamos en la frontera, en el desierto, en el exilio o en el destierro, nos vamos a sentir siempre un poco aislados, en soledad. La frontera es solitaria y en el desierto también, y es solitario el exilio, y el destierro. Una espiritualidad y una pastoral —o una Iglesia, dicho más globalmente— que están en la frontera, en el exilio, en el desierto... son una Iglesia, una pastoral o un cristiano que necesariamente han de vivir en soledad. Por este motivo, y porque vivimos en emergencia y a veces hemos de tomar decisiones precipitadas, debemos estar muy abiertos al Espíritu. Sólo que el Espíritu, Dios, nunca habla directamente, sino siempre a través de mediaciones.

(Tengo un poemilla por aquí que dice en síntesis: "entre Tu y yo, siempre un puente". Siempre. Eso es normal, es natural, es de fe. Es de fe: a partir de la propia Encarnación, a partir de la revelación... Toda la historia de Israel es una gran mediación histórica para los demás pueblos. Dios tuvo que hacerse hombre para que pudiéramos entendernos con él y lo entenderíamos. La creación misma es ya la gran primera mediación de Dios... Es cierto que Dios se comunica directamente con cada ser humano, por supuesto, pero se comunica a través de las mediaciones. Incluso los mejores maestros del espíritu, los más tradicionales, san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús, insisten: "hay que tener cuidado con...". San Ignacio advierte: "cuidado, hagan el discernimiento de los espíritus, porque es muy fácil pensar

que es el Espíritu el que sopla, y a veces es un mal fuelle, y no el Espíritu... Distingamos).

Entonces, en medio del asedio de la soledad de la frontera, del desierto, del exilio, del destierro, superémosla, acompañémosla con la compañía del Espíritu. Permanezcamos siempre abiertos al Espíritu, abiertos para ello a todas sus posibles mediaciones: abiertos a la historia, abiertos al pueblo, abiertos a la Iglesia, abiertos a los hermanos en la comunidad, a las necesidades, a las coyunturas, a la hora y al tiempo, al lugar o el topos, y en ese sentido, claro, abiertos a Centroamérica y a América Latina.

5.- En el hoy de Dios.

Los cristianos deberíamos ser hombres y mujeres del hoy de Dios. Deberíamos vivir el hoy con intensidad, con mucha más insistencia, con más densidad, con más libertad también, con más pasión. Porque sólo viviendo a fondo el hoy podemos agradecer el ayer, celebrarlo, asumirlo, y sólo viviendo el hoy podemos proyectar, posibilitar, lanzar el mañana.

Todos nos hemos hecho alguna vez esta crítica —que vale también para la Iglesia a nivel más oficial—: el hecho de no vivir el hoy intensa, agradecida y hasta apasionadamente, nos lleva fácilmente a aquellas famosas prudencias de "vamos a ver, esperemos, quién sabe, visto todo, según lo que suceda..."

Ninguna revolución se hace mañana. Las revoluciones se hacen hoy. Lo cual no quiere decir que no deba hacer una táctica y una estrategia. Quiero decir que si la revolución es siempre algo emergencial, o urgente, es evidente que no permitirá excesivas esperas. Repito: no niego de ningún modo la táctica, la estrategia, ni siquiera la prudencia bien entendida. Pero me parece que debiéramos tener una preocupación mucho mayor por estar abiertos al hoy de Dios.

En todo caso, no sabemos, por ejemplo, qué pasará mañana, si Esquipulas quedará o no quedará, por ejemplo, ni cómo van a reaccionar los poderes de este mundo, la iglesia jerárquica, la revolución misma... ¿triunfará realmente?, ¿podrán estrangularla económicamente?, ¿la querrán estrangular demócrata-cristianamente?... Pero, en todo caso, yo pienso: "lo bailado nadie nos lo quita". Lo que ya sucedió. Yo creo que un "hoy", vivido con mucha fe, con una fe apasionada, con toda intensidad, consinceridad total... siempre es irreversible. Vivido está. Y está vivo.

Vivamos pues el hoy. Ustedes saben que algunos sicólogos, exagerando quizá un poco, dicen que aproximadamente un 70 ó un 90 por ciento de nuestros males síquicos y fisiológicos (las malas digestiones, las presiones de vientre, etc.) están provocados por ansiedades que nos provienen del pasado o que anticipamos del futuro. Freud también habló de lo mucho que cargamos de angustias, de ansiedades,

de preocupaciones, del pasado y del futuro... Pues liberémonos un poco y vivamos más el hoy.

Me parece que en la espiritualidad de la liberación éste es también un buen consejo. Vivamos el hoy de Dios, el hoy del pueblo, el hoy de la historia de la salvación de un modo más comprometido y más agradecido, de un modo más radical y apasionado, para acoger así, celebrar y agradecer el ayer, y para crear y esperar el mañana.

EL ANALFABETO POLITICO

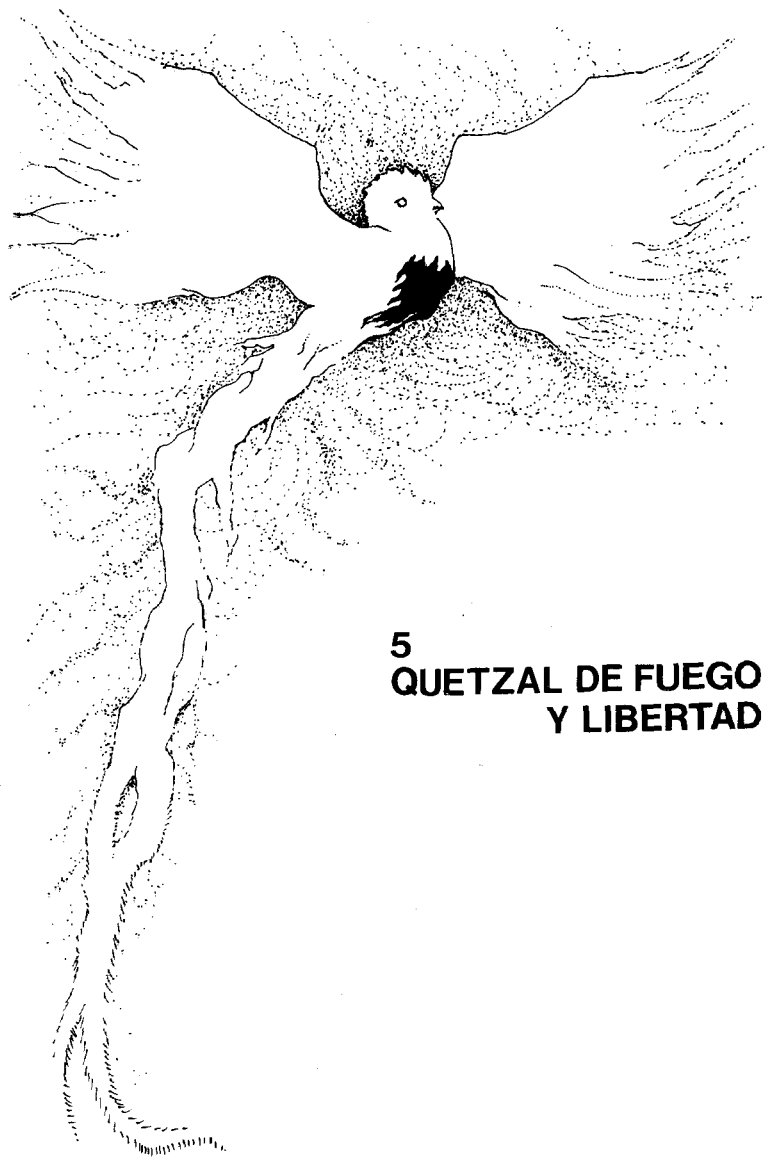
El peor analfabeto
es el analfabeto político.
El no oye, no habla
ni participa en los acontecimientos políticos.

No sabe que el costo de la vida,
el precio de los frijoles, del pescado,
de la harina, del alquiler, del calzado
y de las medicinas
dependen de las decisiones políticas.

El analfabeto político es tan animal
que se enorgullece e hincha el pecho
al decir que odia la política.

No sabe el imbécil que
de su ignorancia política proviene
la prostituta, el menor abandonado,
el asaltador, y el peor de todos los bandidos,
que es el político aprovechado,
embaucador y corrompido,
lacayo de las empresas nacionales y multinacionales.

Bertold Brecht



5 QUETZAL DE FUEGO Y LIBERTAD

CENTROAMERICA NUESTRA

Como un volcán en tí,
la paz de la Justicia.
Bandera de los Pobres,
como un viento de luchas,
la libertad, en tí.

¡Centroamérica nuestra,
toda en dolor de parto,
futura como el Reino,
diaria como el llanto!

Maíz de tierra y sangre, madura, la Esperanza.
Amor en cada piedra, tatuada de Historia.
Tortilla compartida, la Pascua verdadera.

¡Eje del Mundo Nuevo,
Centraomérica nuestra!

Calladla, eruditos, fariseos.
Dejadla en paz, los grandes, invasores.
Veladla, de rodillas, los pequeños.
(Dios la tenga en sus manos, día y noche,
como un pájaro en vuelo).

Que nadie aborte el sueño que late en la montaña.
Que nadie apague el fuego que dora de Promesa
las lomas del exilio.

¡Que nadie vista el día
desnudamente nuestro
que nace de la noche en Centroamérica!

YO SOY CENTROAMERICANO

Yo soy centroamericano
porque encajé el corazón,
como una brasa de iras,
en mitad del Continente;

porque me entró Centroamérica
en mitad del corazón
—entre la vida y la fe,
contra el silencio y la muerte—
como una herencia de sangre,
como un quetzal de esperanzas.

¡Novia, hija, madre, mía,
Centroamérica soñada!

CANTO DEL TIEMPO MAYA

Sopla el viento consignas
por las duras almenas,
y las piedras palpitan, como senos preñados,
revestidos de carne combatiente.

El tiempo es Tiempo Maya.

Con verde terquedad,
al sol de todos,
yergue el maíz paterno
sus millones de antorchas.

Entre el poder y el miedo,
transitorios,
muchos brazos custodian la insurrecta alborada.

Indígenas, nomás,
sin credenciales,
allá en los campamentos —las tiendas del desierto—
los refugiados en su propia tierra
esperan regresar;

—Regresaremos
 cuando en Guatemala
 la democracia
 ceda
 lugar
 a la Justicia;
 cuando sea cristiana
 la Verdad
 y no el nombre.

Yo vuelco en garzas blancas
 sobre el campo, reseco y conculcado,
 mis presagios profetas.
 Cae la tarde como un desafío
 de incitantes penumbras
 delante de los montes
 que se las saben todas.
 Dolor y furia y canto desbordados,
 el Agua Azul viene de Historia adentro,
 y sube de la entera tierra maya,
 como un cuenco hervoroso de promesas,
 la sangre de los mártires.

El tiempo es Tiempo Maya.

— ¡Seremos otra vez un Pueblo libre,
 la nueva Guatemala!
 Con almendrados ojos
 veremos nuevamente la hermosura.
 Veremos los quetzales caseramente nuestros.
 Cruzaremos los cerros, prohibidos, hermanos,
 en continua oleada de paz y fértil canto.
 Cerraremos la herida de la impuesta frontera.
 Barreremos, por fin, del calendario
 tantos "días nefastos".
 Sabias, manos capaces
 de darle al mundo opaco
 luces de artesanía,
 tejaremos la vida de colores,
 trenzaremos la Historia de sorpresas diarias,
 trabajadas en paz y con Justicia
 por el telar del Pueblo.

El tiempo es Tiempo Maya.

SONETO LIBRE A LA PATRIA GRANDE

Y serás tu, por fin, la Patria Grande,
 india, negra, criolla, libre, nuestra,
 un Continente de fraternos Pueblos,
 del Río Bravo hasta la Patagonia.

Banqueros, dictadores y oligarcas
 engrosarán el polvo del olvido.
 No pagarás la deuda que te hicieron.
 No aceptarás más multinacionales

que Dios, la Paz, el mar, el sol, la Vida.
 Despertarás los huesos de tus santos
 y los arbolarás en pie de Historia.

Serás un parto de utopías ciertas
 y el canto de tus bocas hermanadas
 enseñará la Dignidad al Mundo.

NICARAGUA NUESTRA

Quiero verte verde, Nicaragua mía,
 toda amanecida de fecundidad,
 como una cantata de Carlos Mejía,
 como el otro Carlos y su dignidad.

La sangre caída fecunda promesas
 y en tu hoy germina nuestro porvenir.
 Llenos los sembrados, iguales las mesas,
 vencido el Imperio, sabremos vivir.

La altiva utopía que Sandino enciende
 —nadie aquí se rinde, nadie aquí se vende—
 hierve en los volcanes y dora las aguas.

Todo el Continente late en tu latido.
 Seremos el gesto de tu brazo erguido.
 Todos nuestros Pueblos serán Nicaragua.

CRISTO DE ESQUIPULAS

**Negro de amarguras,
madera de bálsamo,
Cristo de Esquipulas.**

**No van con los Pobres
los señores blancos
y sus blancos dioses.**

**Cristo de fronteras:
la vida y la muerte,
la paz y la guerra.**

Dios Ek-Ik-Pul-Ha
que "traes las lluvias"
y la libertad.

Cristo de Esquipulas,
muerte de las muertes,
alba de las dudas.

La Muerte vencida,
brotará en tus brazos,
Guatemala antigua,
nuestra Guatemala,
Guatemala unida,
otra Guatemala,
Guatemala viva.

GUATEMALA

Quetzales,
incapaces de ser esclavos,
dadnos
la fatal hermosura de vuestra Libertad.

**Guatemala imposible itan segura del Tiempo!
Invencible derrota,
conquistada esperanza,
matriz de sangre antigua,
ancestralmente nueva,
¡Guatemala!
Maíz del Continente,**

pan de nuestro futuro,
amasado en la piedra del silencio,
con las aguas del llanto...

Al rescoldo feraz de tus aldeas
coceremos la hogaza del mañana.
Dios traerá de nuevo hasta tus pechos los hijos exiliados,
y será cada muerto, redivivo, una aurora en tus ojos,
una raíz en flor para los nuestros.

**La Biblia, secuestrada por los dioses del lucro y de la muerte,
será palabra viva en la boca del Pueblo.**

Cada espera oprimida
—Guatemala que esperas hace siglos tu hora—
será un siglo de surcos venideros, cosecha colectiva
de esperanzas fraternas: ¡Amerindia!
¡Guatemala esperada tanto tiempo,
india hermosura nuestra,
imprescindible,
tan agónicamente deseada!

NO PASARAN, ¡ SE PASARAN !

**"No pasarán, amor, no pasarán".
¡Se pasarán!**
Se pasarán de listos los que piensan
que pueden impedir que nazca el Día.
Se pasarán de necios si pretenden
acallar el volcán de corazones
de América Latina

Momotombo
de luchas y esperanzas.

Se pasarán de pútridos
recontando sus dólares de muerte.
Se pasarán de viejos
mientras nuestra Chavala
—rojinegra de tierra y sangre fértil—
contamina de sueños
a todas sus hermanas.
Se pasarán de escribas, esclavos de la ley,
mientras Jesús de Nazaret camina
—presencia solidaria de Dios— entre los Pobres.

**...Si pasan por encima de nuestro cuerpo, un día,
no pasaremos nunca: ¡Amor, no pasarán!**

A GASPAR GARCIA LAVIANA

Como un vuelo cortado por la muerte,
igual que un crucifijo en carne viva,
como un abrazo extremo, que me llama,
me ha cercado tu nombre,
Gaspar, hermano mío.

Asturiano, justicia de minero,
bronco acantilado,
Corazón de Jesús en pura llaga.

Tola y sus montes callarán ahora
—verdes la guerra y la arboleda verde—
mientras hablamos junto al Dios que escucha,
mientras el Pueblo vela, todavía,
la Paz del Reino que se aplaza tanto.

Hablaremos tú y yo, Gaspar, a solas.
Al contraluz de mi anhelante fiebre.
Como si aún no fueras un glorioso llegado.
A corazón abierto,

Gaspar,
sin más testigo
que el Amor que ya vives cara a cara.

Terratenientes eran
los que ahogaban tus pobres,
los que ahogan mis gentes.
Y es el mismo Evangelio
que te ardía en las manos
más que el fusil inhóspito,
amor exasperado, hermano mío:
tus manos bajo el óleo
sangrándote,
llorándote los ojos cielo arriba.

Dime, Gaspar,
¿qué harías
si volvieras?

Y cuida bien de Tola,
cuida de Nicaragua, todavía en combate.
No dejes que tu sangre se marchite
en el cáliz (rajado) de su Iglesia.

TE ENGAÑAS, PERIODISTA

Te engañas, periodista,
si piensas que me pillas
disparándome fotos
mientras beso este féretro.
Yo beso a los caídos,
a la luz de la Historia,
bajo el sol de la Pascua.
No escondo el corazón ni la bandera.
El muerto es también mío,
hijo de mi esperanza.
Su sangre es ya cosecha
de mi implacable grito

¡Reino adentro!

ROMANCE SANDINISTA

Augusto César Sandino,
general ayer y hoy:
no te quites el sombrero,
que aún aprieta mucho el sol.

Yo vengo de tus Segovias
y he sentido la agresión
degollando hasta los niños,
y era el mismo el agresor,
el mismo agresor del Norte,
¡el mismo ayer y hoy!

Pero era también el mismo,
mi general, el valor
en esos cachorros sueltos
que han nacido de tu voz.

Tu estrella hacía la posta
en cada ocote avizor.
Y de todas las montañas
bajaba Revolución,
Patria y Continente adentro:
la de ayer..., sólo que hoy
será de una vez por todas,
mi general, ¡vive Dios!

Y TU, PEQUEÑA NICA

Y tú, pequeña Nica,
no eres la menor de mis ciudades,
dice el Señor;
porque de tí ha nacido
mi hija, Libertad,
mi hijo, el Hombre Nuevo.

(Guerrillera bordada de ternura,
flor de Liberación, abanderada,
sacramento-guerrilla de la América Nueva,
¡Nicaragua!)

A BARTOLOME DE LAS CASAS

Los Pobres te han jugado la partida
de una Iglesia mayor, de un Dios más cierto:
contra el bautismo sobre el indio muerto
el bautismo primero de la vida.

Encomendero de la Buena Nueva,
la Corte y Salamanca has emplazado.
Y este tu corazón apasionado
quinientos años de testigo lleva.

Quinientos años van a ser, vidente,
y hoy más que nunca ruge el Continente
como un volcán de heridas y de brasas.

¡Vuelve a enseñarnos a evangelizar,
libre de carabelas todo el mar,
santo padre de América, Las Casas!

AL MISIONERO ANONIMO

Quizás no daba más tu teología,
del Reino y de un imperio servidor,
salvar y conquistar la paganía,
cruzado entre las armas y el Amor.

La espada tu Evangelio desmentía,
los yelmos apagaban tu fervor,
¡la mucha sangre de tu Eucaristía
no era sólo la sangre del Señor!

¿Pudo la gente hacernos gente esclava?
¿Qué nueva Libertad nos liberaba
en las violentas aguas del Bautismo?

¿Qué paz traían tus atadas manos?
¿Hacía de verdad hijos y hermanos
el Padre Nuestro de tu catecismo?

SAN ROMERO DE AMERICA, PASTOR Y MARTIR

El ángel del Señor anunció en la víspera...

El corazón de El Salvador marcaba
24 de marzo y de agonía.

Tú ofrecías el Pan,
el Cuerpo Vivo
—el triturado cuerpo de tu Pueblo;
Su derramada Sangre victoriosa
— la sangre campesina de tu Pueblo en masacre
que ha de teñir en vinos de alegría la aurora conjurada!

El ángel del Señor anunció en la víspera,
y el Verbo se hizo muerte, otra vez, en tu muerte;
como se hace muerte, cada día, en la carne desnuda de tu Pueblo.

Y se hizo vida nueva
en nuestra vieja Iglesia.

Estamos otra vez en pie de testimonio,
¡San Romeo de América, pastor y mártir nuestro!
Romero de la paz casi imposible en esta tierra en guerra.
Romero en flor morada de la Esperanza incólume de todo el Continente.
Romero de la Pascua latinoamericana.

Pobre pastor glorioso,
asesinado a sueldo,
a dólar,
a divisa.

Como Jesús, por orden del Imperio.

¡Pobre pastor glorioso,
abandonado
por tus propios hermanos de Báculo y de Mesa...!
(Las curias no podían entenderte:
ninguna sinagoga bien montada puede entender a Cristo).

Tu postrería sí te acompañaba,
en desespero fiel,
pastor y rebaño, a un tiempo, de tu misión profética.
El pueblo te hizo Santo.

La hora de tu pueblo te consagró en el kairós.
Los pobres te enseñaron a leer el Evangelio.

Como un hermano
herido
por tanta muerte hermana,
tú sabías llorar, solo, en el Huerto.
Sabías tener miedo, como un hombre en combate,
¡pero sabías dar a tu palabra, libre, su timbre de campana!

Y supiste beber
el doble cáliz
del altar y del pueblo
con una sola mano consagrada al Servicio.

América Latina ya te ha puesto en su gloria de Bernini
en la espuma-aureola de sus mares,
en el retablo antiguo de los Andes alertos,
en el dosel airado de todas sus florestas,
en la canción de todos sus caminos,
de todas sus trincheras,
de todos sus altares...
¡En el ara segura del corazón insomne de sus hijos!

San Romero de América, Pastor y Mártir nuestro:
¡nadie
hará callar
tu última homilía!



6 TESTIMONIO DE FRONTERA

PARA DAR VIDA

Joven campesino, agente de pastoral en una zona bajo control popular

Cuando hay operativos se nos hace bastante difícil el trabajo pastoral. Porque nosotros, de por sí, somos ilegales dentro de la zona. Entonces, los compas, cuando se dan cuenta de que va a haber operativos —a veces dos o tres días antes— nos avisan, para darnos seguridad, y empezamos a maniobrar con ellos. Muchas veces hemos estado cerca de la muerte. Pero gracias a Dios vamos caminando. En medio de tantas dificultades va comprendiendo uno que Dios se hace presente en medio de ese pueblo.

Muchas veces ha habido operativos fuertes, en los que uno se siente más cerca de la muerte que de la vida. Recuerdo que una vez, el 24 de diciembre, íbamos a celebrar el nacimiento del niño Dios cuando empezó a sobrevolar un A-37. Se habían congregado todas las comunidades. Iban en procesión. Para mí era la primera experiencia. Yo tuve bastante miedo. Nunca había visto un A-37.

La procesión iba hacia el pueblo, rumbo al templo. Venía de otra comunidad. Las bombas caían allá cerca. La procesión caminando, y las bombas cayendo. Si bien es cierto que las bombas caían y que la muerte se hacía presente, la esperanza era más fuerte. Si eso hubiera ocurrido en una zona que no fuera de conflicto, la gente hubiera salido corriendo. Pero allí, la gente seguía adelante, a pesar de las bombas. La fe y la esperanza son más fuertes que la muerte. Nos han pasado muchas cosas de éstas.

Cuando llega el ejército dice a la gente que no se reúnan con “esos sacerdotes”, que son comunistas, socialistas, que les están llenando la cabeza con cosas que no son religiosas. Pero la gente sabe perfectamente que los sacerdotes están acompañando al pueblo. El ejército con sus operativos trata de intimidar a la gente, pero la gente no hace caso y sigue participando en el trabajo y en la vida eclesial.

En octubre llegó el ejército en un operativo hasta la montaña, en un operativo que llegó hasta X, casi en la frontera. En una comunidad les destruyó la granja, les descabezó las gallinas y les dijo que no siguieran reuniéndose con “esos sacerdotes”. Una señora se enfrentó con el militar y le dijo que si tener gallinas era ser comunista, que la mataran. Se enfrentó al ejército. Se fueron los militares, pero luego regresaron, la fueron a buscar a su casa y se la llevaron lejos. Trataron de sobornarla, y luego de violarla. Ella les dijo que si su delito era reunirse con esos sacerdotes, que la mataran... Les acusaban de que esa granja era de la guerrilla; pero es una granja que se ha conseguido con

mucho trabajo, y con ayuda del arzobispado. Esa granja es un signo, porque aunque no se puede abastecer sigue en pie. Es un signo de fe y de esperanza.

Es hermoso ver cómo un pueblo alzado en armas va acompañando la procesión. Algunos dicen que todos los guerrilleros son ateos, pero muchas veces son más cristianos que nosotros. Es hermoso ver cómo un guerrillero va con su arma a recibir la comunión.

Hay veces, cuando los operativos, en que hay que salir de allí todos pero alguien tiene que cubrir la retirada, y ellos te dicen: yo me quedo aquí cubiéndoles, váyanse ustedes. En esos momentos ellos no saben si van a salvar la vida o no, si regresarán... Se arriesgan a morir, pero a morir para dar vida.

Estando en una zona conflictiva, donde la muerte se hace más presente que la vida, unos compas me preguntaron si tomaría un arma para defenderme. (Porque hay veces que uno no sabe si va a sobrevivir si cae en manos del ejército). Eso me cuestionó mucho. Porque yo siempre había dicho: yo voy a servir a mi pueblo pero sin la opción de las armas. Realmente ése ha sido un conflicto grande para mí, muy serio. Me preguntaba a mí mismo: ¿cómo yo, haciendo un trabajo pastoral, voy a coger un arma?

Pero, con el pasar del tiempo fui evolucionando. Fui descubriendo que los cristianos, como cristianos, tenemos que dar vida. Hasta entonces, si a mí, en un momento determinado, en un operativo, me pedían hacer posta en favor de los demás, yo lo hacía sin armas. Y me puse a pensar: ¿qué pasaría si llega el ejército y yo estoy haciendo la posta sin armas y soy yo el responsable de toda esa gente que queda en el suelo...? Me cuestionó tanto el pensar que yo sería el responsable, y que como cristiano tenía que dar vida... Pensé que siendo el responsable de la seguridad de los demás, con un arma podría defender las vidas ajenas, podría dar vida a toda esa gente que estaba allí, y que con un tiro podría matar a la misma muerte (mientras que el ejército con un tiro puede matar la vida...).

Digo esto porque la guerra que hay en mi país es una guerra santa, porque es de los pobres. Es una guerra que se inició para alcanzar salarios más justos, para cambiar estructuras injustas, para librarnos de la muerte que se nos había impuesto... Y aunque yo agarre un arma para asegurar a los demás, aún me siento cuestionado. Pero veo claro que como cristiano tengo que dar vida, y que si como cristianos con un tiro tengo que matar a la misma muerte, pues tengo que hacerlo como cristiano que soy. Porque allí, sólo así, dando muerte a la muerte podemos dar vida.

El hecho de que yo esté allí se debe a que yo siempre he tenido inquietudes religiosas. No sé cómo lo van a ver ustedes. Yo siento que no me puedo aislar del pueblo mismo y meterme en un seminario. No puedo aceptar una congregación religiosa, porque primero tendría que obedecer a la congregación y al obispo, y yo siento que a quien tiene uno que obedecer es al pueblo, a ese pueblo pobre, a ese pueblo de Dios... Ese es el conflicto serio que yo tengo...

OFRECER LA VIDA A UNA CAUSA

Rigoberta Menchú

Yo soy humana, soy una mujer, y no puede decir que yo rechazo el matrimonio, pero mi tarea principal pienso que es primero mi pueblo y después mi alegría personal... Tenemos compañeras que son casadas y que aportan igual que yo. Compañeras que tienen cinco y seis hijos y que son admirables en la lucha. Es un cierto trauma que yo tengo y que tengo miedo a todo esto... Mi conclusión es que mientras no existan problemas, no hay que buscarse más, porque ya tenemos suficientes con los problemas que hay que solucionar... Mientras que no tenga problemas, no los busco.

Yo tenía un novio y llega un momento en que ese novio ambicionaba muchas cosas en la vida, quería tener una casa buena para sus hijos y vivir tranquilo. Eso era todo lo contrario de mis ideas... Entonces, cuando empecé con mi convicción revolucionaria, tuve que definir dos cosas: la lucha o el novio... Llegó un momento en que yo estaba entre dos cosas, o él u optar por la lucha de mi pueblo. Y llegué a eso, pues, que tuve que dejar al novio con dolor, y sentimientos, pero yo decía que tenía mucho que hacer por mi pueblo y no necesitaba una casa bonita mientras que mi pueblo vivía en condiciones de horror como en las que yo nací y crecí. Así es cuando yo me separé por un lado y él por otro... Así es cuando yo seguí la lucha y estoy sola. Y, como decía, llegará un momento en que las condiciones sean diferentes. Cuando todos seamos quizá no felices estando en una buena casa pero por lo menos no veamos más a nuestras tierras llenas con sangre y el sudor de muchos.

A partir de los sucesos de la Embajada de España los cristianos revolucionarios decidieron formar una organización y ponerle el nombre de mi padre: se llama "Cristianos Revolucionarios Vicente Menchú". Los cristianos toman el nombre de mi padre como un héroe nacional de los cristianos, que a pesar de sus duras experiencias, nunca perdió la fe. Nunca confundió lo que es el cielo y lo que es la tierra. Optó por luchar con un pueblo. Un pueblo que necesita desde su fe, denunciar todos los secretos de los riesgos, y de la explotación. Luchó en contra de eso como cristiano. Esto debido a la diferencia de Iglesias que existe en Guatemala. Existe la Iglesia pobre que está en pie de lucha. Así como nosotros hemos optado por la violencia justa. En el Quiché muchos curas abandonaron la Iglesia. Ellos vieron que

no era comunismo lo que había, sino una justa lucha del pueblo. El pueblo cristiano había visto la necesidad de una organización. No es solamente para tener una organización y ser representados en la lucha, sino que es más bien la imagen de todos los cristianos que se encuentran hoy día en la montaña, motivados por la fe cristiana. La jerarquía cristiana no tiene el espacio para meterse en la lucha del pueblo. Eso significa que desaparecerá de Guatemala. Muchos no entienden la situación a pesar de las masacres. No quieren entender la situación. Dicen que debemos perdonar, pero no ven que el régimen no nos pide perdón por matar a nuestros hermanos. Prácticamente la Iglesia se ha dividido en dos: la de los ricos, en la que muchos curas ni quieren tener problemas, y la Iglesia pobre que se une a nosotros.

La Iglesia ha hablado siempre de amor y de libertad y no hay libertad en Guatemala. Para nosotros al menos. Tampoco vamos a esperar hasta que veamos el Reino de Dios en el cielo. Ante esto, puedo decir que la mayor parte de los obispos están conservando la Iglesia como un privilegio. Pero hay otros que se han dado cuenta de que su deber no es defender un edificio, una estructura; han comprendido que su compromiso es con su mismo pueblo los han perseguido y los han obligado a abandonar la Iglesia. La jerarquía eclesiástica no ha definido una actitud clara...

Yo opté por mi reflexión cristiana, por los "Cristianos Revolucionarios Vicente Menchú". No es porque sea el nombre de mi padre sino porque es la tarea que me corresponde como cristiana, trabajar con las masas. Mi tarea era la formación cristiana de los compañeros cristianos que a partir de su fe están en la organización. Es un poco lo que yo narraba anteriormente, que yo fui catequista. Entonces, mi trabajo es igual que ser catequista, sólo que soy una catequista que sabe caminar sobre la tierra y no una catequista que piensa en un reino de Dios sólo para después de la muerte...

Llegábamos a grandes conclusiones con los compañeros. Reflexionando la Biblia. Hemos encontrado que la Biblia se ha utilizado como un medio para acomodarse y no llevar la luz al pueblo pobre...

Entonces, también denunciamos la postura de la Iglesia como jerarquía, que muchas veces se toman la mano con el régimen. Eso es precisamente lo que yo reflexionaba mucho, pues, porque se llaman cristianos pero muchas veces son sordos y mudos ante el sufrimiento del mismo pueblo. Y eso es precisamente a lo que yo me refería anteriormente al pedir que los cristianos cumplan verdaderamente con la práctica de lo que es ser cristiano. Muchos se llaman cristianos pero ni merecen llamarse cristianos. Tienen toda la tranquilidad y una casa bonita y eso es todo. Por eso puedo decir que la iglesia en Guatemala está dividida en dos. En la iglesia de los pobres y muchos han optado por la iglesia de los pobres y tienen la misma convicción que el pueblo. Y la iglesia como jerarquía y como institución que sigue siendo como una camarilla. La mayor parte de nuestro pueblo es cristiano. Pero, sin embargo, si sus mismos pastores, como se llaman son los que enseñan los malos ejemplos, se toman la mano con el régimen, tampoco

vamos a soportarlos. A mí me da mucho que pensar eso. Por ejemplo, las monjas, su vida cómoda, me daba pena, porque eran mujeres desperdiciadas, que hacen nada por los otros...

Yo no soy dueña de mi vida, he decidido ofrecerla a una causa. Me pueden matar en cualquier momento pero que sea en una tarea donde yo sé que mi sangre no será algo vano sino que será un ejemplo más para los compañeros. El mundo en que vivo es tan criminal, tan sanguinario, que de un momento al otro me la quita. Por eso, como única alternativa, lo que me queda es la lucha, la violencia justa, así lo he aprendido en la Biblia. Eso traté de hacerle comprender a una compañera marxista que me decía que cómo quería hacer la revolución siendo cristiana. Yo le dije que toda la verdad no estaba en la Biblia, pero que tampoco en el marxismo estaba la verdad. Que ella debía aceptar eso así. Porque tenemos que defendernos en contra de un enemigo, pero al mismo tiempo defender nuestra fe como cristianos, en el proceso revolucionario y, al mismo tiempo estamos pensando que después del triunfo nos tocarán grandes tareas como cristianos en el cambio. Yo sé que mi fe cristiana nadie me la va a quitar. Ni el régimen, ni el miedo, ni las armas. Y eso es lo que tengo que enseñar también a mi gente...

ACOMPANAR AL PUEBLO

Sacerdote en un país centroamericano en guerra

Voy a hablarles un poco de mi experiencia, de mi vida, de mi espiritualidad, de mi trabajo.

Soy sacerdote católico. Tengo casi sesenta años. Nací al sacerdocio antes del Concilio Vaticano II. Les voy a hablar de tres puntos: mi vocación, mi conversión y mi alimento espiritual actual.

mi vocación

Mi vocación, casi desde que nací al sacerdocio, ha sido acompañar al pueblo. Casi tenía 20 años cuando fui al seminario, un seminario de España. El llamado de Dios que yo sentí era un llamado a acompañar al pueblo.

En los años en que yo fui ordenado sacerdote, ser de izquierda era un pecado muy grave, allá en España. Casi todos los sacerdotes éramos de derecha. Mi familia también era de derecha. Mi papá estu-

vo en la guerra civil. En mi pueblo hubo muchos asesinados por la derecha, "en nombre de Dios". Y sin embargo, cuando yo me hice sacerdote, no sé por qué, empecé a acompañar a las familias que habían tenido algún miembro asesinado y eran como leprosos en nuestros pueblos (ser de izquierda era como una lepra, un pecado).

Después de cinco años de sacerdocio en España sentí el llamado de los pueblos de América. Y me fui a la zona de los Andes sudamericanos a acompañar a las comunidades indígenas. Acompañarles por aquellas montañas horas y horas de a caballo, acompañarles en la formación de sus escuelas, en la creación de comedores para las escuelas... Pero insistiría yo que en esta primera etapa de mi vida se trataba de un "acompañamiento" al pueblo.

Posteriormente entré en otra área de trabajo. Me pidieron trasladarme a otro lugar, y allí tuve mi encuentro con la clase obrera. Empecé a acompañar a la clase obrera, a hablar con los obreros, a estudiar el evangelio desde la realidad. Al final, junto con otros compañeros sacerdotes, opté por ser sacerdote obrero. Ello me llevó a acompañar al pueblo en toda la problemática de la realidad, cosa que no me habían enseñado en el seminario ni en los estudios teológicos. Sobre todo creo que fui descubriendo el sentido de la dignidad del hombre, el valor que tiene su pensamiento, su trabajo, el trabajo de sus manos...

Creo que fui fruto del momento histórico de la Iglesia. El Concilio nos dio una serie de documentos que nos iluminaron mucho, porque hasta entonces sentíamos una contradicción muy fuerte entre los planteamientos teóricos y la realidad que vivíamos con nuestra gente. Pero lo que de verdad fue una luz para nuestra vida, en su sencillez y en su profundidad, fueron los documentos de Medellín. Los leímos, los estudiamos, los llevamos a las comunidades... Realmente desataron una etapa extraordinaria de transformación, no solamente de transformación personal, sino de transformación de las comunidades, lo que después ha sido transformación de este continente latinoamericano.

mi conversión

Esta etapa de acompañamiento al pueblo en el mundo obrero me llevó a participar en huelgas, en tomas de terreno para tener vivienda, en el mundo campesino de la invasión de las fincas. Quizá todo esto, mirado desde el otro lado parezca "subversión", o "comunismo"... Realmente puede haber una material coincidencia, pero nosotros ciertamente lo vivimos desde el evangelio. Dios no dio a nadie escrituras para su tierra. La tierra es de Dios. La tierra en el Antiguo Testamento se repartía y cada cincuenta años volvía las tierras a sus dueños originales para impedir la pauperización y la acumulación... Lo cual quiere decir que la tierra no puede estar sometida a la propiedad privada. Y desgraciadamente en América Latina los grandes latifundios son la causa de la pobreza de las grandes mayorías.

Por eso, toda esta etapa de acompañamiento, tan bella y tan fecunda para mí, supuso una transformación de mí mismo, desde mi condición de hijo de no diré un gran terrateniente, pero sí de un terrateniente, de un propietario de tierras, hasta pasarme al otro lado, al lado del que necesita la tierra para sobrevivir... Sufrí una profunda transformación. Y fue una transformación desde el evangelio, leyendo la Palabra de Dios junto con el pueblo. Esta etapa fue la etapa de mi conversión, conversión a la Palabra de Dios hecha vida.

Hay cosas curiosas. En el año 61, recién llegado a una zona de los Andes sudamericanos, empezó a correrse la voz de que nosotros no éramos sacerdotes españoles, sino sacerdotes cubanos enviados por Castro... sencillamente porque nos acercábamos al campesinado, porque hablábamos de salarios justos, porque nuestra voz se levantaba contra el atropello al indígena...

A los 15 años de estar en esa zona montañosa indígena regresé a la primera parroquia en que había estado, y me di cuenta de que ahora yo entendía el lenguaje de los indígenas, que entendía sus palabras, sus miradas... Antes, después de haber estado tres años y medio con ellos, me fui con la sensación de que los quería, de que había trabajado por ellos pero que no entendía nada de su planteamiento ni de su vida. Ahora notaba que mi conversión me había hecho capaz de leer la vida desde el otro lado. Me había hecho capaz de leer el evangelio desde la realidad de los pobres. Y esto es lo que me dio la capacidad de entender ahora incluso la mirada, el gesto, el apretón de manos...

En este mi proceso de conversión ha influido siempre el pueblo. Por ejemplo, ¿por qué me quité la sotana? Un gitano fue quien me hizo a mí quitarme la sotana. El no sabía que yo era sacerdote. Y me preguntó si yo sabía leer. Le dije que sí, y me pidió que le enseñara. Después le enseñé el catecismo y luego él hizo de catequista para otro hermano suyo... Pero supe que si él me hubiera visto con sotana nunca se hubiera acercado a mí... Me di cuenta de que la sotana era un estorbo para mi vida, para mi condición de ministro del Señor y servidor de los hermanos. Esto fue en el año 66. Nunca más he tenido una sotana.

Hoy sigo intentando leer la realidad desde la Palabra de Dios, y la Palabra de Dios desde la realidad.

En Centroamérica, ante nuestros pueblos, que viven en una situación de guerra, bajo una guerra impuesta, me siento llamado a vivir esta misma realidad, con el pueblo. Nuestro pueblo es profundamente pacifista. Aspira a la paz. Pero se le ha impuesto una guerra. Y la guerra es fruto de la miseria, fruto de la carencia de tierra, fruto del hambre, de la opresión de los bajísimos salarios (¿cómo una familia puede vivir con un salario inferior a un dólar?, ¿quién de nosotros podríamos sobrevivir físicamente con un dólar al día, aun sin mujer ni hijos?). Como fruto de esta situación de injusticia y opresión ha venido la guerra. Y la guerra trae muertos. Porque la guerra se hace

con armas. Y a nosotros nos toca vivir esta situación extrema de compartir con los hermanos esta situación de guerra.

Personalmente creo que ello nos proporciona una situación privilegiada para ser "buenos samaritanos": para acompañar a nuestros hermanos heridos cuando no tienen un hospital que les pueda curar de sus heridas. Los acuerdos de Ginebra dicen que un herido de guerra ya no es un combatiente, y que por lo tanto tiene todos los derechos. En nuestros países, por el contrario, un herido de guerra es visto como un ser débil que hay que rematar, como un enemigo que hay que eliminar, y los gobiernos que combaten a nuestros pueblos lo hacen, y tenemos que denunciar ante el mundo que partidos que se dicen "demócratas y cristianos" matan cobardemente a heridos de guerra.

En esa situación, nosotros, si tenemos un mínimo de sensibilidad humana, tenemos que hacer de buenos samaritanos. Esto "nos convierte" en guerrilleros: el hecho de que uno asuma transportar a un herido o tenerlo en casa le hace adquirir ante el gobierno el papel de guerrillero, porque para ellos el que no está contra el enemigo es enemigo. Todo esto nos da la capacidad para comprender mejor, desde dentro, la situación y la vida de nuestro pueblo, sus organizaciones, esas organizaciones populares tan humildes, tan sencillas, pero al mismo tiempo tan profundas y tan eficaces... ¿Cómo se explica que unos hombres con unas armas conseguidas del enemigo, sin aviones, sin vehículos, sin alimentos, sin presupuestos... puedan hacer frente a gobiernos, a ejércitos que están sostenidos directamente por el Imperio, por el país más poderoso del mundo? Y a mí que no me vengan con cuentos de que el problema es este-oeste. Que no me vengan con cuentos sobre el enfrentamiento de Estados Unidos y Rusia, a mí que vivo esta realidad centroamericana. Porque aquí no se ve un arma rusa, aquí no llegan rublos, ni pesos cubanos. Aquí lo que hay es hambre contra abundancia. Los ejércitos centroamericanos se enriquecen con la guerra, con los millones de dólares que les envía Estados Unidos. Los ejércitos centroamericanos se venden incluso a la guerrilla, venden sus armas, venden todo. Y el ejército popular se mantiene sobre la base de unas migajas —muy valiosas— de la solidaridad internacional, que gota a gota llegan para permitir sobrevivir a este pueblo que tiene la esperanza del triunfo.

Insisto en que nuestro pueblo es sumamente pacífico. Cuando nos toca acompañarlo por la montaña y nos toca celebrar la misa en medio de las mayores dificultades, en medio de bombardeos, cargando a los heridos, teniendo que tapar la boca a los niños para que el enemigo, que puede estar muy cerca, no los oiga y nos masacre a todos... uno puede hablar del pacifismo de nuestro pueblo. Cuando nos toca acompañar a los campesinos que salieron a los refugios bajo los bombardeos, enterrando a sus muertos por los caminos, y que vuelven ahora, después de seis, siete u ocho años, con esa esperanza de rehacer sus casas, y llegan a sus pueblos-fantasmas y en dos o tres días vuelve la vida, descubren sus piedras de molino para hacer las tortillas y comer

el primer alimento después de tantos días de caminata... cuando uno acompaña a este pueblo puede hablar de su sentido pacifista. Uno puede hablar del sentido fraterno profundo que le anima. Cuando uno ve que en un poblado las primeras casas que se construyen son las de las viudas, y que después los hombres empiezan a sembrar y que sólo después harán sus propias casas... a uno le parece revivir el éxodo, la experiencia más profunda del pueblo de Dios. Si a estos pueblos les quieren llamar belicosos... no podrán decirlo más que en el sentido de que no se resignan a aceptar la situación de injusticia, en el sentido de que se han dado cuenta de que su clamor ha llegado al cielo y se dan cuenta de que Dios está con nosotros. Y solamente con esa protección, ante esa confianza, ante esa seguridad de que Dios está con nosotros se explica el proceso insurreccional y el proceso de transformación que frente al Imperio se está dando. Ante esa pequeña Nicaragua, con todo el bloqueo económico y toda la agresión militar... solamente la presencia de Dios en ese pueblo puede explicar que sobreviva y mantenga su triunfo. Y lo mismo podríamos decir del proceso de El Salvador y del proceso de Guatemala.

mi alimento espiritual actual

En primer lugar yo diría que la religiosidad popular. Esa religiosidad tan sencilla, incluso tan tradicional y tan clásica, en la que el pueblo se ha alimentado siempre y en la que yo me alimenté también. Compartir con la gente, por ejemplo, el rezo del rosario, los cantos clásicos y tradicionales, los mismos que se cantaban en mi pueblo cuando yo era niño... me devuelve a mis raíces religiosas. Me siento profundamente revolucionario, tanto cristiana como políticamente; y, sin ninguna contradicción, la religiosidad popular es uno de los soportes de mi vida.

Otro alimento espiritual para mí es la problemática del pueblo. Tengo que confesar que un pobre, un hombre que pide limosna, un hombre que busca comida en el basurero me conmueve, me rebela ante el Señor: ¿por qué él está así y no yo? Esto me hace meditar y me exige ser profundamente humilde y me hace reconocer la cantidad de dones que me ha regalado el Señor... ¿Por qué esta persona no sabe leer, y sin embargo, a la vez, cuando habla lo hace con tanta profundidad? Todo esto me lleva a ver la presencia de Dios en nuestras comunidades analfabetas, sin cursos bíblicos, sin títulos de ninguna clase, pero con una profundidad de vida que me alimenta a mí personalmente.

También, la celebración de la misa con mi comunidad. Yo no celebro la misa todos los días. Hay que hacer muchas cosas con nuestros hermanos a lo largo de toda la semana. Sin embargo, celebro una misa el sábado y tres misas los domingos para distintas comunidades, y tengo que reconocer que la celebración de la palabra y la celebración eucarística son los puntos fuertes de mi vida en comunión con mi pueblo. Nuestras homilias son siempre un diálogo de toda la comunidad. Y escuchar la interpretación de cada uno de los hermanos de la comu-

nidad es un alimento para mi vida. La eucaristía ha cambiado de dimensión para mí. Aquella eucaristía estática del sagrario ha pasado a ser la eucaristía del pueblo de Dios que se alimenta del pan de vida que Jesús nos ofrecía allí junto al lago... Es una prolongación de aquella promesa de Jesucristo como pan de vida para nuestro pueblo. El pan de vida del éxodo, del desierto...

En fin, yo diría que mi espiritualidad estaría basada fundamentalmente en la religiosidad popular, vivida con mi pueblo, en la vida del pueblo que me hace reflexionar y que me hace ver a Dios presente en la miseria, en el hambre, en la rebeldía, en la lucha por superar todo esto... Y como momento más fuerte, la eucaristía con mi pueblo.

La religiosidad "individualista" pienso que ha disminuido en mí. Me considero un hombre profundamente religioso. Creo que ése ha sido un don muy grande que Dios me ha dado. Pero, quizá, dentro del activismo en que vivimos, mi religiosidad "individual" está limitada a ese contacto con el prójimo. Quizá tendrá que ser una etapa nueva de mi vida, o quizá será en el momento de la paz, cuando el pueblo triunfe y podamos dedicarnos a ello, o cuando los últimos años de mi vida pueda entregarme a una oración personal más detenida...

EL SALVADOR

* El 1'5 o/o de los propietarios poseen la mitad de las tierras cultivables.

* El 48'9 de las propiedades agrícolas de los pequeños campesinos ocupan el 4'8 o/o del territorio salvadoreño.

* EEUU gasta un millón y medio diario de dólares por día en la guerra de El Salvador.

* El obispo de San Miguel es coronel del ejército y capellán vitalicio del mismo: el obispo Álvarez.

* Las "catorce familias" son: Llach, De Sola, Hill, Dueñas, Regalado, Wright, Salaverria, García Prieto, Quiñónez, Guirola, Borja, Sol, Daglio y Meza Ayón.

(Fuente: SISAC, São Paulo 71 (diciembre 86) 9).

GUATEMALA

* El 89'56 o/o de las fincas (microfincas y fincas subfamiliares) solamente conforman el 16'53 o/o de la superficie, en tanto que el 2'25 o/o de las fincas (fincas multifamiliares y grandes) conforman el 64'51 o/o de la superficie (Datos proporcionados por la Conferencia Episcopal Guatemalteca en su carta pastoral "El clamor por la tierra" de febrero de 1988).

* La represión de los últimos años (1978-1985) costó la vida a 50-70.000 personas. (Boletín de la Coordinadora Regional Centroamericana Mons. Oscar Romero 8 (junio 87)4).

* El GAM plantea la urgencia de una comisión que investigue los 40.000 casos de desaparecidos (ibid.).

* El desempleo, según cifras recientes de la Secretaría de Planificación económica, estaría afectando a cerca del 47 o/o de la población económicamente activa (ibid.).

* La esposa de Vinicio Cerezo reconoció el 21 de abril de 1987 que 93 de cada 100 niños en el oriente del país padecen de algún grado de desnutrición (ibid.).

* El 41 o/o de la población que trabaja en la agricultura —Guatemala es un país eminentemente agrario— no tiene tierra (ibid.).

* De cada 100 niños que nacen en Guatemala, solamente 35 tienen el privilegio de cumplir 15 años. Según Amnistía Internacional, en los últimos 15 años ha ocurrido un asesinato político cada cinco horas (Eduardo Galeano en "Guatemala, un pueblo en lucha", Madrid 1183, libro de González-Campos).

* Desde 1954 han sido asesinados por las fuerzas gubernamentales 150.000 guatemaltecos y 53.000 desaparecidos. Como consecuencia de las campañas contrainsurgentes que el ejército ha realizado, desde 1978, se calcula entre 50.000 y 70.000 los muertos, en un millón los desplazados dentro de Guatemala y en otros 150.000 los refugiados en el exterior. Un obispo estima que el 98 o/o de todos los desplazados son indígenas. El ejército ha destruido 440 aldeas y ha dejado 100.000 niños huérfanos. El ejército ha creado 70 "aldeas modelo" (militarizadas) y ha reclutado 900.000 hombres y jóvenes, forzándolos a integrar las patrullas de "autodefensa" para controlar la población civil. Once veces, en cinco años, ha sido condenado el gobierno guatemalteco por las Naciones Unidas, Amnistía Internacional, Pax Christi y el Consejo Mundial de Iglesias, como violador de los Derechos Humanos. La ayuda militar del exterior —en armamentos o en hombres, asesores y técnicos— le viene a Guatemala de Estados Unidos, de Israel, de Taiwan, de Sudáfrica y de Europa (Austria, Holanda, Alemania Federal, Suiza, Bélgica). Guatemala re-exporta el 30 o/o de las armas suministradas por Israel a otros países centroamericanos aliados de EEUU. (Iglesia Guatemalteca en el Exilio).



7 PASTORAL CON ESPIRITU

AL SERVICIO DEL PUEBLO

Hablamos mucho de la Iglesia "popular", de organizaciones "populares", de compromiso con el "pueblo"... Por eso será bueno que nos clarifiquemos en torno a lo que entendemos por "pueblo". Los populistas y los dictadores también emplean mucho la palabra. El pueblo, en todo caso, es un grave inconveniente para todos, para las autoridades, para la Iglesia... Nuestro teólogo brasileño Gorgulho dice: "el pueblo es un misterio teológico"...

1. Quién es el pueblo.

El conflicto surge frecuentemente en altercados con cierta burguesía y con ciertos sectores de Iglesia que no acaban de entender la pastoral liberadora más comprometida. Dicen: "todos somos pueblo". Y no. Hay que distinguir.

Cultural, etnológica o geográficamente, todos sabemos lo que es un pueblo: el pueblo indígena, el pueblo quechua, o el pueblo de Brasil, etc. En este último entra incluso Sarney, el presidente.

Sociológica o socioeconómicamente, pueblo sería la clase trabajadora, o las clases trabajadoras (a muchos sociólogos ya no les gusta utilizar ese singular), ya sea del campo o de la ciudad. Con otras palabras: aquellos que viven de un salario "popular" (para no discutir si se trata de un salario mínimo o no mínimo). El general Figueiredo —el último de los dictadores militares— cuando un periodista le preguntó qué haría si tuviera que vivir de un salario mínimo, dijo: "me daría un tiro en el coco". El propio gobierno brasileño ha reconocido hace unos meses que el salario mínimo de una familia con dos hijos debería ser de unos 23.000 cruzados, y es de 4.000. Ahora mismo están en huelga los pilotos de aviación, que cobran unos 600.000 cruzados, mientras tan sólo en Brasil no llegan a ganar un salario mínimo.

Los productores son el pueblo, con una expresión más marxista.

Bíblicamente nosotros diríamos que pueblo son los "pobres de Yavé", aquellos que pretenden vivir como hermanos... Hay una serie

de expresiones en la Biblia que nos hablan de los pobres, de los pequeños... y que prácticamente definirían lo que se puede entender por pueblo.

Para el poder, para el dinero, para el mundo, pueblo son los que no tienen poder, los que no tienen vez ni voz, los explotados, los sin derechos, los que oficialmente no cuentan. En Centroamérica las grandes mayorías, frente a "las catorce familias", la oligarquía esa.

Pastoralmente... Me costó definirme a mí mismo lo que es el pueblo pastoralmente mirado. Porque pastoralmente hay que tener entrañas de misericordia, como Dios, un corazón ancho, y ahí ya no se puede definir fronteras según la economía, ni la sociología ni la política, ni siquiera según la Biblia muy exegéticamente considerada.

Pastoralmente, ¿quién sería pueblo? Aquél que no se excluye de la comunidad explotando a los otros, mintiendo —los políticos—, persiguiendo, queriendo ser más que los otros, negándose a compartir... Aquél que no se excluye de la comunidad, porque ni explota, ni miente, ni persigue, ni se niega a compartir, ése puede ser considerado pueblo pastoralmente.

Opción preferencial por los pobres se podría decir también: opción preferencial por el pueblo. Si hay un rico que no explota, que no miente, que no quiere ser más, que no persigue, que no se niega a compartir... ya es pueblo, porque habrá dejado de ser rico automáticamente, claro. (El que no explota no puede ser rico. El que de verdad comparte deja de ser rico. El que no miente, el que no es fraudulento... no puede ser rico). Zaqueo pudo ser muy bien "objeto pastoral" de Jesús, "pueblo" pastoralmente hablando, porque devolvió cuatro veces más de lo que había defraudado y dió la mitad a los pobres. Se quedó más pequeñito de lo que era (ahora se quedó pequeñito económicamente).

En vez de preguntar "¿quién es pueblo?" podríamos preguntar con otras palabras: ¿quién es pobre? (Cuando decimos pobre no decimos miserable).

O podríamos preguntar: ¿quién es pueblo de Dios? Porque quien pudiera ser incluido en ese "pastoralmente pueblo" para nosotros sería pueblo de Dios. Claro está, el pueblo de Dios es mucho mayor que la Iglesia. Sería una herejía espantosa el querer asimilar el pueblo de Dios a la Iglesia. La Iglesia es una porción de pueblo de Dios. La Iglesia es el pueblo de Dios consciente y explícitamente congregado en Jesucristo. Pero hay mucho pueblo de Dios esparcido por ahí, antes y después y al margen de Jesucristo; antes, durante, después y al margende la Iglesia y a pesar de la Iglesia.

2. El pueblo y sus legítimos aliados.

Ya sabemos que todos los que hemos pasado por un seminario o por una universidad no seríamos pueblo propiamente hablando. Por

lo que sabemos, por lo que podemos, por el respaldo que tenemos en la vida, porque de hecho ya nos hemos transformado en privilegiados... Ahora bien, como pueblo, pastoralmente hablando, sí que estamos incluidos ahí, y el papa y los obispos.

Entonces, nosotros, sin discutir si somos o no pueblo, sintiéndonos pueblo de Dios y también pueblo pastoralmente entendido ("pastoralmente" en activo y en pasivo) podemos y debemos ser legítimos aliados del pueblo, solidarios con el pueblo.

Recuerden que cuando se habla de opción fundamental por los pobres se suele olvidar la segunda parte: opción "solidaria" con los pobres. Yo creo que esa palabra, ahí, tiene una carga importante.

3. Mediaciones "populares".

Nos nos relacionamos con Dios directamente nunca, ni él con nosotros, mientras estemos del lado de acá serán necesarias las mediaciones sociales, políticas, económicas, etc., mediaciones que nunca pueden ser olvidadas cuando nos referimos al caminar del pueblo, a la pastoral popular, a la Iglesia popular.

Podríamos decir: la Iglesia popular es aquella que no se contenta con las mediaciones "clásicas", sino que echa mano de las mediaciones "populares". O sea, la Iglesia popular sería aquella que además de las mediaciones bíblicas, litúrgicas, catequéticas, etc. utiliza también las mediaciones sociales, políticas, culturales, estructurales, económicas... No bastan las mediaciones llamadas "espirituales" únicamente.

Piensen en las mediaciones que exige el afrontamiento del problema de las clases, problema al que la Iglesia tiene tanto miedo, problema que la Iglesia se resiste a ver, a mirar, porque después viene la lucha de clases... (Si hay algo que está claro en este mundo...).

Caridad y liberación: la caridad siempre debe ser liberadora, si está bien entendida. Pero de hecho, tras tantos siglos, en muchas partes de la Iglesia no se entiende que la caridad deba ser liberadora, y fácilmente puede ser "benefactora" paternalista, incluso antilibera-dora. Ahí influyen las mediaciones que se escojan, influye el que sean o no "populares".

Nos acusan de estar contra el progreso. Pero nosotros no estamos contra el progreso. No estamos a favor del pauperismo. Lo que pasa es que entendemos el desarrollo de otro modo. Desde otra perspectiva. Desde los pobres. Con otras mediaciones. Con las mediaciones "populares". Porque "progreso", igual que la palabra "democracia", puede ser una palabra prostituida. Problema también de mediaciones, pues. Mediaciones populares.

4. El populismo.

En Brasil se ha insistido mucho en el problema del populismo. En toda América Latina se ha detectado la lacra del populismo. En todos nuestros países ha habido grandes populistas.

También en pastoral podemos caer en un cierto tipo de populismo, o como decimos en Brasil, de "basismo": todo lo que dice la base, todo lo que reclama la base es bueno...

No hay que canonizar al pueblo. Incluso hay que saber decepcionar al pueblo a veces. Hay que saber decepcionar al pueblo en sus deseos injustos, en sus aspiraciones ciegas. A mí siempre me ha impresionado mucho ver cómo Jesús decepcionó al pueblo. A lo largo de su vida el pueblo se le fue apartando, porque él no le daba lo que el pueblo quería. Eso no lo podemos olvidar.

Iglesia popular al servicio de las mayorías... pero sin canonizar al pueblo. Por el pueblo mismo, y por el evangelio, habremos de saber "decepcionarlo", a veces. Así como debemos saber contestar a la Iglesia por amor a la Iglesia, por amor al pueblo a veces debemos saber contestar al pueblo. Yo creo que ahí hay una contribución importantísima de los cristianos revolucionarios al proceso de la revolución y a la victoria de la revolución. En Nicaragua, por ejemplo, lo siente eso la Iglesia popular de Nicaragua. Los agentes de pastoral sienten que ya sea a veces con el Frente directamente, o ya sea directamente con el pueblo más sandinista, o con el pueblo en general, se ven obligados a ser críticos, "decepcionantes" a veces... Yo creo que ése es un trabajo y una misión bien delicada, que nosotros debemos prestar. Con simplicidad, claro; no vamos ahora a erigirnos en "decepcionadores" profesionales del pueblo, en "mal genio" pastoral. Se puede hacer las cosas con cariño. Porque si no, en vez de decepcionar evangélicamente al pueblo podríamos escandalizarlo antievangélicamente. Y Jesús decía: cuidado con ser piedras de escándalo "para los pequeños". (No dice: cuidado con ser escándalo para los grandes).

5. Masa, pueblo, comunidades.

Los sociólogos con más sensibilidad religiosa o con mayor formación teológica, o incluso los teólogos de la liberación, el propio Gustavo Gutiérrez, de unos años para acá insisten mucho en el peligro de que insistiendo en el pueblo, el pueblo, el pueblo... olvidemos a la masa. Porque a veces entendemos demasiado el pueblo como pueblo organizado, consciente, elitizado... y acabamos olvidando a la muchedumbre, a la inmensa mayoría, aquella mayoría de la que Jesús sentía compasión.

La historia de América Central acaba siendo la historia de un juego de muerte de sucesivos imperios, sucesivas oligarquías al servicio de esos imperios, y siempre las inmensas mayorías nacionales, impedidas, sometidas, prohibidas, manejadas, manipuladas...

Los agentes o animadores han de estar al servicio de la comunidad. Las comunidades han de estar al servicio del pueblo. Y el pueblo debería estar al servicio de la masa, de la inmensa mayoría. Que haya esa preocupación. Porque podríamos caer en elitismos. Podríamos

excluir. Y si por una táctica o estrategia de militancia política más o menos vanguardista o eficacista algunos se pueden permitir un cierto elitismo de urgencia, nosotros como cristianos no nos lo podemos permitir. Hemos de mirar mucho más cómo conjugamos eso. Sin olvidar que si no tratamos de hacer pueblo tampoco prestamos ningún servicio a la masa, y si no pensamos en hacer comunidad no le prestamos ningún servicio al pueblo. Lo que digo es que hay que saber jugar esos términos.

El problema de la vanguardia ya ha sido superado en América Latina, al menos teóricamente. Todos sabemos que en los procesos revolucionarios de Nicaragua, Guatemala, El Salvador, los grandes momentos dramáticos, momentos a veces hasta de muerte, se han debido a un vanguardismo mayor o menor, o por entender el modo de relación vanguardia/pueblo de un modo o de otro. Es muy importante que nosotros tengamos eso pastoralmente claro.

6. Rupturas, paternalismos, desarrollismos.

Dentro de esa actitud frente al pueblo, de decepcionarlo o de no canonizarlo, hemos de saber conjugar el sumo respeto al pueblo con una especie de pastoral de rupturas. Una actitud pastoral que provoca rupturas. A veces debemos saber sacudir al pueblo. Jesús sacudía al pueblo, se arrancaba del pueblo, le exigía, le soltaba algo difícil de digerir... Debemos saber acertar con el momento oportuno en esa pastoral de las rupturas.

Todo esto nos lleva a actuar sin paternalismos. También aquí es bueno ser equilibrado, no caer en extremismos. A veces, los que son sólo políticos condenan toda pastoral como paternalista, por definición. Yo incluso ni siquiera rechazo la limosna. Pienso que ahí también vale la palabra de Jesús: pobres siempre los tendrán con ustedes. El gesto de ayuda siempre será necesario. Las estructuras no lo van a resolver todo. Entonces, nada de paternalismos, pero tampoco tengamos miedo a la ayuda de limosna que sea necesaria, con todo el sentido crítico que hace al caso, claro está. Recuerden el derroche de la Magdalena.

Sin desarrollismos. Nosotros no estamos contra el progreso, hemos dicho, pero sí que estamos contra el desarrollismo. Y contra los reformismos. Esa debería ser una contribución específica de los cristianos revolucionarios en Centroamérica: "no a los reformismos". (Vean que el mismo proyecto de Esquipulas puede prestarse a ser una bandeja de reformismos... No vayamos a caer en una democracia cristiana o en una socialdemocracia, o en una especie de revolución aguada... ¡Cuidado!). Sin reformismos. Ahí debemos ser lúcidamente radicales. Eso no quita, claro está, ni la estrategia ni la táctica. Un gesto táctico no es de ningún modo reformista; es simplemente un gesto oportuno, que es diferente.

Nadie libera a nadie: nos liberamos, ayudamos a que otros se liberen, nos ayudan a liberarnos, etc. Nadie de nosotros va a ser el

cireneo del pueblo, en ese sentido. Nosotros no somos capaces de descargarle la cruz al pueblo. Si él no la sacude, no hay modo. Podemos ayudarle a que él la vea, la juzgue a la luz de la política, de la fe, y se vaya uniendo para descargársela.

Preguntémonos a continuación cómo caminar en medio del pueblo, cómo aproximarse lo más posible al pueblo, cómo "popularizarnos", cómo hacer popular nuestra vida...

7. Descubrir el pueblo.

Muchos pastores todavía no lo han descubierto. O, cuando mucho, han descubierto, por ejemplo, "el pueblo de Panamá", un pueblo en el que dicen que entra Noriega y los yanquis y todo. Pero eso ya sabemos que no es el "pueblo", sino la población de Panamá.

Para descubrir al pueblo hay que aproximarse a él. Ser prójimo próximo del pueblo. Ese prójimo colectivo que quizá sólo podemos ver y asumir y sólo podemos ser asumidos por él si lo asumimos así, como prójimo colectivo.

Bien sabemos que el enemigo no tiene ningún inconveniente en que veamos a los pobres así, individualmente. Lo que no quieren es que los miremos, que los descubramos como colectivamente pobres (y mucho menos como dialécticamente pobres o "empobrecidos"), ni como sistemática y estructuralmente pobres. Aproximarse pues al pueblo, escucharlo... para descubrirlo.

"Si oyéreis la voz de Dios"... Podríamos decir también: "si oyéreis la voz del pueblo"... Si oyeres la voz del pueblo, que no te suceda a ti como a tus padres en la fe, a los pastores a los que tanto críticas, que no pase como en Meribá en el desierto... Y ésta es una hora de gracia para que nosotros escuchemos la voz del pueblo.

8. Respetar al pueblo.

Respetarlo en su ser: el pueblo es el pueblo y es ese pueblo. Lo cual exige también respetarlo en su ritmo. A eso nos han enseñado mucho los indigenistas, cuando nos hablan del ritmo cultural de los pueblos indígenas. Yo creo que nosotros debemos hacer la aplicación al pueblo. Nosotros, por intelectualistas (y porque no tenemos otra cosa que hacer, porque nos dedicamos a hacer pastoral, que en un noventa por ciento es hacer reuniones) vamos a un ritmo que no es el del pueblo. Este tiene su ritmo, por las incidencias vitales, por la familia, por el trabajo, por la situación económica, por la dependencia...

Respetarlo también en sus urgencias. Por ejemplo en Brasil, en la situación económica, con la falta de empleo (y estoy pensando también por ejemplo en Guatemala, en San Salvador, en todas las capitales, en México ciudad...) ha habido una queja de los agentes de pastoral: de repente parece que el pueblo no quiere nada, no está con nada o, como dirían en España, "pasa de todo". Y lo que le pasa es simple-

mente que está viviendo la urgencia de la sobrevivencia. Y cuando se vive esa urgencia no se está como para organización, no hay mucho tiempo para encuentros pastorales, para planificaciones, etc. En esos momentos se trata solamente de sobrevivir. No podemos olvidar que el pueblo con frecuencia se encuentra en situaciones de emergencia y de sobrevivencia que nosotros debemos saber respetar.

9. Valorar al pueblo.

El pueblo es un valor histórico, teológico, evangélico. El pueblo es valor de futuro, de utopía. Y esto no lo decimos por populismo, por fórmula hecha. Si nosotros creemos que Dios ha optado por la mayoría pobre, será porque ahí hay valor. El ha dejado valor ahí, en esa mayoría. Su Espíritu está ahí. El ha optado, ha escogido. Está ahí. El pueblo, en ese sentido, es un sacramento de Dios. Un sacramento también colectivo, histórico.

10. Creer en el pueblo.

"Cuando el pobre crea en el pobre"... Nosotros se lo exigimos a la gente del pueblo que no cree en sus compañeros. Pero nosotros, ¡con cuánta frecuencia nos quedamos decepcionados y perdemos la fe en el pueblo! No lo decimos, pero en la práctica aquel entusiasmo primero se nos va. Un gran testimonio de un agente de pastoral es el ir creciendo en edad sin disminuir en fe y entusiasmo por el pueblo. No estoy diciendo que no suframos decepciones. Las sufrió el mismo Jesús.

11. Dar espacio al pueblo.

Permitir que el pueblo ocupe espacio. Para que eso que cacareamos sea realidad: que el pueblo sea sujeto de su historia. Esta frase a veces ya suena a retórica del siglo XIX. Que el pueblo sea sujeto de su historia, y que también el pueblo de Dios sea sujeto de su historia. Por eso: que el pueblo conquiste ese espacio. (No es que se lo vayamos a dar nosotros).

12. Estar con el pueblo.

Cerca del pueblo. Físicamente cerca del pueblo. El hecho de que mi casita en São Félix do Araguaia esté en medio del pueblo y sea una casa como la del pueblo... es algo que nos facilita automáticamente... Los teólogos de la liberación han dicho cómo el "lugar" hace buena parte de la persona. El lugar define en buena medida la opción. Es el "lugar social". Pero yo insisto: no sólo el lugar social, sino también el lugar material, físico. Si un agente de pastoral está en la montaña de Guatemala o en la zona liberada de El Salvador o en un barrio

marginado de Panamá... por estar físicamente presente en ese lugar tiene muchas más posibilidades de optar por el pueblo de verdad y sin retóricas.

Todos los "palacios" episcopales, además de dejar de ser palacios o conventazos, deberían trasladarse geográfica y socialmente.

13. Vivir como el pueblo.

Esto ya parece un chile, un chiste. La mayor parte de los agentes de pastoral no vivimos como el pueblo: por nuestras posibilidades, nuestra economía, nuestras relaciones... A veces, en algunos lugares, hasta los más pequeñitos de la Iglesia de los pobres reciben de vez en cuando una bendición de san "marcos de Alemania"...

Deberíamos hacer un esfuerzo. Ir encarnándose en la cultura del pueblo (que es algo que va para largo), en su pobreza, en su hospitalidad. Aunque perdamos tiempo, podemos ganar pueblo. Pero cada uno es cada uno: no vayamos a apostar ahora por aquellas ascéticas sufridoras, martirizantes...

14. Encarnarnos en la religiosidad popular.

Los teóricos de Brasil ya no aceptan la palabra "religiosidad" popular: hay que decir "religión" popular, porque no es que la nuestra sea religión y la de ellos sea simplemente "religiosidad" popular...

15. Perder status.

Hay que salir de ciertas estructuras e irse cada vez más para el margen, para la periferia. Marginalizarse también. Perder status, consideración. Ese perder status nos da también más libertad y mayor comunicación. La Iglesia debe perder cada vez más status. Los enemigos tienen razón en sus críticas al Vaticano y a las curias... No hay duda de que si el Vaticano perdiera status ganaría evangelicidad, testimonio, posibilidades de ecumenismo... Recuerden aquella palabra de Hélder Câmara cuando les decía en el Vaticano que el papa debiera salir de allí, y cuando le respondieron que era por motivo de seguridad...

16. Tomar partido por el pueblo.

Creo que todo o casi todo de lo que hemos dicho hasta ahora sería aceptado incluso por muchos espiritualistas sinceros, por una sincera actitud de ascética evangélica, de compasión... Ahora bien, esto de tomar partido por el pueblo no sé ya hasta qué punto lo aceptarían.

Tomar partido por el pueblo significa pasarse políticamente al lado del pueblo. Políticamente, sí.

Un santo antiguo decía que el verdadero Dios es el Dios de los adverbios, porque los adverbios son los que ponen las cosas en su punto. Sí, porque se trata de pasarse "políticamente" al pueblo. Ahí la miga está en el adverbio.

Es decir: tomar partido no solamente por los dolores del pueblo, sino también por la causa del pueblo. Por las luchas del pueblo, por las organizaciones del pueblo, por los procesos del pueblo. Y los cristianos centroamericanos son maestros en esto. Muchos cristianos centroamericanos pasan lo que pasan y están donde están precisamente porque han tomado partido por el pueblo, por su causa, por sus luchas, por sus organizaciones, por su proceso.

Vamos a soñar que la Iglesia latinoamericana, en una próxima conferencia general de ésas, con ocasión por ejemplo de los quinientos años, dijese: "la Iglesia de Jesucristo en América Latina opta por los pobres y por sus procesos". Ya podríamos rasgar todo lo que se ha escrito desde el apocalipsis hasta aquí. Bastaría con que nos quedáramos con el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y ese último documento: "la Iglesia en América Latina opta por el pueblo, por los pobres y sus procesos".

17. El Reino se realiza en los procesos de los pueblos.

Yo tuve una pequeña revelación. Tuve como un pequeño descubrimiento, de algo que es evidentísimo: "el Reino se realiza, acontece en los procesos personales de cada uno de nosotros y en los procesos históricos de los pueblos". Claro, estamos hartos de decir "el Reino acontece ya". Pero lo decimos así, de un modo genérico...

¿Qué es el Reino? El Reino es el gran proceso de Dios. Un proceso que viene desde la Trinidad. La Trinidad es el proceso interno de Dios. El Reino sería como su proceso "ad extra", su proceso hacia afuera. Dios como saliéndose de sí mismo: eso es el Reino. Y los procesos personales y los procesos históricos son la realización concreta del Reino de Dios. Claro, siempre que esos procesos respondan a las exigencias del Reino. (Una transnacional también dirá que tiene sus procesos de ventas y de lucros. Esos son los procesos del diablo, del otro reino, del anti-Reino).

Optar pues por el pueblo, tomando partido por el pueblo, por sus causas, sus organizaciones, sus procesos históricos y, consiguientemente, rompiendo con los enemigos del pueblo. Hay que romper con las estructuras de iniquidad, de opresión. Necesariamente habré de romper con el imperio, habré de romper con la oligarquía, con el privilegio... Porque, fijémonos bien: hemos dicho que las cruces del pueblo tienen causas y que hay personas que son causantes de las cruces del pueblo. Sabemos que esas personas concretas opresoras causantes de la cruz y de la muerte de nuestros pueblos, viven aglutinadas,

tienen también sus agrupaciones, tienen su Causa, sus procesos... Entonces, automáticamente, si tomamos partido por el pueblo y sus procesos nos volvemos enemigos de los procesos enemigos del pueblo, nos volvemos enemigos de los enemigos del pueblo. Habremos de romper con ellos.

Un cura, un agente de pastoral, ¿podría estar a bien con todos? En portugués brasileño se dice: "ni Dios agrada a todos".

18. ¿Optar por un partido concretamente?

Yo digo: ¿y por qué no? Cuando llegue el momento oportuno. Cada uno que lo vea y lo discuta y lo aplique. Las mediaciones valen en la medida en que son mediaciones, en la medida en que sirven a la Causa. Si realmente sirven a la Causa del Reino, si no niegan valores fundamentales, valen.

Ahora bien, debemos ser críticos y lúcidos siempre. A veces, optar un poco precipitadamente por un partido o por una organización cuando uno ya es agente de pastoral estructuralmente visible (un obispo, un cura) podría posibilitar divisiones internas o crear desconfianzas. Podría. Ahí debemos ser lúcidos. El equipo y la comunidad deberán ayudarnos a discernir. Pero por otra parte me parece que bastantes de ustedes centroamericanos, en las situaciones concretas de América Central, han de optar también por un partido, quizá también por una organización.

19. Contribuir específicamente en el servicio del pueblo.

Aquí vale también el adverbio: "específicamente". Debemos contribuir específicamente con nuestro propio "capital" (si la palabra no es muy blasfema), con nuestro propio capital de evangelio, de la fe cristiana, de teología, de pastoral. Nosotros debemos aportar esa contribución específica, y ahí no podemos pecar de excesiva humildad o de un respeto excesivo al pueblo. No. Tenemos una contribución específica que dar al pueblo, y se la damos. Los comandantes que están ahí por la montaña no pueden dar esa nuestra contribución específica. Y una monjita sí puede darla. Y debe darla. Cada uno tiene su contribución específica que aportar, y debe aportarla. Aquí deberíamos recordar que en la revolución hay que valorar mucho los carismas, tanto institucionales como personales. Un buen carisma de consolación, o de coraje, o de astucia... Si tengo la fe (o la fe me tiene a mí), si sé el evangelio, o si sé teología, o si sé escribir, o si tengo una ciencia sociológica... son carismas inestimables llamados a aportar al proceso de Dios que está en curso en estos procesos populares...

Cuando se habla de esta contribución específica yo suelo citar una palabra del P. Congar. El decía: la Iglesia es la conciencia de la humanidad. Yo digo: no, eso es demasiado. Porque hay mucha conciencia fuera de la Iglesia. Esa posición del P. Congar es demasiado

eclesiástica, eclesiocéntrica. Sí se podría decir que la Iglesia (ecuménicamente entendida) es la conciencia evangélica de la humanidad; eso sí. Y ahí cabría decir que la Iglesia popular debe ser la conciencia evangélica de la revolución. No es que no haya mucha conciencia en la revolución. Pero nosotros aportamos la contribución específica de la conciencia evangélica en la revolución.

Recuerden el tema de la crítica y de la autocritica. Se refiere a eso: ser esa conciencia evangélica en la revolución. Ser una presencia de evangelio, una alianza sincera, a veces ser una suplencia. Cuando el pueblo no pueda hacer algo que normalmente debiera hacer, nosotros podemos hacer suplencia también. Pero, ¡cuidado!: no invadamos espacios antes de hora, o más allá de la cuenta, o por más tiempo del necesario. La suplencia debiera ser siempre una suplencia sabia, discernida, oportuna, y siempre —por definición— provisional.

Debemos ser un testimonio coherente en medio del pueblo. Al pueblo la coherencia le llega, le toca, le convence. El pueblo nos conoce por dentro. Sabe nuestros días y nuestras noches. Debemos dar un testimonio coherente

Ser una profecía en esperanza. Debemos ser una especie de presencia profética que lleva siempre consigo la esperanza. Una especie de utopía pascual andando. Que derramemos profecía y esperanza a nuestro alrededor. Y seamos también muy celebrativos. Seamos una constante celebración en medio del pueblo.

Y un punto más sobre esta contribución específica: Leonardo Boff ha recordado insistentemente que necesitamos santos políticos. Una santidad "política". Debería ser un rasgo de la Iglesia popular, sobre todo en América Central. Que inevitablemente será una santidad que vive ese compromiso con el pueblo tomando partido incluso por los procesos del pueblo...

20. Actitudes a tomar ante el pueblo, en medio del pueblo, por parte de los que ya no podemos ser pueblo:

a) Actitud de fe, de entrega, de ascética, de servicio, de servicialidad, de disponibilidad. Que el pueblo se me pueda ir comiendo. Estamos ahí para eso. Una actitud de oración, de gratuidad, de conversión... Todo eso será una actitud evangélica. Progresivamente, irme convirtiendo al pueblo. Irme "popularizando".

b) Una actitud pastoral. Andar en medio del pueblo con una actitud pastoral, con una actitud de disponibilidad pastoral, con un gesto pastoral. Igual que un buen político o un guerrillero anda en medio del pueblo con una actitud política, guerrillera, militante, de vanguardia. Aun en los momentos más fregados, más monótonos. Para no perder la hora de Dios, la hora del Reino.

c) Una actitud metodológica, pedagógica, política... Nuestro problema más frecuente es "cómo" hacer con el pueblo, no "qué" hacer.

PASTORAL AL SERVICIO DEL REINO

la palabra "pastoral"

Pensándolo bien, se podría decir que, en sentido estricto, la palabra "pastoral" estaría como fuera de lugar. "Pastoral", "pastor"... Donde no hay borregos no hay pastores. De todas formas la palabra está ahí, y no vamos a intentar suprimirla. Pero sí hay que suprimir toda actitud "pastoral" de quien se considere a sí mismo "pastor" a base de considerar a los demás —un poco al menos, y de una forma u otra— como "borregos"...

un servicio al Reino

La pastoral no es un servicio narcisista a la Iglesia. Propiamente la pastoral no es un servicio "a la Iglesia", como un fin en sí misma. No siempre está claro esto para todos. Pero debe estarlo: la pastoral es un servicio de la Iglesia al Reino. El objetivo es el Reino, siempre; la Iglesia es el medio, el ámbito, la plataforma.

No cualquier servicio al Reino sería pastoral. En primer lugar, porque hay muchos servicios al Reino que se hacen desde fuera de la Iglesia, por parte de quienes no están en la Iglesia. Y, en segundo lugar, porque no todos los servicios que la Iglesia hace y debe hacer al Reino pueden ser catalogados dentro de lo que habitualmente llamamos "pastoral", aunque bien se les podría clasificar también así en un sentido más amplio.

Lo que llamamos pastoral es un servicio de la Iglesia al Reino. Es un servicio "al Reino"; esto no hay que perderlo de vista. Aunque es un servicio "de la Iglesia": desde la Iglesia, a través de la Iglesia, a través de su propio proceso, que no nos interesa por sí mismo, que nos interesa en cuanto medio para servir mejor al gran proceso del Reino, para acogerlo, para anunciarlo, construirlo, esperarlo...

En última instancia la pastoral sería promover el Reino eclesialmente, dentro o desde la plataforma de la eclesialidad. Todo ello sin mayor definición de fronteras estrictas, con una única condición imprescindible y un único criterio para medir su valor: el servicio al Reino.

ubicada y política

Las pastoral ha de ser necesariamente inculturada y ubicada, y por eso mismo será necesariamente política. Una pastoral que no sea política no podrá ser "pastoral": no estará encarnada ni podrá servir integralmente al hombre entero, que siempre es necesariamente político.

No debemos tener miedo a ese aspecto de la pastoral. El problema no es que la pastoral sea política, sino a qué política sirve la pastoral. Una pastoral verdaderamente evangélica ha de estar al servicio de la política del Reino, tal como lo estuvo la "pastoral" de Jesús: anunciando la buena noticia a los pobres, la liberación a los cautivos, la alegría a los tristes, la salud a los enfermos...

servicio a los procesos personales

No podemos olvidar que la pastoral es —también, no "solamente"— un servicio a los procesos personales. La pastoral no es sólo un servicio a los procesos colectivos, históricos, de los pueblos... sino también un servicio a los procesos personales de conversión y de santificación, que son procesos a través de los cuales ocurre el gran proceso mayor del Reino. El objetivo fundamental de la pastoral de los procesos personales es ése precisamente: hacerlos portadores del gran Proceso del Reino. Si no tendiera a ello esa pastoral ya no sería "cristiana".

el modelo de Iglesia

Detrás de toda pastoral hay siempre un modelo de Iglesia. Y para que una pastoral sea lúcida, sus agentes han de preguntarse qué modelo de Iglesia tienen en su cabeza: ¿una Iglesia frente al mundo, junto al mundo, al margen del mundo, contra el mundo, paralela al mundo, dentro del mundo, sobre el mundo, sirviendo al mundo...?

toda la acción de la Iglesia

Es importante evitar las dicotomías en lo que se refiere a la pastoral: por una parte iría la liturgia, por otra la pastoral (catequesis de todo tipo), por otro lado la acción social... No.

Toda acción de la Iglesia, toda la vida de la Iglesia, es pastoral. Hasta las piedras del templo son pastorales, o las piedras del palacio episcopal... Hacer más sencilla la casa de monseñor es una acción pastoral. De ahí la preocupación que debiéramos tener siempre por que toda nuestra vida y nuestra acción fuesen "pastorales", testimoniantes.

utilizar las mediaciones

Debemos saber desenvolvernos en los procesos del pueblo, en su situación. Si una pastoral se organiza al margen de las mediaciones

sociales, políticas, económicas... será una pastoral fuera de lugar. Puede llegar a ser una contrapastoral o una antipastoral (en dirección contraria al pueblo, y contra el Reino). Debemos saber desenvolvernos en medio de todas esas mediaciones.

Esto es muy importante. Hay muchas diócesis por ahí que hacen muchísima pastoral... y "corren bien, pero fuera de camino". No utilizan todas las mediaciones que deberían utilizar.

aproximarnos al pueblo

Yo digo siempre que los que hemos pasado por la universidad o por un seminario ya dejamos de ser pueblo. Despidámonos: ya no nos es posible ser pueblo. Por lo que hemos estudiado, por lo que hemos viajado, hasta por lo que hemos comido simplemente... Ya no somos pueblo. Que seamos al menos pueblo de Dios...

Pero en todo caso lo que debemos hacer es aproximarse lo más posible al pueblo. Y ahí pienso yo que es muy importante ubicarnos lo más cerca del pueblo, en medio del pueblo, incluso en nuestra vivienda y en nuestro modo de vivir.

Para nosotros, en São Félix do Araguaia, ha sido muy bueno el hecho de vivir en una casa bien sencilla, en medio del pueblo, en una casa bien abierta. Yo ni siquiera tengo puerta en mi cuarto.

Los teólogos de la liberación insisten en que el "lugar social" le hace a uno, le configura en gran parte. Claro que en última instancia yo voy a ser lo que quiera ser, lo que sea capaz de responder. Pero el lugar social me condiciona, y me posibilita. Y ese lugar social debe mostrarse, vivirse, concretarse en detalles.

Me parece pues importantísimo aproximarse al pueblo lo más posible: dónde se vive, en qué tipo de vivienda, cómo se viaja, lo que se viste uno, lo que come, qué tipo de relaciones se tienen... Yo he dicho más de una vez que alguien que meriende una vez por semana en casa de un burgués no puede hacer la "opción preferencial por los pobres"... ¿Se entiende lo que quiero decir, no? Si uno —más o menos preferencialmente— convive con la burguesía, con el privilegio... no encontrará modo de vivir coherentemente con el pueblo y de optar por él. No es posible.

Y en nuestra vida diaria debemos escuchar al pueblo, y respetarlo en su ritmo, en sus posibilidades, en sus limitaciones también. Y poner nuestra pastoral al servicio del pueblo, al servicio de esa gran mayoría, tratando de facilitarle su organización en el proceso mayor del pueblo, desde nuestra misión y desde nuestras posibilidades de Iglesia.

Y todo esto debe llevarnos a tomar partido por el pueblo, con la necesaria actitud crítica de siempre. Debemos entrar nosotros mismos en el proceso del pueblo. No olvidemos que optamos por los pobres, por esos pobres a los que reconocemos como empobrecidos. Y optamos por ellos que ya están en un proceso de liberación, o para que en-

tren en él, para que posibiliten a otros pobres u otros compañeros suyos el entrar en ese proceso.

En ese sentido digo yo que la verdadera pastoral necesariamente es política, al servicio del Reino, en el proceso mayor del Reino...

qué hacer en casos difíciles

Si estamos en una Iglesia particular que no ha hecho la opción por los pobres, en una Iglesia que no entra de lleno en el proceso de la opción por los pobres, si el obispo concretamente es contrario a una pastoral que a nosotros nos parece la única pastoral evangélicamente correcta en un momento y en un lugar determinados, ¿qué hacemos?

En primer lugar debemos recordar la jerarquía de valores: el Reino vale más que la Iglesia, porque el Reino es el fin, y la Iglesia es uno de los medios, aunque un medio muy especial para nosotros. Ante todo y sobre todo debo mirar al Reino, como opción mayor.

Pero yo sirvo al Reino en la Iglesia, dentro de la Iglesia, como Iglesia, y en una Iglesia particular. Y en principio debemos quedarnos ahí. Es demasiado fácil para algunos agentes de pastoral el salirse de ahí cuando hay dificultades. Pero puede ser poco evangélico. El pueblo se queda siempre...

Ahora bien, nos quedaremos ahí haciendo "oposición sindical". Hacemos oposición al obispo o al superior provincial, a la cúpula. Una buena y leal oposición al servicio de la Opción que creemos nosotros más correcta en una pastoral ubicada y comprometida verdaderamente al servicio del Reino.

Nunca hay que pretender ser Iglesia paralela. Es evidente que no. Pero me parece a mí que si tenemos conciencia clara de Iglesia, y si nos sentimos adultos en la Iglesia y con la suficiente libertad de los hijos de Dios, creo que muchas veces podemos y debemos hacer y organizar acciones, aunque ello les vaya a parecer a algunos paralelismo. No tengamos miedo. Para bien del Reino, para bien de la propia Iglesia local, y hasta para bien del propio obispo o del propio superior mayor. (Cuando el obispo o el superior muera, el Señor le dirá: "mira, no por tus méritos, no, sino por los méritos de tus agentes de pastoral 'rebeldes', entra, pasa, que ellos hicieron a pesar tuyo lo que tú no hiciste ni querías dejar hacer...". Y ahí el obispo, o el superior, se lo agradecerá a ustedes).

En este particular debemos tener un poco más de libertad de espíritu. Somos adultos, y si somos adultos en la fe debemos serlo también en la pastoral. Y la pastoral propiamente sólo se ejerce eclesial y hasta eclesiásticamente. Pero no sólo el obispo o el cura es eclesiástico: todos los bautizados somos eclesiásticos. Claro, todo esto tiene sus problemas, y sus matices, pero me parece que, en principio, desde el bautismo como principio, es válido.

pastoral de frontera

En Nicaragua y en otras varias partes he hablado yo de la "pastoral de frontera". Me refería a las varias fronteras que existen en Centroamérica. Allá, en Nicaragua, evidentemente, está incluso la frontera geo-militar, diríamos. La muchachada que está en la frontera, los campesinos que viven en la frontera, las madres que en la frontera visitan a sus hijos, a sus hermanos, a sus novios... Gracias a Dios hay algunos sacerdotes y religiosas que hacen esa pastoral de la frontera. Y es una pastoral "bastante fregada", como se dice allí, porque se exponerse diariamente a lo que venga. Además, con frecuencia, se trata de una pastoral bastante incomprendida por parte de los obispos.

Hay otra frontera muy importante, como sociocultural, la **frontera ideológica**. Al embajador de Estados Unidos en Guatemala le espantaba ver a marxistas y cristianos juntos en Nicaragua... Yo creo que nosotros, los cristianos, debemos adorar a aquel Dios que es Padre tanto de los cristianos como de los marxistas; a aquel Dios que envía su Espíritu —"Pater pauperum", padre de los pobres— a los marxistas, a los cristianos, a todos los que luchan con los pobres; a aquel Dios que tiene un plan, un programa, un proceso que se llama Reino en términos bíblico-cristianos, y que quiere que entren todos en ese proceso. Nosotros, los cristianos, entramos en ese proceso a la luz de la fe, claro, y gracias a Dios. Ellos, los marxistas, entran en ese proceso a la luz del marxismo quizá, a la luz de su conciencia humana, de su responsabilidad histórica.

Ahí hay una frontera, la frontera de la revolución, frontera sociocultural e ideológica, de la que nadie se puede evadir. La Iglesia tampoco. Lo sepa la Iglesia o no lo sepa, lo quiera la Iglesia o no lo quiera, yo les juro a ustedes por mi cabeza que gran parte del proceso latinoamericano —que no sé exactamente cómo se dará— será por la fuerza del marxismo. Ya fue. Ya es. Y será. ¿Qué va a hacer la Iglesia? ¿Retirarse? No. Que se haga presente ahí en esa frontera de un modo lúcido, y crítico, evidentemente.

Para la práctica de la solidaridad, para la caridad, el marxismo nos entregó un capítulo que no está en los evangelios: el análisis de la realidad. No está en el evangelio. No podía ni debía estar. En la doctrina social de la Iglesia sí que hay análisis de la realidad, y, precisamente, tomado en parte del marxismo.

Cuando salió el primer documento contra la teología de la Liberación hubo estudios en América Latina y en Europa que demostraron cómo ese documento que parece tan reticente y hasta en algunos aspectos reaccionario, utiliza categorías marxistas, porque no hay modo de no utilizarlas. Si no se quiere hablar de lucha de clases se hablará de conflicto de clases. Lo mismo me da. Acabaremos hablando de "malentendidos de clases"... Pues eso; no importan los nombres. Lo que importa es que hablemos de la realidad, sin negarla.

Pienso en otra frontera: la de la **juventud latinoamericana**. Estoy recordando la experiencia de la insurrección evangélica, con el

ayuno del padre Miguel D'Escoto. Muchos jóvenes nicaragüenses me dijeron entonces: "ya podemos ser cristianos otra vez, podemos creer otra vez en la Iglesia..." Y de cuántos jóvenes sé que por un testimonio, por una lectura, por un gesto, han recobrado la fe, vuelven a creer también en la Iglesia. Debemos estar particularmente atentos a esa pastoral de frontera que es la juventud latinoamericana.

Y es que en el proceso que vive Centroamérica, todo es frontera. Si continuamos con una pastoral tradicional, si continuamos sólo sacramentalizado o dando bendiciones, o repitiendo textos catequéticos que fueron muy buenos —en su tiempo y en su lugar—, si no nos sentimos provocados constantemente por Centroamérica para revisar, para renovar, para recrear nuestra pastoral centroamericana, estaríamos ignorando esa frontera que Centroamérica es.

He dicho varias veces, y de momento nadie me lo ha negado (aunque me gustaría que quien me lo negara lo hiciese con datos o con razones) que pienso que en Nicaragua es el punto crítico de Centroamérica hoy. Es como el cráter del volcán, en todos los sentidos. Yo pienso que Nicaragua es el país más importante del mundo. Y no lo digo por metáfora. Lo digo con todo realismo. Por ser el país más crucial.

En Nicaragua se da una experiencia de revolución, pero de una revolución en mucha medida autóctona, original —hay que reconocerlo—, "sandinista". Aunque sea "también" marxista, es ante todo "sandinista". En un sentido muy latinoamericano. Decía muy bien el Vicepresidente de Nicaragua: "nosotros no queremos otra Cuba", contestando a la acusación que el Imperio viene haciendo; "lo que queremos es otra Nicaragua, una Nueva Nicaragua". Y eso es lo que el Imperio intenta, tiene necesidad de impedir, lo que no parece dispuesto a tolerar. Que hubiese otra Cuba, o hasta otra Rusia... Pero que haya otra Nicaragua, con una revolución que además de ser originalmente sandinista y también marxista, sea cristiana... eso sí que no. Al embajador de Estados Unidos en Guatemala le escandaliza, le espanta, le aterroriza. Fidel Castro, por su parte, nos comentaba, entre asustado y admirado: "ustedes, su Iglesia, la teología de la liberación, ese compromiso suyo con el pueblo de América Latina..."

Toda esa frontera nosotros debíamos reconocerla con toda lucidez y asumirla con todo coraje.

Por eso yo pienso que una pastoral de frontera exigirá primero bastante disponibilidad, una cierta gallardía espiritual y pastoral, y estar a lo que venga. Para eso es el espíritu de profecía. Para eso, la disponibilidad hasta el martirio, que debería ser una característica de los cristianos.

Para un trabajo de pastoral de frontera sería necesario tener una especial lucidez en política, en historia, evidentemente que también en biblia, en teología... Quien está en la frontera debe tener una formación mayor. Eso sí que me parece incontestable.

También se necesita crítica y autocrítica. Por mi parte, en mi estancia en Centroamérica, he procurado hablar con todo tipo de personas: creyentes y no creyentes, teólogos, no teólogos, gente del Frente y del antifrente, de Guatemala, de Honduras, de El Salvador... Preguntaba: ¿qué les parece a ustedes?, yo obispo, aquí, qué hago, qué no hago, vale, no vale, qué deberíamos hacer, cómo... No se trata, claro, de discutir teóricamente teología o de releer mucho las historias pasadas olvidando los desafíos de la historia presente...

vanguardia y masa

Dicen los revolucionarios: "hay vanguardia y hay masa". Y es verdad, no sólo en cualquier movimiento, sino también dentro de la Iglesia. Y añaden: "pero la vanguardia ha de estar al servicio de la masa". Ha de estar mirando siempre a la masa, respetando su ritmo, sus posibilidades. Creo que es importante no olvidar eso.

En Brasil, cuando hablamos de estos problemas a nivel de dirigentes —animadores, delegados de la Palabra, curas o monjas, etc.— siempre solemos distinguir bastante: dirigentes, comunidades, pueblo, masa... Distinguiendo pues también entre masa y pueblo. Los dirigentes tienen su responsabilidad, sus posibilidades; esperamos que tengan su carisma. Se les puede exigir más, o menos, depende. Se les debe dar más nivel de formación.

Me preguntaban en Nicaragua: ¿usted cree que algún día toda la Iglesia será comunidad eclesial de base? Pues no. Evidentemente. No vamos a soñar. Pensar que algún día toda la Iglesia será tan comunitaria, tan compartidora, tan fraterna, tan comprometida... pues es soñar. La Iglesia tiene ya muchos siglos, y no vamos a pensar que vamos a ser mucho mejores que los que quedaron atrás.

Los teólogos discuten sobre el particular. Leonardo, Clodovis y otros han tenido algunas veces sus discusiones. Y dicen más o menos lo siguiente: se multiplicarán mucho las comunidades, y se están multiplicando. Además de eso, estas comunidades darán a la Iglesia un aire, un estilo bastante más comunitario, o sea, contaminarán de comunitariedad a toda la Iglesia. Ahora bien, pensar que toda la Iglesia acontecerá en comunidades eclesiales de base... no. Quizá ni siquiera sería ideal que sucediese. No vamos a pensar que hay que restringir al Espíritu, o que antes de que se inventaran las comunidades eclesiales de base el Espíritu no sabía cómo moverse. No lleguemos a esos extremos.

Recuerdo que fue Jon Sobrino quien dijo inicialmente que las comunidades eclesiales son un nuevo modo de ser Iglesia. Después el cardenal Aloisio Lorscheider se apropió de la expresión. Y la asamblea nacional de los obispos de Brasil, en un documento sobre las cebs, la hizo suya, y ahí están las comunidades eclesiales de base son "un nuevo modo de ser Iglesia".

A mí, personalmente, la expresión me pareció muy hermosa, y me dejó a la vez un poco preocupado. Me explico. Si ellas son un

nuevo modo de ser Iglesia, pueden ser un modo más entre otros muchos modos de ser Iglesia. Todos serían legítimos; de acuerdo. Pero ¿todos serán igualmente legítimos? ¿Todos serían igualmente contemporáneos? En el sexto encuentro intereclesial de las comunidades eclesiales de base, lanzamos otra expresión diferente que creo que da un paso más: "las comunidades eclesiales de base hacen que toda la Iglesia sea de otro modo". Y ahí está en síntesis lo que yo apuntaba: las cbs contaminan, contagian de comunitariedad a toda la Iglesia. Al Papa: que se haga más comunitario. A la curia romana: que se haga más comunitaria. A los obispos, la administración de las curias, los sacramentos, la pastoral toda, el compromiso eclesial con los procesos del pueblo... que todo se haga más comunitario.

que nos dejen ser "ésta" Iglesia

Cuando aquí en América Latina gritamos y reclamamos —con toda razón— que allí en el Vaticano no nos oyen, no nos escuchan, no nos atienden, ni siquiera nos conocen bien, no respetan nuestras culturas ni nuestra situación o los desafíos que vive nuestro pueblo, nosotros partimos de un argumento fundamentalísimo: deberían atender nuestra ubicación, las exigencias que vivimos, los desafíos que afrontamos.

¡Que nos dejen ser "ésta" Iglesia, aquí y ahora, Iglesia en América Latina, Iglesia en Centroamérica, con estos desafíos particulares!

Es imposible que una Iglesia en Centroamérica deje de lado a la revolución que esta ahí, que deje de lado a los mártires, los presos, los torturados, la seguridad nacional, la geopolítica norteamericana imperialista presente en Panamá y en toda la región y en América Latina entera... No podemos dejar de lado todas esas realidades. No podemos dejar de lado ese diálogo entre cristianismo y marxismo, entre Iglesia y revolución... Si hay algo de Iglesia en Centroamérica que no se preocupa de esas grandes realidades, ni siquiera es Iglesia. Porque está negando esa ubicación, esa encarnación que es una necesidad esencial a la Iglesia de Jesús para poder detectar el pecado, anunciar la Buena Noticia y celebrar el hoy de Dios y el lugar de Dios aquí y ahora.

Las intenciones no las juzgamos. Pero hablando objetivamente, creo que el más ortodoxo teólogo no podría negar esto que estamos diciendo. Si la Iglesia ha de ser instrumento, señal, sacramento del Reino, habrá de serlo de un modo inteligible, localizado, encarnado en el respectivo lugar y hora.

carisma y poder

Para nosotros el último criterio no es la Iglesia, sino el Reino. Nosotros no seguimos a un obispo, sino a Jesús. Sería herejía decir lo contrario. El último criterio es el Reino. Seguimos a Jesús y no al obispo ni al Papa, aunque ellos tengan una misión insustituible. Por-

que la Iglesia local se constituye en torno a un obispo.

¿En caso de duda o de conflicto?: el Reino, el evangelio, el seguimiento. La moral más tradicional decía lo mismo, de otra manera: en caso de duda, si no se puede resolver de otra manera, hay que seguir la propia conciencia.

Nosotros los cristianos no resolvemos según nuestra simple conciencia humana, sino según eso que se añade a nuestra conciencia humana que es la conciencia cristiana, la fe, la conciencia de fe. Y esa conciencia de fe nos remite al Reino. Claro, que también nos remite a la Iglesia, a la Iglesia institución incluso. Leonardo Boff, en su libro "Iglesia, carisma y poder" no niega la institución, sino que simplemente pide que el poder no niegue el carisma, y que la institución se ponga al servicio del carisma. La institución de la Iglesia, como cualquier otra institución, sólo sirve en la medida en que sirve a su fin; en nuestro caso, al Reino.

por fidelidad

Yo decía en mis tiempos jóvenes: la revolución hay que hacerla desde dentro.

Ustedes conocen muchos militantes revolucionarios, perseguidos, que viven en la clandestinidad, amenazados de muerte diariamente, que llegaron también a esa convicción. No digo que el que se sale ya sea un cobarde o un traidor, no. A cada caso hay que aplicar lo de la "pastoral de la astucia", lo de "estrategia y táctica". Pero muchos, por fidelidad, creyeron que debían continuar dentro, en la clandestinidad, en el riesgo, en el peligro... Por fidelidad.

evitar complejos

Pase lo que pase hemos de evitar tanto el complejo de perseguidos dentro de la Iglesia como el complejo de "salvadores" dentro de la Iglesia. Nadie salva a la Iglesia sino el Señor Jesús. Si tenemos el "complejo" de perseguidos nos amargamos más de la cuenta, no damos testimonio de alegría pascual que debemos dar, e incluso le damos razón al adversario. Si los conservadores ven que nos sentimos acoquinados, arrinconados, perseguidos... se sentirán felices. No les vamos a dar ese gusto. Debemos vivir con libertad de espíritu.

Ahora bien, no tengamos tampoco complejo de "salvadores". Podemos, debemos criticar, disentir, etc., pero no sentirnos salvadores. A veces deberemos simplemente salir para otro lado. Aquello de sacudir el polvo de las sandalias se puede referir a una ciudad, a una comunidad religiosa, a una parroquia, hasta a una Iglesia local... También es verdad que hay que pensárselo bien a la hora de querer sacudir las sandalias: Jonás también quería hacerlo, y ya saben ustedes la historia...

quedarse o marcharse

Con respecto a quedarse o no quedarse en la Iglesia local (o en la parroquia o en la congregación religiosa) yo tengo el criterio siguiente. Creo que hay que hacer lo posible por continuar en la Iglesia local, o en el lugar donde se está. Por un argumento sencillo: el pueblo no puede irse. Lo digo en un poema: el agente de pastoral va y viene del pueblo al pueblo... el pueblo se tiene que quedar. Puede llegar a ser una traición al pueblo, una fuga, un antitestimonio.

Nos quedamos, pues, siempre que podamos continuar sosteniendo al pueblo en su esperanza, en su caminar; quizá tendremos que pasar a actuar poco, a trabajar más en silencio, o hasta con ministerios más tradicionales. Si nuestra palabra ayuda, anima, sostiene al pueblo, quedémonos.

Por otra parte, siempre podremos hacer de "quinta columna" siempre podremos hacer un trabajo evangélicamente subversivo, un trabajo de "oposición sindical", dentro de la propia diócesis, comunidad o parroquia, asumiendo y afrontando la conflictividad.

También es importante en esos momentos de crisis el consultar. Vale la pena un viaje en esas horas difíciles para consultar. Porque si apelamos a nuestra conciencia hay que tener en cuenta que no somos islas, que tenemos a los hermanos, que nos pueden hacer luz, que nos pueden asesorar.

Y además, hay que poner a salvo el equilibrio psíquico y hasta una cierta alegría. Si uno ve que se está desequilibrando, que entró en una tensión insanablemente angustiante... es mejor dejarlo, entonces sí, para bien de él (tiene el deber de no suicidarse) e incluso para bien de la comunidad, para no obstaculizar el proceso, el caminar de la comunidad, de la misma revolución.

Y ya saben: hay muchas personas que tuvieron que salir de donde estaban y Dios abrió caminos espléndidos por otro lado.

podemos, podemos

A mí me saben mal todos esos retrocesos: "Iglesia popular", ¿ya no podemos hablar de Iglesia popular? Imagínense que cedemos también y no vamos a poder hablar —como quieren— de "pluralismo"... Pues no señor. Podemos. Podemos.

El mismo Papa ha dicho que se puede entender bien el término "Iglesia Popular". Imagínense que en Brasil no hubiera habido ciertos obispos en la cúpula misma de la Conferencia Episcopal, y que en Perú no hubiera habido por lo menos un equilibrio, que no hubiera habido al lado de aquellos obispos del opus dei y del sodalicio otros obispos y multitud de apoyos internacionales... pues hubiéramos podido llegar a una situación en la que de la noche a la mañana no se hubiera podido hablar ya ni de teología de la liberación. Si retrocedemos en Brasil y retroceden en Perú, no sé qué hubiera pasado. Ustedes no pueden, no deben dejar de hablar de Iglesia de los pobres, de Iglesia popu-

lar, de diálogo Iglesia-revolución... con toda naturalidad, con la misma exhibición por lo menos con la que otros exhiben su burguesía y su conservadurismo. Exhibir esa eclesialidad será un modo de contagiarla.

esperanza pascual

En pastoral debemos dar finalmente a todo un sentido pascual. Yo sé que ustedes, en Centroamérica, tienen que hacer un gran esfuerzo para vivir la alegría pascual, el gozo en el Espíritu. Pero es necesario hacer ese esfuerzo, incluso para su propio equilibrio personal. Aun en las situaciones más difíciles y tensas, los cristianos podemos vivir con un rostro menos fruncido. Los cristianos, aun en todas esas tensiones, podemos apelar a una victoria ya realizada, a una presencia segura, a una compañía que rompe toda clandestinidad...

Ahí, en Centroamérica, con todos esos problemas y en todas esas situaciones heroicas, con todos esos compañeros cristianos y no cristianos, traten de poner ternura, alegría, gozo en el Espíritu, libertad del Espíritu... Recuerden la palabra del Che, tan cristiana: "hay que endurecerse, pero sin perder nunca la ternura". Esa es también una característica muy significativa en la revolución nicaragüense. Yo pienso que el marxismo en América Latina, en nuestras mismas revoluciones, tiene mucho de ternura, a pesar de dramas, errores y hasta muertes inermes. Y nosotros los cristianos podemos y debemos vivir y expandir esa alegría y esa ternura. Si el Reino es el anuncio de la Buena Noticia, pues que se note que la Noticia es buena.

PASTORAL EN UNA REVOLUCION AGREDIDA

Estoy pensando cuál sería realmente la pastoral de la Iglesia de Jesús hoy en Nicaragua. Apuntaría yo como tres actitudes fundamentales de pastoral.

Primero, la pastoral de la consolación, tan bíblica. Tan del propio Jesús. Tan espontáneamente fruto del Espíritu: consolar a las madres de los caídos, esas madres que llenan a Nicaragua ("Nicaragua madea por todos los costados"...). Las tres palabras que más

he oído en Nicaragua son: Dios, madre, paz. Consolar a estas madres, consolar a los hijos mutilados, en el hospital, en su silla de ruedas, como viendo mutiladamente también el horizonte de sus propias vidas. Consolar a un pueblo entero que vive en la zozobra, en la agresión, en la precariedad, que ha de afrontar no sólo el escándalo político sino también el escándalo eclesiástico. Consolar a estos tres hermanos que tengo yo aquí a mi lado, que podrían ser como prototipos de tantos otros sacerdotes, religiosos, religiosas, agentes de pastoral... incomprendidos por su fidelidad a la Iglesia, incomprendidos por la misma Iglesia; hablo de Ernesto Cardenal, de Fernando Cardenal, de Miguel D'Escoto. Piensen en todos los que en Nicaragua necesitan de la consolación en el sentido más espiritual, más cristiano de la palabra. Consolar a todo un pueblo.

En segundo lugar, **la pastoral de la frontera**. Quisiera dar a esta palabra sus varias significaciones. La frontera de la frontera: estas montañas que hacen el horizonte, el peligro y la esperanza de Nicaragua. En la "mera frontera". Y esas otras fronteras que Nicaragua y la Iglesia de Nicaragua libre han de vivir: la frontera ideológica. Girardi ha publicado su libro sobre "Sandinismo, marxismo, cristianismo": todo eso ya es mucha frontera, ¿no? Piensen ustedes en la frontera de los nicaragüenses, en la militancia, en la dirección, en la experiencia fronteriza de las comunidades, de los delegados de la Palabra, hoy a veces explícitamente prohibidos, o sintiendo ya que la propia jerarquía crea delegados alternativos, con carnet. Piensen en el conflicto de frontera que viven muchos jóvenes nicaragüenses, como divididos entre la Patria y su proceso por una parte y una fe que recibieron en casa, por otra. Sé perfectamente que cuando se habla de frontera se habla de riesgos. Se puede incluso hablar de contrabando. Quién sabe si la Iglesia de Jesús sólo tendría derecho a estar en la frontera siempre ... en cualquier lugar del mundo, en cualquier cultura, en cualquier pueblo, en cualquier movimiento histórico.

Pienso que con la pastoral de la consolación y la pastoral de la frontera la Iglesia de Nicaragua, de Centroamérica, la Iglesia toda, conseguiría lo que quizá le está fallando más a nuestra Iglesia de hoy, por lo menos en su condición más estructural, en lo más jerárquico, en lo más público en estas horas, que sería **la pastoral de la credibilidad**. Posiblemente, con otras palabras más antiguas, más de raíz: el propio testimonio. Cuando vine a Nicaragua dije —quizá sin pensarlo tanto como lo estoy pensando ahora— que venía también para ayudar un poco a la credibilidad de la Iglesia. La credibilidad de la Iglesia está en juego. Sin quitarle nada a la Iglesia de Jesús, yo creo en la Iglesia, me siento Iglesia, hago Iglesia, respondo por la Iglesia,

como cristiano y como obispo. Como obispo soy obispo de la Iglesia universal, siendo obispo de São Félix do Araguaia. Aun preocupándome muchísimo, sin embargo, la credibilidad de la Iglesia como instrumento del Reino, me preocupa muchísimo más la credibilidad del propio evangelio que llevamos en nuestra boca, en nuestras manos, o en nuestros altares, hasta en nuestras estructuras... La credibilidad del propio Jesucristo, y en última instancia la credibilidad del Dios vivo.

He tenido estos días experiencias conmovedoras, comprometedoras también. Hoy me contaba por el camino un hombre joven de treinta y pocos años que fue cristiano y que dejó de serlo, pero que en estos días de la insurrección evangélica siente de nuevo una gran inquietud de búsqueda, la necesidad de reencontrar su fe. He hablado incluso con varios dirigentes, con jóvenes, con padres y madres de familia que tienen ya sus hijos caídos o secuestrados, con algún intelectual poeta, he hablado con esta nueva Nicaragua, y me parece que esa credibilidad de Dios, de Cristo, de la Iglesia, está realmente en juego. Lo que se elabore teológicamente ahora aquí en Nicaragua de un modo estructural, con creatividad, y, más aún, lo que se diga espiritualmente aquí en Nicaragua —y es bueno recordar que la teología, la pastoral y la espiritualidad no pueden disociarse— debe tener un objetivo, que no es proselitista sino muy evangélico y muy evangelizador: la misma misión de la Iglesia. La credibilidad de la misión de Jesús que anunciamos, que pretendemos vivir. Me parece que el evangelio respalda esta preocupación mía, nuestra.

Ustedes son una luz encima del candelero. Son una nueva sal que no se guarda en el salero. Son una profecía que se debe gritar sobre los tejados de Centroamérica, de América Latina, del mundo.

MISIONEROS PARA LA FRONTERA

Compartiendo con mis hermanos "misioneros claretianos" en Centroamérica.

Centroamérica: lugar "oportuno, urgente y eficaz"

He llegado a la conclusión de que Centroamérica es hoy el lugar más importante de América Latina, e incluso creo que del tercer mundo. Me explico. (Y hablo en términos cristianos, y en términos globales de liberación). Vean.

América Latina, frente al capitalismo internacional, y frente al socialismo... no hay duda de que es una encrucijada. ¿Qué va a continuar haciendo el capitalismo internacional, el imperio, los imperios, Estados Unidos, hoy, en todo el tercer mundo, en América Latina...? Y el socialismo, en segundo lugar, ¿qué puede hacer en el tercer mundo, y en América Latina? ¿Cómo puede implantarse? ¿Qué pretende en América Latina? ¿Cómo puede ser vivido en este continente? Es un desafío.

Cuando hablamos de todo esto no podemos caer en la tentación en que muchos caen de hablar sólo de este y oeste. Nosotros hablamos siempre en cruz: norte y sur, este y oeste. Para el cristiano, la única palabra completa es la cruz, también cuando se habla de política y de economía. El mundo está crucificado por el este y por el oeste, pero sobre todo por el norte y por el sur. Cuando no había este y oeste ya había norte y sur. (Serían los imperios babilónicos, el romano...).

El problema sobre todo es norte y sur: imperio, dominación, dependencia, colonización... Jesús mismo experimentó en su vida no el problema este-oeste, sino el problema norte-sur: el imperio, la dominación, la explotación.

Yo he dicho muchas veces que Palestina era como una Centroamérica, como un paísito de éstos de Centroamérica. Precisamente Palestina es también un corredor. La importancia de pasillo, de canal, que ha tenido Palestina a lo largo de los siglos, que tiene hoy todavía. La importancia de corredor geopolítico que Centroamérica tuvo ya en los tiempos indígenas anteriores al "descubrimiento" y que tiene todavía, secularmente, esta Centroamérica canalizada, cintura de América Latina y puente entre los dos océanos...

Creo que Centroamérica, políticamente, geopolíticamente, es ahora el lugar más importante del mundo, el más crucial. Y vean: también eclesiásticamente. Eclesiásticamente América Latina es el continente cristiano. Lo que la Iglesia tenga el coraje de ser aquí en América Latina, y concretamente en Centroamérica, eso es lo que la Iglesia puede exportar de cara a su futuro, y ya ahora. ("Exportar" en el mejor sentido de la palabra, claro, sin querer colonizar).

¡Cuántos africanos y asiáticos me han dicho o escrito: "dependemos de ustedes", o "estamos pendientes de ustedes"! Y también nos lo dicen mucho desde Europa: "continuamos en la fe y en la Iglesia porque ustedes están ahí". (Esto no me alegra, de ningún modo; lo lamento; puede ser falta de eclesialidad por parte de ellos; pero puede ser falta de sensibilidad quizá de Iglesias, jerarquías, pastorales de Europa que no saben responder a las necesidades, a la urgencia, a sectores como la juventud, o a sectores más militantes... Y por eso, estos sectores miran al otro lado del océano buscando otras Iglesias que les ayuden con su actitud a mantener la fe y a comprometerse...)

Por todo ello, por todo lo que geopolítico-elesiásticamente aquí se juega es Centroamérica un lugar tan crucial. Y por eso es un lugar "oportuno, urgente y eficaz", es decir, misionero.

Ser pobre en Centroamérica: optar por el pueblo pobre

Hay muchas maneras de optar por los pobres. Podemos optar por rezar todos los días por los pobres. Podemos optar por dar limosna a los pobres. O por hacernos pobres como los pobres.

La Madre Teresa de Calcuta, por ejemplo, optó, ella y sus monjitas, por vivir como pobres y por ayudar a los pobres. Ahora bien, ella no optó por ayudar a los pobres a transformar las estructuras socio-político-económicas.

Cuando le preguntaron una vez a la Madre Teresa de Calcuta: "¿qué opina usted, viéndose al lado de Dom Hélder Cámara, tan metido él en la política... mientras ustedes parece que la rehuyen...?" Ella contestó: "él tiene su carisma; tiene su misión, que será necesaria...; nosotros tenemos otro carisma, otra opción...". Son opciones distintas. Hay muchas maneras de optar por los pobres.

Sinceramente, a la vez que la respeto, creo que la opción de la Madre Teresa de Calcuta, aun siendo ella muy santa, es incompleta. Creo que es poco crítica. Creo que algunos aspectos y para ciertos sectores de nuestra sociedad —pensemos por ejemplo en nuestra propia América Latina— es incluso poco testimoniante, poco misionera.

Porque los pobres no son simplemente pobres. Son empobrecidos, prohibidos, despojados... "Empobrecidos": sometidos a un proceso de empobrecimiento. Sojuzgados por unas estructuras que los despellejan, que los empobrecen. No son unos mendigos. Ni son pobres "suelos". Son una "clase" social. O varias clases, en el campo, en la ciudad...

Aquí estaría el secreto de la verdadera pobreza de los religiosos y de los misioneros: el pueblo pobre y la pobreza popular. Para mí ésa es la palabra clave: "popular". ¿Qué tipo de pobreza hemos de vivir los religiosos?: una pobreza popular. ¿Qué se entiende por pobreza?: la inmensa mayoría. ¿Qué opción?: la opción por el pueblo pobre. Sólo con esa opción, la misma de Jesús—podremos ser "misioneros" enviados como El a llevar a los pobres la Buena Noticia de la Liberación. Tanto la pobreza religiosa, como la opción por los pobres, para nosotros los misioneros debe ser "popular", "popular", "popular"...

Y pienso: ante esta opción por los pobres, esta pobreza popular, nosotros, los claretianos, hoy, en Centroamérica... ¿qué hacemos concretamente por esas mayorías oprimidas, por esos negros centroamericanos, por los refugiados, por los que están en la montaña, por tantos mártires vivientes...?

Si nosotros los misioneros no vivimos la opción por los pobres, por esas mayorías, por los pobres empobrecidos (que Puebla nos dirá que tienen nombre y que tienen rostro), si no procuramos vivir popularmente, y si no procuramos hacer una pastoral popular, yo creo que estaríamos negando el evangelio, negando nuestra condición de cristianos, nuestro bautismo, nuestra condición de religiosos, nuestra condición de misioneros.

Centroamérica: misión de frontera

Los misioneros, por ser misioneros, deberíamos ser siempre unos "salidos de madre", salidos de esquema, de estructura, arrancados de...

Con toda aquella ilusión de las misiones, y un poco por el temperamento radical y extremoso que yo tengo, poco a poco me fui haciendo a la idea de que si uno no buscaba algún lugar lejano, distante, "abrahámico" ("deja tu tierra y tu parentela, la casa de tu padre..."), y si uno no se ponía en una coyuntura más o menos heroica, uno acabaría no haciendo nada en la vida. (Eso puede ser estúpido también: puede ser sueño, o exaltación poética, porque podría significar que no se puede vivir en la normalidad...; pero cada uno tiene su propia historia y la gracia de Dios atiende la naturaleza y los genes de cada uno, porque naturaleza y gracia se casan muy bien...). Pienso que si nosotros, misioneros, no vivimos ese "salirnos de", ese ir a la frontera, no seremos verdaderamente misioneros.

Si alguien ha de vivir la pastoral de la frontera, ése es el misionero. La "pastoral de la frontera" podría ser una buena traducción de "lo más oportuno, urgente y eficaz". Toda "evangelización" se encuentra con la frontera. La Iglesia siempre debería ser frontera, del evangelio con el mundo. Prácticamente, la Iglesia, por definición, debería ser: la frontera de la evangelización, o si ustedes quieren, la frontera del Reino en el mundo. Toda la Iglesia debería ser fronteriza, en los lugares y en el tiempo. Pero si alguien en la Iglesia está llamado a ser frontera, proa, punta, vértice... ése es —por definición, por vocación— el misionero. Está llamado a la vanguardia de la evangelización, a la frontera de la construcción del Reino. Pienso en estos procesos, en estos pueblos de Centroamérica... la pastoral de la frontera, la pastoral de lo más oportuno, urgente y eficaz...: ¡el campo propio del misionero!

Hay un estudio sobre san Antonio María Claret, de Lebroc, que aunque yo no lo he podido leer, creo que en resumen viene a decir: san Antonio María Claret, en cuanto a los "fenómenos" místicos (subrayando lo de "fenómenos" y estudiándolos desde la psicología de hoy) fue un tanto iluso; en cuanto a la santidad, sin embargo, Claret fue realmente un santo, un gran santo. En lo político fue un reaccionario, como toda la Iglesia de su tiempo; pero en lo social fue un genio, sin duda, un precursor, un grandísimo avanzado.

Ser en aquella época un genio en lo social, trasladado a nuestro tiempo, significaría ser hoy un genio en lo político. En aquella época era imposible que la Iglesia fuera genial en lo político.

En Cuba me decían algunos: no negamos que Claret fuera un santo... pero es que Cuba era colonia, y él vino de España, y fue un arzobispo de la metrópoli, en una colonia, y a favor de la metrópoli, a pesar de su santidad, que nadie niega, y a pesar de aquellos gestos tan atrevidos que tuvo en lo social (su enfrentamiento a los negreros, el establecimiento de las cajas de ahorro y de la granja...).

Ahora bien, lo que él tuvo de genial en lo social, siendo consecuente, siendo él mismo, si viviera hoy, lo tendría ahora en lo político.

Hoy, superadas ya muchas dicotomías, y entendiendo que no se puede hablar ya de lo social si no se habla de lo político (en el siglo XIX si que se podía hacer esa dicotomía), hoy hubiera sido sin duda un gran "santo político", un denodado misionero pionero en los caminos de la santidad política...

Yo digo siempre que el mandamiento nuevo, originalmente fue Jesús quien lo vivió sin dicotomías, a pesar de que es evidente que él, por ser el Verbo "encarnado en su tiempo y en su hora", no podía expresar muy lúcidamente lo político de la época, ni el análisis de la realidad... Vivía en su tiempo y en su época, no en el siglo XX. Pero lo vivió sin dicotomías.

Hoy, nosotros, a la altura de nuestro tiempo, también estamos ya en capacidad de superar muchas dicotomías. Hoy ya tenemos claro —ojalá— que "todo es político, aunque lo político no lo es todo". También para el misionero. También para el claretiano. Quien dice que sí, quien dice que no, quien se abstiene, quien quiere ser neutral... todos están tomando opciones y actitudes políticas. También el misionero.

Nosotros, necesariamente, por ser misioneros y por opción por los pobres, para estar a la altura de los tiempos (en nuestro siglo XX) y del lugar (encarnados en nuestros pueblos empobrecidos, en proceso, y aquí en esta Centroamérica tan geopolíticamente concreta) debemos optar por los procesos de los pobres. Debemos optar por los procesos populares mayoritarios. Debemos optar por aquellos procesos populares mayoritarios que reivindiquen los derechos básicos fundamentales de los pueblos. Y los derechos básicos fundamentales de los pobres son: el derecho a la vida (alimento, salud, educación, tierra, trabajo, techo), el derecho a una vida digna. Con mucha razón dicen en Nicaragua: "paz con dignidad". Debemos optar por los procesos que respondan a los derechos, a las exigencias básicas del pueblo.

Piensen en los procesos históricos de los pueblos de Centroamérica. Pregunta: un misionero, ¿puede dejar de lado las guerrillas de El Salvador? No digo que canonicemos las guerrillas; digo: ¿podemos dejarlas de lado? Un misionero, ¿puede dejar de lado los territorios "liberados" de El Salvador? Un misionero, ¿puede dejar de lado la revolución sandinista?...

Yo estoy plenamente de acuerdo con que los obispos de Nicaragua no sean sandinistas. Ni hace falta que lo sean. Pero si quisieran ignorar o contestar abiertamente la revolución sandinista, a mi me parecería por lo menos sin sentido. Por una razón muy sencilla: porque la revolución sandinista está ahí. Es historia que está ahí. Es realidad que está ahí. Y la revolución sandinista tiene mucho de mayoritario en Nicaragua. ¿Dónde van a hacer pastoral? ¿A qué pueblo van a evangelizar? ¿En qué época están evangelizando? ¿Qué tipo de Iglesia quieren hacer?... Puesque se descuiden, y entre unos y otros van a conseguir que Nicaragua sea o marxista atea o de las sectas.

En Guatemala creo que los misioneros deberían estar en las comunidades de repoblación, en las montañas de refugiados, o acompa-

ñando a los refugiados en México...: lo misionero, lo profético, lo más oportuno, urgente y eficaz... Misioneros desinstalados...

En las "áreas liberadas" de El Salvador, donde hay muchísima gente, todos prácticamente cristianos, y católicos... hay prácticamente tres sacerdotes solamente.

En Guatemala, en esas áreas del pueblo que vive en esas montañas, sólo hay un sacerdote. (No estoy hablando de los guerrilleros, que también son cristianos, y que también necesitan los sacramentos la inmensa mayoría de ellos; y no me digan que los guerrilleros no necesitan los sacramentos y sí los necesita la "contra", y un obispo celebra misa para la contra en Miami, y ahí nadie se escandaliza; estoy seguro de que si yo celebrase misa para los comandantes reunidos en Managua, se rasgaban los vestidos hasta las estatuas de piedra del Vaticano). Pues como digo, en toda esa Guatemala de la montaña sólo hay un sacerdote heroico que acaba de salir con el estómago estropeado; hubieron de sacarlo urgentísimamente. Afortunadamente hay otro de una gran orden que está ahí, solito.

Ante todo esto me pregunto: ¿podríamos estar los misioneros cómodamente instalados, en buenas casas, en barrios ricos, en parroquias tradicionales y sacramentalistas, en colegios "de prestigio"... lejos del pueblo y de los pobres, lejos de las mayorías oprimidas, de los desplazados, refugiados, perseguidos... lejos de los que sueñan con una Centroamérica nueva, de los que luchan arriesgadamente por el acercamiento del Reino a esta Centroamérica nuestra?

Yo me digo a mí mismo: el futuro de Guatemala, el fruto de El Salvador, el futuro de Centroamérica, no se define en las parroquias tradicionales, en los colegios burgueses... Con eso no quiero decir que debamos abandonar sin más las parroquias tradicionales... (o quizá sí). El futuro se juega en otra parte, en la frontera, en la vanguardia. Por eso, los misioneros debemos estar en la frontera del futuro, en la frontera de la misión, en lo más oportuno, urgente y eficaz.

En EEUU	hay un sacerdote por cada	1000	católicos
" Europa	" "	1200	"
" Asia	" "	2500	"
" Africa	" "	3800	"
" Sudamérica	" "	6800	"
" Centroamérica	" "	7500	"

(Fuente: "Sem Fronteiras" 157 (marzo 88) 35).

BIBLIOGRAFIA BASICA SOBRE CRISTOLOGIA Y ESPIRITUALIDAD

- L. BOFF, Jesucristo Liberador. Editado en Indoamerican Press de Bogotá, SRL de Argentina, Sal Terrae de Santander.
- A. NOLAN, ¿Quién es éste hombre? Sal Terrae, Santander, 1981
- J. SOBRINO, Cristología desde América Latina, CRT México 21977
- J. I. GONZALEZ FAUS, La Humanidad Nueva, Sal Terrae, Santander.
- H. ECHEGARAY, La práctica de Jesús, Cep, Lima 1981
- B. FORTE, Un Dios de la Historia, Paulinas, Madrid
- C. BRAVO, Jesús, hombre en conflicto, Sal Terrae, Santander

- L. BOFF, La fe en la periferia del mundo, Sal Terrae, Santander 1981
- P. CASALDALIGA, Experiencia de Dios y pasión por el pueblo, Sal Terrae, Santander 1983
- S. GALILEA, Religiosidad popular y pastoral, Cristiandad, Madrid 1979
- S. GALILEA, El camino de la espiritualidad, Paulinas, Bogotá 21985
- G. GUTIERREZ, Beber en su propio pozo, Cep, Lima 1983; Sígueme, Salamanca 1984
- J. SOBRINO, Liberación con Espíritu, Sal Terrae, Santander 1985
- J. SOBRINO, La oración de Jesús y del cristiano, Desclee, Bilbao 1982; CRT, México 1978; y otras varias editoriales.
- SOBRINO-GALILEA-CASTILLO, Oración cristiana y liberación, Desclee 1980
- VARIOS, Praxis de martirio ayer y hoy, Cepla, Bogotá 1977

J.M. VIGIL - A. TORELLAS

MISAS CENTROAMERICANAS Transcripción musical y comentario teológico

CAV-CEBES, Managua 1988, 28 págs.

PEDRO CASALDALIGA

AL ACECHO DEL REINO
Antología de textos 1968-1988

Siglo XXI Editores. México 1988

JOSE MARIA VIGIL (Coord.)

NICARAGUA Y LOS TEOLOGOS

Participan:

Casaldáliga, Balsuriya, Beato, Beozzo, Betto, Biot
Boff, Castillo, Comblin, Concha, Chenu, Chikane,
David, de Santa Ana, del Valle, Díez Alegría,
Dussel, Girardi, Greinacher, John, Libânio,
Metz, Miguez Bonino, Paoli, Prien, Rayan
Richard, Shaull, Urbina, Vigil

Siglo XXI Editores. México 1988, 315 págs.